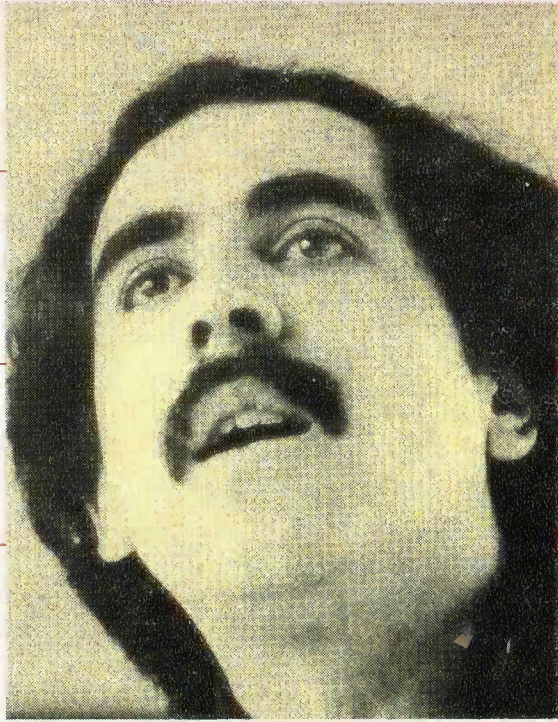




la izquierda y la democracia pablo gómez.



CRÓNICAS, TESTIMONIOS Y DOCUMENTOS

La democracia, tema polémico, de contrastantes debates, análisis y disecciones, enmarca la presente selección de textos.

En la introducción el autor reseña, a grandes líneas, los obstáculos que la izquierda ha tenido que salvar no sólo en su lucha por la democracia, sino en ocasiones incluso para reconocer como propia la historia combativa de obreros y masas populares que, peldaño tras peldaño, logró para el mundo actual las conquistas democráticas que la burguesía pretende hacer pasar como concesiones en el haber de su *espíritu democrático*.

Afirma Pablo Gómez que sólo la izquierda puede lograr una alternativa democrática consecuente y radical, un nuevo poder, una nueva democracia que plasme la representación política de los trabajadores. Así, el Partido Socialista Unificado de México, la formación más importante de la izquierda mexicana, enfrenta el reto del compromiso democrático.

La izquierda y la democracia recoge momentos fundamentales de la corta historia del PSUM, en el camino de dicho reto, pero en el ya largo de la izquierda mexicana. Conforman la obra intervenciones, discursos, artículos, análisis, que perfilan el proyecto que este partido se propone consolidar.

LA IZQUIERDA Y LA DEMOCRACIA
Pablo Gómez

pablo
gómez

la izquierda
y la
democracia

EDICI
crónicas, testimonios
y documentos

pablo
gómez

la izquierda y la democracia

EDICIONES DE CULTURA POPULAR



Cuidado de la edición: María del Carmen Merodio y Norberto Vital
Diseño de la portada: Fernando Rodríguez
Producción editorial: Tipografía, Diseño e Impresión, S.A.

EDICIONES DE CULTURA POPULAR



Primera edición: 1984
DR © Ediciones de Cultura Popular, S.A.
Balderas, 49
Centro
México, D.F.
Teléfono 512 69 64

Impreso y hecho en México

índice

Introducción	7
Dos polos de una confrontación programática	17
I	17
II	21
III	24
IV	26
V	27
Ante la crisis, la democracia es la salida	31
I	31
II	34
III	39
Estamos aquí por derecho propio	45
Las elecciones de 1982	47
La nacionalización de la banca	59
Intervención	68
Hay alternativa democrática, popular y nacional	77
La herencia que recogemos	81
La libertad de expresión, garantía social	91
El gobierno de Miguel de la Madrid	95
El desafío de hoy	103
La situación política	103
Las posibilidades de la crisis	105
El movimiento de masas	107
La crisis política	109

El socialismo	110
Crecer con el tronco recto	113
Consolidar nuestra unidad	119
El monolitismo y sus consecuencias	119
Un camino nuevo y promisorio	121
Ser exigentes con nosotros mismos	122
Nunca una revolución se ha repetido	123
El organismo de base	124
Cumplir con las obligaciones mínimas	126
México no está en venta	127
Ganar a la mayoría	131
La lucha por la paz, hoy	137
Una táctica para la democracia	141
I	141
II	142
III	146
IV	149
V	150
VI	151
VII	154
VIII	155
IX	158
El proceso de la unidad	165
Acerca de las discrepancias en el Segundo Congreso	168
La burocracia priísta, degradada	171
Construir la fuerza histórica de la democracia	179
I	179
II	182
III	185
IV	187
V	189
Diversidad y organicidad	193
La democracia	199
Liberalismo y socialismo, hoy	201
La izquierda y la democracia	204

introducción

Hace unos veinte años se inició en México una larga lucha contra el dogmatismo y el oportunismo en la izquierda. Esa lucha adoptó, poco a poco, la cuestión de la democracia como el asunto central de sus definiciones. Sin embargo, como ocurre con frecuencia, el debate teórico y la propaganda poco podían hacer por sí mismos. Fue necesario que surgieran en el país grandes movimientos de masas que reivindicaran los derechos democráticos. El movimiento estudiantil-popular de 1968 fue la expresión más acabada de la irreductible tendencia a la democracia política, fue el parteaguas de dos fases radicalmente distintas de la izquierda mexicana, la separación definitiva entre el oportunismo que se mantiene ligado al sistema de poder priísta y renuncia, de esa forma, a poner en el centro la lucha por la democracia política, y la izquierda que ya entonces proclamaba la necesidad de una nueva revolución y, al mismo tiempo, de la democratización. A partir de 1968 la lucha por la democracia política se convierte en un movimiento de masas. Por ello el país cambió y los efectos de nuestro 1968 continúan expresándose aún hoy, más de quince años después.

Hubo muchos parteaguas en la izquierda de otros países. Desde aquel XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en 1956, cuando la cuestión de los derechos democráticos, en el mayor país socialista, adquirió una dramática reivindicación y se reveló para muchos socialistas que, al menos en ciertos aspectos, el programa social no puede ser lo único y que también sigue teniendo vigencia la cuestión de la democracia política, hasta los más recientes acontecimientos, entre ellos el surgimiento de una nueva crítica democrática en Europa occidental, la crisis política de Polonia, la derrota de la *revolución cultural* en China y el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua.

Aunque de diversas maneras, la izquierda vuelve a tomar la cuestión de la democracia, pues la realidad es mucho más necia que cualquier proyecto social. En particular, en América Latina la lucha por la democracia política ha adquirido una enorme envergadura de masas, las dictaduras militares han empezado a ser derribadas y la revolución es otra vez un vocablo

usual, lleno de contenido democrático, como lo fue en el surgimiento del marxismo y en la primera revolución proletaria de los comuneros de París.

La historia de la revolución socialista de octubre es la historia de la lucha por la democracia. La crisis prolongada de un sistema de poder basado en la autocracia no sólo afectaba a la clase obrera, sino que también ponía en peligro a las naciones del estado ruso. Aquella revolución expresó también la profunda inconsecuencia democrática del liberalismo burgués, que jamás supo enfrentarse con verdaderas agallas a la autocracia. La tradición democrática rusa provenía de los campesinos y de la intelectualidad populista, pero fue retomada y transformada por los intelectuales y obreros socialdemócratas. Estos últimos fueron los únicos consecuentemente democráticos y por ello lograron encabezar a todas las clases y nacionalidades oprimidas de aquel inmenso país.

Hasta los años veinte, muy pocos marxistas se atrevían a poner en duda el carácter de la cuestión de la democracia en el programa socialista, no sólo desde el punto de vista de la *táctica*, sino como elemento fundamental. La crítica de la *democracia burguesa* se derivaba justamente de su insuficiencia, era una crítica a los sistemas de poder que limitaban los derechos de la clase obrera y de otras clases oprimidas. Era, en síntesis, la crítica a los grilletes burgueses de la democracia. Se luchaba, entonces, por un poder democrático basado en la iniciativa del pueblo trabajador, por la forma política capaz de expresar sin excesivas mediaciones el interés de la mayoría.

La democracia es un producto primario del Estado moderno. La burguesía liberal ha pretendido siempre inspirarse en la *democracia* ateniense, basada en la sociedad esclavista en la que sólo una ínfima minoría gozaba de libertad. Aquellas instituciones de la antigüedad no pudieron pasar la prueba de la historia, pues la sociedad era profundamente desigual desde el punto de vista jurídico. El capitalismo, en cambio, requiere una base jurídica de igualdad, gracias a la cual la mayoría es capaz de vender su fuerza de trabajo a través de una relación contractual. La primera gran liberación fue respecto de la propiedad o usufructo campesino que ataba al siervo o peón a la tierra y al dictado del poseedor original.

Aquella enorme transformación social que prohió el trabajo asalariado con carácter general, demandó desde un principio la transformación de la superestructura jurídica. Se sentaron así las bases de la democracia, que son justamente las mismas del proletariado moderno. Pero ni una ni otra se desarrollaron libremente. Cualquiera que haya sido, en los diferentes países, el camino específico del desarrollo capitalista, siempre podremos encontrar las formas *fáciles* de la acumulación de capital, el despojo, el pillaje, la esclavitud, el peonaje, en fin, el atropello del principio jurídico de la igualdad. De una manera semejante, la democracia nació en forma censataria, al estilo ateniense, como la democracia de los poseedores, de la cual era excluida la mayoría.

Capitalismo y democracia tuvieron un desarrollo prácticamente paralelo. A cada paso en el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo, correspondió un fortalecimiento del proletariado moderno y del Estado, de tal suerte que el crecimiento del número de hombres jurídicamente libres y por completo desposeídos incrementaba la necesidad del sistema de

intermediación, para lo cual es indispensable el desarrollo del Estado y el imperio de la lucha política.

La clase obrera es organizada en la fábrica y es el capitalista quien la organiza bajo su dirección. Pero aun sin pretenderlo, esa organización forja la necesidad de la resistencia. Mas en un sistema de representaciones, el Estado juega el peculiar papel de instrumento para la identificación de clase de quienes compiten entre sí: los capitalistas. En realidad, la burguesía no encontró nunca sus propias formas de representación política más que a través del Estado. El proletariado, por el contrario, debió generar su representación propia para influir en el Estado y luchar por el poder.

Para la burguesía, la cuestión de la democracia se reduce al problema de su dominación de clase y de su influencia individual; para el proletariado la democracia es la posibilidad de su emancipación. Por esto, la burguesía puede colaborar en la represión de la democracia, cuando ésta atenta contra el dominio social establecido. Por otro lado, no es casual que los grandes avances democráticos hayan provenido de la lucha del proletariado, de la democracia revolucionaria y del *populismo*, cuya base social, de este último, fue generalmente el campesinado y la pequeña burguesía pobre.

La clase obrera y sus semejantes más cercanos, los trabajadores asalariados de diversos tipos, sólo pueden representarse en el Estado a través de sus formas particulares, pues carecen de una representación general, que sólo la burguesía posee. Éstos son, en cierta forma, un factor *externo* del Estado, dentro del cual llegan a ubicar a sus delegados, pero siempre a través de una específica representación. Ocurre lo contrario con la clase propietaria, la cual, si bien en sus diversos segmentos puede gozar de mayor o menor representación, como clase en su conjunto se encuentra de suyo representada, aunque sea en las determinaciones más generales. En los estados fuertemente influidos por clases y capas sociales populares las fracciones burguesas también lucharon por su representación particular, pero nunca dejaron de *encarnar* en el Estado como tal. Algo así ocurrió, por ejemplo, en el Constituyente de 1916, pues aunque la lucha por las definiciones legales fue a veces muy enconada, el presupuesto fue el reconocimiento del capitalismo como sistema dominante. Debido a esto, los estudiosos contemporáneos de aquel Constituyente sólo alcanzan a distinguir entre las posiciones dominantes que proclamaban una consecuencia liberal y los representantes específicos de las clases desposeídas que reclamaban un régimen en el cual fuera menos difícil la lucha contra el imperialismo y la burguesía criolla. Podría decirse que la clase dominante quedó toda ella representada en la ley, mientras que los obreros y campesinos sólo alcanzan una determinada y concreta representación.

La lucha por la *representación* de la mayoría implica la construcción de una nueva hegemonía social. Bajo el capitalismo ello es posible gracias a la democracia y justamente en función de la lucha por ella.

El panorama social sin sustento democrático deja de tener sentido preciso, se convierte, de hecho, en un enfoque doctrinario e inviable. Nadie puede explicar, por ejemplo, la Comuna de París sin subrayar la restitución del sufragio universal, las elecciones directas, la unificación de los poderes ejecutivo y legislativo, el derecho de los electores a revocar el mandato de sus representantes y la conformación del pueblo en armas. No es casual que

Marx viera en el Estado de la Comuna de 1871 "la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo".*

Nuevo poder implica, desde la óptica socialista, una nueva democracia; una forma de participación y determinación de quienes hasta entonces sólo podían, a lo sumo, buscar alguna representación y que ahora pueden alcanzar la representación política.

En la lucha por la democracia se aprende prácticamente todo: la resistencia al despotismo fabril se convierte en confrontación de clase; la denuncia de la desigualdad económica, en disputa por la distribución del excedente económico; la lucha sindical, en contrapeso del interés social de la burguesía; la acción ciudadana, en una escuela de dirección de la sociedad; las diferencias económicas, en diferencias de clase; el Estado, en Estado de clase.

La propensión a contraponer camino democrático y camino revolucionario, en realidad ha sido un intento por imponer determinadas formas de lucha. Lucha armada contra lucha no armada, o pacífica. Este empobrecimiento del socialismo sólo ha servido a quienes pretenden arrinconar a la izquierda y despojarla de toda representatividad política concreta. Las formas de lucha no pueden constituir *todo un camino* socialista y mucho menos pueden negar el aspecto medular de la democracia en la concepción socialista. Buena parte de la disputa entre socialistas reformistas y socialistas revolucionarios en América Latina, que proviene de principios de la década de los sesenta, inmediatamente después de la revolución cubana, ha tenido su centro en la cuestión de las formas de lucha. Así como el guerrillismo de los sesenta y setenta cayó en evidentes posiciones anarcoides que negaban la inevitabilidad de la representación del pueblo trabajador en el Estado, los oportunistas le otorgaban las tareas democráticas a otras fuerzas, especialmente a los gobiernos o partidos liberales antidictatoriales, y se circunscribían a enfatizar su propio programa económico y social.

La renuncia a ubicar la lucha por la democracia en el centro del programa socialista fue, en realidad, promovida tanto por los *radicalizadores* de las formas de lucha como por el oportunismo. En esa competencia, ni unos ni otros avanzaron por sí mismos a la comprensión cabal de la cuestión democrática, como tampoco aceptaron de buen grado que las formas de lucha las impone el movimiento real y no son, por tanto, producto de los deseos o de las decisiones unilaterales de partidos y grupos políticos.

La existencia de gobiernos *de facto* en América Latina, lejos de imponer un total repliegue de la lucha por la democracia, suponía justamente la necesidad de un mayor énfasis del programa político, independientemente de las formas de lucha impuestas por la realidad. Sin embargo, no siempre ocurrió así.

El enfoque socialista de la cuestión de la democracia está estrechamente vinculado a la concepción sobre el Estado y a la tesis marxista sobre la necesidad de la revolución política. En la visión sectaria parece imposible

conquistar la mayoría antes de derribar del poder a los representantes de la minoría. En la visión oportunista no es preciso proclamar la necesidad de la revolución política de la mayoría, pues no se cuenta con ésta, lo que convierte a aquélla en inviable. Ambos enfoques coinciden en este aspecto. Ésta es la razón por la cual en América Latina ha sido necesario luchar contra estas dos vertientes del socialismo que desprecian la democracia. Ambas tienen también, por lo general, algo más en común: su dogmatismo. El Estado —en general, es decir, todo Estado—, visto como un *instrumento*, puede ser tomado desde dos puntos de vista: se le combate para eliminarlo, desde una posición irreductiblemente minoritaria y hasta marginal, o bien se rinde culto a su *omnipotencia* también irreductible para todo fin práctico.

La concepción doctrinaria sobre el Estado ha generado una imposibilidad de la izquierda para representar a segmentos crecientes del pueblo trabajador.

Estado moderno y democracia han sido dos consecuencias de un mismo gran salto histórico. Se trata, en efecto, de Estado de clase y democracia de clase, lo que solamente es un punto de partida del análisis marxista y no una conclusión o puerta de llegada, como lo presentan con frecuencia los enfoques dogmáticos.

El carácter de clase del Estado no implica que a éste lo haya construido la burguesía como clase organizada de antemano. Por el contrario, el Estado ha sido el artífice de la unidad de la clase propietaria moderna, el medio de hacer del dinero un instrumento de acción pública y de orientar la ley en función de los intereses dominantes. Por ello, el Estado no es simplemente un *instrumento*, sino sólo en su sentido más general de marco jurídico-político. El Estado es el gran escenario en el que se confrontan los intereses reales que existen en la sociedad y que son productos aproximados de la existencia de las clases y de los antagonismos de clase. La disputa por el poder del Estado es, por tanto, lo específicamente político, o dicho de otra forma, la lucha de clases es verdaderamente tal mediante la lucha política. La forma más desarrollada de esa lucha política es la democracia. Por ello, cuando se suprime la primera, deja de existir prácticamente la segunda. Ocurre algo semejante cuando se declara que la democracia es un engaño porque el Estado es burgués, pues de esa forma lo que se produce es una renuncia a la lucha política.

El Estado es un producto esencial de las relaciones de propiedad, pero para modificar esas relaciones no es posible otra forma que la lucha política, que la revolución política. Tal es el punto de vista del marxismo.

La revolución nicaragüense nos arroja nuevas experiencias. El programa sandinista ha sido, en lo fundamental, democrático, antidictatorial y antimperialista. La unidad del pueblo de Nicaragua en apoyo a la lucha armada contra la dictadura se fincó principalmente en la posibilidad de un nuevo régimen político, lo que no elimina el programa económico y social. Ya en 1959 la revolución cubana había mostrado el papel central de la aspiración democrática, que tiene también una enorme expresión en la lucha por la autodeterminación del pueblo.

La derrota de la revolución chilena y el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular propiciaron una confusión entre el programa político y las

* Carlos Marx, "Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra civil en Francia en 1871", en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, p. 546.

formas de lucha. Para no pocas organizaciones de la izquierda latinoamericana la experiencia chilena, o el fracaso del llamado proceso chileno, confirmaban una supuesta clausura de las vías democráticas y la inevitable utilización de las vías violentas o armadas. En realidad, la revolución chilena no se explica sin el enorme desarrollo de la lucha democrática y la incorporación masiva de los trabajadores a un proyecto político que tenía, naturalmente, un programa social, pero que siempre se basó en la búsqueda del tránsito de la representación en el Estado a tener un Estado que los representara, como única forma de hacer realidad la transformación social y de conquistar una más elevada democracia. Las debilidades de esa revolución han sido analizadas, en primer lugar, por la izquierda chilena, pero en ningún caso se puede cuestionar su sustento político, la búsqueda de una mayoría política y la unidad, aunque con evidentes debilidades, de la izquierda. Y vista la situación actual en Chile, no hay duda de que la cuestión de la democracia está en el centro del movimiento real.

El rezago de la izquierda latinoamericana en la cuestión de la democracia, sobre todo sus vaivenes y esa propensión a reducir el programa político a las formas de lucha, ha contribuido a dejar en manos de los partidos liberales la bandera democrática. Ello ha ocurrido ya en buena parte de Sudamérica.

La necesidad de la revolución política como forma de lograr el socialismo no ha sido puesta en duda en el marxismo, en forma significativa, desde la gran escisión en el movimiento obrero internacional de principios de este siglo y, especialmente, a partir de la revolución de octubre y la fundación de la Internacional Comunista. Una vez bifurcados los caminos, el marxismo de la socialdemocracia se fue diluyendo. El debate marxista contemporáneo no es principalmente entre reformas y revolución, sino con qué programas y con qué táctica es posible conquistar la democracia, en el sentido en que Marx usa esta expresión en el *Manifiesto*.

La revolución política es necesaria porque gracias a ella es posible conquistar la forma política que represente a la mayoría consciente, es decir, un nuevo Estado, y porque se requiere que la clase emergente culmine el proceso de su hegemonía a través de un nuevo sistema de representación política. Mas la destrucción del viejo aparato de dominación no puede implicar tirar a la basura las conquistas políticas de las grandes luchas obreras y populares en los países capitalistas. El sufragio universal, el parlamento igualitario, el derecho de asociación política y sindical, las libertades democráticas, las garantías individuales, nunca fueron dádivas de ninguna clase dominante, sino auténticas conquistas, a costa de sangre, exilios, sacrificios sin cuento.

¿Es válido un proyecto político socialista que renuncie, de una forma u otra, a esas grandes conquistas? A lo único que esa renuncia puede llevar es a prescindir del socialismo, que no se puede entender sin su larga lucha democrática. No es verdad que el socialismo tenga dos partes diferenciadas entre sí y con autonomía una de la otra, que serían el programa social y la *democracia proletaria*. En realidad la emancipación del trabajo contiene tanto el sistema de representación democrática como la abolición de la explotación y la opresión.

Es necesaria la defensa puntual de las conquistas y aspiraciones demo-

cráticas, aun cuando predomine la lucha armada, pues los fusiles en manos del pueblo trabajador son un elemento formidable de la democracia y, con mucha frecuencia, una de las formas específicas del nuevo sistema de representación.

En la propaganda liberal, ya sea de los partidos burgueses de los países capitalistas o de los gobiernos de esos mismos países, se acusa a la izquierda marxista de utilizar la democracia sólo con fines inmediatistas o demagógicos. Ellos, quienes siempre se han opuesto a cualquier avance democrático, que tienen que soportar las libertades democráticas existentes en sus países porque no les queda otro remedio, y que ante las graves amenazas a sus sistemas de poder no vacilan en usar la violencia y lanzarse a la dictadura, acusan, a veces impunemente, a las izquierdas socialistas y opositoras de antidemocráticas y totalitarias. Cualquier socialista latinoamericano podría decir que se trata de propaganda vulgar, pero ¿qué opinan de ello los trabajadores de nuestros países?, ¿hasta dónde las propias consecuencias democráticas de los partidos de izquierda latinoamericanos han contribuido a hacer reales los efectos buscados por tales acusaciones? Es preciso dar respuestas válidas que rebasen por completo los muy conocidos esquemas simplistas que solamente eluden la realidad.

Para despojar al socialismo de su contenido democrático se echa mano del planteamiento de que es necesario diferenciar entre la forma y el contenido de la democracia. Según esta idea, la forma sería el conjunto de instituciones del Estado y, en general, de la sociedad, el marco jurídico y otros mecanismos de intermediación política, mientras que el contenido se referiría al sentido de clase del poder, a la orientación económico-social del Estado. Sin duda existe una diferencia sustancial entre un Estado que representa la orientación general del capitalismo y el interés global de la burguesía, y otro en el que se expresa la abolición de la propiedad capitalista y la opresión social. Pero ello no significa que la democracia tenga dos caras, sino precisamente que ésta es, en sí misma, una forma política de representación. El contenido de la democracia, definido como orientación —capitalista o socialista— del Estado, se refiere a la estructura económico-social, pero no a la democracia. Por ello, tal definición no puede ser más que una cobertura para renunciar a los derechos democráticos conquistados por la clase obrera bajo el capitalismo e, incluso, bajo el socialismo. En la sociedad burguesa, la forma de representación puede no ser la democracia, como lo han demostrado los regímenes autoritarios, pero en un Estado que represente el interés de la mayoría las formas democráticas deben ser infinitamente más desarrolladas que bajo el Estado burgués, en el que la representación principal corresponde al interés de la minoría. En ambos estados la democracia no deja de ser una forma de representación y de organización política. Por ello, Lenin habla de la extinción del Estado y, al mismo tiempo, de la democracia, es decir, de la primitiva necesidad de los individuos de ser representados por otros. La sociedad comunista, la extinción del Estado, de la democracia, de la lucha política y de las desigualdades económicas, cuyo inicio debe ser la sociedad socialista, será el imperio, no de la intermediación política, sino de la libertad; no de las formas mitificadas y fetichistas de convivencia, sino de la emancipación del ser humano. Por ello no es casual que Lenin se refiera al Estado socialista como un Es-

tado de transición o como el inicio de la extinción del Estado, porque bajo el socialismo la intermediación política empezará a ser sustituida por la participación de los trabajadores; la conciencia habrá, así, de dominar el desarrollo social. "Cuanto más desempeñe el pueblo en su conjunto las funciones del poder, menos necesaria es la existencia de dicho poder".**

Esta concepción del Estado debe ser rescatada y puesta en primer lugar, en el que le corresponde dentro del marxismo. Tal es una de las grandes tareas de la izquierda latinoamericana.

Las *desilusiones* democráticas de la izquierda latinoamericana no solamente surgen de vulgarizaciones y falsificaciones de la teoría, sino también de un análisis incompleto de nuestras realidades. Las crisis políticas en América Latina se han traducido, en su mayor parte, en la agudización del autoritarismo, a través de la represión generalizada, hasta llegar, incluso, al golpe de Estado. La democracia ha sido sometida por la violencia de las instituciones estatales más firmes, el Poder Ejecutivo, en algunos casos, los jefes militares, en otros, pero siempre apoyados por los cuerpos armados. Ante cada golpe o escalada represiva se dice con frecuencia que se ha venido por tierra la ilusión de la democracia burguesa.

La represión armada no es producto de la democracia, sino de las respuestas autoritarias de las clases dominantes y de los aparatos estatales en defensa de su dominio. Por tanto, ninguna democracia es ilusoria, sino completamente real, aunque de ninguna manera ilimitada. La dictadura es el límite de la democracia, ello es algo completamente claro. La historia nos muestra que mientras más a fondo se ha desarrollado la democracia en los países capitalistas, más difícil ha sido su mantenimiento, precisamente porque la democracia permite el despliegue más libre de la lucha política de las clases, y, por tanto, que la clase emergente encabece a la mayoría del pueblo.

Las mayores crisis políticas en América Latina han estallado precisamente por la incapacidad de las clases dominantes de conservar su estabilidad y hacer, al mismo tiempo, concesiones democráticas. Los desenlaces de tales crisis, por lo general, no han desembocado en revoluciones, en buena medida por la insuficiencia de la democracia. La revolución chilena se abrió paso precisamente gracias al nivel alcanzado en Chile por la democracia, sucumbió ante sus propias insuficiencias democráticas, a manos de una parte fundamental del viejo aparato del Estado: el ejército. La revolución salvadoreña es producto, en buena medida, de la utilización de todas las formas de lucha en el marco de una aguda y prolongada crisis política; en este país el predominio de la lucha armada y el desencadenamiento de la guerra civil son producto de las respuestas represivas del aparato del Estado, la burguesía reaccionaria y el gobierno norteamericano a las grandes manifestaciones de masas y las luchas electorales.

Ha sido la democracia, y la lucha por ella, el factor más importante en el proceso revolucionario de masas en América Latina, independientemente de las formas de lucha que se han utilizado para alcanzarla.

En la situación de México, la derecha opositora —Acción Nacional— ha puesto todo su empeño en presentarse como la negación del régimen de par-

tido absoluto que ha prevalecido durante más de cincuenta años. En cierta medida lo ha logrado, al menos por el momento. Sin embargo, la inconsecuencia democrática del PAN pone en riesgo sus recientes avances electorales. Ese partido no presenta una alternativa global a la antidemocracia que entraña la existencia de un partido oficial absoluto, pues ni siquiera plantea la necesidad del régimen parlamentario para sustituir al presidencialismo, que es parte central del sistema hasta ahora prevaleciente.

En México, la izquierda puede lograr la conformación de una alternativa democrática consecuente y radical. De esa manera se conjuraría el peligro de un nuevo sistema bipartidista que de imponerse cerraría las posibilidades actuales del desarrollo democrático. Mas para lograrlo se requiere dar un verdadero salto. Dejar atrás los viejos dogmas que han menospreciado el papel de la lucha por la democracia política en la visión y el programa socialistas.

En el presente volumen, fruto de la práctica política, presentamos algunos escritos que reflejan la continuación de la lucha de más de dos décadas contra el sectarismo y el oportunismo en la izquierda. El surgimiento del Partido Socialista Unificado de México, como un partido nuevo, es una gran oportunidad para profundizar el compromiso democrático de la izquierda de nuestro país. Durante dos años y medio, este partido ha encarado ese compromiso sobre la marcha. Por ello, la mayor parte de los escritos aquí incluidos se refieren a situaciones concretas, a posiciones asumidas por el PSUM en la búsqueda de su propio perfil como partido recién surgido. En ellos encontramos análisis concretos y tomas de posición frente a retos del momento. Ésta es, en mi opinión, una forma de coadyuvar a la elaboración de un programa y una táctica socialistas y democráticos.

** Lenin, *Obras*, Editorial Cartago, tomo XXVII, p. 54.

dos polos de una confrontación programática*

I

El país vive una coyuntura sumamente compleja. Junto a un recrudecimiento de la inflación y la carestía se desarrollan acciones reivindicativas de los trabajadores que van más allá de lo circunstancial y tienen en algunos casos formas iniciales de coordinación. Al lado de un nuevo esfuerzo del gobierno por refrendar sus nexos y su dirección sobre vastos sectores del pueblo trabajador y sobre la propia burguesía, se desarrolla una acción sin precedente en el campo electoral mediante la campaña del PSUM.

El gobierno de López Portillo llega ya a su ocaso sin haber resuelto grandes problemas que formaron parte de la retórica oficial hace seis años. Pero lo más sobresaliente es que su política económica, basada en el petróleo como impulsor de una bonanza prometida, ha fracasado. Y no solamente la inflación no decayó como fue prometido, sino que tampoco operó ningún mecanismo importante de distribución del ingreso, y los salarios de la mayoría de los trabajadores se redujeron en términos reales. Una vez más la inflación obró como mecanismo para expropiar una parte del salario y proteger las ganancias del reducido sector de capitalistas financieros. Las relaciones de México con el resto del mundo —factor importantísimo de nuestra economía— se basaron en dos renglones: el petróleo y la deuda externa; en ambos, el gobierno demostró torpeza y manejo antipopular, pues las expectativas petroleras se vieron fuertemente reducidas ante el primer descalabro en los mercados internacionales y la deuda exterior llegó a niveles sin precedente en México y en la mayor parte del mundo. De esta forma se configuró un mecanismo prácticamente automático para el regreso al extranjero de las divisas petroleras a través del pago de la deuda externa, a cuyo crecimiento la burguesía contribuyó de manera notoria en los últimos años.

Pero lo más grave de la cuestión petrolera es la incorrecta utilización de los recursos financieros captados en este renglón, que se tradujeron, en

* Informe del CC al Primer Congreso Nacional del PSUM. El informe fue presentado en nombre del Comité Central; al aprobarse por el Congreso sufrió algunas modificaciones y se publicó como resolución del Congreso. Marzo 13 de 1982.

gran parte, en una mayor capacidad de la burguesía para gastar improductivamente en el extranjero y en un mayor flujo de capitales al exterior; y todo esto en medio de la recesión económica en los países capitalistas.

La prosperidad anunciada en los inicios del sexenio que está por terminar, basada en las expectativas petroleras, sólo se tradujo en una mayor bonanza del capital financiero y en un gran fraude contra el pueblo trabajador.

No es difícil, por tanto, descifrar la acometida de numerosas organizaciones sindicales para conquistar aumentos realmente significativos de salarios y nuevas prestaciones. No es tampoco una sorpresa que el movimiento sindical democrático aumente su influencia cuando los charros continúan apoyando lo fundamental de la política económica del gobierno, si bien resulta importante el hecho de que los dirigentes sindicales tradicionales sostengan un programa económico que en algunos aspectos es muy diferente al impuesto por el gobierno y la gran burguesía. El problema radica en que, para ser consecuentes con estos planteamientos, los charros deberán presionar con recursos, como las movilizaciones, que no están dispuestos a utilizar. Una vez más, las grandes acciones de masas se dirigen hacia dos objetivos: la satisfacción de las reivindicaciones de los trabajadores y la conquista de la democracia y la autonomía de sus organizaciones. Ambas banderas son levantadas por el PSUM en todos sus actos.

La inflación incontrolada, la especulación con divisas, el gasto suntuario de la burguesía en el exterior y las exportaciones de capitales desembocaron en una profunda devaluación del peso que puso al país, como hace poco más de cinco años, en el rumbo de la crisis económica, del estancamiento, del desempleo y de mayor inflación. Pasado el espejismo petrolero, se pone de nuevo en evidencia, pero ahora con mucha mayor fuerza, que la nación encara desde hace años la caducidad de una forma de crecimiento capitalista y la necesidad de enfilarse hacia un desarrollo de alternativa. Nada de esto, sin embargo, está predeterminado, y ante la evidencia de la actual situación económica las distintas fuerzas y organizaciones políticas y sociales se aprestan a luchar por las políticas que mejor recogen sus inclinaciones y expectativas. Esta situación está, obviamente, imbricada con la sucesión presidencial.

Una gran tarea de las fuerzas revolucionarias y del movimiento reivindicativo que va hacia adelante en estos meses es justamente tratar de intervenir en este cuadro, ofrecer sus propias soluciones, impedir que entren en juego únicamente las perspectivas y propuestas que se generan en el aparato del Estado y en los altos círculos de la burguesía financiera. Una vez más esto depende de la fuerza política que se genere en esta coyuntura y de la intensidad de la lucha de los trabajadores.

El PSUM se pronuncia por un inmediato aumento general de salarios, sueldos y pensiones, por el control de cambios, por la escala móvil de salarios, por el desarrollo democrático del sistema estatal de distribución y comercialización, por la nacionalización de los monopolios de la industria alimentaria y de la banca, por un sistema popular de precios, por el aumento de los precios de garantía para los campesinos, por la reforma fiscal; todo esto, como respuestas concretas y viables a la situación económica.

El problema actual consiste justamente en ligar la lucha por las reivindi-

caciones de los trabajadores de la ciudad y del campo con una lucha directamente política, que ubique al charrismo como una estructura del poder actual; a la autonomía de las organizaciones sociales como una tarea ligada a la lucha por un nuevo poder y por el socialismo; a la protesta laboral como un elemento que debe embonar con la organización con fines políticos. La acción de los trabajadores —desde la óptica de los socialistas revolucionarios— debe avanzar de la reivindicación a la lucha por el poder, no obstante que la posibilidad concreta de alcanzarlo no esté aún en el terreno de lo inmediato.

Uno de los medios para lograr esto es el desarrollo programático y la asimilación de un programa que incorpore de manera coherente planteamientos de carácter global, referidos a la economía, el Estado, el sistema político y el conjunto de la vida social. La cuestión del programa —su desarrollo y socialización— no se refiere simplemente al establecimiento de horizontes lejanos, a mañanas que nunca llegan. Se trata de la aplicación de una política para hoy que juega un papel movilizador y educador, y que al mismo tiempo permite alcanzar objetivos concretos a través de la lucha. En los días que siguieron a la devaluación, nuestro partido ha participado en la confrontación política, principalmente con la campaña electoral. En síntesis, el PSUM considera que la lucha por la democracia y por una orientación popular y nacional de la economía constituyen la base principal de nuestra actividad política actual para avanzar en la perspectiva socialista. Es esta lucha la que determina la posibilidad concreta del avance de la fuerza revolucionaria del país, la que liga en la práctica la acción de hoy con el objetivo del socialismo. Para esto se requiere también un partido realmente democrático, que sea capaz de influir, a su vez, en la democratización de las organizaciones sociales.

Si esto se pierde de vista, la acción reivindicativa y toda la organización que ésta genera se mantienen en los estrechos límites del reformismo, que sólo busca mejorar en algo el actual sistema de explotación. Por ello, el PSUM insiste en la organización política, en la acción directamente política y en su forma partidista. Por ello, también, la campaña electoral que lleva a cabo nuestro partido propaga y promueve demandas económicas íntimamente ligadas a las políticas.

Las tendencias que aún desconflan de la organización partidaria independiente y revolucionaria, y que son acogidas entre las masas de manera instintiva, en parte debido a los largos años de despolitización sistemática realizada por el gobierno y el PRI, contienen fuertes elementos de reformismo, aunque su lenguaje sea, en ocasiones, radical. Muchas de esas tendencias no son de por sí contrarias al PSUM, pero los militantes revolucionarios tienen la obligación de confrontarles la opción orgánica partidista y recoger de ellas, al mismo tiempo, aquellos aspectos programáticos que enriquecen los planteamientos del PSUM. A la vez, nuestro partido debe esforzarse porque los movimientos de masas conozcan y hagan suyos nuestros objetivos, no sólo los programáticos, sino los de cada momento concreto.

Los sindicatos, ejidos y otras muchas organizaciones sociales de los trabajadores deben ser autónomas del Estado y de la burguesía, y no incorporadas a los partidos políticos, como lo ha dicho en todos los tonos nuestro

partido. Mas e'lo no significa que estén al margen de la política. En su seno debe haber libertad de afiliación a los partidos; no deben intervenir en cuestiones electorales como organizaciones, pero tienen todas un papel político muy importante. Organizarse en el plano regional y nacional para demandar cambios generales que involucren, de un lado, a los trabajadores en su conjunto, y, del otro, a la clase capitalista y el Estado, es una típica acción de carácter político. Demandar, por tanto, nuevas leyes y nuevas políticas ante los grandes problemas del pueblo trabajador es siempre una actividad política, aunque las demandas sean de carácter económico. De la generalidad de la lucha, de la precisión de los propósitos y de la identificación de los enemigos, depende que el movimiento de masas eleve constantemente su papel y su influencia en la política.

En México, los sindicatos y otras organizaciones sociales han demostrado, en muchas ocasiones, su voluntad para hacer política al levantar diversas iniciativas para la reorientación general del país. Las organizaciones sociales influyen también en las acciones y los programas de los partidos.

Y todo esto no choca en nada con la utilización de la forma de lucha electoral y la necesidad de la organización de los trabajadores en el PSUM. La participación en las campañas tiene dos aspectos principales: la propaganda de grandes objetivos programáticos que no sólo atañen a unos cuantos obreros o campesinos, sino a la generalidad de ellos, y la organización partidaria de los trabajadores. En el momento actual, esto es parte del objetivo de elevar las luchas de masas al plano de la política. Y nada de ello excluye la solidaridad concreta con las huelgas y otras acciones específicas de las masas.

Así, la lucha electoral es necesaria en este momento y, aún más, en determinadas situaciones como la actual adquiere importancia singular. Nuestra campaña electoral y el recorrido por el país pretenden dirigirse a los obreros, a los campesinos y hacia los movimientos de masas que hoy tienen lugar. Las grandes expectativas que se han abierto en esta campaña demandan al Partido mejorar su acción organizada.

Hoy se desarrolla en el país una confrontación política de gran importancia, aunque el PRI no lo quiera reconocer. Desde hace por lo menos treinta años, el país no conocía una situación política que ubicara claramente dos opciones totalmente enfrentadas e irreconciliables, y en que la opción emergente tuviera legalidad. El PAN y el PDM, por una parte, y el PPS y el PST, por otra, no constituyen, evidentemente, opciones realmente propias y completas. Los nuevos partidos que cuentan con registro aún no materializan sus posibilidades y evidencian carencias programáticas. Por estas razones —y en esto no existe ningún exclusivismo— el PSUM es la fuerza política que representa uno de los polos verdaderos de la confrontación política e ideológica del momento actual. El otro polo, el del poder, el gobierno, el PRI, la burguesía financiera, trata de reiterar el reformismo que lo caracterizó durante décadas, pero en esta ocasión con muchas menos posibilidades tanto por su desgaste como por el surgimiento de nuevos destacamentos obreros y populares que se han venido sumando a la lucha de la izquierda independiente del país.

Sin embargo, lo anterior no significa que el PSUM no tenga grandes problemas y obstáculos para consolidarse y dar, de esa forma, una gran

contribución a la lucha revolucionaria y a la politización del pueblo trabajador. La influencia del PSUM tiene hoy grandes límites, en primer lugar su aún escasa participación dirigente en las luchas de masas y en los sindicatos que han empezado a romper claramente con el charrismo, el sindicalismo blanco y las otras variedades del reformismo burgués entronizado en las organizaciones de los trabajadores de la ciudad y del campo. Por esta razón, podemos afirmar que la tarea más importante que tiene el PSUM en el momento es desarrollar su unidad política, consolidar los métodos democráticos y revolucionarios de dirección y organización, a la vez que hacer corresponder su influencia política e ideológica general con su penetración en las organizaciones de masas, especialmente en aquellos sectores que empiezan a romper con el poder y a abrir un camino independiente de lucha. Y para ello no basta incorporar a algunos dirigentes, sino que es necesaria la organización partidista de los trabajadores, lo que ayudaría a impulsar en mayor medida las luchas de masas. Esto es lo que puede, en verdad, convertir al PSUM en un partido revolucionario de masas.

Mas no perseguimos un partido que incorpore y subordine a las organizaciones sociales, atropellando así su independencia y sometiendo al Partido a las formas de organización generales y naturales. Lo que se pretende es forjar organización partidista, con su propio perfil, entre los trabajadores, e influir así en la democratización de los agrupamientos sociales y en las acciones de las masas. Asimismo, los miembros del PSUM deberán estar seguros de que su pertenencia al mismo no les impide encontrarse en sus organizaciones sociales en igualdad de condiciones que los otros miembros, en la seguridad de que las decisiones de su organización no pretenderán ser adoptadas u obstaculizadas por el Partido, sino elaboradas por su organismo social.

II

Uno de los elementos principales de esta tarea actual del PSUM es la lucha ideológica. Sin ella no puede construirse un verdadero partido revolucionario que pugne por el socialismo. La experiencia mexicana ha demostrado que cuando los socialistas renuncian a su programa, a la difusión abierta de sus objetivos y propósitos, solamente le dejan el campo a la ideología burguesa y al reformismo burgués. El socialismo es el movimiento encaminado a este fin, tal como lo concibieron los fundadores de esta corriente moderna e internacional, quienes consideraban indigno ocultar sus ideas y propósitos. Por ello, en la situación actual, aun cuando no es inminente un nuevo poder revolucionario, y en parte justamente por eso mismo, es indispensable difundir la teoría del socialismo científico, el programa del socialismo para México, y combatir la ideología burguesa en todas sus variantes.

Un partido que lucha por impulsar la formación de la hegemonía obrera en la sociedad tiene la necesidad de actuar en todos los ámbitos de la realidad. De allí también la importancia del programa socialista y del impulso de las actividades del PSUM en los planos cultural, universitario, agrario, urbano, juvenil, de la problemática de la mujer, de los grupos étnicos, de

los creyentes, el ejército, etcétera. No pretendemos construir un partido exclusivamente basado en organizaciones de obreros incorporados al Partido. Buscamos forjar una militancia con plena capacidad para actuar en el plano de la nación. Por eso, el PSUM no aspira a construirse en una expresión fraccional, sino en un componente político y teórico con capacidad revolucionaria, en un partido de clase realmente nacional y popular.

Junto a esto, las formas y métodos de organización del PSUM deben ponerse en concordancia con su aspiración a ser un partido de masas. Es necesario superar las limitaciones que tuvieron las agrupaciones que dieron origen al PSUM, para dar lugar a un partido en el que militen centenares de miles de socialistas resueltos a dar la lucha organizadamente y de cara a la nación en su conjunto.

Las tareas teórico-políticas y organizativas del PSUM en el momento actual alcanzan un grado alto de complejidad, en primer lugar porque todo lo hemos hecho sobre la marcha. Desde la Asamblea de Unificación en noviembre de 1981, las tareas prácticas han estado en primer plano. La discusión sistemática y la elaboración de planteamientos se han quedado rezagadas, aun cuando en los congresos estatales se han iniciado importantes discusiones. Esto ha sido necesario y probablemente continúe de esa misma forma hasta las elecciones de julio de este año. La reflexión sobre la situación de nuestro partido es importante, sobre todo ante las muestras de desesperación o simple impaciencia de que el PSUM defina posiciones acabadas sobre diversos problemas del país e internacionales. Es necesario comprender que un partido no se forja en unos cuantos meses. Que los pasos actuales de su construcción arrancan de una situación peculiar, sobre todo del hecho de que se trata de un partido en proceso de fusión en el que ninguna de las fuerzas que intervinieron en la unificación se siente plenamente expresada. Esto es así, y de esa manera tenía que ser. De lo contrario, el gran objetivo de formar un partido más fuerte hubiera quedado en pura palabrería.

Hoy, el PSUM es una realidad política en México; la decisión de integrarlo es uno de los pasos más relevantes que ha dado la izquierda mexicana en toda su historia. Y es, al mismo tiempo, un paso difícil, sobre todo porque una experiencia así no la habíamos tenido nunca antes. Se trata de un paso que no tiene vuelta atrás. Sin embargo, todavía se mantiene con fuerza la presencia de los partidos fusionados, con sus enfoques distintos sobre problemas políticos e ideológicos, estilos y formas de hacer política. Esto es inevitable, pues ha transcurrido un breve lapso desde la Asamblea de Unificación. Pero es preciso que el conjunto del Partido haga todos los esfuerzos a su alcance para evitar que esas diferencias se prolonguen por mucho tiempo, se hagan estables y se conviertan en corrientes de opinión organizadas, con todo lo que ellas significan en cuanto a disciplinas paralelas.

Al mismo tiempo, debemos recordar que el PSUM no es un fin en sí mismo. Si la unificación es un paso adelante en la gran tarea de la liberación de la clase obrera y de todo el pueblo trabajador, entonces estamos cumpliendo nuestro deber y actuando en la dirección correcta. Los que especulan con la idea de que nuestro partido fracasará están muy equivocados.

El PSUM está consciente de que hoy sigue estando en el orden del día la lucha por la unidad de la izquierda. Ésta no culminó con la integración del Partido. Por ello, adquiere mucha importancia la política de alianzas.

Hemos dicho que el PSUM es un partido que aspira a tener en sus filas a cientos de miles de mexicanos, hombres, mujeres, jóvenes, organizados en forma partidista a través de organismos de base y comités de dirección, y no simplemente enlistados, sino militando y decidiendo democráticamente todas las cuestiones relativas al Partido y a su lucha, y, al mismo tiempo, contribuyendo económicamente al sostenimiento del PSUM. Por ello, la afiliación a nuestro partido es individual y abierta a todos los que estén dispuestos a militar en él sobre la base de la aceptación de sus principios, su programa y sus normas estatutarias.

En sólo dos meses se han inscrito en el PSUM más de 30 mil militantes y se han formado más de 800 organismos de base. Sin embargo, aún quedan muchos compañeros que fueron miembros de organizaciones fusionadas y millares de trabajadores que comparten nuestro programa. Incorporarlos al PSUM es una tarea inmediata de todos nosotros, tomando en cuenta que el PSUM padece grandes diferencias regionales, pues existen importantes disparidades en su fuerza. Para todo esto se requiere un plan de organización que considere estas peculiaridades. Entre las tareas organizativas más importantes de nuestro partido en el momento actual destacan la formación y desarrollo de los organismos de base y el funcionamiento continuo y regular de los órganos de dirección. Los organismos de base deben construirse primordialmente en los centros de trabajo, y mediante el trabajo planificado con criterios de concentración, tomando en cuenta las condiciones peculiares de cada uno de ellos, pues sabemos por experiencia que la legalidad que hemos conquistado no ha entrado aún a la inmensa mayoría de las fábricas y otros centros de trabajo, lo que nos obliga a tomar las medidas necesarias para preservar a nuestros militantes y proteger el empleo de los miembros del PSUM.

Tanto los organismos de base como los comités de dirección están obligados a implantar formas de trabajo que les permitan la incorporación a la actividad política y de organización de todos sus integrantes, e incrementar el peso de la militancia obrera dentro del Partido. Para esto es necesario combinar la discusión con la acción, pues nada más alejado de nuestros deseos que convertirnos en un simple círculo de discusiones o en una organización sin discusión y debate internos. Los organismos de base y los comités intermedios son los que mantienen el contacto diario con las luchas concretas y deben convertirse en verdaderos instrumentos de lucha y de difusión de nuestro programa.

El centralismo democrático del que hablamos es la libertad de discusión y de crítica, la unidad en la acción, la dirección única y colectiva, la subordinación de la minoría a la mayoría y de los organismos inferiores a los superiores, y la obligación de los órganos dirigentes de rendir cuentas a quienes los eligieron. Esto quiere decir que la disciplina es una cuestión política basada en el convencimiento de la necesidad de respetar los acuerdos mayoritarios sin atropellar las opiniones minoritarias. Por ello también es preciso definir con entera precisión los derechos de las minorías y las facultades de los órganos de dirección.

Este partido debe hacerse *habitabile* para cientos de miles de trabajadores que lleven a cabo su participación política principal a través de una organización partidista, sin que ésta sustituya la participación de los miembros

del PSUM en los agrupamientos sociales. Para ello es preciso no atropellar las opiniones, la crítica y las inclinaciones personales de los militantes. Se requieren verdaderas discusiones democráticas sin caer en las votaciones mecánicas. Es preciso también que la actividad en los organismos de base y los comités de dirección en todos los niveles no sean una carga imposible de sobrellevar. El ingreso al PSUM implica necesariamente dedicar un tiempo a la actividad política y teórica, pero ésta no debe rebasar los límites que cada militante, por un sinnúmero de razones, se impone a sí mismo. De lo contrario, los métodos de organización y las formas de trabajo se van convirtiendo en algo inaguantable para muchos militantes. La organización partidista no crea superhombres. Deseamos militantes conscientes que brinden a la lucha revolucionaria todo el tiempo que su propia conciencia y sus condiciones de vida y de trabajo les permitan. Con elementos de este tipo es posible ir forjando las bases organizativas de un partido para cientos de miles, para millones de trabajadores mexicanos.

III

Es nuestro deber advertir que si el Partido no conduce correctamente la actividad electoral, sus posibilidades políticas se verán seriamente dañadas. Ya en ocasiones anteriores se ha discutido en la izquierda mexicana la actitud que hay que tener frente a las elecciones, y ya también se ha demostrado con hechos que la participación en ellas y —más recientemente— la intervención en la Cámara de Diputados y en los congresos locales no han representado la renuncia a uno solo de los planteamientos programáticos de las fuerzas que se integraron al PSUM. Ahora es el momento de definir los objetivos precisos y concretos de la campaña electoral que está en curso, y las tareas para movilizar al Partido y al pueblo en las actividades electorales.

No puede haber trabajo electoral verdadero que eluda la incorporación de nuevos militantes a las filas del Partido. Como tampoco se puede concebir una actividad política como la campaña electoral sin pretender modificar la situación del país, aunque sea en forma aún limitada. El desarrollo orgánico del PSUM depende, en parte, de la forma como inscriba en sus filas a los que al calor de la campaña se deciden por la vía de la militancia en un partido.

Al mismo tiempo, las relaciones políticas en el país pueden cambiar positivamente con una izquierda más unida que demuestre mayor peso, mejor organización y penetración en la sociedad. Actualmente, una de las mayores preocupaciones de las fuerzas gubernamentales y de la burguesía financiera consiste justamente en las posibilidades de la izquierda independiente, especialmente del PSUM.

Es interés del gobierno presentar a la izquierda seccionada, fragmentada y confusa. Y para ello trata de impulsar partidos que insisten en la vieja política de apoyar de una u otra forma al partido oficial y a las autoridades gubernamentales. La *alianza* del PRI con el PPS no se basa en ningún acuerdo político serio, sino en la simple supeditación de este último al po-

der. En cuanto al PST, es sabido que hubo en su dirección el intento de plejarse también a la candidatura oficial, y aunque esa organización cuenta con candidato propio, no deja de apoyar al gobierno. De esa forma, la izquierda oportunista juega como un factor para dar la imagen de una izquierda dispersa e incoherente.

En cuanto al PRT, ya hemos aclarado que fue ese partido el que cerró la posibilidad de un acuerdo electoral con el PSUM e hizo un manejo demagógico de la unidad de acción electoral de la izquierda.

En nuestra opinión es totalmente legítimo luchar por el registro electoral, aún más, el PSUM reafirma su inquebrantable posición de libertad de asociación, lo que equivale a abolir el sistema de registros y a otorgar a todos los partidos el pleno reconocimiento que solamente el número de votos debe autenticar. Sin embargo, sería perjudicial para la izquierda que cualquier partido obtuviera votos sólo para lograr su registro aunque carezca de base. Por ello, la gente de izquierda debe votar de acuerdo a sus verdaderas convicciones políticas.

A lo anterior se suma la maniobra para que el PSUM tenga un número de diputados muy inferior a su nivel de votos. Al ampliarse a cuatro las circunscripciones plurinominales, con 25 diputados cada una, y al aplicarse la misma forma de reparto que en la elección de 1979, a cada uno de los partidos distintos al PRI le corresponderán dos diputados en cada una de las circunscripciones (ocho en las cuatro circunscripciones) con un mínimo de votos, ya que se puede considerar que cualquier partido que alcance el 1,5 por ciento de la votación nacional tendrá asegurado ese número de diputados. Pero como se trata en esta ocasión de ocho partidos políticos, en cada circunscripción se repartirán con muy pocos votos 16 diputados; por esto se les ha llamado los *diputados baratos*, que en total serán 64. El resto (nueve en cada circunscripción) se distribuirá entre los partidos con mayor votación y se requerirá una muy alta cantidad de votos por cada uno. De esa forma, los partidos más pequeños tendrán un número de diputados muy similar a la de los que tengan mayor votación.

Esta maniobra del gobierno no sólo introduce un nuevo elemento de injusticia electoral, al dar mayor valor real a unos votos que a otros, sino que también se inscribe en la política de presentar una gran cantidad de partidos de izquierda, cada uno de ellos con una fuerza parlamentaria muy semejante. Se quiere impedir así que la izquierda se polarice en un partido fuerte, serio, verdaderamente independiente y revolucionario.

Ya hemos mostrado la injusticia y antidemocracia del actual sistema electoral, que le reserva al partido oficial la inmensa mayoría de los 300 distritos uninominales en los que obtiene las curules aunque no cuente con la mayoría absoluta de los sufragios y deja sin representación los votos minoritarios que aunque puedan conformar un alto porcentaje no alcanzan a nombrar a ningún representante. Así, por ejemplo, en el Distrito Federal la Coalición de Izquierda obtuvo el 13,13 por ciento de los votos en 1979, pero no alcanzó ningún diputado, pues el PRI se llevó los 40 que corresponden a esta entidad, y con ese porcentaje nuestro partido no tiene representación de ningún tipo en el gobierno de la ciudad. ¡Ésa es la democracia de la que se vanaglorian el partido oficial y el gobierno! Por eso, el PSUM lucha por la representación proporcional completa en los órganos representati-

vos del Estado, como son el Congreso de la Unión, las cámaras locales y los ayuntamientos.

Pero además, el gobierno está hondamente preocupado por la acción parlamentaria de los diputados del PSUM. La experiencia de la legislatura que está por concluir demuestra que con sólo 18 diputados fue posible contar con el grupo parlamentario más prestigiado de la Cámara, el que mayor actividad legislativa realizó, el que interpeló al gobierno con fuerza y precisión, y el que presentó proyectos de ley con más rigor y profundidad. Por esto podemos decir que, a pesar de la maniobra del gobierno para despojarnos de asientos en la Cámara de Diputados, nuestro grupo parlamentario podrá cumplir sus funciones y representar plenamente a la izquierda revolucionaria. En realidad, bajo las actuales condiciones, el número de diputados es un factor importante, pero no es el principal; lo que tiene mayor trascendencia es el desempeño de nuestros diputados, el grado y la forma en que expresen los intereses obreros y populares y se vinculen con las luchas del pueblo trabajador.

El número de votos que el PSUM obtenga en las elecciones de este año no será un factor secundario. En esto sí radica un asunto de la mayor importancia política concreta. El camino de la unidad de la izquierda y de los cambios democráticos en el país pasa necesariamente por la construcción de un partido fuerte que exprese su importancia también en el terreno electoral. No se puede ser polo de atracción sin manifestar fuerza. Por ello, en términos concretos, cada voto debe ser considerado como una conquista, como un avance, como una forma precisa de aportar algo a la lucha revolucionaria socialista de nuestro país. Y ésta debe verse reflejada en toda la actividad electoral.

El cambio político más importante que podemos conquistar en las próximas elecciones es un partido de izquierda, independiente y revolucionario, más fuerte. Esto nos podrá permitir lograr avances democráticos concretos y tangibles.

El PSUM aplica una política de amplias alianzas sobre la base de convergencias políticas y programáticas. Hoy, nuestro partido está demostrando, en los hechos, que se puede seguir avanzando en esa política unitaria. Hasta ahora hemos pactado alianzas electorales con la Corriente Socialista, con el Partido Obrero Socialista, con la Unidad de Izquierda Comunista y con la COCEI, lo que constituye un importante paso concreto en el camino de la unidad de la izquierda.

IV

Para lograr los cambios democráticos que el país requiere en este momento, es necesario el desarrollo de la propaganda. Cuando se tienen agrupamientos pequeños, la propaganda sirve en gran medida para aclarar a los militantes los objetivos y las cuestiones teóricas principales; pero para un partido que actúa cada vez más en todo el país y que representa un programa de alternativa a la política dominante, la propaganda se convierte en una actividad de grandes masas. Llevar el programa del PSUM al pueblo

mexicano es una tarea de gran trascendencia, y para ello se requiere un esfuerzo enorme, como no lo hemos hecho nunca antes. La campaña electoral es un medio para lograrlo, pero, después de las elecciones del cuatro de julio, el esfuerzo propagandístico no debe decaer; el problema, entonces, será mantener un alto grado de propagación programática y política.

La propaganda en el momento actual debe tener tres aspectos principales. Éstos son: el sentido revolucionario y socialista de nuestra lucha; la información sobre los planteamientos políticos del PSUM y el sentido de las luchas de masas; y el llamado a la acción concreta. Dentro de esto, difundir nuestro programa y nuestros principios constituye un elemento relevante y, junto a ello, es necesario decir al pueblo trabajador cuáles son las mejores formas, en nuestra opinión, para actuar y qué significado tiene la acción de masas.

La capacidad propagandística del PSUM es aún muy limitada para hacer frente a los requerimientos de la situación actual. Para propagar algo es necesario primero que nada precisar y conocer lo que debe ser propagado. Por ello es urgente la asimilación por los militantes del PSUM del contenido de nuestros documentos básicos. Se requiere también elevar la capacidad de utilización de los diversos medios de propaganda, desde la televisión y el radio hasta los mensajes en la calle, pasando por el volanteo, el mitin a puerta de centro de trabajo, el análisis de acontecimientos y las propuestas de acciones concretas.

V

Dentro de la problemática actual de nuestro partido y de la lucha revolucionaria, destacan algunos problemas de carácter internacional. En primer lugar, la situación centroamericana y del Caribe.

Las tareas del PSUM para redoblar su solidaridad con la revolución salvadoreña en marcha, con los combatientes revolucionarios de Guatemala y con el gobierno de Nicaragua son muy grandes, y —hay que decirlo— no hemos jugado el papel de que se desprende de nuestra capacidad real y de nuestras obligaciones internacionalistas. El imperialismo de los Estados Unidos actúa con verdadero descaro y su intervención en El Salvador es una escalada que pone a ese país en riesgo de convertirse en un nuevo Vietnam. El gobierno mexicano ha dado un paso de importancia al reconocer que una parte del conflicto y de la guerra en El Salvador lo constituye el FMLN-FDR, pero en nuestra opinión es necesario emprender una lucha resuelta contra la intervención norteamericana —como un hecho evidente—, que es la que sostiene, principalmente, al régimen genocida de El Salvador. Para el gobierno de Washington, Centroamérica es una zona de su influencia exclusiva y aplica allí su política bloquista de sometimiento nacional. Por ello, el papel de México puede ser de primera importancia. Si los Estados Unidos se arrogan el derecho de ayudar militar y económicamente a una de las partes beligerantes, otros países pueden también, ante la intervención de los Estados Unidos, ayudar a la otra parte: la que representa a la mayoría del pueblo salvadoreño. Y esa ayuda no sería en la misma

forma en que los norteamericanos apoyan al régimen dictatorial, pues los revolucionarios de El Salvador tiene la suficiente capacidad para conducir ellos mismos su guerra revolucionaria. Se trata de la necesaria ayuda económica en alimentos y otros bienes que requiere el pueblo salvadoreño para resistir la devastadora y aniquiladora acción de los gorilas de ese país y del ejército de los Estados Unidos. Ésa sería una acción de apoyo franco y decidido. Por ello, la izquierda mexicana y el PSUM deben hacer un esfuerzo mayor por ayudar económicamente al pueblo salvadoreño.

La situación en Guatemala continúa agravándose por la enfurecida acción del ejército de ese país y las bandas derechistas que tienen todo el apoyo del gobierno de Reagan. La actitud del gobierno de México de desahacerse de los grupos emigrantes que huyen de la represión de la tiranía guatemalteca es verdaderamente criminal. La ola de protestas en México ha jugado un papel para atenuar recientemente esa cínica actitud del gobierno mexicano, pero la política oficial en relación con este problema no se ha modificado sustancialmente.

Por ello, es necesario que el PSUM impulse sus acciones en favor de las fuerzas revolucionarias guatemaltecas, les dé apoyo concreto y exija con mayor ímpetu la modificación de la política del gobierno mexicano.

En los últimos meses se ha recrudecido la hostilidad de Washington contra el gobierno de Nicaragua. La revolución nicaragüense está bajo una verdadera amenaza, pues los Estados Unidos no sólo persisten en su acción hostil y agresiva, sino que han logrado que tres gobiernos de Centroamérica se coliguen contra Nicaragua, y los norteamericanos ya anunciaron que si el nuevo gobierno de Costa Rica no se pliega a esa política, se le cancelará la ayuda, pues ésta se canalizará a través del pacto anticomunista y proimperialista firmado entre ese país, Honduras y Guatemala.

Es necesaria la denuncia en los foros internacionales y la adopción de medidas contra esa alianza antinacional y reaccionaria de las plutocracias centroamericanas, pues no estamos frente a actos soberanos de los estados de esos países, sino en presencia de un intervencionismo descarado y ruin del gobierno del señor Reagan, que afecta a México, como país, en la medida en que erige en gendarmes de la zona a los militares centroamericanos apoyados por el Pentágono. México no puede tener relaciones normales con gobiernos —uno de ellos fronterizo— que además de masacrar a sus pueblos han vendido su alma al imperialismo y actúan como subrogados de éste. Ésos y el imperialismo norteamericano son los enemigos exteriores del pueblo mexicano; sus amigos son los revolucionarios que se han levantado contra la explotación y el imperialismo en Centroamérica.

La política agresiva de los Estados Unidos contra Cuba se ha intensificado seriamente a partir del ascenso de Reagan a la presidencia. De las amenazas verbales se ha pasado al despliegue militar en Guantánamo y a las maniobras militares de la OTAN en el Golfo de México, que amenazan a toda el área, incluyendo a nuestro país. Una vez más, el PSUM manifiesta, enfáticamente, toda su solidaridad y apoyo a Cuba y a su revolución socialista.

Apenas unos días después de la Asamblea de Unificación, se promulgó el estado de guerra en Polonia. La Comisión Política del Comité Central hizo entonces una declaración en la que se pronuncia por el levantamiento

de dicho estado de guerra y en favor de una solución democrática de la actual crisis polaca.

En esa declaración se considera justo el movimiento de los obreros polacos y se señala —cuestión en la que casi todas las fuerzas revolucionarias del mundo han coincidido— la presencia de elementos provocadores en la actual coyuntura de Polonia. Sin embargo, tal pronunciamiento no satisfizo a muchos en el Partido. En unos casos porque se exige una definición en contra de la actual política del gobierno polaco, y en otros porque se considera que la medida adoptada por éste fue necesaria y justificada. Esta situación creada en nuestro partido acerca de los acontecimientos en Polonia es del todo natural, sobre todo si consideramos que una de las discrepancias previas a la unificación es justamente la relativa a los juicios y apreciaciones sobre los regímenes de los países socialistas. Pero junto a esto se ha abierto un debate en todo el Partido sobre los acontecimientos de Polonia, la política de los gobiernos de los países socialistas, el socialismo, el Estado, el internacionalismo proletario y la cuestión nacional.

El Primer Congreso del PSUM manifiesta su desacuerdo con el establecimiento del estado de emergencia por parte del Consejo Militar de Salvación Nacional de Polonia, la negación de los derechos civiles, políticos y en especial de la libre asociación sindical, lo que se ha traducido en una ofensiva contra los trabajadores agrupados en Solidaridad.

El levantamiento del estado de emergencia, la liberación de todos los presos políticos, el reconocimiento pleno de Solidaridad y el restablecimiento de negociaciones es el único método capaz de poner las bases para una solución política de la actual crisis.

El Congreso denuncia la intromisión abierta del imperialismo norteamericano y de varios gobiernos demócratacristianos en claro apoyo a las fuerzas retardatarias, cuyo objetivo es desprestigiar la lucha por el socialismo y sacar ventajas en otras zonas, en su acción contra el movimiento obrero y de manera concreta contra las revoluciones en el Caribe y Centroamérica, llevando al mundo a una segunda etapa de guerra fría, de anticomunismo y oscurantismo, peligrosa para la seguridad y la paz mundial.

El Congreso aprueba realizar una amplia discusión en el PSUM sobre los problemas del socialismo, partiendo de que en el mundo no hay modelos únicos y que el desarrollo de nuestra concepción debe tomar en cuenta las experiencias, aciertos y errores en los países socialistas. De acuerdo con nuestra Declaración de Principios, el socialismo por el que nosotros luchamos no es solamente la supresión de la propiedad privada sobre los medios de producción, sino la más amplia democracia política, lo que significa la libertad y el pleno respeto a la participación de los productores, la independencia de las organizaciones sociales y su autonomía respecto de los partidos políticos y el Estado.

*El desarrollo de prácticas dañinas, como el monopolio del poder, el dogmatismo, la intolerancia en las costumbres y la razón de Estado como sustento de la política exterior, todos ellos fenómenos que también caracterizan la práctica existente, son problemas que requieren ser estudiados para explicarnos las crisis que se han presentado en el socialismo actual y para definir nuestra propia vía de transformación democrática y socialista.**

* La parte subrayada fue aprobada mediante una votación de 240 en favor y 200 en contra.

El debate en el PSUM debe proseguir porque no hay nada más alejado de nuestra intención que imponer decretos inapelables. A nadie se le ha presionado para que cambie de opinión sobre esto; simplemente el Partido irá definiendo su perfil a través de la confrontación libre de opiniones y de las relaciones democráticas que rigen su vida interna. Si esto es así, entonces las resoluciones del Partido sobre estos asuntos no deberán ser causa que justifique o ampare actitudes divisionistas que están totalmente reñidas con la política, los pactos y los actos que dieron lugar al surgimiento del PSUM.

La política guerrillerista del actual gobierno norteamericano, con su decisión de instalar nuevos misiles nucleares en Europa y su negativa a llegar a acuerdos precisos de limitación de armas con la Unión Soviética, a pesar de los insistentes y reiterados llamados y propuestas de este país, es un elemento que lleva el peligro de guerra. Es necesario, por ello, concentrar esfuerzos en la lucha por la paz y contra la política belicista del gobierno norteamericano.

Uno de los grandes retos del PSUM en el momento actual es demostrar que la unidad no sólo es necesaria sino también posible y duradera. El Partido no es un fin en sí mismo, sino un instrumento de lucha para la liberación de los trabajadores y el desarrollo multilateral de la nación mexicana. Encaramos un ambicioso proyecto que va mucho más allá de nuestras siglas, pero que reconoce la necesidad insoslayable de contar con un partido revolucionario de masas, plenamente nacional. Nuestra política actual está comprometida con tal propósito.

¡Viva el Primer Congreso Nacional del PSUM!
¡Viva el Partido Socialista Unificado de México!
¡Viva el socialismo!

ante la crisis, la democracia es la salida*

I

Una nueva crisis se ha presentado en el país. Todas las fuerzas políticas y las organizaciones patronales, los sindicatos y muchos especialistas se han pronunciado en relación con ella. Mucho se ha dicho hasta ahora sobre esta crisis, pero lo que es evidente es que produce ya nuevos deterioros en el nivel de vida y de ocupación del pueblo trabajador. La crisis era, en verdad, inevitable bajo la dirección política actual del país. Durante los últimos tres años las fuerzas que dieron lugar al PSUM expresaron que el avance en el incremento del producto y en el empleo no tenían suficientes bases de sustentación; que la bonanza prometida con las expectativas petroleras era una ilusión que se quería inculcar en el pueblo y un buen negocio de la gran burguesía, y que la crisis económica era previsible. El gobierno y el PRI respondieron con su simplismo característico y con la prepotencia de siempre: nos llamaron "catastrofistas" y "deformadores de la realidad". Después de cuatro años de engaños, nosotros preguntamos: ¿quiénes son los deformadores?, ¿quiénes han conducido el país a la crisis, a pesar de las advertencias de la izquierda y del PSUM?

Las medidas tomadas por el gobierno para impedir una mayor profundización de la crisis han resultado del todo insuficientes y superficiales. Pero lo más grave es que, por el camino que señala el gobierno priísta, la expectativa actual es de mayor desempleo y subempleo, de disminución de los salarios reales de los trabajadores, de recortes en el gasto social y de nuevas limitaciones en la inversión.

El gobierno prometió hace cinco años incremento sostenido e inflación controlada y decreciente. El resultado concreto y tangible al final del sexenio es reducción del ritmo de crecimiento de la economía y una inflación verdaderamente galopante, totalmente incontrolada y en constante aumento. Es realmente impresionante cómo todas las palabras del gobierno, de sus funcionarios, incluyendo al actual candidato del PRI a la presidencia, se han ido al piso, se han enfrentado totalmente a los hechos, se han convertido en frases huecas, en engañosas. Hace apenas unos meses los funcio-

* Informe presentado al II Pleno (ampliado) del CC del PSUM. Abril 26 de 1982.

narios gubernamentales y el secretario de Programación y Presupuesto se vanagloriaban de que mientras en la mayor parte del mundo capitalista se reducían los ritmos de crecimiento económico, en México se sostenían altas tasas, y de que las medidas recesivas —aquellas que tienden a disminuir el crecimiento para frenar la inflación y asegurar las ganancias— no tenían ninguna cabida en nuestro país. Hoy, el programa gubernamental para hacer frente a la crisis es totalmente recesivo; consiste en limitaciones al gasto público, a la emisión de circulante, a nuevos proyectos de inversión productiva. De esa forma se cancelan proyectos, se reduce el campo de las inversiones, se posterga la satisfacción de necesidades populares en los terrenos de la salud, la educación, la vivienda.

Las medidas anunciadas por el gobierno priísta no detendrán la especulación financiera. Sabemos que antes y después de la devaluación han salido del país grandes cantidades de dólares de las que el gobierno se niega a informar con detalle.

Esto se debe a que la burguesía tiene miedo al control de cambios y por ello no se conforma con comprar dólares y depositarlos en el país, sino que los lanza al exterior. Ese pánico que prevalece entre la burguesía, especialmente entre los financieros y los rentistas que gozan de los intereses de sus depósitos bancarios y de sus valores, está llevando al país a un colapso financiero aún mayor, mientras que el gobierno se reduce a apelar a la conciencia burguesa, pero no adopta medidas que frenen las exportaciones de capital y las compras suntuarias en el exterior. La decisión gubernamental de limitar el endeudamiento neto para 1982 a once mil millones de dólares no es sino un acto al que está obligado de acuerdo con la ley de ingresos aprobada por el Congreso para este año. Pero en el fondo lo que ocurre es que México no tiene ya capacidad para obtener créditos ilimitados en los mercados financieros internacionales porque los banqueros del mundo capitalista ya no le prestan tan fácilmente. En los últimos años la política de empréstitos del gobierno priísta no sólo contribuyó a la crisis actual, sino que hipotecó una parte sustantiva del gasto del Estado en el pago de intereses y amortización de la deuda. Además, las tendencias recesivas en los países capitalistas desarrollados han creado un marco económico mucho más difícil, sobre todo por el descenso de los precios de algunas materias primas de exportación.

Junto a las medidas recesivas iniciadas por el gobierno a través del decreto del presidente de fecha 20 de abril, se han anunciado aumentos en las tarifas y en los precios de los servicios y mercancías de las empresas estatales y del gobierno. Ésta es una forma de financiar el gasto sin recurrir a la reforma fiscal, es decir, al aumento de los impuestos a los grandes burgueses. Así, una vez más, el pueblo trabajador pagará las consecuencias.

La respuesta del gobierno en materia salarial frente a la devaluación de la moneda ha sido una resolución del secretario del Trabajo para un aumento de salarios del 30, 20 y 10 por ciento, según los diversos niveles de ingreso que el propio gobierno ha fijado en menos de 20 mil pesos, mayores que esta cantidad y menores de treinta mil, y mayores de 30 mil pesos mensuales, respectivamente. Podemos decir que en la mayor parte de los casos estos aumentos no han sido cumplidos por los patrones. La resolución gubernamental no tiene carácter de ley y los salarios mínimos, que

percibe más de la mitad de los asalariados, no se han modificado legalmente. Asimismo, la mayoría de los trabajadores mexicanos no forma parte de ningún sindicato ni tiene, por tanto, la posibilidad de realizar la huelga dentro de los marcos de la ley del trabajo vigente, sin contar la extrema debilidad de muchas organizaciones sindicales. En estas condiciones los aumentos anunciados por las autoridades gubernamentales introdujeron un elemento más en la disparidad del ingreso dentro de la clase obrera y permitieron el regateo y las maniobras patronales de todo tipo.

El gobierno, por su parte, tampoco cumplió plenamente su propia resolución que lo obligaba a pagar el aumento a sus trabajadores en un solo acto y en la quincena inmediata, pues como se sabe el incremento salarial se pagará a los empleados públicos en junio y septiembre.

Los aumentos salariales propuestos por el gobierno tienen también otras facetas. Los sindicatos no negociaron en bloque con la patronal, pues los intentos que se realizaron en este sentido fracasaron ante la intransigencia de los capitalistas y la negativa del Congreso del Trabajo a emplazar a huelga en todo el país simultáneamente. Así fue como el gobierno aprovechó la situación para mediar en el conflicto y mediatizar lo que debió ser una disposición de carácter general obligatorio. El incremento parcial de los salarios se tradujo en un fortalecimiento de las ayudas del Estado a las empresas privadas, especialmente a las mayores, y a los grupos financieros. De esa forma, la gran burguesía le pasó la factura al gobierno y éste pagó el costo por razones de carácter político y especialmente de tipo electoral.

El monto de los aumentos no correspondió a ningún mecanismo de protección del salario. El gobierno fijó los porcentajes a sabiendas de que se cumplirían parcialmente sin que mediara una evaluación del impacto inflacionario de la devaluación de la moneda y de las consecuencias de los incrementos en los salarios sobre el nivel de los precios, toda vez que no existen otras medidas de política económica capaces de controlar realmente la inflación. De esa forma, detrás del fetichismo exacerbado que produjo la devaluación al convertir el dinero —unidad de medida y medio de cambio— en el parámetro de toda la economía y de las relaciones sociales en su conjunto, se está prohiendo un mayor proteccionismo al gran capital y una ilusión pasajera en algunos sectores de la clase obrera y de los empleados a los que la burguesía les cobrará con creces el aumento que solamente le otorgó a una parte de los trabajadores.

El PSUM se pronunció por los aumentos salariales, pero no como medida única, sino como un elemento dentro de la rectificación de la política y las condiciones estructurales que llevaron al descontrol inflacionario y la devaluación, expresiones inmediatas de la nueva crisis económica, cuyos responsables son los dirigentes gubernamentales y la burguesía financiera.

Pero también ha tomado fuerza el *economismo*, que se dirige a lograr únicamente aumentos de salarios empresa por empresa, fuera o al margen de las acciones generales de los trabajadores por modificar la situación en su conjunto. En esto cayó una parte de la izquierda, que pretendió llevar a algunos sindicatos al aislamiento y el enfrentamiento con los patrones individualmente. Esta tendencia está presente y actúa en un sentido negativo, pues lleva justamente al terreno que más le conviene a la burguesía, el terreno que por otra parte fue escogido por el charrismo, que negoció los au-

mentos empresa por empresa, después de la resolución gubernamental, pudiendo haber tomado el camino de la negociación global, el emplazamiento a huelga nacional y las acciones obreras en la calle. Los sindicatos democráticos no tenían la fuerza para llevar a cabo ese emplazamiento nacional ni para obligar a la negociación global, pero se lanzaron a la calle (como ocurrió el 19 de marzo) y en algunos casos fueron los primeros en pactar los aumentos salariales cuando todavía no se sabía en qué grado y cuándo se iba a cumplir la resolución del gobierno. En estas condiciones habría sido un error estallar huelgas aisladas por un aumento mayor, ya que en ningún caso se hubiera logrado tal objetivo.

Una de las cuestiones que distingue una posición reformista de una revolucionaria en momentos de crisis como la actual es justamente la visión de la crisis misma y las soluciones que se propugnan. La tendencia más natural y primitiva entre los trabajadores es la salarialista, que agota el programa obrero en la reivindicación por el salario. La izquierda revolucionaria no puede hacerse eco de esa posición, aunque haya que escuchar la vociferancia de los *ultras* de palabra que propugnan salidas reformistas.

Los dirigentes oficialistas —por su parte— no han dado una sola lucha por su programa de reformas económicas y, en cambio, continúan aceptando en la práctica las medidas gubernamentales.

La falta de coordinación de los sindicatos democráticos y de los movimientos independientes es una gran limitación para enfrentar los estragos de la crisis económica. Por esto es una tarea política de importancia desarrollar formas de coordinación de esas organizaciones.

II

Más allá de los síntomas de la crisis, de la inflación, la devaluación y las disminuciones en el gasto público y en nuevas inversiones productivas, se encuentran razones de fondo, estructurales. La concentración del ingreso y la tremenda desigualdad se han presentado en México como un obstáculo del desarrollo, como un elemento no solamente de injusticia sino también de freno de la economía. Esa forma del desarrollo ha conducido a crisis sucesivas en los últimos años, como las de 1976 y 1982.

El empleo, que aumentó recientemente (no entraremos aquí en cifras que son dudosas), tiende ahora a disminuir su ritmo de crecimiento tanto en la industria como en los servicios, tal como lo advertimos a tiempo. La producción tiene los límites de una estructura que se desarrolla principalmente hacia el consumo de los capitalistas y de los empleados de mayores ingresos. Esto genera no solamente autolimitaciones en el crecimiento económico, sino también una fuerte estratificación de sectores de trabajadores en la que se basan, en parte, la manipulación ideológica y política.

Se ha caído así en un círculo vicioso en que no se desarrolla lo suficiente la producción, no sólo en cuanto a su valor sino en lo relativo a su alcance social, porque no se garantiza la ganancia que reclaman los capitalistas acostumbrados a tasas muy altas y al auxilio público, lo que no hace sino agravar el esquema económico dominante. Dentro de este molde no se ele-

varán suficientemente las condiciones de vida de los trabajadores en un plazo relativamente breve, como lo exigen las necesidades de un desarrollo económico verdadero y estable. Los esquemas que funcionaron en otros países han fracasado en el nuestro, que no tiene suficientes recursos financieros propios ni mercados exteriores asegurados para sus productos. La idea de que el petróleo y la deuda externa resolverían este dilema al desarrollo económico ha quedado hecha añicos ante la contundencia de los hechos y la reaparición de la crisis económica apenas a unos cuantos años de la de 1976-1977. El tropiezo en los mercados petroleros es en realidad una excusa gubernamental que no explica la crisis actual, pues el descontrol inflacionario y la reducción del campo de las inversiones altamente rentables no se debieron a la baja del precio del crudo, como tampoco esto último produjo el crecimiento tan grande que ha tenido la deuda externa.

Las medidas estabilizadoras del tipo de las de 1977 u otras más o menos repetitivas que hoy se emprenden desde el gobierno generarán nuevamente crisis. Existe, incluso, el peligro real de una inflación de corte sudamericano, de esas que se miden en 50 o 100 por ciento y más, totalmente incontrolada, que en las condiciones de México, y a pesar de las exportaciones de petróleo, va a limitar enormemente la inversión privada, mientras que el Estado no tiene proyectos suficientes para canalizar recursos financieros. Para evitar esta situación —ya presente de alguna forma en el país— se requiere una nueva manera de generar y utilizar el excedente económico para orientarlo hacia la producción dirigida a elevar el nivel de vida del pueblo trabajador y a sentar verdaderas bases materiales que aumenten la producción y el empleo. La idea de que la inflación se controla y limita simplemente con mayor producción es una falacia que ya se ha demostrado en estos últimos años, en que el producto interno creció en más del 7 por ciento pero la inflación se volvió incontrolable. El problema real está en qué se produce y para quién se produce, ya que en estos años se ha continuado con la tendencia de producir más para sectores minoritarios, con tecnologías que tocan los extremos de obsolescencia y de técnica moderna, que muchas veces no son las que el país necesita para desarrollarse, sino que se convierten en frenos, en autolimitaciones.

Dentro de esta concepción se explican nuestras propuestas de nacionalizaciones, control de cambios, escala móvil de salarios, sistemas populares de precios y de abasto, utilización democrática de los recursos del Estado, reforma fiscal y otras muchas más. El país requiere una nueva orientación, una nueva forma de su desarrollo económico y social, por lo que los parches y las medidas aisladas serán siempre insuficientes o contraproducentes.

La izquierda del país está en condiciones, como nunca antes, de proponer soluciones globales y viables, no *economistas*, sino políticas, alrededor de las cuales se una el movimiento de masas, es decir, los sectores de trabajadores que se van incorporando a la lucha. Esta oportunidad no la debemos desaprovechar, pues de lo contrario podríamos entrar a un proceso de marginación de la izquierda.

El programa económico de la izquierda, y especialmente el del PSUM, no se reduce, como algunos quisieran ver, a una lista de buenas intenciones inviables, sino que es el planteamiento de un camino nuevo que puede al-

canzarse a través de la lucha por la democracia. Sigue siendo esta cuestión —la de la democracia política— la central en la definición que el país tome en estos años. La crisis económica ha generado —una vez más— la necesidad, reconocida por todos, de cambios, algunos los llaman adecuaciones o redefiniciones, pero cualquiera que sea la denominación que se les dé está muy claro que esos cambios son inminentes. Nuestra tarea es lograr que no entren en juego únicamente las opciones de la burocracia política del Estado y de la burguesía financiera, sino también las de la izquierda, las del sector consciente de la clase obrera y de todo el pueblo trabajador.

El programa para enfrentar la crisis está en manos de la izquierda, particularmente del PSUM. Este programa tiene en su centro medidas para impulsar una nueva estructura productiva que se dirija a satisfacer verdaderas necesidades populares y nacionales. Así, la inversión debe vincularse directamente a los llamados bienes-salario y a los medios de producción necesarios. Para ello es indispensable un plan de nacionalizaciones, porque de lo contrario el gran capital continuará canalizando sus inversiones hacia los sectores de mayor rentabilidad, que son los servicios y la producción de mercancías que utilizan o consumen la burguesía y los empleados de mayores ingresos. Entre las nacionalizaciones destaca por su importancia y trascendencia la de la banca y las compañías de seguros y fianzas, porque son justamente los bancos los que deciden sobre la utilización concreta de grandes recursos del país.

En el terreno del salario y del abasto, el PSUM lucha por la escala móvil que permita los ajustes trimestrales de los ingresos de los trabajadores en la misma proporción en que aumenten los precios, como medida defensiva en la inflación. Y al mismo tiempo es necesario un sistema popular de abastecimiento que liquide el intermediarismo, especialmente el monopolístico, y permita limitar severamente ganancias de las cadenas comerciales y de las compañías que distribuyen los diversos productos de consumo popular. Un sistema de abasto ampliamente desarrollado y diversificado, propiedad del Estado y con participación de las organizaciones populares en su manejo y dirección sería una verdadera medida antiinflacionaria. Y junto a esto es necesario que sean los campesinos de manera organizada quienes determinen el precio de sus productos, para evitar la explotación de que son víctimas por los capitalistas. Naturalmente, esto implica el desarrollo del sindicalismo y el cooperativismo democrático en el campo.

Particular importancia tiene en estos momentos la reforma financiera y de las finanzas públicas. Con la nacionalización de la banca dirigida con una política democrática se podría modificar totalmente la estructura productiva del país en un plazo relativamente corto.

Pero también es indispensable el control de cambios, contra el que se ha pronunciado recalcitrantemente el gobierno, mientras que el candidato del PRI ha mantenido silencio, aunque ya antes, como funcionario de la actual administración, negó esta necesidad. El control que el PSUM propone tiene como propósito impedir que la burguesía financiera, los rentistas —mexicanos y extranjeros— y, en general, los dueños del dinero, exporten capitales y realicen un gasto escandaloso en el exterior. Dicho control podría establecerse con la aplicación de las leyes vigentes en materia de divisas y la fijación de un conjunto de reglas y procedimientos para la adquisición de

dólares y otras monedas. Así, por ejemplo, podrían establecerse precios diferenciales para las divisas según el uso que se les dé, con el propósito de gravar la compra de dólares para usos no indispensables y permitir una suficiente disponibilidad para la adquisición de mercancías necesarias para el país, es decir, para el desarrollo económico y la satisfacción de demandas populares. La zona fronteriza, en la que circulan dólares como si fueran moneda nacional, tendría también un régimen adecuado que no impidiera la afluencia de divisas al país, pero siempre bajo el control estatal. Los argumentos en contra del control de cambios son verdaderamente infantiles, lo que demuestra que la llamada libertad cambiaria se sostiene solamente por la preeminencia del interés de los dueños del dinero. A ellos protege descaradamente el gobierno del PRI.

El gasto público debe someterse a un estricto control de la Cámara de Diputados y de las organizaciones políticas y sociales del país.

No se trata solamente de impedir el peculado, el contratismo, la *mordida* y las demás formas de robo oficial —objetivo que ya sería realmente plausible—, sino de garantizar, al mismo tiempo, que los fondos públicos se utilicen en el marco de una política de desarrollo popular y nacional. Cuando nuestro partido se pronuncia contra las restricciones del gasto público, anunciadas por el gobierno en días pasados, lo hace porque éstas afectan programas de bienestar social y de inversión, pero eso no quiere decir de ninguna manera que queramos impedir —cosa que el gobierno no plantea de ningún modo— la restricción y eliminación de gastos innecesarios, del derroche oficial, incluido en éste el altísimo costo de la campaña del candidato oficial, que se financia ilegalmente con recursos del Estado.

Para lograr una verdadera restructuración en las finanzas públicas es indispensable una reforma fiscal que se dirija sin titubeos a gravar severamente las grandes utilidades y la riqueza acumulada por los multimillonarios, y el cese de los subsidios al gran capital.

Como se puede ver, solamente mencionamos algunos de los planteamientos de una nueva política económica. Nuestro partido cuenta con un programa en desarrollo constante, que se enriquece con cada lucha y con cada acontecimiento social y político. Hemos querido solamente mencionar estos puntos que en la coyuntura de la crisis actual adquieren particular relevancia, sobre todo para contrastarlos con los recientes planteamientos del candidato priista a la presidencia.

En reciente discurso, el señor de la Madrid se pronunció por una “sociedad más justa e igualitaria”, y después de criticar el populismo que según él “dilapida, desintegra, exaspera y destruye”, prometió una reforma fiscal, una democracia integral, una moderación de las utilidades, un combate contra la carestía y la inflación, un incremento de la participación de los salarios en el ingreso nacional, una acción para evitar la concentración de la riqueza, un nuevo uso del gasto público para evitar el derroche y orientarlo hacia la distribución del ingreso, así como el mejoramiento de la calidad de la vida, el desarrollo de la educación, el deporte, la cultura, la salud, etcétera.

Lo primero que sobresale del discurso del candidato priista es la ausencia total de planteamientos sobre nacionalizaciones, control de divisas, política de crédito, realización de nuevos proyectos productivos a cargo del

Estado, participación de los trabajadores en la dirección de las empresas, control democrático de las decisiones del presidente de la república y otras muchas cuestiones concretas de orden democrático. Al mismo tiempo, llama la atención que el candidato priista se vea obligado a tomar algunos enunciados de la izquierda, como son la reforma fiscal, el aumento de los salarios y otros más. Sin embargo, no existe en el discurso del señor de la Madrid ningún compromiso programático realmente concreto. Después de oírlo no sabemos a qué reforma fiscal se refiere, ni cómo se combatirá la inflación, ni de qué manera se elevará el salario dentro del ingreso nacional, ni cómo piensa que se podría evitar el derroche del gasto público y mejorar la calidad de la vida, etcétera. Hay que tomar en cuenta que habla uno de los principales funcionarios responsables de la actual crisis, de los que prometieron la bonanza para el pueblo, de los que aseguraron que la inflación sería controlada y disminuida. Se trata justamente del responsable de la planeación y el presupuesto en el sexenio que está por terminar. Así que tenemos todo el derecho o no creer una palabra de lo que dice sobre una reorientación económica. Reforma fiscal —por ejemplo— ha sido un término usado por los últimos gobiernos y ninguno de ellos se ha aproximado siquiera a lo que sería una verdadera restructuración impositiva de carácter democrático y popular. Si el señor de la Madrid entiende el combate a la inflación como la aplicación de medidas recesivas, *reaganeanas*, entonces lo que promete es mayor desempleo y pobreza para el pueblo trabajador, pues como es sabido, y ampliamente comentado en México, varios de los principales funcionarios del actual régimen expresan las tendencias y posiciones del candidato del PRI. Por ello, el señor de la Madrid no es ajeno a las medidas que está tomando el gobierno.

Algunos otros voceros del PRI se ubican en posiciones más irresponsables en no pocas ocasiones. Tal es el caso del señor Fidel Velázquez, que, después de amenazar sin dedicatoria concreta y ayudar mucho a la mayor postroación de los sindicatos dirigidos por líderes oficialistas, se ha atrevido a plantear que los obreros entreguen el uno por ciento de sus salarios al gobierno, aunque después añadió que sería para capacitación de la fuerza de trabajo. Este principal dirigente del charrismo supone que puede disponer libremente del salario obrero, como su candidato a la presidencia dispone de los recursos del Estado. Así, entre incongruencias, atrevimientos y las consabidas promesas, se desarrolla la campaña electoral del partido oficial y adquiere cuerpo el programa de continuismo y crisis que ofrece el PRI al país.

Ante la crisis económica actual resalta la necesidad de la participación de los trabajadores en el manejo de las empresas y un verdadero control democrático sobre los actos del gobierno. Mientras las fuerzas gobernantes tengan la posibilidad de imponer al país el rumbo que dicten sus compromisos e intereses, no podrá haber cambios en la economía. Por ello también adquiere especial importancia práctica la democratización de los sindicatos y las otras organizaciones sociales de los trabajadores. El programa del PSUM no considera cambios económicos de manera aislada, sino directamente vinculados con la lucha política, con transformaciones democráticas, que son las únicas que pueden hacer avanzar al país. Pero sobre esto el PRI no define una sola línea concreta y mantiene su negativa a la democracia.

III

La cuestión política principal del momento es la coyuntura electoral. Esta afirmación no le regatea ninguna importancia a las movilizaciones de masas de carácter reivindicativo que encabezan algunos sindicatos y movimientos independientes. Sin embargo, hay que convenir en que la coincidencia de la crisis con las elecciones generales da a estas últimas una significación muy especial y precisa: están presentes las diversas posiciones y opciones ante el rumbo general del país. Las fuerzas políticas que son portadoras de esas diversas opciones se encuentran especialmente confrontadas entre sí.

Nuestro Congreso consideró que en la actual campaña electoral se destacan dos planteamientos globales irreconciliables: el expresado por el PRI y el que encabeza el PSUM. Esta afirmación ha sido atacada de exclusivista, subjetiva y prepotente. Pero los encargados de tratar de descalificarla solamente han demostrado su justeza, ya que tanto la oposición de derecha como la izquierda oportunista y los dos partidos de reciente registro dan muestras de carecer de programas completos en los que se expresen visiones generales del país y de su futuro. Los partidos derechistas tradicionales —el PAN y los sinarquistas— solamente mantienen diferencias de forma con el gobierno en las cuestiones centrales. Así, por ejemplo, la devaluación es vista por el candidato del PAN como una medida que debió tomarse poco a poco y con anticipación, pero no critica la política que condujo a la crisis, por el contrario, apoya abiertamente las recientes medidas recesivas del gobierno. La izquierda oportunista se descalifica a sí misma desde el momento en que una de sus expresiones, el PPS, apoya precisamente al candidato del PRI, y la otra, el PST, confía explícitamente en las fuerzas que integran actualmente el partido oficial. En cuanto al PSD es necesario advertir que este partido ha perdido la posibilidad de presentarse como una fuerza de izquierda en las próximas elecciones al apoyar a un candidato sin programa y de trayectoria priista que, entre sus críticas al gobierno, incluye aquellas cuestiones que él mismo impulsó desde el liderazgo del Senado. El PRT continúa demostrando que efectivamente renunció a poner en juego su propio programa en aras de unas alianzas circunstanciales y de la formación de una imagen de izquierda precaria y necesitada que trata de utilizar ciertos símbolos que, aunque válidos, son insuficientes para conformar una verdadera opción política, como es su inclinación por la denuncia de las acciones represivas que nuestro partido también agita, pero dentro de un marco mucho más general, de carácter político.

No existe exageración en la apreciación del Primer Congreso del PSUM en cuanto a la presencia de dos programas confrontados en la presente campaña electoral. Sin embargo, en ningún momento hemos dicho que no hay otras fuerzas políticas en el país ni tampoco hemos afirmado que esta polarización programática y política esté suficientemente asimilada por el pueblo de México. Y es justamente en relación con esto último que nuestro partido tiene grandes tareas por cumplir en los próximos dos meses.

Para el PSUM las elecciones son una forma de lucha. Aunque esta consideración es muy útil para frenar las tendencias que desconfían de la participación electoral repitiendo sin cesar que no hay que ser electoreros, hay

que decir también que es insuficiente en términos concretos. Esta forma de lucha —la electoral— es en estos momentos la más importante para nuestro partido y la que más trascendencia tendrá en el futuro inmediato en el país. Esta afirmación no nos hace en lo absoluto electoreros, ni nos lleva a ignorar la trascendencia de los progresos de algunos sindicatos y movimientos independientes, y su nivel de confrontación con la política gubernamental. Simplemente trata de expresar lo que es un hecho cotidiano. A pesar de la gran despolitización a la que ha llevado al país el PRI, las expectativas electorales tienen ya un impacto popular. Los actos de las campañas electorales de los diversos partidos han puesto en movimiento toda la estructura política del país y a todos los militantes políticos, y, lo que es más importante: el pueblo trabajador no sólo mira sino también opina, y aunque en mucha menor medida, actúa. Éstas no serán, ciertamente, las elecciones de un país democrático, pero podrán ser un avance en la lucha por la democracia política, en la medida en que la izquierda salga de ellas fortalecida. Y tal cosa es posible, alcanzable.

No es el PSUM el que ha puesto en el centro de la lucha política la campaña electoral, es la misma realidad del país. El grado de la confrontación que trae consigo la campaña no se puede equiparar a la lucha reivindicativa actual, que es todavía muy reducida a unos cuantos sindicatos y a unos cuantos puntos programáticos. Esta importancia de la lucha electoral es coyuntural, no implica necesariamente que en el futuro inmediato la acción en las cámaras federales y locales tendrá la misma significación. Al mismo tiempo, es previsible un aumento de la lucha sindical y agraria que en un lapso breve podría convertirse en la más importante. Para ello debe prepararse conscientemente el PSUM.

Comparada con otras, la campaña actual tiene un nivel incomparablemente más elevado en cuanto a la confrontación programática y política, y en lo que se refiere a la ligazón de la acción electoral con las luchas concretas y las movilizaciones que están en curso. La gira electoral de nuestro candidato a la presidencia, el compañero Arnoldo Martínez Verdugo, se ha significado justamente por su relación sistemática con las luchas que están en proceso de desarrollo. Tanto en el sureste del país, con los obreros agrícolas, como en las zonas industriales, el PSUM no sólo se ha hecho eco de las demandas de los trabajadores, sino que ha emprendido acciones, movilizaciones de masas, para exigir la solución de las demandas laborales, agrarias y urbanas que esos movimientos plantean, y en algunos casos la campaña ha promovido logros concretos en la satisfacción de esas demandas. Éste es un avance de nuestra acción electoral y tiene para nosotros una enorme importancia política, en tanto que eleva las luchas reivindicativas a otro plano, el de la confrontación con el poder, el sistema, la política oficial y las formas actuales de dominación. Esto no quiere decir que estemos satisfechos con lo realizado en estos meses de campaña, sino que el PSUM está presente y activo en la tendencia hacia la vinculación de la forma de lucha electoral con otras expresiones de lucha del pueblo trabajador. En esta acción el PSUM no ha caído en el grave error de presentarse como el sustituto de las organizaciones sociales, ni tampoco ha pretendido atropellar la libertad de militancia política o preferencia partidista de los trabajadores. Nuestro candidato no ha participado en actos de masas a los que no

ha sido invitado, no se ha *colado* en manifestaciones, para simplemente dar un golpe publicitario, sino que ha intervenido en actos electorales organizados por el propio Partido y las organizaciones aliadas con propósitos electorales, en los que toman parte trabajadores en lucha, y ha recogido las justas demandas de éstos.

Sin embargo, frente a las nuevas condiciones y los innegables avances, es necesario reconocer que el PSUM no manifiesta aún su capacidad de movilización real. No desconocemos que la preparación de nuestro Primer Congreso generó trabajo hacia el interior del Partido que afectó su capacidad de acción, pero aun así se notan graves retrasos en la movilización de los miembros del PSUM, especialmente en algunas de las ciudades más importantes del país, donde la Coalición de Izquierda realizó una actividad muy intensa en 1979 y logró el más alto porcentaje de votos. Detrás de esta situación hay problemas de fondo, de carácter político y teórico, que sería muy difícil agotar en este momento. Pero sin desconocer estos problemas es necesario tomar medidas para impulsar la movilización, superar el miedo que hay entre algunos a la acción electoral, intensificar la propaganda, los mítines a puerta de centro de trabajo, las visitas domiciliarias, la organización de actos políticos y culturales, etcétera. En especial, es necesario realizar la actividad electoral con una mentalidad de partido que avanza, que conquista crecientemente la decisión de más y más trabajadores y que da la batalla al poder. Ya sabemos que no es fácil la lucha electoral en un país donde el sistema de elección está completamente amañado, no sólo porque el partido oficial y el gobierno tienen el control de los organismos electorales, sino también porque la forma de elección beneficia al partido que tiene la mayoría relativa y desplaza a cualquier minoría, por más importante que ésta pueda ser. Sin embargo, y a pesar de todo esto, nuestro partido tiene la posibilidad de dar la batalla, de brindar un contenido distinto a la confrontación electoral, mediante la organización del pueblo trabajador. De lo que se trata en buena medida es de lograr que una parte importante y creciente de los trabajadores voten por sus verdaderos y auténticos representantes, que den la espalda a los representantes de la burguesía y del poder. Justo en esa medida la actividad electoral podrá convertirse en militancia de nuevos miembros en el PSUM, que es uno de nuestros objetivos concretos.

La campaña electoral nos está indicando también un debilitamiento de la presencia y la acción del partido oficial. Existe no solamente un desgaste de la política gubernamental, sobre todo en momentos en que nos ha conducido nuevamente a la crisis económica, sino también un desgaste ideológico, un debilitamiento de los postulados principales que durante muchas décadas mantuvieron una influencia entre grandes sectores del pueblo trabajador.

La nueva tecnocracia gobernante, que ha vivido estos años un romance con la patronal, especialmente con los poderosos grupos financieros, perdió capacidad de maniobra para enfrentar carencias y necesidades crecientes. El tradicional sistema clientelar del gobierno, basado en concesiones sistemáticas a las peticiones populares, se enfrenta a un gran impedimento surgido de la crisis económica. Así, por ejemplo, muchos descontentos populares reciben como respuesta consignas evasivas como esa de renovación

moral de la sociedad, que supone que todo el pueblo es corrupto o propenso a la corrupción para descargar así la responsabilidad del priísmo. Las demandas económicas que han expuesto en otras ocasiones los líderes oficialistas no están presentes en el discurso priísta en esta campaña electoral y se podría decir que existe justamente la orientación contraria. Pero, además, no hay tampoco respuestas congruentes al programa de la izquierda independiente y del PSUM. El candidato del PRI no sólo rehúye el debate directo y abierto, sino que tampoco rebate las demandas y proposiciones del PSUM. El sistema del acarreo, basado en la amenaza, la coerción, el chantaje, la promesa, ha funcionado en términos generales, pero con algunas dificultades; el que el PRI realice grandes movilizaciones no le asegura automáticamente el apoyo electoral de los acarreados. Por esto, nuestro partido está muy preocupado por el comportamiento del partido oficial el día de las elecciones, ya que puede recurrir a una gran acción para inflar el número de sus votos. Sabemos, por experiencia, que, allí donde no existen representantes de partidos independientes, el PRI vacía materialmente el padrón y los funcionarios electorales votan en lugar de los electores. Esto se realiza particularmente en los distritos rurales, pero también en algunas ciudades. Junto a lo anterior, nos preocupa que el partido oficial maniobre para favorecer a otros partidos aliados a él, como lo ha hecho en el pasado. Esto indica que la movilización por la defensa del voto y contra la manipulación electoral es de la mayor importancia concreta y práctica. Nuestro partido debe prepararse para defender el voto e impedir las alteraciones de los resultados electorales. He aquí una tarea para la que es urgente prepararnos desde ahora, con el propósito de que el PSUM cubra la mayor cantidad de casillas.

Desde el inicio de nuestra campaña electoral la dirección del Partido anunció la realización de una gran concentración popular en la ciudad de México para el 20 de junio. Este acto será la culminación de la campaña y requiere desde ahora los preparativos que aseguren que en verdad el PSUM demuestre organización y apoyo popular. La importancia de esta concentración se deriva de la necesidad de demostrar que nuestro partido y sus aliados son la fuerza de izquierda más importante y movilizadora, lo que a su vez redundará en un mayor apoyo del electorado de izquierda. Ésta es otra tarea concreta que deben tomar en sus manos todos los comités y militantes del PSUM.

Compañeras y compañeros:

Después de cinco años ha fracasado la política que ofrecía un nuevo reformismo modernizante y tecnocrático: los salarios reales de la mayoría de los trabajadores han disminuido, el déficit externo se ha incrementado, la deuda exterior ha aumentado enormemente y las grandes necesidades de vivienda, salud, educación, empleo, no tienen soluciones integradas y profundas. La reforma política se ha quedado en lo más superficial, se cancelaron algunas de sus más ambiciosas pretensiones, como el derecho a la información y el referéndum en el Distrito Federal, y toda ella quedó corta

ante las ingentes aspiraciones y necesidades democráticas. En el fracaso de ese nuevo reformismo que prometió convertir a México en un país rico quedó la secuela de las fabulosas ganancias y de las mejores posiciones políticas de la burguesía financiera. Dejó también una mayor experiencia de la izquierda en la lucha por la democracia.

Durante los últimos cinco años se ha demostrado que para distribuir con justicia el ingreso, producir más y ligar lo que se produce al pueblo trabajador, emprender soluciones a los graves problemas de la vida de la mayoría de los mexicanos, impedir el juego y las presiones de los países imperialistas y de sus compañías transnacionales, no se debe confiar en el gobierno y su partido, es necesario encontrar otro camino. Ese camino es el de la izquierda independiente y revolucionaria, en el que está el PSUM.

La burguesía, al frente de la cual están los financieros, tomó todas las ganancias que pudo en estos años. El excedente petrolero fue utilizado por las empresas y los rentistas para comprar en el extranjero todas las cosas que necesitaron y quisieron, sin detenerse en si servían o no al país. Muchos ahorros se convirtieron en petrodólares y también se produjeron exportaciones de capital. Esa burguesía ha depositado su conciencia histórica en la burocracia política del Estado, está acostumbrada al derroche y la malvivencia, al negocio fácil y al subsidio público, ve la política como algo sucio que sólo sirve para beneficiar sus propias expectativas de ganancia, jamás encabezó ningún esfuerzo nacional y popular, y carece de medida para medirse a sí misma.

La izquierda del país encabeza en diversas formas, con frecuencia de manera aún inorgánica, las luchas más importantes de los trabajadores. Una parte de esa izquierda ha alcanzado su legalidad, todavía muy limitada, tras largas décadas de sufrir persecución sistemática y, a veces, sangrienta. Esa izquierda, cuyo mayor exponente es el PSUM, tiene una opción diferente y propia frente a la dominación actual, frente a la política gubernamental y la conducta de la burguesía. Es el albor de un nuevo país, la negativa rotunda a la priización de México con todas sus secuelas de corrupción y despolitización, es decir, de antidemocracia. Esa izquierda, que va mucho más allá de los militantes de partido, entiende que la cuestión de la democracia es la principal y que en ella están imbricados en este momento los problemas de la lucha de la clase obrera, lo nacional, lo agrario, lo laboral, lo cultural, lo juvenil, lo femenino, lo étnico. Toda lucha, por limitada que sea, se enfrenta ineludiblemente al aparato político e ideológico del Estado y a la presión cada vez mayor de la burguesía financiera. La democracia es la llave de una nueva situación. Y el socialismo, hoy, es la lucha por la democracia y la lucha teórica por hacer ver que el capitalismo, tal como es, impide cualquier avance popular y nacional. El socialismo es el movimiento real encaminado a ese fin, como se dijo hace más de cien años. Y ahora, en México, no puede ser otra cosa, no puede ser solamente denuncia, sino crítica actuante y organizada.

Cuando los obreros y empleados salen a la calle a ejercer un derecho que ganaron en fuertes enfrentamientos, algunos de gloriosa memoria, están diciéndonos que el país está cambiando, que la embestida contra sus derechos y condiciones de vida no puede ser resuelta con las medidas fracasadas en este intento de reformismo modernizante y tecnocrático del gobierno y los financieros, sino con la acción política propia, con lo que ellos

mismos puedan hacer en la lucha. El mayor problema de la izquierda y la mayor amenaza para los gobernantes y dominantes es que la lucha reivindicativa se eleve al plano de lo político, se vincule a la organización dirigida a tomar el poder.

Los desesperados llamamientos gubernamentales a la burguesía no son más que la expresión de un fracaso, de una impotencia, porque el gobierno tiene su compromiso fundamental con los financieros, a los que teme como a nadie, a los que respeta y protege. El presidente —como toda la burocracia política del Estado— se niega a subir al desván a ver el retrato envejecido con la carne corrupta, que hace cuarenta años enclaustraron para impedir que se pudiera observar el ocaso del régimen priísta.

Pero justamente por esa declinación del priísmo, con todo lo que implica, y por los avances de la izquierda, el país se encuentra en una disyuntiva. La democracia puede obtener importantes triunfos concretos, pero también es posible un endurecimiento de la burocracia política del Estado y de la burguesía financiera. Esta disyuntiva puede no llegar a un desenlace completo, pero existe, es real, la vivimos todos. En los dos meses que faltan para el día de la votación y en las grandes tareas de hoy para impulsar el movimiento independiente de las masas, todo el esfuerzo del PSUM estará dirigido a impulsar la tendencia hacia la democracia, que es un gran anhelo de nuestro pueblo trabajador. La crisis actual no debe traducirse en mayor represión, sino en más derechos para la clase obrera y los trabajadores. En esto está la salida posible, viable, que México necesita. Hacia ese objetivo el PSUM enfila hoy su voluntad y su organización.

estamos aquí por derecho propio*

Compañeros y compañeras:

Hemos venido a este lugar por derecho propio y por voluntad propia de los militantes de la democracia y el socialismo. En esta campaña electoral hemos hecho grandes y significativos avances en la lucha revolucionaria del pueblo mexicano. Nuestra campaña es parte de esas enormes e históricas gestas de un pueblo que se levanta, que sintetiza en sus actos del presente toda su tradición de lucha y que la condensa cada vez más y avanzando; el contenido de la lucha de hoy es por la democracia y el socialismo, tal es el contenido de nuestra campaña.

Se ha puesto de manifiesto en el curso de la campaña electoral que en el país se perfila una nueva situación política, una nueva situación que se caracteriza por el desarrollo de la izquierda revolucionaria, porque en el panorama político del país se está presentando una nueva perspectiva en la que se ubica, de una parte, el partido oficial y el gobierno priísta y, de la otra, las fuerzas de la izquierda revolucionaria. Esto quiere decir que la tarea más importante de las fuerzas revolucionarias es desarrollar al máximo posible esta nueva situación en la que, por vez primera, se pueden plantear ante la nación mexicana la formación y desarrollo de una izquierda de masas, que sea alternativa real del poder político. Y éste es, compañeros y compañeras, el reto nuestro de la hora actual: ser capaces de que la posibilidad que se manifiesta ante nosotros en todo el país, y de manera sintética en esta histórica concentración popular, se convierta en algo consolidado, se desarrolle, y la izquierda pueda ser en verdad una izquierda de masas, y el PSUM sea un Partido Socialista Unificado de México plenamente de masas; ése es nuestro reto.

Hoy día, en el lado de la conservación de la actual estructura económico-social injusta, en el lado de la opresión, la explotación y la antidemocracia, están los enemigos del pueblo mexicano, enemigos cuya expresión política más importante es en este momento el partido oficial. Del otro lado están las fuerzas de la izquierda revolucionaria, que tienen un gran reto histórico, puesto que la nación tiene en ellas sus más grandes esperanzas.

* Discurso en el mitin de cierre de campaña en el Zócalo de la ciudad de México. Junio 19 de 1982. (Versión magnetofónica.)

Compañeros, la dirección nacional del PSUM convoca a ustedes, y a todos los hombres conscientes que luchan por la democracia y el cambio social, a que las esperanzas de la nación mexicana sean plenamente desarrolladas; no le demos la espalda a nuestra clara perspectiva: forjemos la izquierda de masas y el PSUM de masas.

Compañeros: hemos venido a esta plaza no sólo para conmemorar las inolvidables acciones de otros años, especialmente las brillantes acciones de 1968; hemos venido también para que, con nuestra presencia en esta plaza plétórica de entusiasmo y combatividad, se vea claro el sentido de nuestra lucha: la lucha por una nueva perspectiva para la nación, la lucha por un poder revolucionario popular nuevo. Por ello estamos aquí, en donde se encuentra la sede del Poder Ejecutivo, ésa es la razón.

En esta campaña electoral nosotros decimos: luchamos hoy y seguiremos luchando por el poder, somos una fuerza que quiere ser alternativa de poder, que quiere transformar revolucionariamente toda la sociedad mexicana, y a ello convocamos a la nación.

Compañeras y compañeros: grandes son nuestras tareas en las próximas elecciones; debemos cumplirlos con responsabilidad y combatividad, y después de las elecciones continuaremos luchando por nuestros objetivos, que son los del pueblo, con mayor fuerza, con mayor dedicación. Porque nuestro partido no es un partido electorero, sino que utiliza la coyuntura electoral para desarrollar, como lo hemos hecho, la lucha popular revolucionaria. Aquí está la prueba de lo correcto de nuestra apreciación y del sentido preciso de nuestra política.

Compañeras y compañeros: ¡Viva la unidad de la izquierda! ¡Viva el Partido Socialista Unificado de México! ¡Viva la democracia! ¡Viva el socialismo!

las elecciones de 1982*

Hemos ido a unas elecciones peculiares por muchos conceptos. Durante largas décadas las opciones políticas se redujeron considerablemente y los cauces para la acción de la izquierda revolucionaria fueron sumamente estrechos. Por primera ocasión desde 1952 el partido oficial se expuso en una verdadera contienda electoral. El resultado más importante es que se mantiene la tendencia a la pérdida de consenso del partido gubernamental. En realidad las elecciones han constatado lo que de alguna manera ya sabíamos: el actual sistema político de dominación, el sistema de partido burocrático absoluto, continúa reduciendo su espacio, y mayor número de mexicanos se manifiesta por un sistema diferente, nuevo.

La tónica principal de la campaña electoral fue la discusión de la política económica que llevó a la crisis actual. Sin embargo, en las elecciones se expresó algo que va más allá de las repercusiones de la crisis y que fue el deterioro del sistema político vigente, y la búsqueda de nuevos caminos que lleven a México a la democracia. Durante años la izquierda revolucionaria habló de la pérdida de influencia de la burocracia política del Estado, pero hoy tal afirmación la podemos ver constatada con la campaña electoral y con sus resultados.

El PRI ha dejado de ser en la práctica el único partido nacional que hace política. Su campaña, en la que se utilizó el enorme cúmulo de recursos del Estado y el de algunas empresas privadas, como fue el caso de la radio y la televisión, no tuvo el reflejo esperado por los dirigentes priistas en los resultados políticos y numéricos. A pesar de que una vez más el partido oficial ocupó casi todos los espacios y divulgó a través de todos los medios su visión del país y sus promesas electorales, otros partidos lograron una amplia presencia en la lucha política y le arrebataron al PRI una parte de su influencia. Esto ha sido, sin duda, un avance de la lucha por la democracia y abre la perspectiva de una nueva situación mucho más propicia para las confrontaciones políticas y para la formación de organizaciones más estables y actuantes.

Las elecciones han sido una oportunidad para millones de mexicanos que deseaban expresarse en la lucha política. El alto porcentaje de votación

* Informe al III Pleno del Comité Central. Julio 31 de 1982.

total en buena medida es producto de una nueva situación que ya se perfila y que puede llegar a caracterizarse por un considerable aumento de la lucha política, pues a pesar del sistema electoral antidemocrático y atrasado, bajo el completo control del gobierno, la participación electoral fue muy alta, y la mayor concurrencia de electores a las urnas no benefició al partido oficial.

Pero no sólo disminuyó el respaldo al PRI, sino también fracasaron los partidos artificiales y simuladores. La desaparición del PARM es sin duda un triunfo de la democracia, mientras que se confirmó que no es posible el refrendo electoral de partidos que no existen, que no tienen miembros ni organismos de dirección, como ha sido el caso del PSD. En cuanto al PPS quedó demostrado, por si alguna vez hubo duda, que solamente existe por la ilegal inflación de sus votos en los estados del sureste del país y en algunos otros. Esta falsificación electoral, realizada directamente por el PRI, tiene por objeto proveerse de partidos simuladores que apoyan la política gubernamental desde supuestas posiciones socialistas. No tenemos duda de que sin el apoyo ilegal del PRI, el PPS no hubiera alcanzado el porcentaje mínimo requerido para mantener su registro y su participación parlamentaria. En tales condiciones, ¿qué se puede esperar de dicho partido, que ha vendido por completo su conciencia y su conducta al gobierno? El PST también recibió apoyo del PRI, a pesar de que postuló candidato a presidente y realizó su propia campaña.

En realidad, millones de mexicanos buscaron desde diversas posiciones y niveles de conciencia una diversificación política, un juego político más real y, sobre todo, una modificación del sistema de partido absoluto que solamente realiza el juego político dentro de sus propias filas, y de manera burocrática, sin participación popular. Va siendo cada vez más difícil y menos realista gobernar sin tomar en cuenta otras posiciones, y es cada vez más antidemocrático que el presidente gobierne a título personal utilizando y abusando de sus facultades legales y de su papel de jefe indiscutible y absoluto del partido oficial.

Los resultados numéricos de las elecciones nos descubren, además, un riesgo muy grande de que las aspiraciones democráticas se mediaticen y frustren en un esquema de bipolarización de fuerzas entre el partido oficial y la oposición panista. Esta tendencia está ya claramente establecida en algunos estados, como Nuevo León, Coahuila y Sonora, y en estas últimas elecciones se perfila en otros muchos lugares del país, incluso en el Distrito Federal y Guadalajara.

La tendencia hacia la bipolarización electoral es, sin duda, un camino que permite mayor intervención de la clase dominante en los asuntos de la lucha política. De consolidarse esta tendencia, la competencia entre dos partidos burgueses, como principales y casi únicos protagonistas, abriría nuevas posibilidades para la negociación entre fracciones burguesas y de la burocracia estatal y para el mantenimiento de una hegemonía mucho más grata a los capitalistas.

Un sistema así es una salida falsa a las aspiraciones democráticas del pueblo trabajador, pues no es una verdadera respuesta al sistema de partido burocrático absoluto. Una bipolarización que mediatice la democracia a través de la negociación política entre dos grandes partidos burgueses no

conviene en absoluto al país, desde el punto de vista de los trabajadores.

Para explicarnos mejor este fenómeno y combatirlo con mayor empeño, es necesario subrayar que los electores del PRI y el PAN son en un alto grado intercambiables. La disminución del PRI se ha ido a expresar, en buena medida, en más votos para el PAN. A pesar de las grandes diferencias de origen, integración y enfoque ideológico entre el PRI y el PAN, el votante de uno de estos partidos tiene, generalmente, como su segunda opción al otro, y al revés. Ésta es una característica entre partidos que expresan de maneras diferentes la clase dominante y las ideas dominantes. La derechización del PRI ha perfilado más claramente la posibilidad de esta bipolarización, pues, aunque parezca paradójico, la aproximación de posiciones entre el PRI y el PAN permite un traspaso más permanente y más fácil de votación del partido oficial a la oposición de derecha, a la vez que aproxima a ésta a la posibilidad de ser un interlocutor aceptado por el gobierno, con el cual es posible la negociación y la convergencia sin graves confrontaciones o rompimientos.

No ha sido solamente la crisis económica la que ha permitido el ascenso del PAN, sino, en gran medida, la tendencia de los electores a buscar fórmulas políticas nuevas. El PAN, por su lado, se ha beneficiado de esta situación sin poner casi nada de su parte, pues toda su mediocridad, expresada particularmente en la campaña electoral, hacía prever un desenlace menos favorable en su favor.

La opción del PSUM, ante las evidentes aspiraciones democráticas expresadas una vez más en las pasadas elecciones, es la de abrir el camino de una democracia con participación popular. Esta opción no solamente es válida ante el absolutismo priísta, sino también frente a la posible bipolarización entre dos partidos burgueses. Abarca la necesaria transformación del actual aparato estatal y de las instituciones estatales, como son las cámaras federales y locales, los ayuntamientos, las empresas públicas, las escuelas, etcétera. Y al mismo tiempo pone el acento en los derechos de los trabajadores de la ciudad y del campo, en la libertad sindical y agraria, en la democracia en las organizaciones populares, en las instituciones educativas y culturales, y en las empresas y organismos públicos. Una democratización de este tipo es lo que puede romper con el priísmo absolutista y frenar la tendencia a que dos partidos burgueses negocien en exclusiva sin la participación popular, sin que las organizaciones del pueblo trabajador ocupen un lugar central en la disputa sobre el rumbo de la nación.

El PSUM lucha por un socialismo en el que la democracia sea verdaderamente amplia y directa. Para aproximarnos a ese objetivo no podemos soslayar, y menos ignorar, los pasos que hoy es necesario emprender. Por ello, debemos defender desde ahora nuestras ideas democráticas y nuestro camino democrático, reconociendo la importancia de la democratización de las estructuras estatales y, al mismo tiempo, afirmando con toda claridad que no basta con la democracia representativa, con un parlamento mejor integrado y unos ayuntamientos más abiertos, sino que es indispensable lograr, simultáneamente, la intervención directa de los trabajadores, a través de sus propias organizaciones sindicales, agrarias y de otro tipo, en las decisiones fundamentales del país, sin las brutales limitaciones de la subordinación al partido oficial.

La democracia con participación popular es viable hoy y aquí. Aunque el prismo absolutista sigue siendo dominante y la posible bipolarización se abre paso, nuestro camino tiene raíces en la historia de México, es la experiencia más importante que han hecho las masas en nuestro país, las cuales, con su movilización, han conquistado en determinados momentos verdaderos cambios, como la reforma agraria, la nacionalización del petróleo y muchas victorias más.

Nuestro I Congreso, celebrado cuando ya se había iniciado la campaña electoral, afirmó que la confrontación programática verdadera se establecía entre el PRI y el PSUM. Éstas son las dos fuerzas políticas principales entre las que existe una profunda divergencia y una verdadera lucha por rumbos distintos del país. Fue necesario explicar, posteriormente, que tal conclusión no pretendía ignorar de ninguna manera el abanico de divergencias y confrontaciones políticas entre las diversas fuerzas, no sólo de partidos sino también de las corrientes políticas, los grupos empresariales, etcétera, que conforman el contexto político nacional. Después de las elecciones, y aun tomando en cuenta la tendencia a la bipolarización, podemos decir que esta afirmación es justa. En la campaña hubo en realidad dos programas. Ello se debió al acercamiento programático entre el PRI y el PAN, y a la renuncia que hizo el PRT de casi toda su posición programática en aras de realizar alianzas y dar una imagen que lo aproximara a su registro definitivo y su acceso a la Cámara. El PAN no se vio en la necesidad de levantar una plataforma de política económica, ni siquiera pide reformas de la estructura estatal que permitan mayor juego democrático; se limita a plantear, principalmente, la efectividad del sufragio y la lucha contra la corrupción. El PRT, por su parte, se sirvió de la imagen de otros, pero no se atrevió a dar un contenido partidista a su campaña. De los otros partidos es muy difícil hablar en términos de programas, pues los que apoyan al gobierno carecen de él y los sinarquistas han caído también en el oportunismo, y de su programa sólo destaca su acendrado anticomunismo tradicional.

Durante la campaña, el PSUM le dio una importancia muy grande en su propaganda a los problemas derivados de la crisis económica. Esta orientación fue correcta; sin embargo, se sobrestimaron las posibilidades de nuestro partido para obtener una gran ventaja electoral como efecto o repercusión de la crisis. Debemos insistir en que las crisis económicas no benefician, de por sí, a la izquierda y a las posiciones socialistas, sino que muchas veces generan tendencias conservadoras y aumentan el miedo entre sectores del pueblo trabajador.

Al mismo tiempo, hay que destacar que nuestros planteamientos sobre la democracia requieren mayor desarrollo, todavía no logramos que nuestra aspiración democrática sea creída por grandes sectores populares. La sistemática propaganda, burda y sutilmente anticomunista, que se incrementó notablemente durante la campaña electoral, presentó a los luchadores por el socialismo como unos falsos demócratas que en el fondo buscan un régimen autoritario y represivo. La autenticidad democrática, la que se gana entre el pueblo trabajador, sigue siendo una gran tarea del PSUM.

Lo anterior tiene también importancia coyuntural y muy vinculada a las elecciones, porque ahora pudimos observar que un gran sector de los elec-

tores se movió en relación directa con la cuestión de la democracia, buscando nuevas formas de relaciones políticas. La consecuencia democrática debe ser una de las preocupaciones más constantes de nuestro partido.

Hoy podemos decir, con mayor seguridad, que la alternativa más importante y de fondo está en la izquierda, especialmente en el PSUM, que no hizo ninguna concesión programática. Debemos estar orgullosos de que en su primera lucha electoral nuestro partido haya rehuido el oportunismo, muy conocido ya, de buscar una imagen *adecuada a las circunstancias*. Le hemos dado la espalda a eso que algunos llaman realismo para ubicarnos en el plano de un partido real, con su propio carácter, su propia política, sus propios aciertos y errores.

La confrontación entre los dos programas verdaderamente expuestos durante la campaña nos llevó a soslayar la importancia del PAN, a no buscar la discusión con ese partido. Sin embargo, la tendencia bipolarizante no se había presentado sino de manera regional antes de las elecciones del pasado cuatro de julio. Nuestra conducta debe modificarse ahora.

Los resultados de las elecciones ubican al PSUM como una fuerza política nacional. Nuestro partido ha pasado su primera prueba afirmando su papel principal en la izquierda. Aunque el porcentaje reconocido oficialmente para el PSUM es aún bastante bajo, más de 900 mil votos tienen una especial significación. Votar por nuestro partido implica una definición política muy precisa, un nivel de conciencia que no se requiere para votar por cualquier otro partido en el momento actual. Esos votantes constituyen, sin duda, una estupenda base para que el PSUM se desarrolle como un partido de masas, tal cual lo reclaman nuestra lucha y la democratización del país.

Sin embargo, existe en nuestras filas una enorme preocupación, ya que el porcentaje reconocido oficialmente en estas elecciones es inferior al asignado en 1979 a la Coalición de Izquierda. Y aunque es preciso aclarar que tanto en aquel año como ahora (y probablemente más en estas elecciones) nuestro porcentaje sería mayor si no existiera la conocida inflación de votos en favor del PRI y los partidos satélites, es preciso compartir esa preocupación y responder a preguntas que todos nos hacemos.

Más allá de la alquimia electoral y la danza de las cifras, que abordaremos más adelante, el PSUM apenas superó en poco más de 200 mil votos el nivel alcanzado por la Coalición de Izquierda en 1979, a pesar de que esperábamos una mayor votación.

Los votos de 1979 tenían parcialmente otro significado. En especial es necesario recordar que una parte de los electores que sufragaron en favor de la Coalición de Izquierda lo hicieron movidos por la idea de abrir el espectro de los partidos y lograr que se reconociera al PCM. Este elemento no estuvo presente, en nuestro caso, en las recientes elecciones. Jugó, en cambio, un papel en favor del PRT. Las opciones que se presentaron en nombre de la izquierda lejos de disminuir aumentaron en esta ocasión. Fueron ahora cuatro partidos, más el PSD, que en algunos momentos intentó usar un lenguaje de izquierda para ir sobre nuestros votantes. Junto a esto, la candidatura presidencial presentada por el PRT llamó la atención en algunas zonas del país, principalmente en la región metropolitana del Valle de México, en donde ese partido entró a la disputa electoral con el

PSUM de manera abierta y franca, y aunque fue su candidata la que captó más votos y en la elección de diputados del PRT bajó muchísimo su número de sufragios, también es verdad que este partido capitalizó el voto de casi toda la izquierda independiente que aceptó participar en las elecciones al margen o en contra del PSUM. Asimismo, es necesario recordar que la candidata del PRT a la presidencia encabezaba la lista de diputados plurinominales, que era la única mujer de los siete candidatos a la presidencia y que la campaña del PRT se centró en ella.

Adicionalmente a estos factores, es preciso reiterar que el PSUM fue a esta campaña sin tener todavía su propia estructura organizativa realmente formada. Entre la Asamblea Nacional de Unificación de noviembre de 1981 y el Primer Congreso, la labor organizativa se redujo a integrar los comités estatales y realizar la afiliación al Partido, pero no se dieron otros pasos en materia de organización.

Aunque el número de votos que obtuvimos fue inferior a lo que muchos esperábamos, también debemos decir que según los resultados oficiales el PSUM tiene ahora una mayor implantación nacional respecto de los partidos de la Coalición de Izquierda, pues en la mayoría de los estados la votación es más alta y más extendida territorialmente.

Al mismo tiempo, no debemos perder de vista que la campaña del PSUM, que se realizó en todo el país —la del candidato a la presidencia y la de los candidatos a diputados y senadores—, alcanzó movilizaciones importantes, en primerísimo lugar la del 19 de junio en el Zócalo, que congregó a decenas de miles de socialistas adheridos a un partido, con el programa y las banderas del PSUM. Ese multitudinario acto no tiene precedente en la historia de la izquierda nacional y zanjó las viejas polémicas con quienes afirmaban que la lucha electoral tenía poco que ver con las luchas de masas. En el Zócalo el PSUM concentró su capacidad de movilización a través de la forma de lucha electoral, directamente política, enormemente educativa, realmente trascendente y organizadora. Nada de lo que ocurrió después puede ensombrecer o minimizar esa gran acción política.

Por todo esto, tanto la votación como las movilizaciones de masas nos indican que podemos abrir el PSUM a todos los socialistas dispuestos a realizar militancia de partido. Lo que hemos hecho nos muestra el camino de un partido de masas. En las manos del PSUM está su propio desarrollo, íntimamente ligado, como nunca antes, a las posibilidades democráticas de la nación.

Cuando el 5 de julio por la tarde la dirección del PSUM dio a conocer una estimación estadística que nos ubicaba entre el 6 y el 6,5 por ciento de los votos, y cuando ese mismo día, simultáneamente, el gobierno estimó nuestros votos en 1,12 millones en el 73 por ciento de las casillas, con cerca del 6 por ciento nacional en la elección de presidente, llegamos a la conclusión de que el volumen de sufragios en favor del PSUM se acercaría mucho al millón y medio en la elección de diputados. Sin embargo, no fue así. Y no podía serlo cuando en el Distrito Federal —uno de los lugares más vigilados por el PSUM en las casillas— nuestra votación no llegó a los 350 000 y en el Estado de México apenas superó los 150 mil. Y aunque en algunos estados, como en Veracruz, Jalisco, Sinaloa, Chiapas y otros más, fue muy grande el avance, éste no era suficiente para dar el salto al millón y medio.

Además, es preciso reconocer que existen algunos lugares en donde la votación del PSUM estuvo por debajo de la obtenida por la Coalición de Izquierda en 1979. Nuestras estimaciones estuvieron —hay que decirlo— basadas en una información parcial. Todo esto lo afirmamos sin descargo de la grave responsabilidad del gobierno en la danza de las cifras y en la manipulación de los votos, porque los dirigentes de este partido están obligados a buscar la verdad y a no caer en la especulación. Es cierto, sin embargo, que en algunos distritos se robó verdaderamente al PSUM, pero esos votos, que defendemos como si fueran decisivos, no alcanzan a cambiar el cuadro de nuestro caudal electoral.

Nuestra Comisión Política ha demandado del gobierno que se clarifique la danza de las cifras en la que cayó sin recato alguno, pues los datos de casillas no coinciden con los cómputos distritales y éstos tienen graves divergencias con las cifras de los comités locales.

Hemos demandado también que se cancelen 1,5 millones de votos adjudicados al candidato del PRI a la presidencia y los más de cien mil entregados como regalo al PPS y al PST. Al mismo tiempo, exigimos el reconocimiento de nuestro triunfo en el XV Distrito de Jalisco y la anulación de las elecciones en el V de Guerrero, con cabecera en Tlapa, donde el atropello contra el PSUM alcanzó niveles verdaderamente altos.

Pero no han sido éstas las únicas arbitrariedades en las elecciones. Es necesario empezar porque ni siquiera se respetó el ya de por sí mediatizado procedimiento de sorteo para nombrar funcionarios electorales, que ahora salieron directamente de las decisiones de la Secretaría de Gobernación. El padrón electoral no fue entregado, como lo marca la ley, a los partidos, por lo que se utilizó una lista de electores clandestina que solamente el gobierno conoció. Se permitió también que se votara sin credencial de elector, lo cual anuló totalmente la llamada “gran acción ciudadana”, y en muchos lugares el día cuatro de julio por la mañana los comités distritales corrieron la voz de que se había autorizado votar en todos los casos sin estar en las listas nominales de electores. Al mismo tiempo, se recurrió a la expulsión de los representantes de varios partidos de las casillas electorales en muchos distritos; hubo, una vez más, robo de urnas electorales, anulación de votos del PSUM mediante taches por otros partidos, aumento de los votos en favor del PRI en las casillas no vigiladas y, finalmente, la grosera alteración de los resultados de los cómputos distritales para favorecer a Miguel de la Madrid, al PPS y al PST. Podríamos hacer una lista mucho más grande de alteraciones del proceso electoral, pero lo más importante es destacar que todas ellas tienen su base en el sistema de partido absoluto que actúa con arbitrariedad y con cinismo, y en el hecho fundamental de que a los funcionarios locales, distritales y de casillas los nombra el gobierno con entera libertad, mientras los partidos de oposición se encuentran en total estado de indefensión y nada pueden hacer para impedir los atropellos o siquiera protestar.

El aumento de los votos en favor de de la Madrid se debe al desesperado deseo del partido oficial y de su candidato de obtener más de 16 millones de sufragios para aparentar el apoyo de más de la mitad de los electores inscritos en el padrón electoral.

Detrás de todo esto está el intento de convalidar el sistema de partido

absoluto e impedir una auténtica participación de otras fuerzas políticas y del pueblo trabajador en las decisiones del Estado. Para dar cobertura política a esta maniobra se dice que el presidente requiere un apoyo absolutamente mayoritario para enfrentar las presiones del exterior. Sin embargo, ese apoyo, en buena parte sólo aparente y prefabricado, es usado por el presidente para gobernar a título personal atropellando los derechos democráticos del pueblo y sin tomar en cuenta más que a su propio equipo de gobierno y a los dueños del dinero. La maniobra ha sido ahora más clara que en el pasado. El dominio del PRI y de su jefe absoluto, el presidente en turno, está más cuestionado. El próximo presidente no obtuvo la mayoría que le atribuyen las cifras oficiales. La democracia es una necesidad exhibida en mucha mayor medida en las recientes elecciones.

Sin embargo, los atropellos electorales no nos llevan al terreno de la demagogia o de la consabida lamentación o arrepentimiento. Eso se lo dejamos a otros partidos que lo han sabido hacer muy bien en largas décadas de impotencia electoral. Nosotros debemos ser muy claros: el PRI gana y, encima de eso, roba. Al mismo tiempo, no podemos hacer nada que se preste a negociaciones de cifras a espaldas del país. Nuestra postura es la del respeto al sufragio popular. Demandamos por ello con mucha fuerza y decisión que se les quiten los votos mal habidos al PPS y al PST en sus listas plurinominales. En esta postura no se expresan de ninguna manera las serias divergencias que tiene el PSUM con el PPS y el PST, sino sencillamente la necesaria congruencia que debe tener nuestro partido en la lucha por el respeto al voto. Por ello, hemos denunciado también los votos no obtenidos que pretendieron adjudicar al PSUM en Papantla a cambio de nuestro silencio y rechazamos enérgicamente la propuesta en Tlapa de aumentar al PSUM más de cinco mil votos a cambio de no presentar el recurso de queja ante el Colegio Electoral, que, de aceptarse, produciría la anulación de la elección en ese distrito. Este partido —entiéndase bien— no hace negocio con el sufragio popular, y tal postura la defendemos a cualquier costo.

La conclusión más inmediata del análisis de la jornada electoral del cuatro de julio es que se requiere una reforma electoral. El PSUM demanda el inicio de negociaciones entre todos los partidos políticos con el propósito expreso de realizar una reforma de la LOPPE que otorgue las garantías electorales que son totalmente necesarias. La base de la reforma debe ser que los funcionarios electorales en todos los niveles sean nombrados mediante sorteo, como lo marca actualmente la ley, pero con la participación de todos los electores que sepan leer y escribir, abarcando también a los funcionarios de las casillas. De esta manera, los comicios no estarían en manos del PRI y del gobierno. Al mismo tiempo, es necesario precisar en la ley el derecho de los partidos a utilizar los medios de comunicación y los recursos del Estado, y la obligación de rendir cuentas de la utilización de dichos recursos. La Comisión Federal Electoral también debe ser modificada para quitarle el voto al notario, lo que es una verdadera grosería, y eliminar de dicho cuerpo a los representantes de las cámaras del Congreso, que nada tienen que ver con la organización de las elecciones. El presidente de la Comisión Electoral no debe ser el secretario de Gobernación, que representa al gobierno y al partido oficial, sino una persona elegida e imparcial que sólo vote en caso de empate. Asimismo, es necesario que los parti-

dos intervengan de manera directa en la elaboración del padrón electoral y en la creación de un sistema de cómputos electorales que impida la marginación que hemos visto una vez más.

El PSUM seguirá luchando por una reforma que modifique también la integración del Congreso Federal, las legislaturas de los estados y los ayuntamientos, para darles la representación proporcional y mayores facultades, y por un gobierno elegido para el Distrito Federal. Para los primeros tres aspectos nuestro grupo parlamentario ya ha presentado una propuesta de modificaciones a la Constitución que debe ponerse a debate público por la Cámara de Diputados.

Las recientes elecciones contaron con la intervención directa de organizaciones no partidistas. Algunas de ellas, como los grupos de colonos y las pequeñas organizaciones de muy diverso tipo, trataron de hacerlo a través de los partidos. Pero más allá de este ámbito destacan por su participación instituciones importantes del país, como la Iglesia Católica.

La característica más importante de la participación de la Iglesia fue su evidente y pública divergencia interna. La actitud del cardenal Corripio, su manifiesto y la agitación que realizó en el seno de la Iglesia y entre los católicos, constituyeron sólo una parte de la posición de la Iglesia. Otros sacerdotes, inclusive obispos, tomaron también posiciones públicas con una visión muy diferente. Estos sacerdotes, partidarios de la democracia y de la lucha de los oprimidos contra sus opresores, discrepan en la orientación dominante entre las jerarquías católicas de apoyar a los partidos burgueses, es decir, los opresores. En el fondo de todo eso están las ligas y los compromisos de buena parte del clero con el sistema y el miedo de los que apoyan las posiciones de Corripio a que la Iglesia tome un curso diferente, en favor del pueblo y de la democracia.

Antes del cuatro de julio la inmensa mayoría de los curas se movilizó en algún sentido. Pero los dos campos bien marcados se dieron entre los que llamaron con vehemencia a votar por cualquier partido que no fuera marxista y los que dijeron claramente que la posición cristiana no es sumisión sino lucha, y se sumaron a la izquierda. Sabemos muy bien que la mayoría del clero apoyó al PRI, al PAN y al PDM, pero a partir de estas elecciones se presenta un panorama más claro en la Iglesia, que es una institución que mantiene una considerable influencia ideológica y a veces política sobre gran parte del pueblo católico de México.

Las elecciones del cuatro de julio reflejan de manera muy apropiada la situación de las fuerzas políticas del país. En realidad los volúmenes de votos solamente nos muestran la intervención de electores en función de los más diversos factores ideológicos, políticos y culturales, en un momento. Esos mismos ciudadanos no intervienen en su totalidad en la lucha política de manera sistemática y organizada. Por ello es preciso profundizar más en lo que las elecciones nos dicen.

Probablemente se acrecentarán las tendencias a la derecha, toda vez que el programa del PRI se aleja cada vez más de los viejos postulados populistas, agraristas y nacionalistas que fueron parte fundamental de su ideología durante largas décadas. Pero además porque el apoyo de la gran burguesía es cada vez más importante para la burocracia del Estado. Uno de los rasgos de estas elecciones es la intervención más organizada y definida de los

grupos empresariales más importantes del país.

La situación internacional, particularmente la centroamericana, y los problemas de financiamiento y deuda externa adquirirán seguramente una significación especial. La política agresiva de Reagan ha exacerbado la contradicción entre la posición mexicana respecto a Centroamérica y la actitud intervencionista y represiva del gobierno de Washington. Las presiones norteamericanas contra el gobierno de México no han cesado en ningún momento y se puede prever que las enormes dificultades de financiamiento exterior y la situación de la deuda externa de nuestro país se utilicen por Estados Unidos en su política de chantaje y presión. En este marco, la tesis de la necesidad de un presidente absoluto cobrará fuerza, por lo que es necesario impulsar la lucha por una participación popular y democrática del pueblo trabajador y de las fuerzas antiimperialistas en contra de las presiones y agresiones del gobierno de los Estados Unidos.

Las tendencias hacia la derecha, que vienen de más atrás, no se traducirán automáticamente o de forma inmediata en desajustes políticos en la maquinaria del PRI y del Estado. El poder seguirá siendo el elemento más importante para mantener unida a la burocracia gobernante.

Los nuevos espacios de la participación democrática y la acción del PSUM no resultarán de ningún mecanismo capaz de concretar los fríos datos electorales, sino de la movilización y el perfil que nuestro partido ha ido adquiriendo en sus pocos meses, especialmente durante la campaña electoral, que es lo más importante que ha hecho desde su constitución.

Estos dos elementos: el mantenimiento de la unidad en el PRI y el aumento de los lazos entre la burocracia del Estado y la gran burguesía, por un lado, y la presencia de un partido de izquierda revolucionaria e independiente en la lucha política, por el otro, nos llevan a considerar que los avances democráticos que hoy pueden ser viables dependen en mayor medida de los logros en el movimiento de masas, incluyendo las luchas reivindicativas y las confrontaciones electorales.

El PSUM debe meterse lo más a fondo posible a impulsar los movimientos reivindicativos y políticos que por todos lados surgen y otorgarles a éstos la mayor importancia en la perspectiva de cambios democráticos a corto plazo. Particular importancia tendrán en esta perspectiva las luchas sindicales, sobre todo las dirigidas a lograr la democracia en las organizaciones de los trabajadores, las luchas agrarias, tanto campesinas como de jornaleros, las movilizaciones de los colonos, a las que es urgente dar una nueva perspectiva más consistente y permanente, y las acciones universitarias. En este camino tiene especial significación la lucha electoral. En realidad el PSUM apenas empieza a utilizar esta forma de lucha. Los que se desilusionan ante los primeros problemas o contratiempos sólo demuestran, en el mejor de los casos, que vivían en un mundo de ilusiones y que ya es tiempo de bajar a la realidad, que no está hecha a nuestro gusto. Las pequeñas y grandes luchas electorales son cada vez más importantes dentro de la política de un partido socialista independiente en México. Por ello hay que poner atención y no escatimar ningún esfuerzo en las tareas electorales venideras, en las que debe involucrarse todo el Partido.

El PSUM continuará luchando por la unidad más amplia posible de la izquierda. Ése es uno de los signos más importantes que marcaron el surgi-

miento de nuestro partido y que mantendremos con esfuerzo, y a veces con la necesaria paciencia. La unidad de la izquierda se ha convertido en una cuestión de orden nacional, que está muy por encima de giros y ópticas inmediatistas o grupusculares.

Por otro lado, nuestro partido buscará siempre las convergencias y la unidad en la acción con otras fuerzas políticas y sociales, en aquellos aspectos concretos en donde existen coincidencias. No tememos coincidir con otros; por el contrario, buscamos las convergencias, manteniendo —eso sí— nuestra independencia y llevando las coincidencias al plano más público y abierto posible. Esta posición forma parte de una política democrática.

Al mismo tiempo, es nuestro deber advertir que el desarrollo del movimiento de masas y la participación del PSUM en las luchas de los trabajadores no se logra, básicamente, con las alianzas, y menos aún con simples declaraciones conjuntas con otras fuerzas, sino con la acción directa del Partido como organizador e impulsor de las movilizaciones.

Para convertir las luchas de masas, reivindicativas y políticas, en verdaderos factores en favor de la democracia, se requiere necesariamente el partido. Cualquier otro camino puede llegar a ser considerable y adquirir fuerza, pero difícilmente consistencia, profundidad y permanencia. Por eso hemos dicho que la construcción del PSUM como partido de masas es una tarea democrática nacional.

Las tareas principales de la construcción del PSUM pasan por la unidad política de su dirección y de las direcciones locales. Es preciso decidarnos a combatir de manera sistemática las concepciones de grupo y la existencia de grupos. Hay que tomar en cuenta que el PSUM surge como la unificación de diversas agrupaciones, y que el proceso de la unidad tiene que pasar por la descomposición de formas de acción ya superadas.

Uno de los caminos para avanzar en la unidad es la politización de los organismos del Partido. En otras palabras, es necesario que las relaciones en el Partido, en todos los niveles, sean de tipo político, y no basadas en el individualismo o el interés sectario. La integración de los comités de dirección también debe realizarse poniendo por delante el interés político del Partido como organización nacional. Y las divergencias internas, que toman características alarmantes en algunos puntos del país, deben ser resueltas a través de auténticas relaciones políticas. Todo esto será posible en el marco de la democracia interna y del respeto a los derechos de los miembros del Partido.

Sobre estas bases será posible aplicar una política de puertas abiertas. Creemos que es el momento de abrir el PSUM a grandes contingentes de trabajadores de la ciudad y del campo, manuales e intelectuales, que fortalezcan al Partido con sus aportaciones.

Para lograr esto se requiere una lucha contra el sectarismo y nuevas formas de organización que permitan la militancia de decenas y centenares de miles de militantes socialistas. Si los comités del Partido se van por el fácil camino de considerar solamente a los más activos, a los amigos, a los compañeros más probados en la lucha, el PSUM no podrá crecer ni organizarse. Por ello es preciso aplicar métodos de organización que permitan a cualquier trabajador, estudiante o ama de casa militar organizadamente,

partiendo de que cada quien dará al Partido lo que su situación personal le permita.

Para abrir las puertas del PSUM se requiere también, de manera especial, la organización territorial indispensable. Creemos que sin organización territorial, es decir, de comités del Partido, no será posible construir al PSUM como partido de masas y no lograremos organismos de base en los centros de trabajo. Por esta razón el proyecto de resolución propone unas orientaciones muy escuetas y precisas que nos permitan trabajar para formar los comités municipales, zonales y de poblado o barrio, alrededor de los cuales se nucleen los miembros del Partido y los organismos de base, tanto de centro de trabajo como de lugar de residencia, y los comités estatales puedan llevar a cabo su tarea de dirección.

El trabajo de construcción orgánica de los próximos meses debe desembocar en conferencias de organización en cada estado del país, después de que se lleven a cabo las jornadas regionales que encabezará directamente la Comisión Política. Con esta medida se busca hacer intervenir a todos, incluyendo a los principales dirigentes nacionales, en las tareas prácticas de construcción orgánica del PSUM con el fin de extender lo más posible la organización del partido.

Compañeras y compañeros:

La Comisión Política ha elaborado un proyecto de resolución que debatiremos durante estos dos días. Hemos querido simplemente ampliar algunas consideraciones sobre el contenido y orientación de dicho proyecto con el ánimo de contribuir a la discusión. Sólo pedimos, finalmente, un esfuerzo por concentrarnos en los temas que hemos de debatir. Es natural que en un partido como el nuestro, que se está construyendo, surjan muchísimas cuestiones importantes, pero creo que debemos convenir en que es mejor para todos otorgarle la mayor trascendencia política a los temas del balance electoral y las perspectivas y tareas inmediatas.

la nacionalización de la banca*

Cuando la Comisión Política del PSUM analizó la nacionalización de la banca y el establecimiento del control generalizado de cambios, emitió una resolución que fue publicada en la prensa, en la que asumía una posición de apoyo, considerando que ambas medidas habían sido planteadas por la izquierda mexicana durante varias décadas y porque forman parte del programa del PSUM, aprobado en el Primer Congreso de nuestro partido.

Junto a esto, es necesario subrayar que la nacionalización de la banca es la expresión de la crisis que vive el país, crisis cuyos responsables fueron, efectivamente, los banqueros, la burguesía financiera, pero también el mismo gobierno que decretó la nacionalización de la banca.

Por ello, hemos dicho que la nacionalización de la banca expresa la ruptura entre la burocracia política del Estado y la burguesía financiera, que habían venido actuando de manera muy cercana durante los cinco años y nueve meses de sexenio de López Portillo. Esta ruptura no es, naturalmente, sólo una reforma de carácter económico; se trata también de una ruptura de orden político entre el grupo más importante, más consolidado, de la burguesía de nuestro país y el jefe de Estado que tiene en sus manos un mayor poder. Se trata, entonces, de una nueva situación política planteada a partir de estos dos decretos que nosotros debemos analizar sin caer en suposiciones, pero sin eludir tampoco el carácter de este rompimiento de orden político y las consecuencias que pueden traer la nacionalización de la banca y el control de cambios.

Es una respuesta a la crisis financiera; y, efectivamente, la crisis financiera, que es en realidad una parte de la crisis económica, no podía ser enfrentada por el gobierno de López Portillo utilizando los mecanismos tradicionales en el marco de la política que durante todo este sexenio había puesto en práctica.

Ofrecer mayores perspectivas para el capital, para los rentistas, para los financieros, había agotado ya sus posibilidades. Las tasas de interés eran muy altas y éstas eran incapaces de retener el capital en el país, de tal manera que la fuga de capitales era un verdadero torrente. Da la impresión de

* Intervenciones en el IV Pleno del Comité Central. Septiembre 24 y 26 de 1982. (Versión magnetofónica.)

que en estos meses, sobre todo a partir de julio de 1981, se organizó toda una conspiración financiera contra el peso, y, por lo tanto, contra la economía mexicana, que tenía un sinnúmero de expresiones: la especulación financiera, la especulación monetaria, la exportación masiva de capitales, la inversión de capitales en bienes raíces —principalmente en los Estados Unidos— y otras formas, con las cuales la burguesía —no sólo la financiera, sino la mayor parte de la burguesía que tiene una enorme capacidad de liquidez, que es inmensamente rica— conspiró contra la estabilidad financiera de México.

Fue una verdadera y real conspiración de orden económico que partía de que el gobierno permitiría —en un sistema capitalista donde predominaba el libre cambio y la libre actividad financiera— que funcionara el mecanismo económico y se asegurara la rentabilidad, sobre todo del capital monetario. En realidad el gobierno no tenía otra salida sino establecer una serie de controles. En primer lugar, el control de cambios, que fue paulatinamente aplicado, y controlar de manera eficaz todo el aparato financiero del país.

Los instrumentos legales para realizar esos controles, en términos generales, estaban dados. Sin embargo, el gobierno no sólo se limitó a establecer el control de cambios, que era una necesidad absolutamente reconocida, y a establecer controles en el aparato financiero, sino que tomó la decisión de expropiar el capital social de los bancos privados. Es decir, no sólo llevó a cabo medidas de ajuste, sino el establecimiento de una reforma que afecta la estructura de nuestro país.

La manera como se llevó a cabo esta reforma la configura como una reforma desde arriba. No han sido la nacionalización de la banca y el control generalizado de cambios productos de un movimiento popular, de un cambio expresado en las elecciones o en el movimiento huelguístico, o en las manifestaciones callejeras, sino una reforma tomada desde arriba, decidida por el presidente; una forma de establecer controles necesarios acudiendo, de manera más precisa, a una reforma, y no solamente a un conjunto de medidas de ajuste, que podrían haber sido controles sobre los propios bancos privados y otras medidas de carácter económico y financiero.

Naturalmente, detrás de la nacionalización de la banca está toda una historia y todo un régimen político. Una manera como se resuelven en México, en ciertas coyunturas, las situaciones críticas, y un poder inmenso del presidente para tomar bajo su propio riesgo decisiones de orden trascendental.

El hecho de que se trate de una reforma desde arriba es también la expresión de toda una historia de varias décadas, de toda una manera como se enfrentan esas situaciones críticas y de la naturaleza misma del sistema político mexicano; de la relación de las fuerzas, del nivel de la democracia, de las relaciones entre las clases y de la forma y mecanismos a través de los cuales actúa el Estado.

Todo eso está detrás de los dos decretos, principalmente del decreto de la nacionalización de la banca, y esto no se escapa a nuestro análisis. La nacionalización de la banca se ha presentado como expresión y síntesis de toda una situación, mucho más general, de la sociedad mexicana y del Estado.

Ahora bien, la nacionalización de la banca implica cambios en el bloque gobernante porque los capitalistas financieros, por lo menos algunos de sus sectores, formaban parte de lo que pudiéramos llamar el bloque de fuerzas decisivas en la orientación de la política del Estado, no solamente por su enorme poder económico, sino por el largo proceso de acercamiento e identificación política e ideológica entre algunos sectores de la burguesía financiera de nuestro país y la burocracia política del Estado, proceso que duró varias décadas y que fue desarrollándose y consolidándose en los últimos años. Estos sectores de la burguesía financiera no solamente participaban de la orientación general del Estado, sino que tenían una influencia concreta cada vez mayor en todo tipo de decisiones, no solamente de política económica, sino de la política general del gobierno.

Particularmente a partir de la crisis de 1976, el acuerdo, la identificación, el acercamiento entre algunos de los grupos de la burguesía financiera con la política aplicada por el presidente López Portillo solamente reflejaba el grado de identificación de posiciones e intereses entre otros grupos de la burguesía financiera y la burocracia política del Estado. Por ello en nuestro proyecto de resolución, al hacer la caracterización de los cambios que implica la nacionalización de la banca, incluimos una modificación del bloque gobernante; pero también implica una modificación de la burocracia del Estado, puesto que, al pasar la banca al control estatal, la burocracia asume el papel del intermediario bancario y del principal grupo conductor de las decisiones financieras, no solamente de las decisiones financieras del Estado, sino también del funcionamiento del sistema financiero de nuestro país.

Los bancos, los bancos nacionalizados, tienen en su poder grandes paquetes de acciones de centenares de empresas industriales, de servicios y comerciales. El principal mecanismo de funcionamiento del capital financiero en México ha sido, en las últimas décadas, la banca. No solamente la banca privada, sino también la banca estatal, como es el caso de Nacional Financiera, de SOMEX y de otros grupos financieros del Estado. Pero la banca privada tenía una influencia mucho mayor en la estructura del funcionamiento del capital financiero, especialmente de los grandes bancos, Banco Nacional de México, en primer lugar, BANCOMER, SERFIN, BANPAÍS, Comercial Mexicano, CREMI, etcétera.

Esto quiere decir que en el momento actual la burocracia política del Estado puede controlar decenas y acaso centenares de empresas y tener participación accionaria, sin duda, en centenares y probablemente más de un millar de empresas comerciales, industriales y de servicios. Así, estamos presenciando también, a partir de la nacionalización de la banca, alguna modificación en la estructura social.

Al apoyar el PSUM la nacionalización de la banca y el control generalizado de cambios no estamos renunciando ni a nuestra política ni a ningún punto de nuestro programa. Estamos simplemente constatando que ambas medidas tomadas por el gobierno forman parte del programa de nuestro Partido, y que ambas medidas son elementos de una nueva situación que se ha creado en el país, no solamente de una nueva situación económica, sino también de una nueva situación política. Y nuestro Partido tiene la obligación de hacer el necesario análisis de su conducta que permita poner ésta

en consonancia con los nuevos cambios que se han producido.

Hemos hecho especial hincapié en el llamamiento a la lucha por dar a la nacionalización de la banca el sentido de una reforma que propicie el desarrollo de la lucha de la clase obrera y del pueblo trabajador en general en la consecución de nuevas reformas, de nuevos cambios, de nuevas transformaciones necesarias, congruentes con el paso dado al nacionalizar la banca. Ésta es una de las cuestiones centrales de nuestra posición. Como ya se ha visto, el PSUM no ha brindado un apoyo a la nacionalización de la banca agotando su posición, su política y su programa; se ha sumado al apoyo a la nacionalización de la banca, planteando la necesidad de otros cambios.

La nueva situación que se ha creado a partir de la nacionalización nos permite poner nuevamente el acento en la necesidad de que el país avance a través de una serie de cambios de orden democrático. La nacionalización de la banca reclama, en mucha mayor medida respecto de la situación anterior, una serie de pasos de democratización. La banca nacionalizada no debe ser manejada de la misma forma en que durante años fueron manejadas la banca privada y las instituciones nacionales de crédito. La utilización de los recursos financieros del país, las formas de captación del ahorro, la manera como debe funcionar el sistema financiero en su conjunto, la sustentación de este sistema, son cuestiones que pasan a un primer plano.

La retención por parte de la banca nacionalizada de las acciones que están actualmente en su poder y que fueron durante décadas adquiridas paulatinamente por los bancos privados es también una cuestión central. Porque hoy se puede integrar una estructura de empresas públicas mucho mayor de la que ha existido hasta ahora, en condiciones también distintas. Y la necesaria reorientación de la empresa pública, de la vieja empresa pública existente antes de la nacionalización y de la nueva empresa pública, en primer término los bancos nacionalizados, es una cuestión de gran actualidad y de la mayor importancia. Si la banca nacionalizada y las empresas que han quedado bajo control de esta banca nacionalizada no modifican su carácter, si funcionan igual que como funcionaron los bancos privados, y a ello añadimos que la crisis económica se va a profundizar en los próximos meses en nuestro país, entonces la nacionalización de la banca se habrá desprestigiado y en buena medida la izquierda se desprestigiara junto con la propia nacionalización de la banca. Porque ésta es la fuerza que luchó durante años por ella, porque la izquierda es la fuerza nacionalizadora más importante, porque todas las fuerzas de la izquierda mexicana tienen programas que incluyen nacionalizaciones muy importantes. Por eso a nosotros nos debe interesar evaluar correctamente la reforma que implica la nacionalización y ser la fuerza más consecuente en la lucha por una orientación democrática y popular de la banca y lo que esto implica.

Tenemos, entonces, una responsabilidad muy grande. El PSUM no puede caer, no podía caer en los primeros días posteriores al 10. de septiembre, en el simplismo de algunos grupos que consideran que la nacionalización de la banca es una medida que tiende a garantizar el pago de la deuda externa de México y, por lo tanto, beneficia a los bancos extranjeros, como se ha dicho. Ni tampoco puede considerar que, siendo importante la nacionalización de la banca, es una medida simplemente de readecuación, de ajuste de la política económica del gobierno, y que no tiene posibilidades de ma-

yor trascendencia. Yo creo que de este simplismo debemos diferenciarnos muy claramente con una posición responsable, de un partido que tiene, efectivamente, un programa, una política, una acción práctica y una responsabilidad frente al país. Nosotros tenemos que llamar a la acción política para defender el sentido que la izquierda siempre ha querido imponerles a las nacionalizaciones, y en especial a la nacionalización de la banca.

Esta actitud hay que asumirla sin posiciones autolimitantes, ni tampoco catastróficas, porque, compañeros, en grupos de izquierda se consideraba —esto apareció en un desplegado periodístico, donde incluso nosotros firmamos el 10. de septiembre— que la nacionalización de la banca no era posible en un régimen como el actual. Y quizá algunos pudieran pensar eso mismo de otras reformas incluidas en el programa del PSUM y de otros grupos de izquierda. Lo que no toma en cuenta esa visión es que la realidad ha cambiado en este país por una profunda crisis, y tampoco toma en cuenta cuestiones difíciles de medir o de apreciar, como son la tradición histórica, las peculiaridades del Estado mexicano. La nacionalización de la banca fue, compañeros, apoyada por el pueblo de México, con todas las diferencias culturales y de manera de entender los problemas del país. Una cuestión quedó bien clara, la nacionalización golpeaba a un sector muy importante y poderoso de la burguesía, y eso, compañeros, es una cuestión que el pueblo mexicano apoya; que no tiene la organización, la conciencia, para poder organizarse y luchar por ese tipo de medidas, que está de acuerdo con ese tipo de soluciones, que quisiera que se establecieran esos y otros cambios, incluidos en el programa del PSUM, eso también es cierto, porque yo creo que la unidad popular más grande en México se puede hacer sobre la base de golpear a la burguesía y al imperialismo, especialmente al norteamericano. Ésas son cuestiones que el pueblo mexicano abraza con determinación, con sinceridad, con convicción.

Y yo creo que la nacionalización de la banca, aunque fue hecha por un gobierno caracterizado por continuos y sistemáticos golpes a la economía del pueblo trabajador, ha tenido un enorme respaldo popular; por esas razones, justamente, y yo creo que aunque sólo fuera por ese hecho, la nacionalización de la banca beneficia desde el punto de vista político a la izquierda y al PSUM en especial, que es la fuerza más importante y desplegada de la izquierda en México. Nosotros tenemos que ver así esta cuestión.

Hoy ponemos especial énfasis en que probablemente, muy probablemente, la crisis económica se va a profundizar. México está en una situación verdaderamente grave que podremos desglosar brevemente de la siguiente manera: los ingresos provenientes del petróleo son equivalentes al servicio de la deuda sólo por intereses, es decir, lo que hay que pagar anualmente por intereses de la enorme deuda exterior mexicana es justamente lo que ingresa por venta del petróleo del exterior. La deuda mexicana ha llegado a tal punto que es muy improbable que la economía nacional pueda recibir fuertes ingresos de capital del exterior de manera inmediata; la escasez de divisas es muy grave, de tal manera que el país no tiene capacidad para adquirir en este momento la maquinaria, los repuestos, las refacciones, las materias primas industriales, etcétera, que son necesarias para alimentar su planta productiva. Quiero introducir un matiz aquí: no es que no pueda

adquirir en absoluto nada, sino que tiene dificultades grandes para adquirir justamente lo que requiere; y tiene mayores dificultades para adquirir nuevas plantas industriales en el extranjero, al mismo tiempo que no tiene capacidad para generarlas en el interior, porque el tipo de desarrollo económico de estos años no ha puesto el énfasis principal en el desarrollo, en México, de una industria productora de maquinaria, sino que se ha mantenido una estructura en la cual principalmente se recurre a otros países y al mercado internacional para adquirir la maquinaria que se requiere para el desarrollo económico.

Lo que los economistas llaman una tendencia a la desaceleración en la industria, que se había manifestado desde hace ya dos años, incipientemente, y que nosotros advertimos a tiempo, no solamente ha continuado, sino que se ha profundizado. Esto implica un aumento del desempleo, provocado no solamente porque no se abren nuevas fuentes de trabajo, sino porque las fuentes de trabajo existentes empiezan a disminuir su capacidad de producción. Esta cuestión está íntimamente ligada con la disminución de la capacidad de compra de los trabajadores, de la mayoría de los trabajadores, que a su vez impacta muy seriamente la capacidad productiva de las empresas.

Existen problemas cada vez mayores para el financiamiento de las empresas, y se da el caso de que frente a una burguesía rentista que tiene alta liquidez, es decir, que tiene mucho dinero en efectivo, hay muchas empresas que tienen problemas de liquidez, es decir, que no tienen dinero en efectivo y que están trabajando para el banco; por lo tanto, ha habido aquí una atrofia, un problema muy serio en la acumulación de las empresas, sobre todo en las empresas medianas y pequeñas, pero también en las grandes empresas. La forma como se dio el desarrollo económico de los últimos decenios se ha expresado en una crisis económica recurrente, que vimos en 1976 con un desmoronamiento del incremento del producto interno bruto y la vemos hoy, cinco años después, de nueva cuenta, mucho más severa y mucho más fuerte. Yo creo que esta crisis se va a agudizar en los próximos meses, porque esta crisis no se va a resolver a partir de una serie de ajustes, y tampoco será resuelta por una reforma, por profunda que ésta sea, como la nacionalización de la banca y el establecimiento del control de cambios, porque el control de cambios es el establecimiento de un tapón después de que ha habido un verdadero saqueo del país —aceptado incluso por el propio presidente, que se negó a reconocerlo durante años—, señalado por nosotros y por otras fuerzas democráticas y de izquierda. Pero el daño que se hizo al país con ese saqueo ha sido verdaderamente profundo; este partido tiene que aplicar una política que suponga que la crisis económica no se resolverá dentro de quince días, sino que se va a profundizar; y que esta crisis económica demanda, a gritos, reformas estructurales del tipo de la nacionalización de la banca, y demanda poner al servicio del pueblo trabajador las reformas ya establecidas: la nacionalización de la banca y el control de cambios.

Éstas son cuestiones centrales, decisorias, que van a incidir enormemente en la política, en la relación de fuerzas. Nosotros hemos dicho en la Comisión Política, al tomar posición frente a los dos decretos del presidente, que es el momento de poner especial interés en que el pueblo trabajador retome

su propia iniciativa, sea realmente protagonista de las luchas y de los cambios que hoy hay que producir. Y de esto depende en definitiva que la crisis se resuelva con la participación el pueblo trabajador, retomando su iniciativa. Yo creo que ésta es la tarea central del PSUM, pero esta tarea no la puede cumplir el PSUM solo, y también esto es una cuestión que tenemos que convenir aquí: nuestro partido es una fuerza muy importante de la izquierda, es la formación política más importante de la izquierda independiente, pero no tiene capacidad para poder enfrentar el reto de hoy por sí mismo.

Tenemos, por lo tanto, que aplicar una política al servicio de esta lucha, para que el pueblo trabajador retome su iniciativa y sea protagonista verdadero de la situación.

La burguesía nos ha desconcertado en buena medida, y hay que reconocerlo. Muchos esperábamos una respuesta más fuerte, no sólo de los ex-banqueros, sino también de otros sectores de la burguesía, que han sido afectados en la medida en que fue una expropiación de capital, y en la medida en que estaban ligados muy intensamente con los bancos; pero la burguesía se ha replegado; es un repliegue táctico, ciertamente, que empezó a manifestarse a partir de la renuncia expresa al paro patronal, de la renuncia al consejo general del Consejo Coordinador Empresarial, de la renuncia a poner en práctica una serie de medidas de orden político. Sin duda, en el fondo, el repliegue se debe a la búsqueda de un determinado contexto de negociación con el próximo gobierno, y también, probablemente, al hecho de que una reforma de esta naturaleza muy difícilmente puede echarse para atrás en este país, en concreto, y con la correlación de fuerzas existente en México.

Esto ha jugado un papel en el repliegue de la burguesía, especialmente de los sectores más reaccionarios de la burguesía, que son muy sensibles a las expropiaciones de capital. Sin embargo, compañeros, esto no quiere decir que no formen parte de la situación política estas fuerzas organizadas de la burguesía, el Consejo Coordinador Empresarial y todas las cámaras, la COPARMEX, etcétera. Yo creo necesario tomarlas muy en cuenta, que el PSUM debe considerar que esas fuerzas son enemigas, que no solamente lucha contra la burocracia política, contra las fuerzas del Estado, sino también contra la fuerza de la burguesía organizada, concreta, tangible, específica. El PSUM debe desarrollar su acción tomando esto en consideración.

Es necesario aplicar, por lo tanto, una política que hemos llamado política de convergencias, una política de búsqueda de convergencias. Y yo quisiera plantear la cuestión en los siguientes términos: las alianzas son siempre cuestiones concretas, las alianzas no se hacen en los discursos, las alianzas se hacen en términos específicos, pero hay que luchar por ellas, y para ello también sirven los discursos, y para ello también es necesario reiterar y hacer conciencia de la necesidad de una actitud que busque convergencia implícita, aunque sea de esas que no son las que más nos convienen y que no tienen generalmente mucha importancia, con fuerzas del PRI, con fuerzas del Congreso del Trabajo, alrededor de la nacionalización de la banca y el control de cambios. Esto es algo verdaderamente limitado. No se trata, realmente, de una auténtica convergencia, en la que los protagonistas se reconozcan entre sí, y partan de la idea de que se trata de fuerzas indepen-

dientes. No se trata de eso. Por otro lado, nosotros hemos establecido una serie de convergencias con otros grupos de la izquierda, con el PMT, con la UIC, con aliados nuestros de la campaña electoral, con organizaciones que actúan en algún sindicato, con coordinadoras, etcétera. Toda esta convergencia se ha hecho de manera muy accidentada, muy difícil, muy limitada, porque en la izquierda hay un sector al que, al parecer, no le interesan la nacionalización de la banca y el establecimiento del control de cambios, y la nueva situación que se crea a partir de eso, y que mantiene una actitud contestataria y muy inmedatista. Nosotros, compañeros, tenemos que aplicar una política de convergencias partiendo de la situación en que están esas fuerzas con las que posiblemente nosotros podemos entrar en relación.

Nuestra convergencia debe poner en el centro la movilización popular, y que esa movilización popular se realice por la consecución de las medidas, de los cambios, que son más necesarios en el momento. En términos generales me parece que la izquierda no ha sabido responder con agilidad, con despliegue, a la nacionalización de la banca, y parece que hemos asumido también una actitud un poco de expectativa, y esto les ha restado posibilidades a la izquierda y al PSUM. Una de las razones por la cual ha ocurrido esto es porque no hemos podido concretar la acción de diversas fuerzas de izquierda para hacer manifestación, para hacer actos conjuntos, para ponernos de acuerdo en qué es lo más importante del momento actual.

Hay mucha desorientación en la izquierda de nuestro país; esto es algo que nos debe preocupar mucho. Por ejemplo, en el Frente por la Defensa del Salario el nivel de las convergencias es sumamente limitado, casi se reduce a la defensa del salario, a la lucha por un aumento general de salarios, pero no está presente allí la lucha por la escala móvil, que es una cuestión central, y central del momento presente; nunca como hoy la cuestión de la escala móvil había sido tan importante. Pero ni siquiera cuestiones como ésta están presentes en esta convergencia del Frente por la Defensa del Salario. En la comisión promotora del Comité de Defensa de la Economía Popular, cuyas fuerzas principales son el PSUM y el PMT, hay una serie de desacuerdos en relación con las acciones que hay que emprender hoy, con la necesidad de concertar una más amplia convergencia con fuerzas de la izquierda y con otros sectores democráticos y populares del país.

Ha habido, compañeros, una especie de inmovilidad en algunos sectores de la izquierda, acciones desfasadas que no concuerdan con la nueva realidad. Y se ha presentado la cuestión del Partido Obrero Socialista, que se retira del grupo parlamentario del PSUM. Yo creo, compañeros, que los argumentos del POS son simples pretextos. Si no fueran falsos pretextos, habría habido discusión, pero no existió discusión de por medio. El caso concreto (y perdonen que me refiera a este asunto) es el de un grupo político que tenía cerradas o le eran difíciles las alianzas con el PRT y con otros grupos, y buscó entonces la alianza con el PSUM. Nosotros pactamos (con un poco, si se quiere, de ingenuidad) la alianza con el POS, aplicando una política, que es la política del PSUM. Ahora que se le han abierto las puertas al POS en otro lado, entonces rompe con nosotros y manifiesta su posición hostil al PSUM, posición que siempre tuvo, pero que no manifestó por razones de conveniencia concreta.

Yo creo que el rompimiento del POS no se puede reducir a la crítica del

discurso de Arnaldo Córdova, o del discurso de Cordera, que es otra cuestión, sino a otra postura. Nosotros debemos discutir estas dos cuestiones separadamente. El discurso de Arnaldo yo creo que hay que discutirlo, pero el asunto del rompimiento del POS es algo que tiene otro carácter, es de otro orden, tiene otra significación. De lo contrario, nos vamos a hacer eco de esta provocación del POS, y yo creo que no debemos caer en eso, de ninguna manera y bajo ningún concepto. Pienso que hay que responder al POS, hay que responderle justamente con elementos del tipo que he expresado aquí, porque creo que no hay, compañeros (lo digo sintéticamente), discusión de por medio en el grupo parlamentario, no hay discusiones de por medio a nivel de las direcciones del PSUM y del POS, no ha habido, compañeros, un contacto real entre las dos organizaciones, porque el POS lo rehúye de manera continua. El diputado del POS en el grupo parlamentario no ha intervenido ni en la propia Cámara. Las posiciones que el POS manifiesta nos las encontramos por primera vez en el desplegado que aparece hoy en *Unomásuno* en relación con la nacionalización de la banca, el control de cambios y la situación política, cuestiones que no conocíamos en absoluto. Entonces, compañeros, se trata de una decisión que tiene otro sentido y va hacia otra dirección.

También podemos decir que el rompimiento del POS debe ser una enseñanza para nosotros sobre cuáles deben ser las bases concretas de nuestras alianzas electorales. Ésta es una enseñanza que debemos asimilar, no para rasgarnos las vestiduras o para echarnos la culpa unos a otros. Creo que la asimilaremos de manera colectiva a partir de este incidente, que me parece que no llega a más, es simplemente un incidente.

Por último, en el Proyecto de Resolución se toca muy de paso una cuestión central: la coyuntura, la nueva situación creada, es más favorable para el desarrollo orgánico del PSUM, y éste es, a su vez, una de las tareas centrales del Partido. Si no realizamos hoy los trabajos del desarrollo orgánico del Partido, si nos concretamos exclusivamente a hablar de la política a nivel de discurso, a nivel programático, a nivel de análisis de la situación, y no ponemos mayor interés, al mismo tiempo, en las cuestiones del desarrollo orgánico de nuestro partido, estaremos cometiendo un gran error y desaprovechando la situación que se ha creado a partir de las recientes medidas.

Compañeros: el Proyecto de Resolución se entregó apenas hoy porque ya impreso se presentó la iniciativa presidencial para modificar el artículo 28 y elevar a rango constitucional la nacionalización de la banca. El proyecto anterior no tomaba en cuenta este hecho, que es muy importante, razón por la cual no pudimos entregar con anticipación el Proyecto de Resolución que estaba impreso y listo para enviarse. Por lo tanto, yo creo que el Comité Central entenderá esta situación y comprenderá que hasta el viernes, el día de ayer, hayamos podido incorporar las modificaciones necesarias a este respecto para poder presentar un proyecto que respondiera más a la situación actual.

Compañeras y compañeros: creo que ha sido muy útil, muy importante, esta discusión. Esto está en la conciencia de todos nosotros.

La Comisión Política decidió no presentar un informe por escrito porque nos pareció que no era el momento para que el Comité Central entrara a definir cada giro, cada matiz, cada cuestión secundaria, con mucho detalle, porque en la situación en la que vivimos hoy en nuestro país debemos reconocer que hay muchas cosas que el Partido tiene que ir definiendo, tiene que ir aprendiendo.

La nacionalización de la banca, el control generalizado de cambios y la agudización de la crisis nos están obligando a definir con mucha creatividad, sucesivamente, nuevas posturas, nuevos matices, nuevos giros; por otro lado, en estos días posteriores al primero de septiembre hemos hecho muchísimos pronunciamientos. Ustedes seguramente han leído en la prensa de nuestro partido intervenciones extensas de varios dirigentes del Partido —entre ellos yo, en una intervención de 16 cuartillas publicada en *Así Es*—. Muchos de estos asuntos los hemos discutido en la Comisión Política, expresan posiciones mayoritarias o generales, unánimes, en la Comisión Política; hemos ido a diversos lugares del país, hemos sostenido un diálogo directo con la base del Partido —hay que seguir haciéndolo—, hemos respondido preguntas, hemos hecho exámenes conjuntos.

Tengo la impresión de que la base del Partido recibió la nacionalización de la banca y el control generalizado de cambios con una actitud bastante positiva. Creo que el fenómeno no es de confusión en el orden interno. De preocupación, sí, por definir nuevos rumbos, nuevos giros, nuevas actitudes —porque tenemos nuevos problemas que hay que resolver—, pero no existe, me parece, esa confusión de la que algunos hablan, o que se puede deducir de algunas preocupaciones de algunos compañeros en el Comité Central y fuera del Comité Central. Me parece que, en términos generales, el diálogo con la base del Partido nos está diciendo otra cosa. Acepto, en cambio, que tenemos serios problemas para que la Comisión Política cumpla su labor dirigente plenamente y para que el Comité Central cumpla su función de dirección principal del Partido; que nuestro aparato, las áreas, las comisiones, puedan efectivamente cumplir su papel y haya coordinación y entendimiento entre los cuadros más importantes del Partido. Tenemos, al mismo tiempo, diferencias en algunos aspectos, en algunas cuestiones que aquí se han puesto de manifiesto. Creo que debemos tomar una resolución —la que la mayoría apruebe— y continuar discutiendo las cuestiones que van a quedar como divergencias. La divergencia más grande es, naturalmente, la actitud del Partido frente a la nacionalización. Aquí se ha expresado de manera muy limitada, pero de todas maneras se ha llegado a expresar, la idea de que la nacionalización es una simple readecuación, un simple giro que no tiene una profundidad y una proyección muy grandes, pero me parece que esa opinión es bastante marginal en el Comité Central. Creo que solamente hubo una intervención en ese sentido.

*Versión magnetofónica.

Las otras intervenciones han estado justo en el sentido en que nuestro partido discute estas cuestiones. El Proyecto de Resolución, y todo el contexto del propio proyecto, se dirige a considerar la nacionalización de la banca como un rompimiento que afecta a lo que hasta el primero de septiembre pudimos considerar como el bloque gobernante, el conjunto de las fuerzas que tenían mayor incidencia, mayor influencia en las decisiones fundamentales del poder del Estado. La burocracia política, principalmente a través de su jefe —el jefe de gobierno, el presidente de la república—, ha llevado a cabo ese rompimiento con la burguesía financiera. Se trata, por esta razón, de una reforma desde arriba; una reforma que es factible, en parte también, por el sistema presidencialista. Nosotros hubiéramos preferido —esto está claro— esta reforma en un contexto diferente, tomada por el Congreso como el producto de luchas específicas, de planteamientos, de una gran movilización alrededor de la búsqueda de soluciones populares de la crisis, pero no ocurrió así.

El rompimiento político de todas maneras existe, fue real. Pero sus repercusiones son más limitadas que si se hubiera tratado de una reforma exigida y determinada por el movimiento popular y tomada por órganos representativos del Estado en donde están presentes diversas fuerzas. Esta crisis política, que existe en este sentido, en el sentido de que hay un rompimiento, puede llegar a involucrarnos a todos, puede llegar a ser una crisis en donde todas las fuerzas participen, pero se dio también (hasta este momento) desde las alturas y en las alturas. Esto, compañeros, no contradice en nada el hecho cierto de que la nacionalización de la banca y el control generalizado de cambios han sido apoyados por la inmensa mayoría del pueblo mexicano.

Esto prestigia también las soluciones socialistas, las soluciones de la izquierda, porque el gobierno reconoce hoy de manera clarísima que este tipo de soluciones propuestas durante decenios por la izquierda, enarboladas por nuestro partido con mucha fuerza, no solamente son necesarias sino viables, posibles, se pueden llevar a cabo y tienen la simpatía y el apoyo del pueblo mexicano. Este elemento político, y también ideológico, es de suma importancia.

En la disputa ideológica, la izquierda ha salido fortalecida. Yo creo que también —y aquí se ha comentado mucho esto— el partido oficial se ha fortalecido, pero ¿cómo no puede fortalecerse un partido de gobierno que adopta reclamos, que apoya al pueblo? Esto es obvio, es absolutamente evidente que así tiene que ser, por la naturaleza de la bandera. Yo creo que también fortalece, prestigia y eleva a la izquierda y a nuestro partido como la formación más importante de la izquierda nacional. Si perdemos nosotros de vista esto, compañeros, entonces estamos muy cerca de considerar que la nacionalización de la banca es una maniobra del presidente o del grupo gobernante para capear o torear una situación coyuntural o presentarse ante el pueblo como un gobierno de orientación popular, simplemente como una vulgar maniobra. Pero no es así, porque el presidencialismo, con toda su fuerza, no es mágico. Tampoco podemos mitificarlo, como ocurre entre la burocracia política del Estado y entre otras fuerzas que apoyan al gobierno. El presidente ha tomado la resolución. De eso no cabe duda, compañeros, es absolutamente claro que así fue, no necesito aquí en-

trar a las anécdotas, porque tampoco es un asunto simplemente anecdótico. El presidente ha tomado la resolución de hacer los dos decretos con el apoyo, desde antes de emitir esos decretos, de los representantes de los sectores que dentro del aparato del Estado son partidarios de este tipo de soluciones y que han existido, no ahora, sino desde siempre. Ellos fueron los que hicieron el proyecto de decreto, ellos fueron los que estudiaron este asunto desde hace meses, y si se hizo de manera sigilosa y, como decía Bartra, hasta cierto punto conspirativa, fue porque estas medidas tienen que tomarse así. Este sector había apoyado, desde antes de la nacionalización, la idea de la nacionalización y el control de cambios, y el presidente rechazaba estas alternativas, eso lo sabemos también, y al asumirla como suya se apoya en ese sector del aparato público, y se apoya en otros sectores, vinculados muy estrechamente al aparato público, del cual forman parte los sindicatos oficializados, especialmente la CTM. La CTM había planteado en su programa económico la nacionalización de la banca desde hace años.

Esto sí es un cambio de orden político. El presidente ha dejado de apoyarse, el gobierno ha dejado de apoyarse, en gran medida, en la burguesía financiera para apoyarse, aún más de lo que lo hacía antes, en este sector de la burocracia del Estado que es partidario de soluciones reformistas. Los dirigentes sindicales charros han planteado también reformas de este orden y de otro. Ya sabemos que no luchan por ellas, sino que consideran que deben ser reformas desde arriba, porque si fueran reformistas desde abajo entonces su dirección se pondría en discusión y se arriesgaría su propio dominio burocrático de los sindicatos; cambiaría la situación política más a fondo. Ellos son partidarios de las reformas, pero desde arriba; en ese sentido tenemos una profunda diferencia con los charros; no son cuestiones secundarias éstas, son cuestiones esenciales.

Creo que entre nosotros nadie ha dicho que con la nacionalización de la banca y el control generalizado de cambios ha cambiado la naturaleza del Estado, yo creo que no. Si ha habido una serie de cambios en la actitud, en la situación de la burocracia del Estado y en la integración del bloque gobernante. Algunas fuerzas tienen ahora mayor injerencia, mayor influencia en este bloque; ha habido cambios políticos, y estas cuestiones nosotros tenemos que sentir las en la piel, no porque vaya a definir esencialmente nuestra conducta, no, pero sí debemos influir también con nuestra conducta. Sabemos que estamos en una situación difícil, porque dentro de dos meses y unos días habrá nuevo presidente, nuevo jefe de gobierno, nuevos secretarios de Estado, y puede cambiar en un sentido muy importante la situación política. También podemos decir que la situación del aparato público y del bloque gobernante, de las influencias, interinfluencias y presiones internas que hay ahora, con el nuevo presidente van a cambiar totalmente, a tal grado que se pueda echar atrás la nacionalización de la banca o que pueda aplicarse una política necesaria y forzosamente de orden restrictivista, agresiva contra el pueblo, etcétera. Es muy probable que así sea, pero nosotros no podemos decir que tal cosa ocurrirá con absoluta certeza, porque entonces estamos dándole carácter mágico al presidencialismo, estamos mitificando el presidencialismo, estamos considerando que todo lo que el señor de la Madrid aprendió en la Universidad de Harvard lo va a convertir en actos de Estado; esto, compañeros, no lo podemos asegurar

nosotros ciento por ciento. Es una cuestión de correlación de fuerzas, es una cuestión también de alinear las fuerzas políticas, los partidos, los sindicatos, los grupos de la burocracia política del Estado, los grupos empresariales, es decir, la burguesía actuante y organizada, etcétera.

Nosotros queremos que esta nueva situación, la nacionalización de la banca, el control generalizado de cambios, los cambios políticos de que nos hablan los dos decretos, sean la oportunidad para aumentar las acciones de masas, alrededor del programa y de los puntos programáticos que hoy son más importantes y urgentes.

Creo que una cuestión tenemos que convenir en relación con esto: esas acciones de masas tienen que ir mucho más allá del PSUM. Si estamos de acuerdo con esta idea, entonces podemos discutir cómo lo haremos, pero ésta es la primera cuestión en la que tenemos que ponernos claramente de acuerdo.

Desde el primero de septiembre en la Comisión Política se han hecho grandes esfuerzos para que se lleven a cabo acciones de masas, pronunciamientos de masas importantes, no desfasadas de la nueva situación creada a partir de la nacionalización de la banca, sino como expresión de esa nueva situación, y aquí es donde hemos tenido grandes dificultades y hemos cometido errores. Creo que los errores los hemos cometido casi todos. El mitin en el Zócalo el tres de septiembre para un sector del Partido sólo reflejó la descoordinación y la falta de dirección del Partido. La dirección del Partido no quiere atropellar las direcciones sindicales o meterse en la vida de los sindicatos, eso está muy lejos de nuestra intención. No es ése el problema. Lo que ha ocurrido es que tenemos pocas ligas, pocas palancas, pocas condiciones para llevar a cabo la dirección, que no es mandato o decreto, sino coordinación de todos nuestros cuadros, de nuestros organismos. Ése es uno de los principales papeles de la dirección del Partido.

La manifestación que se llevó a cabo posteriormente, me parece que el día nueve de septiembre, no es una manifestación ubicada en la nueva situación. Es una acción de masas, nada despreciable, importante, que también era reflejo de situaciones concretas en algunos sindicatos en lucha, Kelvinator, Trailmobile, etcétera, que para nosotros es muy importante, importantísima, pero como acción política no embonó de la mejor manera en la nueva situación y pasó un poco resbalada. De aquí también las reservas de un sector del Partido a la manifestación de mañana, día 27, de que ésta pueda ser una acción no ubicada, no marcada en la situación actual, sino específicamente reivindicativa en el plano más inmediato de la elevación de los salarios, que es una demanda muy importante, pero que no puede plantearse sola, no puede plantearse como única cuestión; de ahí también la iniciativa de la Comisión Política de llamar a fuerzas políticas, sindicales y de otro tipo a una gran acción de calle o una manifestación al Zócalo el 23 de octubre con el propósito de plantear estas cuestiones reivindicativas concretas en el marco de la exigencia de un nuevo rumbo, de salidas populares y democráticas de la crisis, de profundización de la reforma de la nacionalización de la banca y el control de cambios, para que la izquierda juegue un papel en la coyuntura actual, para que deje de andar alrededor de la coyuntura e ingrese en ella; claro, no sólo con una manifestación, pero sí con la jornada que podemos iniciar a partir de ahora, de aquí

al 23 de octubre, con una serie de actos de masas, de propaganda y de agitación, para que el Partido vaya a las fábricas, vaya a los centros de reunión popular y llame a la acción popular alrededor de estas cuestiones en las que estamos de acuerdo.

Pienso, compañeros, que debe quedar absolutamente claro que aquí no hay divergencias importantes en relación con la necesidad de un aumento salarial de emergencia. Lo que hemos discutido es cómo plantear esto. Plantear solamente la cuestión del aumento salarial o plantearla junto con la escala móvil y otra serie de medidas, es ahí donde ha estado la discusión.

Se requiere un aumento de salario y principalmente del salario mínimo, porque con los aumentos del 10, 20, 30 por ciento en febrero no se aumentó legalmente el salario mínimo; esos aumentos no llegaron a gran parte de los trabajadores, a otra parte de los trabajadores se les entregó en abonos y hubo una serie de maniobras y marrullerías de la burguesía con la complicidad de los dirigentes sindicales charros para escamotear, en muchos lugares, el aumento salarial. Cómo no va a tener importancia el aumento salarial, claro que tiene importancia, y no sólo desde el punto de vista inmediato de los trabajadores, sino desde el punto de vista también del problema que está planteado en el país, el de la producción, también desde ese punto de vista. Cómo va a haber una política que enfrente el problema de la producción cuando se deprime de una forma brutal el ingreso de los trabajadores. Para los partidarios de la recesión es absolutamente lógico que lo primero que hay que hacer es bajar el ingreso de los trabajadores, y nosotros aquí, compañeros, nos quejamos mucho del Fondo Monetario Internacional, pero muy poco de los fondistas mexicanos, de los partidarios de la política del Fondo Monetario Internacional en el gobierno de México, que están en las secretarías claves y que aplican desde ahí una política contraccionista. Ya no se sabe qué es más peligroso, si las presiones del Fondo sobre el gobierno, o las presiones del gobierno sobre el gobierno para llevar a cabo una política contraccionista y recesiva, y resolver la inflación con el costo social más alto posible. Si en los Estados Unidos esto ha generado 10 millones de desempleados y es muy grave el problema, en los Estados Unidos también hay seguro y hay otras formas de defenderse, pero en México, compañeros, no hay nada de eso.

Quisiera hacer un paréntesis y una aclaración. La nacionalización de la banca consiste en el acto expropiatorio del capital social de los bancos. El gobierno toma las acciones y se queda con todo el banco, porque los escritorios, los papeles, las bóvedas y las acciones que los banqueros compraron de otras empresas no bancarias no son propiedad de los banqueros, son propiedad del banco en su conjunto; las acciones fueron compradas con los ahorros del público. Ésta es la cuestión. Entonces, las acciones no bancarias no están en poder de los viejos accionistas, están en poder, sí, de los accionistas que son los bancos. Están en la contabilidad de los bancos. Este asunto lo hemos discutido también con el presidente, y salió en la prensa. ¿Qué es lo que ocurre? Estas acciones no bancarias en poder de los bancos forman parte de la rentabilidad de los bancos. Las acciones —pueden ser acciones al portador— están en las bóvedas de los bancos, y están en la contabilidad del banco. En un renglón de los estados contables de los bancos, se dice: acciones y valores de otras empresas. Ese dinero no es dinero

líquido, son acciones que están en poder de los bancos, forman parte de los activos de los bancos y fueron adquiridas con el pasivo de los bancos, es decir, con lo que el banco, a su vez, tiene de los ahorros del público. Actualmente no están en venta, pero se pueden vender. Los bancos siempre mantienen una operación bursátil, pero hasta este momento no se ha puesto a la venta ninguna acción de la banca nacionalizada ni de las acciones de las empresas no bancarias. Es una cantidad impresionantemente grande, compañeros, enorme; con una parte del valor de esas acciones podrían indemnizar a los banqueros y todavía éstos tendrían que dar cambio.

No sólo se trata del valor de las acciones, se trata de que hay paquetes accionarios, de Banamex y otros muchos bancos, que son mayoritarios en las sociedades anónimas y que permitieron que los bancos tuvieran el control, es decir, que nombraran a los gerentes, a los directores de las empresas, y esto está ahora en manos de la banca nacionalizada. Podríamos decir, por ejemplo, que en empresas como Celanese Mexicana, en este momento, el paquete accionario más importante está en manos de Banamex, que es un banco del Estado. Así hay centenares de empresas. Éste es el capital financiero, aquel que ha surgido de recoger recursos de la sociedad, del público, a través de un canal bancario, que se ha invertido bajo la dirección de los mismos que hacen la operación, los que controlan los bancos.

Como yo decía hace un momento —y perdón por el desvío—, por esta razón las regalías que los bancos reciben de las acciones que poseen son parte de la rentabilidad de las empresas bancarias, de los bancos. Si en este momento Banamex vendiera —si hubiera alguien que tuviera el suficiente dinero en efectivo para comprar todas esas acciones, yo dudo que lo haya porque es una cantidad muy grande, pero suponiendo que vendiera todas sus acciones—, creo que el banco entraría en una situación muy complicada de rentabilidad, porque al día siguiente no podría poner ese dinero, resultado de la venta de las acciones, a disposición de los inversionistas, no lo podría prestar inmediatamente para proyectos productivos nuevos porque no los hay, porque la inversión está descendiendo enormemente; entonces el banco entraría en una sobreliquidez que lo podría poner en aprietos. Por eso el gobierno ha empezado a vacilar, primero dijo que iba a vender, y ahora dice que lo va a pensar, porque ya está viendo las cosas en concreto y hay una serie de problemas.

Nosotros decimos lo siguiente: si esas acciones en su conjunto se reprivatizan, entonces se regenerará inmediatamente el capital financiero en manos privadas, inmediatamente, porque, ¿a dónde van a ir a dar esas acciones?: a empresas *holdings*, tenedoras de acciones, que eso es básicamente lo que queda del capital financiero privado. Las *holdings*, las sociedades de fomento, la especulación bursátil, eso es lo que quedó de manera concreta del capital financiero privado, y en el momento en que esas empresas vuelvan otra vez a manos privadas las van a controlar esas sociedades en las que va a haber unos jefes financieros que van a dirigir todo eso. Por ello es muy importante el asunto de las acciones.

Por último, vamos a ponernos de acuerdo en una cuestión. Necesitamos un pronunciamiento del Comité Central en cuanto a la cuestión de las convergencias y las alianzas. Eso necesitamos para poder actuar, para que la Comisión Política, los comités estatales, las áreas del Comité Central, las

comisiones, los comités municipales y delegacionales, los organismos de base, puedan desplegar una acción en ese sentido. Para eso tenemos que ponernos de acuerdo, no solamente en lo que tenemos que hacer mañana, sino en las cuestiones que tendremos que hacer en los próximos meses, y cuya situación concreta no se ha presentado todavía. Por eso es que, en el Proyecto de Resolución, hemos expuesto la necesidad de una política de alianzas. El PSUM debe aspirar a encabezar a la izquierda. Eso es una cuestión elementalísima. Si el PSUM, que es la formación de la izquierda más importante que hay en este país, no se propone encabezar a la izquierda —la que hay en concreto, porque no la hemos inventado— entonces cómo puede seguir siendo la formación más importante de la izquierda, si ni siquiera, en el terreno más próximo que tiene, se propone encabezar estas fuerzas. Claro que influimos, pero yo digo que hay que tener la actitud de tratar de encabezar, no paternalistamente, sino en el marco de una lucha, de una lucha consistente en donde el Partido está unido, para poder encabezar a la izquierda, a toda la izquierda; a la que se reúne en Bucareli, a la que se reúne en San Cosme, a la que se reúne en Chilaque, y a todas las que se puedan reunir en el futuro en otros muchos lugares.

Ésta es la cuestión, compañeros. Creo que la discrepancia de fondo, y aquí lo han planteado Erwin y otros compañeros, es cómo actuar allí en concreto. Claro que si vamos con una actitud de pelearnos por las más simples cosas también perderemos el tiempo y crearemos un ambiente muy intolerante hacia nosotros. ¿Que son adversarios nuestros? Claro que lo son, pero ¿Gershenson no es parte del Congreso del Trabajo como representante del SUTIN?, ¿y qué no es Gershenson un compañero que mantiene la posición del Partido aun en esa cueva de lobos que es el Congreso del Trabajo? Hay que ver quién es esa gente, enemiga nuestra. Y acá, compañeros, en San Cosme, claro que no es el Congreso del Trabajo, no tiene toda esa importancia, pero es una fuerza que, con todas las grandes diferencias que tenemos con ella, está en una trinchera de lucha más próxima a nosotros. Todo esto es cierto, y tenemos que dar la lucha, como lo decíamos en la asamblea de comités delegacionales del Distrito Federal. Hay que exigirle al Congreso del Trabajo que tome una serie de medidas de lucha, de movilización, de planteamientos que nosotros estamos demandando desde fuera y desde dentro del Congreso del Trabajo. Hay que hacer eso. Y con la izquierda que se reúne en todas estas partes que mencioné también tenemos que dar la lucha allí, para llevarla a hacer esas acciones, a levantar esos planteamientos, a dar esa lucha como aquí lo decía Samuel Meléndrez. ¡Cuánto luchamos porque esa izquierda tomara la bandera de la amnistía! Y nos costó trabajo, y nos dijeron traidores, y así otras banderas, y lo logramos finalmente. Yo creo que hemos avanzado, compañeros, si recordamos cómo era esa izquierda hace diez años y cómo es hoy; creo que hay cambios importantes, positivos en favor nuestro. Y nosotros nos hemos nutrido también de esa izquierda. ¿Qué no hay exmaoístas en este partido, gente que ha venido del trotskismo, gente que rompió con el trotskismo y se vino al PSUM? Del POS se han pasado al PSUM, de todas las formaciones de izquierda han llegado al PSUM, porque éste es el partido que está en mayor desarrollo, en situación de concentrar fuerzas para tener capacidad de acción. No desaprovechemos esa situación de ventaja tan extraor-

dinaria que tiene nuestro partido. Hagamos una política sensata frente a la izquierda, pero no dejándonos —ésa es otra cuestión, pero ya interna nuestra—. Si un compañero, en nombre del Partido, asume una posición que es completamente contraria al Partido con tal de hacer una convergencia, entonces el problema no es esa izquierda; discutámoslo entre nosotros, reclamémonos, critiquémonos, pero planteemos esto en los términos correctos y no nos desviemos.

Yo pido del Comité Central una posición que permita que todos los organismos del Partido, desde la dirección hasta los organismos de base, tengan la posibilidad de desarrollar iniciativas en el campo de las convergencias y de las alianzas, y que vayamos a las acciones sin tener miedo de estar haciendo el caldo gordo a ninguna otra fuerza, conscientes y confiados de nuestro propio partido, de nuestra propia posición, que es, a final de cuentas, lo único que tenemos; también con el sector del Congreso del Trabajo, con ese sector de la burocracia estatal que está detrás de todos los decretos de nacionalización de la banca y del control de cambios, que no tiene mucha fuerza, pero estamos en crisis, y en situación de crisis las cosas a veces cambian, como han estado cambiando en este país. Yo creo que entre ese sector y el PSUM y la izquierda hay verdaderas convergencias, las hay. Querámoslo o no, éstos son hechos de la realidad. Y si nosotros queremos ocultarlos o tapar el sol con un dedo, la responsabilidad será nuestra. La burocracia estatal —y sus diversas tendencias— no es un sector de masas, ya lo sabemos, pero tiene muchas veces más poder que los sectores de masas, porque desgraciadamente —volvemos a la misma cuestión— el movimiento de masas está hecho para recibir las cosas desde arriba, no desde abajo. Éste es el problema, y hay que cambiar este hecho.

Yo creo que el Proyecto de Resolución podría enriquecerse, modificarse, extenderse, pero por más que lo hiciéramos más largo lograríamos, quizás, menos lectores, pero yo creo que tiene que ser más preciso. No queramos que una resolución, que es lo que obliga a todo mundo, sea larga y aburrida, que no obligue a nadie porque la mayor parte no la puede leer. Eso hay que cambiarlo en el Partido. Esa resolución es la que obliga a todos los miembros del Partido, ésta es la directiva del Comité Central —máximo órgano de dirección entre congreso y congreso—, y alrededor de ella muchos discursos, muchos pronunciamientos, los discursos en el parlamento y en los foros del Partido. Yo creo que ése es mejor método.

hay alternativa democrática, popular y nacional*

Hemos venido a este lugar, a la histórica Plaza de la Constitución, a expresar nuestra libre voluntad de luchar por un nuevo camino para nuestro país, distinto, encontrado, radicalmente diferente del camino en el que lo han encajonado durante más de cuarenta años los sucesivos regímenes burgueses, los sucesivos regímenes que han tratado de encauzar a la nación por un camino de antidemocracia, de sometimiento, de desarrollo antipopular.

Decimos nosotros, en el momento más álgido de la crisis: esta crisis económica tiene una alternativa popular, democrática y nacional. Es posible encauzar a la nación con otra política, con otra visión de México. El pueblo mexicano ha sido capaz en el pasado y es capaz hoy de semejante hazaña. Si ayer pudimos luchar contra los invasores de afuera, contra el imperialismo yanqui, contra los conservadores y reaccionarios, hoy la clase obrera, en primer lugar, es capaz de luchar y vencer por este nuevo rumbo democrático, popular y nacional. Por un nuevo México.

Este gran mitin, esta gran marcha que hemos hecho el día de hoy, no es una acción comprendida todavía por un segmento grande del pueblo de México. Pero en ese combate estamos, por ganar a ese segmento para la lucha independiente y democrática, para construir el nuevo país de los trabajadores.

Y otros no han venido porque resolvieron no hacerlo, a pesar de que la puerta estaba abierta, y lo está todavía —óigase bien— para marchar juntos por las calles de México en acción unida de las fuerzas democráticas.

Que la reacción y el gobierno se preocupen porque la izquierda avanza y se moviliza no es nada nuevo. Pero hoy queremos decir que nos parece preocupante que en la izquierda haya quien se preocupe por este mismo hecho. Nosotros queremos la unidad, nosotros aplicamos una política unitaria. Estuvimos el 27 de agosto y estamos hoy en esta concentración en la Plaza de la Constitución. Estaremos siempre con los grandes destacamentos y con los pequeños destacamentos de los trabajadores de México. Nuestra voluntad, nuestra decisión, nuestra firme determinación, es buscar

* Intervención en el mitin del 23 de octubre de 1982, celebrado en el Zócalo de la ciudad de México. (Versión magnetofónica.)

ante todo la más amplia unidad de las fuerzas democráticas y de la izquierda mexicana.

Hemos venido aquí, en una acción unitaria, con más de 20 sindicatos —los mejores de este país, los más combativos, los más democráticos, los más avanzados— y con organizaciones de la izquierda que no se sienten extrañas a la lucha de los sindicatos democráticos, sino que la hacen plenamente suya. La lucha obrera sindical es nuestra lucha, compañeros, ahí nos hermanamos en la lucha sindical y en la lucha política, en la lucha del pueblo trabajador mexicano por conquistar ese nuevo camino para México, esa nueva perspectiva democrática, popular y nacional.

Hemos venido a decir: aumento general de salarios, ¡ya!; escala móvil de salarios, ¡ya!; reforma fiscal, ¡ya!; estamos contra el reajuste en las empresas y por la nacionalización de los monopolios, en primer lugar, de Televisa.

¿Cómo es posible que el mayor monopolio televisivo, envenenador número uno de la conciencia pública, el grupo proimperialista más claro y público de este país, continúe desvergonzadamente su acción destructiva en los medios de comunicación y se dé el lujo de intentar impedir nuestra acción democrática, libre, pacífica, como es este mitin? Este acto es un mentís a ellos, que desde la pantalla de la televisión han querido impedir la decisión, la voluntad, la determinación de esta gran masa que ha venido a decir ¡no!; éste es nuestro derecho, lo defenderemos ejerciendo el derecho, como se defienden todos los derechos.

Hemos venido a decir: los 80 mil millones de dólares que debe este país al extranjero no los podemos pagar, por dos cuestiones principales. Primero, porque la burguesía se llevó los dólares; segundo, porque el imperialismo cobra cada vez más cara la deuda parasitaria. Por eso decimos, no se puede pagar, no debemos pagar. Debemos hacer moratoria, y con México los otros países deudores, los que están sometidos a la dictadura del capitalismo internacional, deben decir: ¡no! Deben buscar la renegociación global con el imperialismo. Los pueblos de América Latina y los pueblos de Asia y los pueblos de África, como el pueblo mexicano debe hacerlo también, deben levantarse para luchar contra sus enemigos de dentro y sus enemigos de fuera, que se identifican plenamente, que son una y la misma cosa; que han saqueado a México, que han saqueado a los países pobres.

La moratoria es indispensable, y no queremos al Fondo Monetario Internacional, que es una agencia del imperialismo, porque rechazamos su política por nefasta, por antipopular, por antinacional. Y si este gobierno dice representar el interés nacional, debe decir no al Fondo, no al Fondo. El camino popular es el que demanda México, no el camino del Fondo. Por ello, compañeros, debemos convertirnos en una fuerza que incida en las decisiones, que no sólo reclame soluciones, sino que intervenga, con su movilización, con su firmeza, con su disciplina, con su unidad, en las determinaciones importantes para el futuro de México.

Compañeros y compañeras:

Para luchar por todo esto, por este nuevo camino, es indispensable conquistar la democracia, es indispensable que el pueblo de México retome

la iniciativa, vuelva a hacer emerger desde el fondo de su historia el espíritu independiente, movilizador, nacional, revolucionario. Que esta trayectoria del pueblo mexicano se convierta hoy, que es hora difícil de la nación, en el camino a seguir. Hay que conquistar lo máspreciado para un pueblo: su libertad, su democracia, y, por ello, tenemos que actuar en la lucha política con la postura clara y definitiva de conquistar la democracia en los sindicatos, en los ejidos, en las escuelas, en las fábricas, en todas partes, y ejercer nuestros derechos como pueblo que es capaz de forjar su propio futuro.

Compañeras y compañeros:

¡Viva la lucha por ese nuevo camino democrático, popular y nacional!
¡Viva la unidad de las fuerzas democráticas, progresistas, revolucionarias, de México! ¡Viva México!

la herencia que recogemos*

El Partido Socialista Unificado de México —dijimos en el Primer Congreso— es un partido en proceso de fusión, es decir, es un partido que se está formando. Mas la formación de un partido revolucionario implica conjuntar ideas, recoger lo más avanzado que existe en la sociedad, pues el partido es una expresión social en el sentido más amplio.

El PSUM nació de la unificación de cinco partidos, pero no es producto de ellos, sino de una larga lucha del movimiento revolucionario mexicano, de la experiencia de varias generaciones y de la decisión de lograr la unidad. No podemos ver a nuestro partido como la continuación de cinco formaciones políticas, sino como el más importante esfuerzo de la izquierda contemporánea de México por continuar la lucha del movimiento revolucionario mexicano, a través de una nueva organización que expresa el programa revolucionario del presente.

La larga tradición revolucionaria de México, país de grandes revoluciones, ha sido recogida en cada momento a través de formas específicas. Así, por ejemplo, a mediados del siglo pasado los liberales se agruparon en un partido que adoptó la forma de movimiento nacional en lucha contra la reacción. A principios de este siglo, las fuerzas revolucionarias culminaron su esfuerzo organizativo político en la formación de ejércitos populares. Nosotros, hoy, constituimos un partido en búsqueda de las formas de aglutinamiento y expresión de los revolucionarios del presente. Y para lograr este objetivo, necesario para la nueva revolución socialista por la que luchamos, es indispensable recoger toda la riqueza de la historia revolucionaria mexicana. Sin esa raíz, sin la conciencia de la continuación de la larga marcha de un pueblo por su libertad y de la nación por su verdadera independencia, no es posible siquiera proponerse la audaz tarea de revolucionar la sociedad.

Y esa raíz está presente en nosotros mismos, en nuestra visión de México, de su historia y su presente. La lucha actual de la clase obrera consciente, de los campesinos revolucionarios, de la intelectualidad avanzada, de las capas medias asalariadas que han entrado a la actividad política de iz-

*Discurso pronunciado en el acto del primer aniversario de la formación del PSUM. Noviembre 5 de 1982.

Compañeros y compañeras

Para luchar por una zona, por una zona humana, es indispensable ponerle la conciencia, es indispensable que el pueblo de México...

quierda, es una continuación de las viejas luchas emancipadoras y democráticas. El PSUM nació como expresión de un pacto político, pero sin duda es mucho más que esto. Somos, como partido, la expresión de la confluencia de varias corrientes que en su momento quisieron recoger la tradición revolucionaria de nuestro país y nutrirse de las experiencias y avances de la lucha revolucionaria de todos los países. Cada una de esas corrientes mexicanas que se han venido a fundir en el PSUM aporta su propia tradición, su propia experiencia.

La larga lucha del Partido Comunista, la singular experiencia del Partido Popular y la trayectoria de una de las vertientes del movimiento revolucionario que adoptó el nombre de cardenismo están presentes en este partido. Podríamos preguntarnos: ¿cómo ha sido esto posible? Sin duda, las respuestas pueden ser muchas y variadas. Pero una de ellas es que el socialismo mexicano no tiene una sola raíz, sino varias. Que arranca de la lucha revolucionaria obrera, agraria e intelectual que viene del siglo pasado y que adoptó diversas formas y expresiones durante la guerra civil de principios de siglo y en las grandes luchas de masas de los años veinte y treinta. En la formación de estas tres grandes avenidas que han confluído en el PSUM se expresan de alguna manera las viejas y originarias organizaciones obreras, las luchas campesinas revolucionarias, las grandes gestas antimperialistas.

Además de esto, el PSUM ha sido posible porque el socialismo mexicano ha tenido siempre un contenido inconfundible. En el esfuerzo histórico del pueblo de México por forjar una verdadera nación, se ha creado una tradición antimperialista, y la conciencia socialista ha estado como ninguna otra ligada a ese esfuerzo y a esa tradición.

Sin duda que en la formación del PSUM se expresa la fuerza del marxismo. Esta versión del socialismo ha venido a ser la única posible ante el fracaso práctico del anarquismo y del oportunismo socialdemócrata. Al decir esto no sólo me refiero a Europa, sino a nuestro propio país, en el que estas dos concepciones demostraron su incapacidad para convertirse en partidos independientes, en alternativas prácticas y militantes frente al capitalismo. El PSUM es un partido del socialismo marxista y es, al mismo tiempo, un partido que expresa, de esa manera, la herencia de la lucha revolucionaria y socialista mexicana.

Por esta razón, no debemos confundirnos con aquella idea que proclama, dentro del PSUM, una lucha contra el nacionalismo revolucionario. Recordemos que Marx jamás confundió la posición nacionalista revolucionaria con cualquier concepción burguesa. Que los marxistas de muchos países siempre han insistido en el extraordinario valor de la lucha por la independencia nacional, por la libertad de la patria, sin caer por ello en posiciones chovinistas y sin soslayar el punto de partida en el marxismo que es la contradicción de clase. El nacionalismo revolucionario, si en verdad es revolucionario, no soslaya los antagonismos de clase, sino que parte de ellos; de otra forma no podría hablarse de ningún tipo de revolucionarismo. ¿Qué hay de extraño, entonces, en que las posiciones nacionalistas revolucionarias, en un país como el nuestro, abracen el enfoque marxista, hagan suyo el socialismo de Marx? Esto no es nuevo en América Latina. Hay que pensar, simplemente, en la revolución cubana, y en las luchas revolucionarias actuales de Centroamérica.

Y este fenómeno, en que corrientes nacionalistas revolucionarias adoptan el marxismo o, en otras palabras, definen su socialismo como un socialismo marxista, es apenas inicial en nuestro país. Ciertamente tiene antecedentes importantes en los años veinte y treinta (habría que pensar en los comunistas Úrsulo Galván, Primo Tapia y otros), pero en nuestros días empieza a adquirir nuevas expresiones. Abrámonos a todas ellas.

El PSUM fue posible también gracias a la experiencia política concreta. En este partido militan representantes del viejo Partido Comunista de los años veinte que se enfrentaron a la persecución y a la ilegalidad, de los que invadieron las tierras en los años veinte y treinta, y se convirtieron así en los precursores de la reforma agraria, de los que lucharon junto con Lázaro Cárdenas contra el imperialismo y contra los reaccionarios que soñaron en un golpe de Estado, de los que hicieron las huelgas y las movilizaciones que desembocaron en la unificación de la mayor parte del movimiento sindical en los años treinta, de los que resistieron los charrazos de los cuarenta y cincuenta, de los que fueron a la cárcel por disolución social, de los que intervinieron directamente en los grandes movimientos ferrocarrilero y magisterial de 1958 y de los reprimidos en 1959 y 1960, de los que brindaron toda la solidaridad a la revolución cubana, de los que se formaron en los movimientos estudiantiles de los años sesenta, de los que lucharon por la democracia en 1968 y conocieron la cárcel, de los que tomaron las armas para responder a la represión, de los que resistieron al charrismo en los años setenta, de los que conquistaron la legalidad de la izquierda independiente, de los que ganaron la calle y la amnistía, de los que han intervenido en un sinnúmero de luchas grandes y pequeñas. El PSUM es posible gracias a todos ellos, a su madurez, a su convicción revolucionaria, a su comprensión de que es necesaria la unidad de los que están dispuestos a luchar por el socialismo y la libertad de México.

A lo anterior hay que agregar que el PSUM se formó con la idea de que se necesita un partido de tipo nuevo. Al definir este objetivo tenemos que partir de dos aspectos fundamentales: primero, el rompimiento con el oportunismo, el viejo oportunismo socialdemócrata y laborista, incapaz en la práctica de luchar por la emancipación de la clase obrera, y el oportunismo que hace la idolatría del poder con el pretexto de defender al país de las presiones del imperialismo; y, segundo, el rompimiento con la tradición dogmática que impide una verdadera ligadura con la clase obrera y una alternativa real de liberación social. Las posiciones oportunistas y dogmáticas estuvieron presentes, de una manera u otra, y en diversos momentos, en las corrientes que han desembocado en la formación del PSUM. No son extrañas a nosotros, lo sabemos. Pero hoy tenemos el firme propósito de entender la lección de la historia, de comprender que la antigua debilidad de la izquierda socialista entre el pueblo trabajador se ha debido en grado considerable al oportunismo y al dogmatismo.

Al desechar lo que un partido considera como elementos nocivos de su propia tradición, no buscamos hacer un acto de arrepentimiento o juzgar sumarísimamente la historia y ponernos a salvo de ella. Por el contrario, buscamos entender el sentido de nuestra práctica, la herencia que debemos recoger y aquello que ha significado un obstáculo a la lucha revolucionaria de nuestro país.

Una condición imprescindible de todo partido revolucionario de cualquier país es su independencia. En la víspera de la formación del PSUM dijimos que este partido no tendría metrópoli ideológica. Es necesario también precisar que las ideas revolucionarias nacionales son definitivas en la lucha política. Esto quiere decir que el socialismo puede desarrollarse en cualquier parte, y México no es la excepción. Para lograr ese desarrollo, tan necesario para la lucha política, se requiere pensar con la cabeza propia, analizar los hechos y las tendencias dentro del país y en los demás países para sacar conclusiones. De esa manera, aquello que decíamos en la víspera del surgimiento del PSUM no es una tendencia a encerrarnos en un estrecho coto, sino una manera de expresar la ineludible necesidad de pensar con la propia cabeza.

Esto quiere decir que el PSUM es un partido que desea ser profundamente crítico, pues sin capacidad crítica no es posible intentar la transformación social y la emancipación del trabajo. Y el espíritu crítico no respeta —como insistía Marx— ningún poder establecido. Mucho nos falta por criticar a fondo el capitalismo dominante en México, la dependencia de la nación respecto del imperialismo, las ideas dominantes, la práctica política, las leyes del país, las costumbres de la burguesía, que se presentan como prototipos nacionales; criticar, en fin, todo lo establecido. Ésta es una tarea revolucionaria fundamental. Por ello, que nadie se inquiete porque este partido hace la crítica de actitudes y acciones de otras fuerzas socialistas de nuestro país y de otros países. Aún más, podemos decir que las ideas y prácticas de los socialistas de todos los países necesitan la crítica, y que el pensamiento socialista no puede desarrollarse sin hacer la crítica y sin ser sujeto de la crítica. Este partido no es enemigo de los países socialistas, no podría serlo, simplemente. Pero al pensar con su propia cabeza no puede detener su capacidad crítica ante las fronteras estatales de ningún país, pues si lo hiciéramos no seríamos verdaderos socialistas.

Hay que pensar que el socialismo es patrimonio de toda la humanidad y que su ejercicio concreto, sus realizaciones, sus logros, su superioridad respecto del capitalismo y también sus defectos deben ser aquilatados por los trabajadores de todos los países. De nada serviría referirnos solamente a los logros de los países socialistas, muchos de ellos enormes pasos en el desarrollo social, sin hablar también de los grandes defectos. Y lo mismo puede decirse con respecto a los enfoques de las organizaciones revolucionarias socialistas de los cinco continentes, que, al menos cuando se trata de apreciaciones generales, teóricas y políticas, merecen el examen y la crítica de otros socialistas. A nosotros —lo decimos de manera sincera—, con base en el respeto y la independencia de cada quien, no nos inhibe que se nos critique. Bienvenida sea la crítica, aunque moleste, que al fin de cuentas y tratándose de organizaciones revolucionarias nadie merece ser defendido por otros si no sabe defenderse por sí mismo.

Y al decir todo esto, prevengámonos también contra la tentación de realizar *cruzadas* en el interior del Partido, ya sea para defender una supuesta pureza del marxismo, que sus fundadores jamás desearon y menos promovieron, o para perseguir a supuestos antisoviéticos. Este partido no puede darse el lujo de las viejas costumbres grupusculares y sectarias de aspirar a un socialismo inmaculado, a la medida de los deseos de unos cuantos. Que-

remos un partido que reúna, entre otras cosas, cinco condiciones fundamentales: que sea socialista y obrero, es decir, que luche por la emancipación del trabajo asalariado y en esa medida por la emancipación de todas las clases, capas y grupos sociales oprimidos, a través de la acción encaminada a realizar una revolución; que sea de masas, es decir, que abarque a grandes sectores del pueblo trabajador de nuestro país; que sea nacional, es decir, que exista en la vida diaria y cotidiana de la nación, y represente el verdadero interés nacional, el interés de la mayoría de los mexicanos; que forme parte de la lucha de todos los explotados y oprimidos del mundo, y de los trabajadores que se han liberado del yugo de la explotación capitalista; que sea democrático, es decir, que en sus filas predominen ampliamente los principios de la libertad de crítica y la unidad de acción, el acatamiento de las decisiones de la mayoría y el respeto a las posiciones minoritarias.

Pero el PSUM no se considera a sí mismo la expresión acabada del partido revolucionario. No somos, orgánica, teórica y políticamente, algo concluido en ningún sentido. Sabemos que el socialismo no tiene aún punto final como concepción del mundo; tenemos presente que no puede haber prototipo de partido, sino que las organizaciones revolucionarias deben adaptarse a las condiciones y necesidades de la lucha revolucionaria, pues ésta jamás se adaptará a los cartabones orgánicos de los partidos; estamos conscientes de que para llegar a la revolución socialista es necesario incorporar a grandes y poderosas fuerzas que no han llegado aún a la posición socialista y revolucionaria, y que hoy en la izquierda existe mucho que unir. Así, el PSUM no es un partido fatuo, que viva de ilusiones o engreimientos. Y por esto mismo nos preocupa mucho nuestra capacidad para dar respuestas correctas a la lucha del pueblo trabajador; nos preocupa nuestra propia capacidad para forjar un partido grande y bien organizado.

Para eliminar de nuestras tradiciones el oportunismo y el dogmatismo no basta, está claro, un decreto o una buena intención. Se requiere una lucha sistemática. Esa lucha es hoy la de crear un verdadero partido de combate, un fuerte partido de lucha organizada, consciente y disciplinada.

La gran tarea de forjar ese partido y las grandes tareas políticas y teóricas del presente están íntimamente imbricadas. Tenemos que pensar que nuestra capacidad como fuerza política es, al mismo tiempo, nuestra capacidad de organización y de acción. No hay que esperar que las ideas por sí mismas nos abran las puertas de los cambios políticos que hoy son necesarios. Esos cambios, esas tareas políticas, dependen de que seamos capaces de organizarnos y actuar en la vida diaria del país, en las luchas de los trabajadores, a través de la movilización del Partido y de su presencia en las organizaciones e instituciones del país.

No es éste momento ni sitio para hacer un balance particularizado de lo que hemos hecho en cuanto a nuestras acciones y en materia de organización. Por decisión de nuestro Comité Central, se llevarán a cabo en todo el país conferencias estatales de organización, en las que vamos a discutir el conjunto de nuestros problemas organizativos en el marco de las tareas políticas generales del Partido. Sin embargo, es urgente que apliquemos los acuerdos hasta ahora tomados y los lineamientos que nos hemos dado para elevar la capacidad de lucha del PSUM y observar nuestras normas de organización.

La vida grupuscular tiene que acabarse. Debemos aprovechar toda la legalidad que tenemos y entender también que ésta es limitada. En particular, es de apreciarse la tendencia de no pocos organismos del Partido hacia la aplicación de los mismos métodos de acción que estaban en uso en los tiempos de la semilegalidad, de la represión generalizada. Este partido no es algo ajeno al pueblo mexicano y, por tanto, sus miembros no pueden actuar como si lo fuera. En otras palabras, el socialismo no nos viene de lejos, sino que está aquí entre nosotros, entre los trabajadores mexicanos. Por ello no lo debemos convertir —aun sin querer— en algo elitista, incomprensible para la mayoría. Con esto queremos decir que al PSUM puede venir cualquier trabajador sincero que esté dispuesto a luchar por la emancipación del trabajo.

Pero la casa del PSUM es muy estrecha. Muchos no pueden entrar a ella porque no tienen cabida. Lo que pueden hacer y lo que saben hacer es algo bastante ajeno a las preocupaciones de los organismos del Partido. Cada militante puede realizar en el PSUM justamente lo que su tiempo libre, su grado de conciencia, sus costumbres y preferencias le determinan. Al mismo tiempo, en el Partido debe haber posibilidad de realizar todas esas actividades diversas. Ésa sería la forma de ampliar la casa del PSUM, de hacer lugar para muchos miles de trabajadores que están de acuerdo con el socialismo. Hay que acabar, por lo tanto, con los métodos torturantes de organización, como son las reuniones prolongadas, las discusiones sin salida, el desorden en la actividad del Partido, el desgano para las tareas de organización, especialmente las de finanzas y propaganda.

En esta dirección, es indispensable impulsar la lucha por la formación de los comités municipales y zonales. Sin ellos, el PSUM no existirá en la extensión del territorio nacional y sus posibilidades serán muy reducidas. Y junto a esto, la formación de los comités del Partido en las zonas industriales, en las barriadas obreras. Para estas tareas necesitamos movilizar a todos los cuadros del Partido, a todos los que puedan aportar su experiencia en la lucha por construir organización y darle a ésta las cualidades necesarias para la actividad política.

Particular importancia tiene avanzar en la integración política y orgánica en la base y en los comités intermedios. No es posible ya mantener espacios exclusivos según la procedencia política de cada quien o de cada grupo. Esto tiene que terminar. Hay que entenderlo bien.

En la medida en que crezca, se organice y se haga más diversa la presencia de nuestro partido, sus propuestas serán más viables, su mensaje y sobre todo su acción serán más compartidos por los trabajadores del país. En la actual coyuntura, de profunda crisis, nuestro partido cuenta con planteamientos maduros, viables, necesarios. Un nuevo camino democrático para el país. No sólo la satisfacción de reivindicaciones justas de carácter económico, sino al mismo tiempo cambios políticos democráticos. Ése es el sentido de nuestra política actual, porque en él inscribimos nuestro proyecto de organización revolucionaria. Así, nosotros decimos que la crisis debe traducirse en una elevación de la lucha democrática, porque si no hay escala móvil de salarios, si no hay reforma fiscal y moratoria de la deuda exterior, si no hay escala móvil de los precios de los productos de los campesinos, si no hay un impulso de la producción dirigida a satisfacer necesidades

populares y a crear empleos, es porque la democracia es enana y predomina el despotismo oficial, el despotismo del poder, la prepotencia del partido oficial y de la burocracia política, tan propensa a aliarse a fondo con los principales grupos de la gran burguesía. La corrupción, la arbitrariedad, la impotencia de los sindicatos y otras organizaciones populares, el monopolio de los medios de comunicación social, el atraso político, la despolitización del pueblo, y todos los otros males políticos de la sociedad, son producto de la falta de democracia, de la existencia de esa democracia enana, que los gobernantes, en el mejor de los casos, han considerado como simple tolerancia hasta cierto límite. Una nueva reforma política se requiere para México. El pueblo trabajador mexicano puede participar con sus propias banderas y opciones en la lucha política, por ello es preciso abrir los cauces a una acción popular. Ésa sería la forma en que el movimiento popular mexicano retomara la iniciativa perdida por la intermediación de los líderes gestores, amamantados desde el poder, que se han conformado con una ínfima parcela de influencia política a costa de la traición a los trabajadores.

La democracia es mucho más difícil que cualquier cambio en la economía, sobre todo en momentos de crisis, sobre todo cuando ésta obliga a los gobernantes a hacer cosas que jamás imaginaron, como la nacionalización de la banca y el control de cambios. Pero la crisis no nos llevará por sí misma a la democracia. A ella arribará el país sólo con el esfuerzo y la organización de los trabajadores. La legalización de una parte de la izquierda independiente obtenida en 1978, la amnistía por etapas, el derecho de manifestación —sólo esos tres avances— costaron grandes esfuerzos y a veces verdaderos sacrificios. Ello se debe a que la democracia afecta la forma en que se ejerce el poder, la manera en que las organizaciones representativas de diversas clases intervienen en la disputa continua por decidir, por prevalecer. Las revoluciones mexicanas y las que se han producido en otros países —no sólo las grandes revoluciones burguesas que se sucedieron a partir del siglo XVII, sino las revoluciones proletarias, desde la primera de ellas, la revolución de los comuneros de París en 1871— han levantado muy en alto la bandera de la democracia. Y esa cuestión les ha dado viabilidad. La incomprensión de este problema ha sido fuente inagotable de oportunismo y extravío en la acción política.

Para convertir al PSUM en una continuación vital de las tradiciones revolucionarias mexicanas, influidas en gran medida por los sacudimientos revolucionarios de otros países, es indispensable dar a la lucha por la democracia un sentido plenamente actual, su verdadera dimensión y significado. Ésta es una gran tarea de nuestro partido.

En la lucha por la democracia destaca la liberación de los sindicatos de las ataduras del charrismo. La democracia sindical está íntimamente ligada a la construcción de un sindicalismo de clase, indispensable para el desarrollo de la lucha socialista.

Nosotros, los socialistas del PSUM, nos hemos esforzado y nos seguiremos esforzando por forjar ese sindicalismo democrático y de clase, independiente del Estado y de la burguesía, y no incorporado a ningún partido. En especial, debemos seguir pugnando por establecer formas de actuación en los sindicatos que respeten plenamente la organización y las decisiones

de éstos, y, al mismo tiempo, defender con mucha fuerza el derecho de los militantes de partido —de todos los partidos y de nuestro partido— a participar de manera organizada en la vida de los sindicatos.

Para los socialistas, los sindicatos no pueden ser, y no son, neutrales en la disputa por el régimen social que ha de prevalecer. O se está por el sistema capitalista o por la emancipación del trabajo. En esto no hay —no ha habido en la historia— salidas intermedias.

Permítanme, compañeros, hacer un breve paréntesis, para referirme a dos hechos que considero importantes. El Sindicato de Trabajadores de la UNAM —el STUNAM— ha decidido permanecer en huelga y ha definido así dos posturas. Primero, rechazar el tope salarial que pretende imponer el gobierno de 25 por ciento en las revisiones normales de salarios, y, segundo, ejercer su democracia interna, al respetarse la mínima diferencia de votos en la decisión de mantener la huelga. El Partido Socialista Unificado de México respalda sin regateos esta decisión democrática del STUNAM y le dará —como siempre— su más decidido apoyo.

De igual manera apoyamos la decisión de los trabajadores de tierra de la Compañía Mexicana de Aviación de mantener su huelga, rechazando así el tope salarial que representa el refrendo de la política de castigo a los salarios.

Y, por último, otra de esas grandes cuestiones que es necesario abordar para recoger nuestra legítima herencia es la lucha antimperialista. Ésta nos ha acompañado desde antes de la independencia y ha estado marcada por el predominio imperial, desde sus expresiones coloniales hasta su realidad capitalista y su modernización a partir de la última guerra mundial. Pero siempre el pueblo mexicano ha luchado contra el imperialismo porque ha sido víctima de éste. Hoy, cuando México está sometido a una criminal usura aceptada de buen grado por los gobernantes, verdadera sangría del producto del trabajo de los mexicanos a la que jubilados se han unido los capitalistas financieros y toda clase de burgueses rentistas, mejor conocidos como sacadólares, las tareas antimperialistas del PSUM, de toda la izquierda, y de la nación como tal, son enormes. Sin separar la lucha contra el imperialismo del combate contra la explotación capitalista y la opresión interna en todas sus formas y determinaciones, la lucha antimperialista adquiere ahora una dimensión nueva, o mejor dicho adopta a las claras su verdadera dimensión, la que siempre ha tenido, pero que ha sido atemperada por la insistente propaganda televisiva, radiofónica e impresa de las *buenas relaciones* y por la concepción oficial del fatalismo geográfico que se convierte en práctica común, es decir, en política dominante.

Para la nación mexicana y para el PSUM la situación en Centroamérica es un verdadero reto. La escalada contra la revolución nicaragüense, a cargo de los gobiernos de los Estados Unidos y de Honduras, ha llevado al gobierno sandinista a declarar una emergencia en su frontera con este último país. Sin exageración, debemos decir que la revolución nicaragüense y el pueblo de Nicaragua están en grave peligro.

Al mismo tiempo, los Estados Unidos, con la complicidad de los gobiernos de Honduras y Guatemala, continúan apoyando abierta y descaradamente al sanguinario régimen de El Salvador.

Los llamados a entablar negociaciones, formulados en cada caso por el

gobierno de Nicaragua y el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, han sido hasta hoy desoídos, a pesar de que otros países, entre ellos México, han insistido en la necesidad de tales negociaciones.

Estimamos que si los Estados Unidos y sus títeres centroamericanos invaden Nicaragua o intervienen masivamente en El Salvador, nuestro país no lo debería tolerar, porque ello significaría aceptar tácitamente que México puede ser también invadido en cualquier momento. Estimamos también que si tales invasiones ocurrieran, las fuerzas democráticas y antimperialistas de México tendríamos que alistar voluntarios para ir a pelear a Centroamérica en apoyo de nuestros hermanos.

Compañeras y compañeros:

Al celebrar el primer aniversario de la formación del Partido Socialista Unificado de México, debemos reflexionar en que no hay proyecto revolucionario viable sin recoger nuestra tradición de lucha, sin asumir la experiencia del movimiento revolucionario mexicano, con todas sus formas ideológicas, políticas y orgánicas. Toda esa historia es nuestra. Por esto, y porque están antes que nadie, hemos querido en este acto entregar las primeras credenciales de miembros de nuestro partido a los veteranos, a quienes se iniciaron en la lucha hace cincuenta años o más, que no sólo patentizan la raíz profunda de nuestro partido, sino que ahora mismo siguen enseñándonos todo lo que saben y dando a nuestra causa una valiosa contribución. Éstos son hombres en activo; en este partido no hay jubilados, porque los revolucionarios luchan siempre, hasta el último aliento. Y estos hombres, que son la expresión vital de nuestras profundas raíces, son al mismo tiempo compañeros de lucha diaria; son nuestros queridos y entrañables compañeros.

¡Que viva la tradición revolucionaria mexicana!

¡Que viva el Partido Socialista Unificado de México!

la libertad de expresión, garantía social*

En nuestra sociedad la comunicación social tiene un inconfundible carácter de clase. Los medios están por completo preñados de propiedad privada. El mensaje de estos medios obedece, por tanto, al interés del capital y a su reproducción. Obedece, en especial, a la reproducción de las ideas dominantes. Al decir esto no se pretende más que repetir el punto de partida necesario para el examen del problema y la elaboración programática.

Durante muchos años la izquierda mexicana ha impugnado el contenido y estructura de los medios masivos de comunicación. Sabemos, por ejemplo, que el Estado y las grandes empresas privadas controlan los periódicos, las más importantes revistas, la televisión, la radio, el cine y otros medios. Conocemos los medios que se utilizan para este control, desde las concesiones hasta los organismos encargados de la circulación de impresos. Todos estos mecanismos están hechos para mediatizar la libertad de expresión, que en su verdadero contenido solamente se cuela a través de rendijas a veces inapreciables. Esa libertad está convertida en la libertad de empresa, y bajo las condiciones de un mercado crecientemente monopolizado, los grupos poderosos y el Estado se han adueñado de este derecho.

Podría decirse que la libertad de expresión no se coarta cuando cada quien puede decir lo que guste, con la sola limitación de los derechos de los demás. Pero tal concepto correspondería al siglo XVIII. En nuestro tiempo, y desde hace muchos años, la libertad de expresión se encuentra ligada estrechamente a los medios indispensables para ejercerla. Sin ellos, esta libertad es solamente retórica constitucional, es decir, en última instancia, engaño y manipulación.

La base de esa equivocada concepción que restringe, hasta anularla, la libertad de expresión es sin duda el interés de clase de la burguesía y del Estado. Por esto, el gobierno del país se ha negado a considerar jurídicamente que la comunicación social es un servicio público y que, por tanto, en esta materia procedería la intervención de los entes que componen la sociedad en su conjunto, los individuos, las instituciones, las clases, a través de sus muy diversas expresiones.

* Discurso en el acto inaugural del Foro por la Libertad de Expresión. Acapulco, Gro., noviembre 22 de 1982.

Así, por ejemplo, el derecho a la información, introducido en el texto constitucional en 1977, se ha querido contraponer con la libertad de expresión, incluida originariamente en el mismo artículo de la Constitución, y con la libertad de escribir y publicar escritos. En nuestros días y en nuestra sociedad, todas estas libertades se refieren justamente a lo mismo. De nada sirve la libertad de expresión si no se cuenta con los medios. De nada vale escribir y publicar lo que se escribe sin intervenir en los medios establecidos para este fin y que no pueden depender de una sola persona o de un reducido grupo de personas cuando éstas carecen de dinero e influencia política. Por ello, la expresión de las ideas, es decir, su reproducción gráfica, es un problema de orden social, y de ninguna manera una cuestión solamente individual.

Se entiende, así, que la burguesía y la burocracia política del Estado defiendan libertades que se han convertido en entelequias y se rehúsen a aceptar la comunicación como un servicio público, realizado por entidades de carácter social.

Esa convenienciera concepción de que las libertades de expresión e imprenta son meramente individuales sirve para igualarlas a la libertad de comercio y para someterlas al imperio de la propiedad privada. De esa forma, quien no tiene propiedad —la inmensa mayoría de los mexicanos— carece, por tanto, de medios para expresar sus ideas, para comunicarse con los demás. Veámoslo en la práctica: los más poderosos medios de comunicación, la radio y la televisión, están repartidos entre dos sectores, los monopolios privados y el Estado. El resto de la sociedad solamente recibe la comunicación de estos dos sectores o entidades. Algunos recientes espacios abiertos, por ejemplo, a los partidos políticos, son en realidad pequeñísimas rendijas que no cambian la esencia del fenómeno.

Considerar la comunicación social como un servicio público implicaría garantizar la intervención de la sociedad en los medios de comunicación, lograr que las libertades de expresión e imprenta adquirieran una nueva situación, o, dicho de otra forma, se pudieran ejercer realmente. Los medios de comunicación, cualquiera que fuera su régimen de propiedad, estarían obligados a servir de instrumentos para la libre expresión de las ideas. Se podría decir que esto atenta contra la propiedad privada, a lo cual debemos responder que no tenemos ningún inconveniente en que así se analice la cuestión, pues, efectivamente, queremos afectar la propiedad privada, porque es la causa de la desigualdad, de la injusticia y de la falta de libertad para la inmensa mayoría de la sociedad. Compárese la libertad que ejerce el monopolio Televisa, que llega a la mayoría de los hogares mexicanos, mediante sus estaciones de radio y televisión, con la de cualquier sindicato, partido político de oposición, institución de cultura u organización social. Véase el enorme poder del grupo que controla las organizaciones de expendedores de publicaciones, que prácticamente da el visto bueno a los periódicos y revistas, la virtual licencia para que puedan ser vendidas. Obsérvese la influencia de los directivos de la prensa diaria, que publican con total impunidad versiones tergiversadas de hechos en los que participan miles y, a veces, millones de mexicanos sin que valga el derecho de réplica o la simple reclamación. Tómese en cuenta el gran poder de los grupos monopolísticos que se anuncian en la prensa, la radio y la televisión con costosísi-

mas inserciones, nulificando en la práctica la competencia comercial que se dice defender como base del sistema y haciendo repercutir el costo de la publicidad en los precios de sus productos. Júzguese la antidemocrática intervención del Estado a través de su canal de televisión, sostenido en buena parte por dineros procedentes del pueblo contribuyente, que no admite la participación popular en el contenido de las emisiones. Y todos esos medios de comunicación, puestos al servicio de los designios del poder político, verdaderos instrumentos, completamente unilaterales, de adoctrinamiento y desinformación. Y aún así se habla de pluralidad y democracia.

No tenemos tampoco inconveniente alguno en que se diga que lo que buscamos es expresarnos a través de los medios de comunicación. Esto es totalmente cierto, pues tal expresión la consideramos un derecho, como parte que somos de la sociedad. Pero buscamos, ante todo, la expresión del pueblo trabajador, de sus luchas, de sus demandas, de sus necesidades. Si la comunicación social fuera un servicio público, sería posible una reglamentación en la que se garantizara el acceso a los medios de todos los sectores sociales, de las corrientes políticas, de las instituciones, de los partidos, de las organizaciones sociales, en suma, de las clases sociales a través de sus diversas y variadas expresiones, y no sólo de la burguesía, especialmente la gran burguesía, y el Estado. En tal sentido, el 27 de diciembre de 1980 presentamos una iniciativa de Ley Federal de Comunicación Social que reglamenta la emisión de noticias, la propaganda, la publicidad y los mensajes educativos y culturales, en un marco de verdadera libertad de expresión y ejercicio democrático del servicio público de la comunicación. En esta iniciativa se conceden espacios específicos en los diarios y en la radio y la televisión para la expresión de ideas de las organizaciones sociales e, incluso, de personas. Se reduce la publicidad comercial, se amplían los espacios para actividades culturales y científicas y se establece el derecho de réplica. En la iniciativa se considera la formación del Consejo Nacional de la Comunicación Social, con una integración plural, plena personalidad jurídica y amplias facultades en la materia.

En este mismo sentido, nos hemos pronunciado por la nacionalización de la radio y la televisión, pero no para que el Estado tome para sí el monopolio exclusivo de la comunicación, sino para que este servicio se prestara a través de un consejo integrado pluralmente que decidiría sobre el contenido de las emisiones y garantizaría la intervención popular, de manera especial de los trabajadores de dichos medios de comunicación social.

Al mismo tiempo, es necesaria una disposición jurídica con carácter obligatorio para asegurar que los periódicos y revistas se expendan en la totalidad de los establecimientos que para tal fin existen en el territorio nacional, con el propósito de acabar de una buena vez con el monopolio de la distribución de la prensa. Y junto a esto, es indispensable una clara reglamentación de la distribución de papel para la prensa, que ponga a todas las publicaciones en situación de igualdad.

Especial importancia tiene el derecho indiscutible de las universidades del país de instalar estaciones de radio y televisión. Es intolerable que grupos de negociantes, promotores de las empresas disqueras transnacionales, que aturden al pueblo con sus persistentes mensajes comerciales, gocen de concesiones para el uso del espacio aéreo nacional y se nieguen los permisos

sos a las universidades, como las de Guerrero y Puebla, porque son instituciones críticas e independientes.

Compañeras y compañeros:

Estoy seguro que este Foro hará nuevas y valiosas aportaciones a la lucha por la verdadera libertad de expresión, por la auténtica libertad de imprenta, que sólo pueden ser conquistadas en la lucha política por la democracia.

el gobierno de miguel de la madrid*

La conformación del gabinete es la primera respuesta del poder público, bajo la dirección del nuevo presidente, ante la crisis. El gabinete está formado por una mayoría aplastante de funcionarios conservadores; es un grupo gobernante a tono con el presidente y con su programa. Llama la atención que la vieja costumbre de cristalizar en el gobierno las alianzas internas, los compromisos contraídos durante la campaña y en la víspera de la designación del candidato, se haya roto completamente en esta ocasión. Además, podemos observar que en el gabinete no existe un solo representante de los intelectuales llamados progresistas ni de los grupos que dirigen las centrales obreras y populares oficializadas. Se trata de un gabinete derechista. Se ha llegado al extremo de nombrar director del Banco de México al mismo funcionario que ocupando ese cargo organizó la campaña política contra el control de cambios y se opuso a la nacionalización de la banca.

Frente a la crisis se ha expuesto un programa que no oculta la intención del nuevo gobierno de rehacer las desgastadas relaciones con la gran burguesía. Se le presenta al país un camino de austeridad reaccionaria con la que se pide sacrificio al pueblo para garantizar las ganancias y el predominio social de los grandes capitalistas.

En momentos como el actual, de aguda crisis económica, las alternativas programáticas adquieren una importancia inusitada. Los programas son comentados y discutidos por amplios sectores del pueblo; las clases sociales definen con mayor claridad sus intereses concretos. Al presentarse el programa del nuevo gobierno, podemos esperar que éste se discuta y se combata en el seno del pueblo trabajador. La izquierda, y especialmente nuestro partido, tienen la obligación de propagar la otra visión de la crisis económica y de la salida política por la que es preciso luchar.

El terreno de la crisis no es el de la discusión académica. Hoy no están enfrentados economistas de diversas escuelas. Lo que vemos es la confrontación de diversas clases y sectores de clase, a través de los instrumentos con que cada quien cuenta, para enfrentar una profunda crisis económica que no puede resolverse en el terreno técnico, sino en la lucha política. A pesar de que el discurso del nuevo presidente es notablemente despolitiza-

*Informe al V Pleno del Comité Central. Diciembre 4 de 1982.

dor, en la medida en que busca ocultar la lucha política que caracteriza la situación actual, no logra eludir la disputa entre concepciones políticas enfrentadas.

El gobierno trata de imponer el sacrificio de los trabajadores y mediatizar la lucha por la defensa del salario; el PSUM llama a la lucha por el aumento salarial y la escala móvil de salarios. Aquí hay dos visiones y dos intereses de clase completamente diferentes. La primera se basa en la idea de que para que se mantenga la inversión es necesario garantizar altas tasas de ganancias a los capitalistas, aun a costa de producir menos y castigar el consumo del pueblo trabajador. La segunda sostiene que la crisis es producto de que en México, durante muchas décadas, se generó una estructura económica dirigida especialmente a satisfacer las necesidades de consumo de la burguesía y de los empleados de altos ingresos, profundizando la desigualdad económica y social; esa forma de desarrollo ha culminado en crisis sucesivas; la producción de bienes destinados a esos sectores privilegiados ya no es suficiente para servir de base a todo el desarrollo económico; es indispensable voltear la tortilla, impulsar un nuevo desarrollo que ponga en el centro la producción de bienes y servicios destinados a la mayoría de la sociedad, especialmente a los sectores de menores ingresos; no existe otra forma perdurable para emprender un verdadero desarrollo más que a través de una nueva distribución del ingreso.

Aquí podemos apreciar dos enfoques concretos de clase, completamente confrontados e irreconciliables. La visión del presidente es la que tiene la clase capitalista, especialmente los grandes burgueses, los especuladores financieros y monetarios, los grandes industriales que producen los artículos más sofisticados y socialmente inútiles, las empresas transnacionales imperialistas.

A partir de esas dos visiones de la crisis se generan dos grandes programas. De acuerdo con el programa del presidente es necesario salvar la forma de vida predominante en el país, mientras que para el PSUM hay que luchar por una nueva forma de vida, en la que por encima de todo estén los derechos sociales de la mayoría: el trabajo, la alimentación básica, la salud, la vivienda, la educación. Para el nuevo gobierno hay que hacer funcionar bien el capitalismo mexicano, basado en un desarrollo productor de mayor desigualdad; para el PSUM es necesaria una economía popular, democrática y nacional que deje atrás la forma en que se ha impulsado el desarrollo capitalista. Luchar por esa nueva economía es una forma de acercar el socialismo, de hacerlo necesario ante los ojos de millones de trabajadores mexicanos; es una manera de hacer que la lucha por el socialismo sea más concreta y asequible.

Como marxistas, conocemos de sobra que el socialismo se produce como resultado de la toma del poder por el proletariado. Pero la revolución no viene sin antecedentes de lucha, sin la organización para avanzar en la lucha política. Pugnar por una nueva economía, por una nueva forma de vida social, por la democracia política frente a una crisis que es concreta y ante la cual hay diversos programas también concretos, es una manera válida y necesaria de ser revolucionarios en acto.

Este problema no es nuevo para los socialistas revolucionarios. ¿Cómo pugnar por el socialismo, por la revolución, por el poder democrático del

proletariado, impulsando en cada momento las luchas concretas inevitables e indispensables? No existe otro método que partir de la realidad concreta. Frente a la crisis actual no podemos aceptar que solamente haya dos posibilidades, la de la burguesía y la socialista, pues de esa forma la adversa correlación de fuerzas actual —elemento indispensable para el análisis— nos llevará a un callejón sin salida. Si no es éste el momento de tomar el poder —todos en la izquierda coinciden con esto— y la crisis económica de por sí no nos proveerá de esa posibilidad, es necesario presentar un programa capaz de movilizar a la clase obrera, a los campesinos, a los empleados, a los estudiantes, al pueblo trabajador, en una disputa posible, en el terreno mismo de la crisis, que es lo concreto hoy.

Por ello rechazamos la simplicidad maximalista que cae fácilmente en la contradicción de rebajar el programa, reduciéndolo todo a mínimas reivindicaciones, y hablando, solamente hablando, del socialismo. Se dice, por ejemplo, que luchar por un programa democrático, popular y nacional frente a la crisis es hacerle el juego a la burguesía, es una actitud reformista. ¿Qué es entonces la lucha por los aumentos salariales? ¿Acaso reformismo despreciable, que, sin embargo, se acepta porque lo abrazan ya millones de trabajadores? El PSUM no puede caer en la vieja posición oportunista de reducir su programa a las reivindicaciones que ya cuentan con el consenso y el apoyo de los trabajadores. Su papel es convencer al pueblo trabajador de toda una visión nueva de la sociedad y presentar un camino, un plan de acción. No hay duda de que el socialismo se difunde entre los trabajadores mediante la lucha, y para que ésta se pueda desarrollar hoy en México es necesario darle verdadero contenido y concreción.

Por ello nuestra alternativa frente a la crisis no se limita a la lucha por una nueva economía y una nueva forma de vida. Partimos de que la lucha es política, aunque aun ello no esté claro en la mayoría de la clase obrera y entre algunos grupos de izquierda. Partimos, pues, de la lucha por la democracia política. De ella dependen, cada vez más, las posibilidades de alcanzar reivindicaciones populares. Y para la lucha política es necesario desarrollar los instrumentos: partidos de izquierda, sindicatos de clase, organizaciones populares independientes. Y en eso estamos: en la construcción de un partido socialista cada vez más fuerte, en la unidad de las organizaciones sindicales más combativas, en la defensa de los grupos de lucha popular y agraria, en el esfuerzo por la unidad de la izquierda y contra el aislamiento de nuestro partido.

No es necesario que repita aquí el contenido programático del Proyecto de Resolución que discutiremos. Allí está expresada una visión concreta frente a una crisis concreta. Para lograr hacer avanzar ese programa se requieren una intensa lucha política, movilizaciones de masas, propaganda incesante, organización política y sindical.

Es preciso, sin embargo, subrayar que en el proyecto se reitera, ante la formación de un nuevo gobierno, la actitud opositora del PSUM. Este partido continuará oponiéndose al gobierno, a su programa, a sus métodos, a su contenido de clase. Esto está, y debe seguir estando, completamente claro, tanto para nuestros amigos como para nuestros enemigos.

El nuevo gobierno, por su composición y su programa, implica un cambio en la situación política. Las comparaciones hay que hacerlas respecto a

los últimos meses del gobierno de López Portillo. A partir del primero de septiembre de este año se abrieron al país nuevas posibilidades. La nacionalización de la banca y el control generalizado de cambios expresaron un rompimiento del presidente —jefe de Estado, de gobierno, de partido y de todas las instituciones estatales— con la burguesía financiera. Hay que tomar en cuenta que esa burguesía financiera no actúa sola, sino que tiene grandes ligas con otros sectores de la clase dominante y con el imperialismo. Tal rompimiento brusco, y hasta cierto punto inesperado, implicó una crisis política, una modificación de las formas en que se gobierna, un cambio en los intereses que se conjugan en la toma de decisiones fundamentales del poder. Tres meses antes de entregar la presidencia, López Portillo actuó con su propia decisión y con el apoyo de un sector minoritario de los altos funcionarios del Estado; fue ésa una reforma desde arriba —lo hemos dicho—, pero generó una modificación de la situación política, un momento propicio para impulsar la lucha por nuevos y más avanzados cambios en la economía y en la política.

La formación y el programa del nuevo gobierno son un intento por volver atrás. Sabemos que de la Madrid no compartió la decisión de nacionalizar la banca, que es contrario al control generalizado de cambios y que se opone a un proceso de profundización de esas reformas. Se inicia así un cambio en la situación política respecto a la abierta a partir de la nacionalización de la banca. Este cambio no solamente se refiere a la línea de hacer funcionar la banca con los mismos criterios que le imprimió la burguesía financiera y a la decisión de limitar el control de cambios, sino al regreso a la línea dura de la *economía realista*, que pretende respetar escrupulosamente las reglas de la burguesía. Ante ello, el PAN y los sinarquistas no han ocultado su apoyo al gobierno y al programa expuesto por el nuevo presidente.

Este cambio de la situación que coincide con el cambio de gobierno propiciará seguramente nuevos emplazamientos de las fuerzas políticas del país. Por una parte, es previsible una mayor agresividad contra el salario y los precios de los productos campesinos. El crédito no se utilizará en grandes proyectos de interés popular y nacional, sino en función de los requerimientos de la gran industria y los servicios dirigidos a los sectores privilegiados. El castigo al gasto público, sobre todo el dirigido a bienestar social e inversiones productivas, será usado como elemento estabilizador para la gran burguesía. Por otra parte, los grupos sindicales oficialistas y los funcionarios y políticos tildados de populistas han sido relegados, y muchos de ellos han engrosado el ya muy grande ejército de desempleados.

Las tensiones sociales y políticas se van a desarrollar como expresión de este cambio. La inflación no será controlada, menos aún cuando se ha empezado a aplicar una política de aumentos indiscriminados de precios y se aumentan las tasas bancarias de interés.

Los topes salariales, ya establecidos desde los últimos meses del gobierno de López Portillo, se harán seguramente más rígidos y drásticos.

Todo esto forma parte de la nueva situación. En ella tenemos que actuar para unir el máximo de fuerzas políticas y populares en la acción contra el programa del gobierno de la Madrid.

Es necesario continuar con nuestra actitud de propiciar las más amplias movilizaciones de masas. Aplicar una política de acciones lo más organiza-

da posible con el fin de evitar hasta donde sea factible movimientos aislados que fácilmente son sometidos. La lucha contra los topes salariales no debe reducirse sólo a las huelgas, menos aún cuando éstas son aisladas, sino a la más amplia y permanente movilización.

Sería muy conveniente que las organizaciones sindicales democráticas y de clase examinaran la posibilidad de iniciar un proceso de unificación orgánica, pues no parece realista la consolidación de formas orgánicas o de simple coordinación. Y al mismo tiempo, se requiere que nuestro partido ponga mayor énfasis en la acción dentro de los sindicatos y centrales campesinas y populares controladas por los líderes oficiales. No debemos aplicar una política sectaria, pero tampoco parece correcto mantener desorganizado todo lo que puede ser organizado por la izquierda. Será preciso también discutir intensamente la conveniencia de propiciar la formación de una nueva central agraria democrática y unitaria.

Éstos son temas de posteriores discusiones, pero es necesario considerarlos dentro del análisis de las perspectivas de la nueva situación.

Nuestro IV Pleno del Comité Central subrayó la necesidad de impulsar una más completa política de alianzas en la izquierda. Reiteró nuestra posición favorable a la unidad orgánica con el PMT. Destacó también la posibilidad de encontrar convergencias con diversas fuerzas políticas. Ciertamente que esto último se ha prestado a especulaciones que en última instancia no son más que producto de nuestra poca insistencia en esta delicada cuestión, aunque también existe mala fe de algunos de nuestros críticos, que han llegado a la grosera tergiversación.

El PSUM le da gran importancia a las alianzas con otras fuerzas de izquierda. No solamente hemos estado dispuestos a ellas, sino que las hemos realizado, a pesar de las dificultades de sobra conocidas. Esas alianzas no pueden significar renuncia a nuestras propias posiciones, de lo contrario no seríamos un partido, sino un grupo oportunista. No estamos de acuerdo en que los frentes que se forman para expresar esas alianzas se transformen en pequeños aparatos al servicio de algunos grupos que carecen de organización propia, pues sobre esa base se combaten, en los hechos, las alianzas en la izquierda.

En el Proyecto de Resolución se dice que el momento es propicio para las alianzas en la izquierda. A ellas estamos dispuestos, pero de ninguna manera aceptamos deponer o posponer nuestras posiciones, nuestro programa, nuestra política, en aras de complacer a nuestros críticos y menos aún a nuestros calumniadores. Si se quiere en verdad fomentar las alianzas, hay que pasar a una relación madura, política, responsable, entre la izquierda. Hay que ventilar las divergencias en el plano del debate. Hay que unirnos en lo que es común y continuar actuando separadamente en lo que no hay acuerdo.

Nuestra decisión de fomentar las alianzas en la izquierda no se contradice con la necesidad de que las convergencias que se producen en el amplio espectro político del país se lleguen a concretar, se expresen formalmente. Esta posición no tiene nada que ver con una supuesta alianza con el PRI. En el PSUM —hay que entenderlo de una buena vez— nadie se pronuncia por una alianza con el gobierno y su partido. Ésta es imposible, porque tenemos posiciones completamente divergentes y encontradas.

Es nuestro deber como revolucionarios y luchadores abandonar los enfoques doctrinarios. El PSUM no es una secta que existe al margen del país. Es un partido de México que da la lucha política por el socialismo, que pugna por una revolución y que no ignora la realidad.

Las convergencias no se mandan hacer. Cuando se producen es necesario adoptar una posición frente a ellas. Se pueden aprovechar o desechar, se puede intentar darles una u otra forma. Todo esto es materia de análisis específico. Pero no podemos renunciar de antemano a aprovechar las convergencias que se pueden producir, incluso con sectores oficializados, menos aún en momentos de aguda crisis económica y de cambios en la situación política. Éste es el sentido de nuestro pronunciamiento en favor de desarrollar las convergencias. Si otras fuerzas tienen concepciones sectarias y doctrinarias, ése no es el problema del PSUM. Este partido combate el oportunismo de derecha, pero no para caer en ese otro oportunismo que es la posición sectaria.

En la presente crisis y en el cambio de la situación política, nuestro partido puede dar una enorme contribución al desarrollo de la lucha revolucionaria de nuestro país. Para ello es preciso actuar sin vacilaciones y sin dar la imagen de una organización endeble. Hemos convenido todos en nuestro Primer Congreso en la necesidad de un partido democrático. Pero ello no quiere decir una organización informe o parcelada. Este partido tiene una línea marcada por nuestro Congreso, no solamente contenida en sus documentos básicos, sino también en su resolución general. El Comité Central tiene la misión de dirigir el Partido en el marco de esos acuerdos del Congreso, y por ello sus elaboraciones y desarrollo norman la actividad de nuestra organización.

Es conveniente recordar todo esto porque se nota cierta especulación sobre el futuro inmediato del Partido. Nadie niega que entre nosotros existen puntos de vista diferentes sobre algunos asuntos. Pero ello no implica un vacío de línea o un caos en nuestras filas, como se insinúa o se afirma directamente a través de algunas publicaciones.

El PSUM tiene una gran responsabilidad en la coyuntura actual. Podemos decir que tiene la mayor responsabilidad desde el punto de vista de la izquierda. Es preciso aplicar íntegramente nuestra línea política y desarrollar el Partido. Esto implica la realización de tareas concretas insoslayables.

Para jugar un papel importante en la situación actual nuestro partido debe organizarse mejor. El Comité Central ha resuelto impulsar la creación de comités municipales y zonales. Se han programado conferencias estatales de organización en todas las entidades federativas del país. En el mes de enero nuestro Comité Central realizará un pleno ampliado para emitir un documento sobre la situación organizativa del Partido y las tareas de su construcción, que servirá de base para las conferencias estatales. Se han programado también plenos ampliados para examinar nuestra línea sindical y agraria, y se propone la realización de una asamblea de jóvenes del PSUM.

De todo esto se desprenden tareas concretas e inmediatas. Ellas no deben ser vistas como trabajo interno a costa de la acción de masas. Debe quedar completamente claro que sin la mínima organización, que sin la

discusión entre nosotros, no será posible la acción del Partido en el nivel que la situación exige.

La forma de actuación del Partido debe ser lo más organizada posible. Es necesario repetir incansablemente esta idea porque nosotros mismos somos portadores de concepciones que predominan ampliamente en la sociedad hacia la disgregación organizativa, el grupismo y el individualismo. Actuar como partido en todos los niveles es una tarea insoslayable que tiene el PSUM en el momento actual.

Compañeras y compañeros:

El momento es propicio para impulsar una acción concertada de diversas fuerzas democráticas de la izquierda contra el programa anunciado por el nuevo gobierno. Muy probablemente la situación política se agravará en el país en los próximos meses. En este marco es necesario también fortalecer el Partido con nuevas acciones, con nuevos militantes y organizaciones intermedias y de base. Requerimos la movilización de todos para llevar a cabo las tareas que se derivan de las nuevas condiciones del país.

el desafío de hoy*

La situación política

La situación política de México cambió dos veces en el corto lapso de tres meses. El primero de septiembre el presidente rompió con el sector más poderoso de la burguesía, nacionalizó la banca y estableció el control de cambios. Todo el poder que le otorgan la tradición, las leyes y el *sistema político* fue puesto en acción de un solo golpe.

A diferencia de la expropiación petrolera y de otras reformas trascendentes, la nacionalización de la banca no fue el desenlace lógico de unas luchas populares y del desgaste del sector afectado de los capitalistas. El primero de septiembre es una reforma desde arriba, una especie de conspiración del presidente y unos cuantos políticos en los que aquél podía confiar para tal propósito.

Esta reforma no carece de antecedentes políticos. Ha estado, ciertamente, en los programas de la izquierda.

Pero no fue producto de una lucha concreta y tampoco el inicio de una transformación progresista. El apoyo popular fue enorme, pero, con la excepción de las demostraciones de la izquierda, no había un programa en juego, no se tenía una nueva visión del país.

La burguesía, por su parte, inició una reorganización interna, pero el contenido de su agitación no rebasa las viejas fórmulas anticomunistas. En general, adoptó una actitud defensiva, quizás por la enorme sorpresa del primero de septiembre y la esperanza en el cambio de gobierno.

En los cuatro meses siguientes, el gobierno no adoptó ninguna medida que diera continuidad programática a la nacionalización de la banca. Las limitadas medidas del Banco de México de reducir las tasas de interés fueron tan sólo un desesperado intento de demostrar las grandes posibilidades que brindaba al país la reforma. Esta falta de continuidad fue producto de la natural carencia de un programa popular de gobierno.

Si la burguesía financiera, con el apoyo de casi toda la clase dominante, no podía reaccionar conspirativamente, si negoció con el nuevo equipo go-

* El desafío de hoy fue publicado en cinco partes en el diario *Unomásuno* los días 4, 5, 6, 7 y 8 de enero de 1983 y en una sola entrega en el semanario *Así Es*.

bernante, que se organizaba casi en silencio en Coyoacán. Éste, a su vez, conspiraba contra la nacionalización de la banca y el control total de cambios, con la clara preocupación de que estas reformas no se convirtieran en un proceso político de orientación popular. A partir del primero de septiembre todo México se preguntaba sobre la posición verdadera del virtual presidente electo. Las declaraciones de éste, premeditadamente ambiguas, contribuyeron más a la confusión, cuando no fueron la señal de que el presidente en ciernes estaba en contra.

Todo el mundo conservador mexicano —la derecha, dicho en términos políticos nada ambiguos— esperó con ansiedad el primero de diciembre. La situación política cambió entonces, pero no para volver a la que vivía México antes de septiembre. A fin de cuentas, después de las reformas ya nada podía ser igual. Se produjo así la aceleración del largo proceso de aburguesamiento del aparato estatal. El país, asombrado, vio el rostro completo de una derecha dominante que expone con claridad los prejuicios burgueses más acendrados e ignora —aun en la retórica— las viejas tradiciones, la reforma agraria, los derechos laborales, el ensalzamiento de la nación. Ahora sólo se hace alarde del “Estado fuerte” y se exalta la participación burguesa como sinónimo de democracia y “civilidad”.

Como respuesta a la expropiación de los bancos a la burguesía financiera, la derecha gobernante se ha sentido obligada a enarbolar, como nunca, la república burguesa. Que nadie piense que la tradición irreverente ante la propiedad privada seguirá siendo tolerada, aunque para ello haya que inscribir en el texto constitucional la obligación del Estado de proteger y alentar la empresa privada.

El primero de septiembre fue el producto de la conspiración del presidente. El primero de diciembre fue algo así como un golpe de mano de otro presidente. Ambos triunfaron. Uno se fue luego de utilizar, por último, todo su poder para llevar a cabo lo que jamás imaginó que debería hacerse y después de apoyar, como nadie, a la gran burguesía. El otro aprovechó la nacionalización para hacer a un lado las viejas tradiciones de los demagogos, llamados populistas, y mostrarse como el presidente burgués de una república burguesa que hasta ahora no quiso aceptarse como tal.

Se formó, así, un gobierno homogéneo. No hay en éste concesiones rituales ni sospechas izquierdistas.

No ha cambiado solamente el discurso. Ha culminado el largo proceso de aburguesamiento del aparato estatal de la república burguesa. La clase dominante siempre fue incapaz de generar un impulso propio para lograr ese cambio. Tenía que hacerse desde arriba, desde el poder y a través de la continuación del proceso abierto por el alemanismo. Aquellos licenciados de retórica nacionalista y grandes bolsillos llenos de dinero de origen público se han trocado en los harvardianos, los tecnócratas politizados, no sólo con propiedad que defender, sino con convicciones de grandes burgueses modernizadores. Ellos están, ahora, en el poder, y están prácticamente solos.

Pero no todos los demagogos y populistas se han ido. Quedan los labo-ristas antidemocráticos, los charros. A ellos no se les puede sustituir de un día para otro. Pero, a diferencia de otros días, el charrismo es solamente una fuerza de presión. Los charros negocian, pero no compartirán posicio-

nes dentro del aparato del Estado. Podrán ser interlocutores privilegiados del gobierno, pero tendrán que negociar con un secretario del Trabajo que representa directamente a la patronal y con un gabinete económico donde nadie compartirá sus enfoques. Está por verse qué podrá hacer el charrismo dentro del partido oficial, regentado ahora por empleados del presidente.

La nueva situación política abierta el primero de diciembre nos presenta, una vez más, la disyuntiva entre la democratización política y la represión generalizada. No es solamente la crisis económica la que crea el riesgo de la violencia antipopular, sino principalmente la recomposición del aparato del Estado. La burguesía busca mayor fuerza política, y aunque ahora tiene más que antes, no está conforme. Difícilmente encontramos en países de las dimensiones del nuestro una clase dominante más mediocre que la mexicana. A pesar del primero de diciembre, esa burguesía se siente herida. La nueva banca mixta será entendida como una simple consolación. La crisis de confianza en 1976 se ha presentado de nuevo como otra crisis política en las alturas del aparato estatal y de la clase dominante. Todo esto orilla hacia el endurecimiento y la represión.

La falta de representantes directos de las organizaciones sindicales del partido oficial en el nuevo gobierno generará necesariamente mayor disfuncionalidad del sistema de presión-negociación-concesión. En cualquier momento la autoridad podría actuar con violencia en la defensa de la propiedad privada —consagrada en la Constitución— y del Estado fuerte.

La izquierda —principal candidato a ser reprimido— tiene el único programa realmente de alternativa, pero aún no ha construido sus emplazamientos de ataque y defensa suficientemente fuertes para afrontar con completo éxito un deterioro represivo.

Sin embargo, la democratización del país es más viable que la represión generalizada. Aunque pudiera parecer contradictorio, el aburguesamiento, ya culminado, del aparato estatal es un factor favorable a un juego político más abierto. Ello le permitiría a éste intentar fortalecer su organización política con cuadros más ilustrados, desembarazarse de viejos cacicazgos obsoletos o modernizarlos, disminuir el peso específico de los líderes sindicales en el partido oficial y aumentar el de los *notables*. Intentar crear, en síntesis, un partido burgués modernizado, a la altura del nuevo gobierno y de los recientes cambios en el aparato del Estado, y diseñar una nueva gestión estatal en la que pueda confiar plenamente la clase dominante.

Para la izquierda no es indiferente un camino u otro. La formación de un partido socialista de masas, con arraigo obrero y popular, está muy ligada a la posibilidad de la democratización política. Además, en la nueva situación, la lucha por la democracia es, más claramente, la principal impulsora de las reivindicaciones populares.

Las posibilidades de la crisis

Es vano buscar una caracterización académica de la crisis cuando todos sentimos sus efectos diariamente. Una vez más la cuestión es concreta.

En todas las sociedades capitalistas los contrastes son enormes. En México esos contrastes expresan toda una forma del desarrollo económico y social. El capitalismo mexicano ha logrado una burguesía muy fuerte y unas capas aburguesadas con alto poder de compra. Frente a esto, las nueve décimas partes de la población son pobres y la mitad de los mexicanos es muy pobre. Cualquier capitalismo encuentra grandes límites con una situación semejante.

Las ramas más dinámicas de la producción y los servicios están destinadas a satisfacer necesidades del sector privilegiado. Ha llegado el momento en que si tal situación continúa por más tiempo se limitará aún más el crecimiento.

Bajo el capitalismo las crisis no son otra cosa que el capitalismo en crisis. Esta afirmación podría ser obvia si no predominara la idea de que el país es el que ha caído en una crisis. Los negocios marchan mal y esto quiere decir que la acumulación del capital tiene obstáculos, que el nivel de la tasa de ganancia peligra, que los dueños del dinero se comportan de manera anómala.

La crisis del capitalismo internacional tiene, sin duda alguna, graves repercusiones en los países atrasados. Pero en México esa crisis mundial repercute de manera concreta y peculiar. Nuestro país tiene dos grandes ingresos de divisas: el petróleo y la deuda externa. El precio del primero continúa bajando y los intereses de la segunda han aumentado enormemente. Petróleo y deuda fue el binomio mágico que —se dijo— impulsaría el capitalismo mexicano dentro de las reglas del juego del imperialismo. Esa fórmula fracasada no ha sido sustituida hasta ahora por ninguna otra.

Así como el nuevo gobierno enarbola la república burguesa como bandera política, de la misma forma reivindica la economía capitalista como el único elemento rector del desarrollo. En esta dirección utilizará toda la potencialidad de la política económica. No se trata, pues, de una lucha entre personeros de las diversas escuelas del pensamiento económico, sino, aunque parezca lugar común, del más corriente interés de clase.

Según la concepción del nuevo gobierno, para salir de la crisis se requiere que el capitalismo se realice plenamente. Para muchos de los voceros de la burguesía más reaccionaria lo que se requiere es que el Estado no intervenga directamente en la actividad económica, sino sólo apoye al capitalismo privado. Entre estos dos planteamientos existe una gran similitud, aunque, naturalmente, el gobierno y la burguesía mantendrán diferencias, sobre todo en la forma de actuar.

La burguesía y el remozado aparato del Estado han sacado ya la conclusión de que el capitalismo puede resolver sus propios problemas si funciona con la mayor libertad posible. Sin populismos, se dice; sin tentaciones socializantes, se agrega.

En el fondo, las soluciones de que son portadores el gobierno y los grupos más importantes de la burguesía tienden a mantener un modo de vida. La clase dominante mexicana es la caricatura de la burguesía estadounidense. Consume aproximadamente lo mismo, tiene gustos muy similares, habla casi el mismo lenguaje, viaja tanto o más al extranjero, etcétera. Las capas de empleados muy bien pagados, que se han desarrollado a la par que el capitalismo, tienen la aspiración desesperada de ser propietarios, de con-

vertirse en burgueses, y tienen la misma forma de vida en sus correspondientes escalas. Incluso, la dominación burguesa ha difundido en otros sectores de la sociedad la misma aspiración y el mismo comportamiento. Esa forma de vida está en crisis.

Para ilustrar lo anterior basta pensar en la actual escasez de dólares. El país fue saqueado por la burguesía y sus émulos de todo género. Decenas de miles de millones de dólares, propiedad de personas nacidas en México, se encuentran depositadas o *invertidas* en Estados Unidos. Además de que tal saqueo nos muestra lo inmensamente rica que es la burguesía de México, nos ayuda a descubrir un elemento adicional del fetichismo burgués del dinero. La magia monetaria que oculta las relaciones sociales realmente existentes y convierte al dinero en la encarnación fantasmagórica de las relaciones entre objetos materiales, tiene como su divisa, no al peso mexicano, sino al dólar, es decir, las relaciones de los objetos producidos en el extranjero. Pero esos objetos son ahora escasos y muy caros o, en otras palabras, se requiere hoy más trabajo excedente mexicano para alcanzar aquellos bienes tan preciados para la forma mexicana de vida burguesa.

Aún más, todo esto se refleja en que cada vez que se devalúa el peso se produce una inmediata e incontrolable alza de los precios de todos los productos, tengan o no componentes importados.

La otra opción ante la crisis tiene que combatir esa forma de vida, que es al mismo tiempo toda una visión del país y del mundo. Es preciso partir de la idea de que México puede desarrollarse de otra manera. La lucha por el control de cambios —que tan poca importancia le ha dado un sector de la izquierda— no es más que una forma elemental de plantear que es posible utilizar las escasas divisas del país para fincar unas relaciones nuevas con el exterior; que se puede recuperar la zona fronteriza del norte; que es factible vivir decentemente sin las baratijas inventadas por el imperialismo.

La defensa de la nacionalización de la banca, o, dicho de otra forma, la lucha por una verdadera banca nacional y popular, expresa la disposición de lograr un desarrollo económico sin la dictadura del capital financiero y sin los criterios burgueses sobre el proceso de intermediación bancaria y el financiamiento, gracias a los cuales se ha formado una capa de superparásitos rentistas que viven, sin trabajar, de los intereses de sus depósitos bancarios.

La alimentación básica, la salud, la vivienda, la educación, considerados hasta ahora como problemas, deben convertirse en los derechos sociales que rijan el funcionamiento de toda la economía, por encima, incluso, de las determinaciones mercantiles usuales.

No es posible lograr esto sin afectar a la clase dominante. Una nueva economía, o, como suele decirse, una salida popular y nacional de la crisis, no puede realizarse sin la nacionalización de los monopolios.

Entre la solución ofrecida por el actual gobierno y la que propone la mayor parte de la izquierda no parece haber en estos días ninguna otra intermedia.

El movimiento de masas

La crisis económica va profundizándose por efecto de la aplicación de la

política económica del gobierno. Los ya conocidos topes salariales, aunados a la liberación de los precios, al desempleo y a la inflación incontrolada, son el panorama inmediato del pueblo trabajador y de sus organizaciones sociales.

Por ello es que la conducta de los sindicatos y de las organizaciones agrarias tienen una importancia decisiva para el desenlace de la crisis.

Las organizaciones sociales dominadas por los líderes oficialistas no sólo se caracterizan por su apoyo al gobierno, sino también porque sus planteamientos programáticos no se expresan en movilización y agitación permanentes. Por ello se dice que tales organizaciones son medios de control o de contención. Sin embargo, esos sindicatos y agrupamientos agrarios y populares son también organizaciones; en ellos se encuentra una parte importante del pueblo trabajador.

Esto quiere decir que frente a la crisis podemos esperar respuestas de estos sectores populares organizados, que no necesariamente pasarán por el filtro de las burocracias oficializadas. La nueva situación política y la crisis económica están abriendo la posibilidad de un ascenso de las acciones de masas en el que puede ser rebasado el charrismo. Esta posibilidad es, al mismo tiempo, un verdadero reto para la izquierda mexicana.

En los últimos años se han desarrollado luchas, generalmente aisladas, que se caracterizan, en parte, por ser movimientos por la democracia sindical y agraria. Se puede decir, incluso, que la enorme fortaleza del charrismo ha sido acosada, aunque todavía de manera esporádica.

El mayor problema de la izquierda independiente es organizar una acción capaz de catalizar el descontento y las luchas aisladas por la democracia de las organizaciones sociales y darles a la lucha obrera y campesina un sentido programático más preciso.

Durante los últimos diez años se han formado más organismos coordinadores que en toda la historia anterior de la lucha social. Es tiempo de que la izquierda saque las conclusiones del caso y se disponga a superar su propia experiencia a la luz de la nueva situación política. Durante ese mismo lapso se han formado centenares y tal vez miles de cuadros sindicales y agrarios que forman parte de la izquierda independiente en su acepción más amplia.

Al mismo tiempo, hemos visto que no pocos movimientos sindicales democráticos se encuentran muchas veces imposibilitados de consolidarse porque no existe una estructura organizativa que los proteja y ayude a salir adelante.

No se trata —hay que insistir mucho en ello— de la vieja formulación de un sindicalismo paralelo que fracasó en los años sesenta y principios de los setenta, sino de una nueva política que conjugue acertadamente la lucha en el interior de todos los sindicatos dominados por los líderes oficialistas con la formación de un organismo en el que pueda cristalizarse el nuevo sindicalismo de clase que está resurgiendo.

En el sexenio pasado una buena parte de la izquierda organizada alcanzó su legalización electoral. Hoy es posible trazarse el objetivo de lograr la plena legalización y el reconocimiento por parte del Estado de la izquierda sindical y de la izquierda agraria. Mas para ello son necesarios una actitud madura, una política responsable y verdaderamente unitaria en torno a un

sindicalismo de clase, independiente del gobierno y los patrones, y no incorporado a ningún partido político; alrededor de un movimiento campesino democrático; en síntesis, por un nuevo desarrollo del movimiento de masas a la altura de la actual situación política y de la crisis económica, que es realmente profunda.

La crisis política

El primero de septiembre no sólo se nacionalizó la banca, sino que el presidente —jefe de gobierno, de Estado, de partido y de las *instituciones nacionales*— rompió con el sector más importante e influyente de la burguesía. Durante los casi seis años anteriores el gobierno aplicó una política de *confianza* y de asociación con los capitalistas, especialmente con los más grandes, con el propósito de lograr el auge prometido. Como ya vimos, la *confianza* fue la cobertura para incrementar en forma inaudita las ganancias y saquear al país, mientras que el auge devino en una nueva crisis.

Este rompimiento entre el presidente y la burguesía financiera fue, de alguna forma, una crisis política en las alturas. En ella no participaron directamente los trabajadores ni sus organizaciones sociales de diversa orientación. Sin embargo, es claro que el presidente gobernó durante tres meses sin el apoyo de la clase dominante y sin una parte del aparato del Estado que no compartió las reformas del primero de septiembre.

La solución de esta crisis dependía de la posición del nuevo presidente, de quien se esperaba una actitud conciliadora hacia los principales grupos de capitalistas. La actitud se produjo; la conciliación será tarea de varios meses por parte del nuevo gobierno. Sin embargo, este último cambio de la situación política empezó ya a abrir otras grietas antes de que se logren cerrar las del primero de septiembre.

La política del nuevo gobierno —no sólo sus medidas económicas, sino toda su posición— ya ha empezado a generar inconformidades y protestas entre políticos de rango menor. Como no se trata de un simple ajuste, sino de la culminación de todo un proceso hacia la derecha, las divergencias y contradicciones entre fuerzas que apoyan al régimen se producirán, muy probablemente, en el futuro inmediato.

Esto quiere decir que la crisis en las alturas, abierta el primero de septiembre y reencauzada el primero de diciembre, puede convertirse en una crisis política que envuelva a todo el país. Frente a esa crisis la cuestión de la democracia adquiere una importancia singular.

Algunos de los aspectos de la política gubernamental, especialmente la llamada renovación moral, tienden a generar entre la burguesía una confianza y un apoyo que el grupo gobernante desea fervientemente. La moralización tiene un contenido ideológico muy preciso: se trata de presentar un gobierno limpio capaz de diseñar una gestión estatal, mucho más burguesa que la que hasta ahora existió y en la que la corrupción juegue un papel secundario.

En el fondo, se quiere crear una situación en la que el robo, el fraude, el peculado y el soborno sean vistos como la excepción y no como la regla.

La visión que tiene el gobierno del problema de la corrupción no abarca en absoluto a la democracia. Como ya se ha declarado, se tomarán medidas legales contra los corruptos y se abrirá la participación de los grupos de capitalistas en empresas estatales y otros eslabones de la gestión del Estado. La llamada renovación moral se ha visto desde el principio, no como la necesaria participación del pueblo trabajador en la gestión estatal y en el manejo de los fondos públicos, sino como parte de la reivindicación de la república burguesa y de la culminación del proceso de aburguesamiento del aparato estatal. En síntesis, ésta es una visión panista del problema de la corrupción, que, sin embargo, va a introducir nuevas complicaciones en la organización política oficial, donde predomina la costumbre de utilizar con entera libertad los fondos públicos.

Otra de las grandes medidas políticas planteadas para hoy es la reforma electoral. El gobierno no se ha atrevido todavía a hacer una propuesta en este sentido. Sin embargo, el Congreso aprobó ya —a petición del gobierno— que en todos los municipios del país haya representación de los partidos minoritarios.

La reforma electoral es necesaria si se orienta a lograr que se respete el sufragio popular. Sin embargo, la cuestión no radica solamente en esto. La tendencia más natural, aun de un régimen como el mexicano, es hacia la formación de un esquema bipartidista, en que los principales protagonistas sean dos partidos burgueses. Estos partidos ya existen en México y han sido los principales rivales electorales de los últimos treinta años. El riesgo del bipartidismo es muy grande, sobre todo cuando las diferencias entre el PRI y el PAN se van haciendo cada vez más formales y menos sustantivas, lo que a su vez determina que el electorado de ambos partidos se mueva con relativa facilidad entre uno y otro.

El sistema vigente de elección de diputados (sistema mixto con dominante mayoritario) beneficia la tendencia bipartidista, lo mismo que los diputados de partido en los estados y los regidores de minoría en los municipios. El sistema que podría obstaculizar el desarrollo de un esquema bipartidista es el de la representación proporcional completa en todos los órganos representativos del Estado. Por esto, tiene una importancia singular para la izquierda luchar por la democratización electoral, pues de eso depende, en buena medida, que los partidos de izquierda puedan jugar un papel cada vez más importante y no se vean arrollados —como ocurre en otros países— por el bipartidismo burgués.

Naturalmente, a nadie escapa que el problema no sólo es electoral. Sin embargo, también lo es. Sin una política electoral, en el momento presente, no es posible enfrentar el reto de crear una fuerza socialista poderosa.

El socialismo

Los partidos políticos expresan, aproximadamente, ideas ya existentes en la sociedad. Pero a diferencia de los partidos burgueses, que recogen las ideas dominantes, los partidos socialistas tienen que realizar un esfuerzo por crear y divulgar ideas nuevas, revolucionarias. La formación y desarro-

llo de un partido socialista fuerte en nuestro país depende en buena medida de su capacidad para divulgar, a contrapelo, las ideas más *exóticas*, las que no dominan, aunque muchas de ellas existen ya en la sociedad y han nacido de la experiencia de la lucha revolucionaria del pueblo mexicano.

El socialismo en México no tiene un solo origen, sino varios. Tampoco se reduce a un partido o a varios partidos. Existe en la sociedad, tiene una trayectoria compleja y multilateral. Es parte —en definitiva— de la historia nacional.

Comprender lo anterior es necesario para encarar con realismo y perspectiva el reto de elevar el socialismo y crear los instrumentos de la lucha política revolucionaria.

La creación del PSUM no solamente expresa la tendencia hacia la unidad de la izquierda, sino también un esfuerzo por entender que el socialismo no acepta exponentes exclusivos, como tampoco es una teoría acabada: Se ha dicho sin razón que este partido tiene el defecto de ser una especie de coalición por la diversa procedencia de sus miembros. En esta idea se expresa la concepción sectaria y grupuscular del socialismo, que imagina que la revolución puede ser obra de un pequeño grupo que organice y dirija al pueblo trabajador. En realidad no puede haber revolución si no cambian las ideas que tienen los trabajadores y se eleva la organización popular. Eso no puede ser obra de un partido solamente, sino que, por el contrario, el partido socialista es producto del desarrollo de la lucha de los trabajadores. Esto no minimiza o desprecia la gran tarea revolucionaria de la elaboración crítica, sino que simplemente le da su verdadera dimensión y su importancia.

Analizar así el problema de la construcción del partido socialista permite también superar la vieja tradición oportunista de considerar que a partir del impulso del poder se puede avanzar en la dirección del socialismo, a través de no se sabe qué artes. Sin embargo, esto no debe llevar a los militantes políticos revolucionarios a ignorar que en las tradiciones de lucha del pueblo mexicano se encuentran muchos elementos socialistas que es necesario recoger sin sectarismos o miedo a contagios ideológicos.

El PSUM no es un partido acabado, sino en proceso de construcción. Trata —claro está— de recoger lo mejor de la trayectoria de quienes encabezaron su formación, pero no es un organismo cerrado y estático. Su función como partido es la lucha política revolucionaria, para lo cual tienen importancia central la crítica (el programa) y la organización.

En la nueva situación política de México, en la que las posiciones de clase se hacen más claras y el poder del Estado tiene que adoptar definiciones de clase más visibles a los ojos del pueblo trabajador, el socialismo es más necesario. Uno de los mayores problemas es que éste se exprese lo más ampliamente posible y que se extienda la organización de los socialistas.

Por ello, la cuestión del partido se expresa más claramente en sus dos aspectos: el desarrollo del pensamiento socialista en la sociedad, especialmente entre la clase obrera, y la construcción del instrumento de la acción política. Ambos aspectos son inseparables, tanto en la forma de analizarlos como en la práctica. Criticar todo lo establecido sin detenerse ante ningún poder, como decía Marx, es una parte de la actividad revolucionaria si se acompaña con la acción organizada y organizadora, como enseñó el pro-

pio fundador del socialismo científico.

Formar en México un partido socialista de masas no sólo se enfrenta a la debilidad relativa del socialismo, sino también al papel secundario que juegan todos los partidos. Esta forma de organización —el partido— empieza apenas a despuntar, después de grandes dificultades, pero corresponde a la realidad del país, sobre todo a la culminación del largo proceso de aburguesamiento del aparato del Estado y a la conformación más estable de las clases sociales, tanto en el campo como en la ciudad.

La acentuación derechista del gobierno del 10. de diciembre no es en sí misma un obstáculo insalvable para realizar la tarea de expandir el socialismo y construir el partido. Por el contrario, podría convertirse en un factor que promueva la unidad de los militantes de la izquierda y permita la difusión en mayor escala de las ideas socialistas. Así, por ejemplo, la tesis central de la política de los líderes de la CTM, que consiste en que el Estado es de origen revolucionario y por tal motivo se justifica la alianza con éste, tiene hoy mucha menos fuerza que el postulado socialista de que no puede haber Estado por encima o al margen de las clases y que la lucha de los obreros no puede eludir, válidamente, la necesidad de influir con su propia posición de clase en las decisiones del Estado y luchar por conquistar el poder a través de la acción política propia.

También disminuye la influencia de aquellas ideas que defienden al apoliticismo y al apartidismo entre los obreros, y se desprestigia la tesis de que la mejor manera de luchar por el socialismo es no diciendo cuál es el objetivo que se persigue.

En el desafío de la hora actual destaca, por su importancia, la posibilidad de desarrollar nuestro socialismo: las ideas liberadoras de la emancipación del trabajo y el instrumento político revolucionario.

crecer con el tronco recto*

La base de nuestra política de organización tiene que ser el reconocimiento pleno de que el PSUM es un partido de militantes organizados. Esta característica se desprende de la naturaleza del Partido, de su programa revolucionario socialista. Los objetivos por los que lucha el PSUM, la revolución, la emancipación del trabajo, la sociedad socialista y la libertad, no podrán ser jamás fruto de la espontaneidad, sino de la lucha organizada, es decir, consciente. Otros partidos no requieren agrupar militantes organizados debido a que representan variantes de las ideas que dominan en la sociedad.

El partido, como expresión de conciencia de clase, no puede constituirse a través de la espontaneidad. Tiene que ser producto de un proceso consciente, pues no sólo recoge las ideas de la emancipación del trabajo asalariado que surgen en la clase obrera y entre otros trabajadores desposeídos, sino que, como síntesis del desarrollo de la conciencia, debe jugar necesariamente el papel de divulgador del socialismo científico y organizador de la lucha revolucionaria. Por ello decimos que el papel crítico del partido es una de sus funciones principales, y que éste no se puede desarrollar espontáneamente sino a través de la agrupación de los revolucionarios para intervenir en la lucha.

Para construir un partido revolucionario socialista es indispensable la disciplina, entendida ésta no como acatamiento del despotismo o la arbitrariedad, sino como organización jerarquizada y democrática. Nuestra idea del centralismo democrático no debe confundirse con viejas formas de imposición y atropello de derechos, sino como libertad de crítica, unidad de acción, dirección única y ejercicio de derechos y obligaciones.

1. La breve experiencia de los meses de actuación del PSUM nos muestra la necesidad de enfatizar el carácter organizado del Partido. Existen —no hay que negarlo— tendencias a subestimar en la práctica la militancia organizada y el funcionamiento permanente, regular, indefinido y disciplina-

* Intervención inicial en el primer punto del orden del día del VI Pleno Ampliado del Comité Central sobre los problemas de la construcción orgánica del PSUM. Febrero 4 de 1983.

do de los organismos de base y de los comités intermedios. En algunas ocasiones porque se olvida la necesidad de construir el Partido. En otras, porque se confunde el Partido con el movimiento espontáneo y especialmente con los líderes de tales movimientos. No puede concebirse la construcción del PSUM al margen de las luchas espontáneas y del avance de las organizaciones sociales de los trabajadores de la ciudad y del campo, pero muy poco aportará a la lucha revolucionaria la acción de los militantes del Partido en esos movimientos espontáneos y en las organizaciones sociales si se olvida la construcción del PSUM y el funcionamiento regular y realmente organizado de todos los militantes.

Esas tendencias hacia la subestimación del trabajo de construir el Partido no se sustentan en alguna teoría determinada, sino que, por el contrario, surgen de manera totalmente espontánea y hasta cierto punto expresan formas pragmáticas de analizar la lucha revolucionaria. Al mismo tiempo, esta subestimación redundante en el abstencionismo programático y táctico, que no pone ningún interés en la formulación de planteamientos, críticas y formas de acción correspondientes a los principios del Partido y la situación concreta.

Definitivamente no aspiramos a formar un partido en el vacío, al margen de la lucha de los trabajadores. De todas las luchas concretas debe surgir el PSUM y elevar su organización y capacidad dirigente. Para lograrlo es indispensable actuar como militantes organizados, con una misma línea y una dirección única. En ello juega un papel de singular importancia la propaganda propia, la elevación de la capacidad para dirigirse a las masas con sus propios planteamientos, ligando siempre las luchas específicas con la situación regional y nacional.

Cuando nos preguntamos por qué una gran parte del Partido no se preocupa por leer y distribuir nuestro semanario, la respuesta es que no se necesita. Se dice, sin embargo, que el periódico expresa una línea que no comparten quienes se niegan a usarlo. O bien que es de mala calidad como periódico político. Sin embargo, no se expresa la crítica congruente para modificar el contenido del semanario, lo que demuestra que en la realidad está siendo innecesario para no pocos organismos del PSUM porque éstos no conciben su actividad de manera claramente partidaria o no se inscriben en la lucha nacional.

La falta de cotización de los miembros del Partido también expresa las ideas y actitudes desorganizadoras y espontaneístas, que desprecian el trabajo financiero y hacen a un lado el carácter político de la cotización regular, así como de la distribución de las cuotas entre los diversos organismos del Partido.

La actividad de inscribir nuevos miembros al PSUM ha descendido porque muchos de los organismos ya constituidos no tienen capacidad para ampliar las filas del Partido, ya sea porque consideran que ello es secundario o porque no lo necesitan para sus tareas más inmediatas.

Todos estos fenómenos existen, en alguna medida, en el Partido a lo largo del país. En algunos lugares predominan ampliamente, mientras que en otros constituyen lastres que afectan el desarrollo del resto del Partido. Pero siempre reflejan incompreensión de lo que quiere ser el PSUM.

Cierto que el PSUM es un partido nuevo. Pero justamente porque lo es

se requiere que crezca con el tronco bien recto, pues de no ser así después será mucho más difícil enderezar el rumbo.

La política de organización de un partido como el nuestro tiene que tomar muy en cuenta la situación y el funcionamiento de sus órganos de dirección. El proceso de unificación arrancó de unos principios comunes a todos y de un Comité Central que tenía claras características de provisional. Nuestro Primer Congreso representó un avance que nos permitió contar con comités estatales en la mayor parte del país y con la formación de este Comité Central que ha abordado las cuestiones más importantes de la situación política. Sin embargo, estos comités no funcionan en la mayoría de los casos de manera regular y muchas veces no juegan un papel de dirección completa; el trabajo recae principalmente en una parte de los cuadros dirigentes.

No hay duda de que muchos de nuestros problemas de dirección se deben a la relativa escasez de cuadros políticos y teóricos, pero también existen trabas que se derivan de la forma de entender el trabajo de dirección en el PSUM.

2. Hay que partir de que al PSUM le interesa todo lo que socialmente existe, y que los revolucionarios tienen la necesidad de actuar para criticar y transformar la sociedad.

Por ello no debe haber comités que renuncien a tratar de jugar un papel de dirección sistemática y permanente. Asimismo, no debe existir una sola lucha social o política, teórica o cultural, que le sea indiferente al Partido y a sus comités de dirección.

Para construir el Partido sobre la marcha, al calor de las luchas de masas y de la lucha ideológica, se requiere el funcionamiento ágil de los comités de dirección y la elevación de su papel. Para ello se necesita que tales comités discutan sistemáticamente; sin discusión no puede haber partido. Se requiere también una capacidad práctica muy elevada, que permita que tales comités realicen sus muy diversificadas tareas.

Todo esto nos lleva a la necesidad de que una buena parte de los dirigentes de los comités estatales y también de los comités municipales más importantes del país se dediquen a su trabajo de líderes del Partido. Para hacer posible esto, el PSUM necesita capacidad financiera con el propósito de asegurarles un ingreso digno y suficiente. Hay compañeros en el PSUM que consideran que el Partido no debe pagarle a sus cuadros de dirección porque supuestamente se convierten en asalariados con un interés económico. Este enfoque de la cuestión olvida por completo que los puestos de dirección en el Partido son invariablemente de elección, que no existen dirigentes designados. Además, la no profesionalización de los dirigentes nos lleva irremediablemente a que los únicos que pueden entregar todo su tiempo al Partido y a las tareas dirigentes sean aquellos que tienen empleo con mucho tiempo libre, mientras que los trabajadores comunes y corrientes jamás podrán cumplir correctamente sus funciones cuando sean elegidos. En otras palabras, la carencia de una política tendiente a tener muchos dirigentes profesionales dejaría a los comités en manos de los intelectuales y

los pequeños propietarios, pero no necesariamente por sus propios méritos, en cuyo caso no habría problema, sino por su situación económica.

Los diputados federales y locales, así como los regidores del PSUM, son cuadros profesionales. Así deben ser considerados, lo cual no admite la existencia de una situación especial por encima del resto de los dirigentes profesionales del Partido. Creo que el Comité Central debería formular una resolución muy clara y precisa sobre este asunto, a fin de evitar que en cada lugar y en cada momento se asuman posiciones incongruentes y negativas para el Partido en esta materia.

En cuanto al Comité Central, es notorio que su papel de dirección aún es limitado. Nuestro Proyecto de Resolución sostiene la idea de que los miembros de la dirección nacional deben realizar sus funciones de tales no solamente en los plenos, sino de manera permanente. Al mismo tiempo, es necesario darle vida a las áreas que hasta ahora solamente funcionan con profesionales a ellas inscritos, pero no con los restantes miembros del Comité Central.

Cada miembro del Comité Central debe exponer y defender las resoluciones del órgano al que pertenece y jugar un papel en el desarrollo de la línea del Partido.

La Comisión Política no ha superado hasta ahora las formas elementales de las discusiones y resoluciones. Existe —hay que decirlo— poca participación en las reuniones, lo que dificulta la discusión, la toma de acuerdos y la aplicación de los mismos. Es necesario —como lo dice el Proyecto de Resolución— que los miembros de la Comisión Política asuman tareas permanentes y desplieguen su trabajo en toda la organización del Partido en el país.

De manera especial hace falta que la Comisión Política asuma con mayor oportunidad sus deberes de dirección y juegue un papel orientador más permanente. Para ello no solamente es necesaria la decisión de sus integrantes, sino también el adecuado funcionamiento del aparato del Comité Central, especialmente de las áreas y las comisiones, así como el desarrollo de las relaciones con los comités estatales. Y hacen falta, también, recursos económicos que permitan viajar, hacer propaganda, contar con más cuadros profesionales y que todos ellos estén mejor pagados.

Es necesario partir de que la principal actividad partidista de los miembros de la Comisión Política es justamente cumplir con sus obligaciones de miembros de este órgano de dirección.

Junto a lo anterior es necesario que la Comisión Política actúe más como un verdadero órgano colectivo, con una misma línea, que es la del Comité Central y la del Congreso.

El Secretariado del Comité Central ha tenido muchas modificaciones en menos de un año, desde su integración. Estos cambios han sido, ciertamente, necesarios e inevitables. Pero ahora es preciso que este órgano actúe de manera sistemática. Afortunadamente sus funciones están bien definidas en el reglamento, pero hace falta que las cumpla cabalmente y con mayor oportunidad. En esta reunión plenaria del Comité Central habremos de elegir a un miembro del Secretariado, el que corresponde al Área de Análisis y Educación, debido a que el compañero que desempeñó esta tarea no puede continuar en ella por motivos de trabajo. El Comité Central deberá

tomar en cuenta, en esta elección, que los miembros del Secretariado, aunque son elegidos para hacerse cargo de un área, forman parte de un órgano colectivo que tiene tareas muy diversas y que ameritan una actuación armónica y permanente.

3. En los últimos meses se han producido versiones en el sentido de que en el PSUM existe una lucha interna y que ha surgido la división. Estas versiones provienen principalmente de enemigos del Partido, aunque es necesario reconocer que hacen daño a nuestra organización. En el PSUM no hay división, hay discusión, y la habrá en mayor medida que hasta ahora. Nuestro problema consiste, en realidad, en organizar la discusión para evitar caer en polémicas falsas o mal manejadas que afectan muchas veces la imagen del PSUM. Si una mayor discusión nos hace falta, habremos de realizarla con métodos correctos, partidistas. La discusión tiene el propósito de llegar a los mejores acuerdos posibles; cuando se pierde de vista este objetivo, el intercambio de opiniones carece de sentido práctico.

Para desmentir las versiones de que la división amenaza al PSUM, es bueno recordar que en momentos de cambio de la situación política —el primero de septiembre y el primero de diciembre—, el Comité Central definió posiciones muy firmes, como producto de la discusión, y que hoy nadie niega que ésa es su línea. Hace falta, entonces, proyectar esos importantes acuerdos de la dirección nacional, incluidos los que se adopten en este Pleno, a fin de presentar una imagen de congruencia y de firmeza política.

No es exagerado decir que el futuro del PSUM depende en gran medida de su capacidad para conformar una dirección unida y capaz de encabezar el Partido. Ésta es tarea de hoy. Es necesario no solamente unirnos en el discurso, sino en la acción cotidiana. Es preciso no solamente definir posiciones correctas frente a la situación política, sino hacerlas valer, convencer al Partido, divulgarlas entre las masas trabajadoras.

En el Proyecto de Resolución presentado por la Comisión Política se aborda un conjunto de aspectos de la organización del Partido. Esta intervención inicial tiene por objeto únicamente subrayar aquellos que parecen ser los puntos en los que es necesario poner mayor énfasis. Lo importante es que de este VI Pleno, el Comité Central y los secretarios generales de los comités estatales salgamos con acuerdos que impulsaremos y desarrollaremos todos, sin excepción. La tarea de construir el PSUM en la lucha de masas y en el debate ideológico es de enorme trascendencia para México. Necesitamos un partido de clase fuerte, unido, revolucionario, de masas. Nuestro proyecto, iniciado el 6 de noviembre de 1981, está vivo, es el proyecto de hoy, al que debemos dedicar nuestros mejores esfuerzos. Si procedemos así, podremos obtener victorias en esta lucha, a pesar de las grandes dificultades. El PSUM está vivo y actuante. Hagamos posible que éste sea un gran partido.

El PSUM surgió como la expresión viviente de un conjunto de organizaciones de izquierda que decidieron modificar, cambiar, la larga tradición de continuas divisiones que durante muchos años arrastraron los partidos de izquierda en nuestro país. Todos los partidos anteriores al PSUM, sin excepción, sufrieron periódicamente divisiones, escisiones, expulsiones, y este fenómeno hizo muy difícil la formación de un partido socialista de masas, influyente en la vida política de México. Creo que una de las características de la izquierda mexicana es su tendencia persistente hacia la división, que en ocasiones tuvo manifestaciones verdaderamente dramáticas. Todo esto ha hecho un gran daño al desarrollo de la lucha de la izquierda mexicana.

Cuando se planteó la posibilidad de formar el PSUM, se expresó que era necesario poner un hasta aquí a esa larga trayectoria de división, y que había que formar un partido de otro tipo, distinto a los partidos que habían existido hasta entonces. Un partido que surgiera con la divisa de la unidad y que lograra unas bases nuevas, que permitieran romper con esa larga tradición de divisiones en los partidos de la izquierda.

El monolitismo y sus consecuencias**

Una de las causas por las cuales se presentaba este fenómeno con mucha frecuencia es que se querían partidos que tuvieran una línea completamente delimitada; al mismo tiempo, había una tendencia al interior de esos partidos encaminada a que todos sus miembros tuvieran que estar de acuerdo absolutamente con todos los detalles de esa línea y de esa posición ideológica. Los que no estaban de acuerdo se veían imposibilitados a mantenerse dentro de las filas de ese partido y chocaban con la dirección, hacían oposición, tratando de que la mayoría asumiera íntegramente sus planteamientos; así como la mayoría exigía a esos sectores minoritarios que asumieran,

* Discurso en la conferencia estatal de organización de Nayarit. Marzo 20 de 1983. (Versión magnetofónica.)

** Los subtítulos son de la redacción de *Así Es*, donde se publicó por vez primera.

hasta la última coma, las posiciones políticas de la mayoría.

En ese fenómeno de las divisiones también se introdujeron problemas de lucha por el liderazgo, en condiciones en que la crítica era muy difícil de realizar. Los que discutían los acuerdos de los cuerpos de dirección empezaban a ser mal vistos y segregados de la actividad; los que criticaban las resoluciones de la dirección se separaban del partido, actuaban por su lado, producían la división, desconocían a los dirigentes; en suma, aspiraban a tener un partido que coincidiera absoluta y plenamente con sus puntos particulares de vista. Ciertamente que en esta historia de escisiones también hubo traiciones. Pero yo creo que el fenómeno, visto durante décadas, es más la expresión de la intolerancia y de la idea de que el partido tiene que ser absolutamente monolítico. Se negaba que fuera posible tener planteamientos, posiciones, ideas divergentes dentro de un mismo partido.

Cuando surgió el PSUM proclamamos que este partido iba a guiarse por los principios del centralismo democrático, que son: la unidad de acción de todos los miembros del Partido, la existencia de una dirección única, la sujeción de la minoría a la mayoría y la libertad de crítica. Es posible, por lo tanto, de acuerdo con el centralismo democrático, que haya opiniones discrepantes con las opiniones mayoritarias o con las de los cuerpos de dirección, siempre y cuando se asegure que todos los miembros del Partido actúan en un mismo sentido, bajo una misma dirección, para aplicar los acuerdos de la mayoría. Es decir, que en el Partido rige la decisión mayoritaria, hay una dirección única, no hay direcciones paralelas, pero existe el derecho a tener posiciones propias y discrepar en la medida en que eso no rompa la unidad de acción del conjunto del Partido.

Decidimos, así, crear en el PSUM un clima nuevo, relaciones políticas nuevas, asimilando la experiencia de largos años de escisiones y de expulsiones en los partidos de la izquierda. Dijimos, entonces, que las puertas del PSUM estaban abiertas a todos aquellos sinceros partidarios del socialismo que quisieran contribuir con su acción, con su esfuerzo —aunque éste fuera mínimo— a la causa común de la lucha revolucionaria de nuestro país. No para *encarcelarlos*, no para impedir la libre expresión de sus puntos de vista, sino para que éstos se organizaran en un partido, pudieran expresar con libertad sus planteamientos y actuar de manera organizada en un mismo sentido y bajo una misma dirección política.

Como parte del pacto de unidad que hizo posible al PSUM, establecimos unos documentos básicos que son la Declaración de Principios, el Programa de Acción y los Estatutos del PSUM. Estos documentos fueron aprobados por nuestro Primer Congreso, realizado en el mes de marzo del año pasado, y son la expresión de una serie de coincidencias. Expresaron, también, otro hecho real: que entre nosotros había algunas diferencias, y que éstas pueden existir en el interior de un mismo partido sin que éste se divida y sin que haya expulsiones.

Porque había diferencias hace un año, cuando hicimos el Primer Congreso, y porque hay diferencias hoy día —y seguramente las habrá en el futuro— tenemos que resolver dos cuestiones: primero, impedir que esas diferencias se conviertan en elementos que nos lleven otra vez a aquellas viejas escisiones y a aquellas viejas expulsiones; segundo, que esas diferencias se puedan ir abordando, poco a poco, en el camino de la lucha, de manera

fraternal, como compañeros, a través de la discusión, de los argumentos, de la exposición de ideas. Esto es algo que caracteriza a este partido y que debe seguir caracterizándolo.

Un camino nuevo y promisorio

Yo creo que debemos enorgullecernos de que los partidos que fundaron el PSUM y los dirigentes de esos partidos se dieron cuenta de que era necesario formar un nuevo partido, distinto de los anteriores; un partido de verdad revolucionario, socialista y de masas, que tuviera una gran fuerza política en nuestro país y que fuera capaz de plantearse seriamente un camino hacia la revolución socialista, que es el objetivo de este partido.

Nosotros afirmamos en nuestra Declaración de Principios que este partido se guía por una teoría, que esta teoría es la fundada por Marx y Engels y desarrollada por Lenin y otros revolucionarios importantes. Ése es el amplio campo que une, puede unir y seguir uniendo a los revolucionarios agrupados en el PSUM. Es también el marco en el cual podemos seguir discutiendo ideas viejas e ideas nuevas, que surgen de manera natural en este amplio campo de la teoría del socialismo científico, rompiendo la vieja idea de que en un partido todos tienen que coincidir absolutamente en todos los aspectos de la teoría y de la política, porque de lo contrario surge la división.

Esa extraordinaria visión que tuvieron los partidos que formaron el PSUM y los dirigentes de esos partidos, que jugaron un papel muy activo, definitivo, en el surgimiento del PSUM, es, ni más ni menos, la conciencia de que hay que hacer un gran partido socialista en México y acabar con la vieja tradición de las escisiones y las expulsiones en la izquierda. Así, tenemos a un PSUM que es el partido más fuerte de la izquierda, el partido que se está desarrollando en nuestro país, el partido que está ofreciéndole al pueblo mexicano un camino verdaderamente nuevo y verdaderamente promotor.

De esos dirigentes, personalmente creo que hubo algunos que jugaron un papel decisivo en la formación del PSUM. De manera más destacada ellos intervinieron en la formación del PSUM, se decidieron a dar el paso y a convencer a muchos que no estaban convencidos de la necesidad de darlo, y desplegaron una gran actividad unitaria tendiente a la formación del Partido. Yo creo que no me equivoco si afirmo que estos compañeros son Alejandro Gascón y Arnoldo Martínez Verdugo.

En el surgimiento del PSUM hay no sólo un espíritu unitario, sino la convicción de que todos los días debe trabajarse por la unidad, utilizando métodos de discusión y de acción política propios de un partido unido. Ahora hay quienes critican a la dirección del Partido tildándola de conciliadora, de que toma decisiones sin despreciar la opinión de nuestros compañeros, de que se cuida de no atropellar la opinión de nadie, de que mide muy bien las consecuencias de sus actos para no provocar situaciones difíciles en el Partido, para no excluir las ideas de los compañeros, y busca, en sus documentos y en sus pronunciamientos, el mayor consenso posible entre los inte-

grantes de la dirección, entre los cuadros principales del Partido. Se nos critica, entonces, por algo que es un mérito, que es un avance, que es una característica positiva de este partido: poner por delante el interés de la unidad del Partido, justamente para acabar con la larga tradición de división de la izquierda mexicana.

Ser exigentes con nosotros mismos

Esos compañeros que exigen que en los órganos de dirección se deslinden más las posiciones y las ideas que surgen de manera natural en un partido como el nuestro, que se incluyan de manera categórica determinadas ideas y proposiciones, están invitando a la división; no se han podido desentender, no han podido superar esa vieja tradición divisionista de la izquierda mexicana.

Ocurre lo mismo con aquellos compañeros que plantean que el PSUM debe tomar decisiones ideológicas muy precisas, de tal manera que éstas sean justo las que estos compañeros pudieran hacer a título personal. Yo creo que los que tienen esa aspiración tampoco han superado las viejas concepciones de formar un partido donde no tiene cabida la discusión porque todos están absolutamente de acuerdo y repiten exactamente lo mismo. Yo creo que el PPS es un partido así, en el que no hay posibilidad de discutir, de criticar, de presentar otra idea sobre el tema que fuera, porque todo está resuelto, todo está establecido en unos documentos, hasta el detalle, y todo aquello que se salga de allí no tiene cabida. Y dicho partido, en parte por eso, y en parte porque es oportunista, cada día es más pequeño y cada día seguirá siéndolo más.

Nosotros no podemos ser un partido ni en lo más mínimo parecido a ese tipo de partidos en donde se ha formado una especie de oligarquía dirigente, que excluye cualquier planteamiento crítico, lo rechaza de plano. Nosotros debemos vigilar muy bien que en nuestras filas no haya —como no los hay ahora— puestos vitalicios, grupos dirigentes que duren el tiempo que viven y que no se van del cargo más que cuando se mueren.

Este partido es lo suficientemente ancho para desarrollar una democracia interna y hacer de la elección de los dirigentes una actividad democrática, no una actividad ritual. Renovar y continuar, eso es lo que tiene que hacer un partido para, efectivamente, ser cada día más fuerte.

Hay un grupo de compañeros en el estado de Durango que ha cometido el error de abandonar su partido, sin tener ningún otro partido. Debemos preocuparnos por esas cosas, sobre todo porque hemos nacido con la divisa de la unidad y tenemos que desarrollarnos con esa misma divisa, siendo consecuentes, porque nosotros, los socialistas de este país, sabemos mejor que muchos otros el valor de la unidad; porque es de lo que hemos carecido durante muchos años, y tenemos que cuidarla y desarrollarla en los marcos de un socialismo vigoroso.

Se dice, por ejemplo, que hay dentro de nuestro partido militantes y dirigentes que han abandonado o que no aceptan las concepciones elaboradas por Lenin. Yo creo que puede haber en el partido gente así, y vamos a dis-

cutir lo que sea, pero yo creo que ése no es un fenómeno importante en el PSUM, desde el punto de vista numérico.

Se dice que en el PSUM hay muchos dirigentes y militantes que son enemigos de los países socialistas, o que por lo menos así expresan sus críticas y sus planteamientos. Yo creo que esto no existe en nuestro partido.

Nosotros tenemos que saber valorar (y me parece que eso predomina ampliamente en el PSUM) que luchamos por una revolución socialista en nuestro país, que va a ser una auténtica y verdadera expresión del pueblo trabajador mexicano y de la solidaridad internacional. Es decir, que los objetivos por los que lucha nuestro partido serán creación, obra del pueblo de México.

Nunca una revolución se ha repetido

Nosotros sabemos que los países socialistas, que juegan un determinado papel y que han hecho transformaciones profundas en la sociedad, han resuelto por primera vez en la historia, de manera radical, grandes problemas que el capitalismo no ha podido ni podrá resolver. Tenemos que apreciar nosotros la diferencia entre las sociedades de los países socialistas y las que existen en los países capitalistas como México; apreciar cómo se han resuelto esos grandes problemas: la cuestión de la salud, que es para todos y es gratuita; la educación, a la que tienen acceso todos los niños y todos los jóvenes, y a la educación superior tienen acceso todos los jóvenes, no en función de sus recursos económicos, o de los recursos de sus padres, sino de su propia capacidad. ¿Cómo podemos dejar de apreciar —ya no digamos en la Unión Soviética, que es una sociedad altamente industrializada, sino en los países como Cuba, que es un país más atrasado que México desde el punto de vista industrial— cómo se han resuelto esos grandes problemas?

Compañeros, la miseria que existe en México, un país con 10 millones de desnutridos, donde hay todavía millones de analfabetos, de desempleados, de subocupados, no se puede comparar con un país como Cuba, muchísimo más atrasado desde el punto de vista del desarrollo industrial, con menos recursos naturales que nuestro país, en donde no se produce petróleo, donde el desarrollo de la industria metalúrgica es verdaderamente incipiente y elemental —porque allí lo único que se produjo durante todos los años de la dominación yanqui fue azúcar, tabaco y café, y no había ningún desarrollo industrial— y no tiene además riquezas naturales, pero es un país en donde no hay analfabetos, la salud es para todos, lo mismo que la educación, y no hay miseria.

La miseria que nosotros conocemos en nuestro país no existe en un país socialista como Cuba. ¿Cómo puede un partido como el nuestro desentenderse de ese hecho? No es posible. Esa sociedad, surgida sobre la base de la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, de la igualdad económica de los integrantes de la sociedad, es decir, de la emancipación del trabajo, de la abolición de la explotación capitalista, es por sí misma muy superior a cualquier régimen que se pueda dar en un país capitalista.

En esto no hay duda alguna. Yo creo que el problema no está situado

allí, sino en otro lado. Es que las revoluciones en esos países han sido producto de la propia historia de esos pueblos revolucionarios y han sido producto, también en buena medida, de las coyunturas internacionales que se han dado alrededor de esas revoluciones. La revolución por la cual nosotros luchamos será producto de esta sociedad y de otras coyunturas internacionales; por eso tenemos que decidir por nosotros mismos el camino, el programa, las condiciones de nuestra lucha revolucionaria; de lo contrario, no es posible darla, es completamente imposible tratar de copiar lo que han hecho otros en momentos distintos de la historia; nadie lo ha logrado.

Este es un país donde hubo reforma agraria —que la mediatizaron, ciertamente, y también que ahora la han abandonado por completo, pero hubo y surgió el sistema ejidal—; es un país de importante desarrollo industrial, con una clase obrera industrial muy numerosa dirigida por líderes traidores, charros, oficialistas; todo lo cual genera características propias de la lucha revolucionaria. Y esto nos debe llevar a tener una opinión particular de todo, es decir, a tener nuestros propios aciertos y errores. Los aciertos deben ser nuestros y los errores también, porque de otra forma no los podremos superar jamás.

Yo creo que nosotros nos debemos sentir parte de un ejército internacional de luchadores por el socialismo, y eso nos da gran ventaja frente a cualquier otro partido, porque no estamos solos en el mundo, porque sabemos que tenemos amigos fuera de las fronteras de nuestro país, que luchan por los objetivos de liberación de los hombres, abolición del capitalismo, de la explotación, de la miseria. Son compañeros nuestros y con ellos también podemos tener diferencias en algunos aspectos, pero son nuestros compañeros de lucha; hay que verlos así, de lo contrario no hay internacionalismo posible, no puede haber una relación fraternal, verdadera, de solidaridad auténtica; no hay que verlos, entonces, como potencias, sino como compañeros de la misma lucha, entre los que hay también diferencias que se tienen que ir resolviendo en el transcurso del tiempo.

En el PSUM no hay quien diga que nuestro partido es una expresión de algún otro partido extranjero. Este es un partido de hombres que luchan en este país en muy difíciles condiciones, y de auténticos y verdaderos revolucionarios.

Creo que no debemos sentir temor —lo digo con toda convicción— de que en nuestro partido se desarrollen tendencias contrarias a los países socialistas o que alcahueten la política del imperialismo de los Estados Unidos. No surgirán esas tendencias en el PSUM. Tenemos que hacer de este partido un verdadero, un auténtico partido, en el que, como decía yo hace un momento, sus aciertos sean suyos y sus errores también sean suyos, asumiendo toda la responsabilidad, sin complejos de inferioridad y tampoco sin sobrestimarnos.

El organismo de base

La otra cuestión que quiero tocar es la de la construcción del Partido. Nosotros tenemos que ser muy claros en algunas cuestiones fundamentales: nuestros Estatutos dicen que los militantes del Partido deben estar en un

organismo de base. Todos aceptamos eso y nadie lo impugna hasta ahora. Pero eso no basta. Sabemos que es difícil hacer organismos de base; ustedes lo están viviendo en estos momentos. Pero habría que preguntarse: ¿qué es un organismo de base? Es, en primer lugar, una organización de partido, es decir, el partido es un conjunto de organizaciones que deben existir en todas partes: en las colonias, en los ejidos, en los pueblos, en los centros de trabajo, en las escuelas. Un organismo de base es una organización del partido que debe tener su propia estructura y por lo tanto su propia vida política; debe funcionar como tal, como organización, y para eso se necesita que la gente que la integre se vincule políticamente y realice una actividad política en nombre del partido. Esto quiere decir que esta organización será mejor en la medida en que resuelva sus innumerables problemas de carácter práctico, tenga su propia capacidad de hacer propaganda, se reúna para estudiar (porque un revolucionario siempre tiene que estudiar, independientemente de la edad que tenga); tiene que resolver los innumerables problemas de carácter concreto que surgen de cualquier organización, sus finanzas, su propaganda, el estudio, la actividad política, la discusión de los problemas internos del partido, asumir actitudes, hacer críticas a los dirigentes, hacer balance de cómo se ha realizado el trabajo; por lo tanto, tiene que reunirse periódicamente, tiene que organizar sus discusiones. Si no hay todo eso, no hay una organización; puede ser una lista de compañeros que se vinculan y trabajan cuando es necesario hacerlo, nada más; cuando alguna tarea reclama la presencia de los compañeros, o cuando hay una campaña electoral.

Una organización no sólo debe existir para cuestiones de tipo eventual, tiene que ser una organización permanente; debe elegir a sus propios dirigentes. A su vez, esos dirigentes tienen que rendir cuentas a la organización, y todos los miembros del organismo tienen que cumplir sus tareas, no solamente cuando están reunidos, sino principalmente cuando no lo están, porque tampoco podemos tener nosotros organizaciones que sólo existan cuando están reunidas, sino que actúen en el centro de trabajo, en el pueblo, en el ejido, en la colonia, en donde trabaja el organismo de base.

De la precisión de las tareas y de la manera en que se encaran depende que los organismos sean una verdadera y auténtica organización del Partido. Tenemos que dar una lucha en favor de esa forma de organización que no tiene ningún otro partido. ¿Por qué nosotros necesitamos tenerla? Porque aspiramos al poder. Otros partidos no. Por ejemplo, Acción Nacional no quiere transformar la sociedad; ese partido aspira a tener cada vez mayor influencia política, pero está de acuerdo con el sistema en lo fundamental; no desea transformar la sociedad, no necesita en absoluto una fuerza, un ejército de militantes revolucionarios. Nosotros sí lo necesitamos: un ejército de militantes revolucionarios que esté en todos lados, en todas partes, y se vincule en la vida de la sociedad mexicana, a la producción industrial, la educación, la producción del campo, la vivienda, la colonia, etcétera. Allí tiene que existir el partido revolucionario, tiene que ganar ese terreno para la lucha revolucionaria y organizar con gran sentido práctico a las masas trabajadoras en una lucha por transformarlo todo, que es la lucha más difícil que pueda haber. Por eso necesitamos una organización concebida para el funcionamiento revolucionario. La forma de organización re-

fleja todo un contenido y nos tiene que diferenciar de todos los demás partidos.

Cumplir con las obligaciones mínimas

Nosotros tenemos que ser un ejemplo de organización y también de disciplina. Yo he dicho que en este partido hay libertad de opinión, pero no formamos un club de discusión ni queremos serlo. En un partido revolucionario debe haber mucha discusión en la medida en que haya mucha acción. La disciplina es una cuestión fundamental y se basa en que cada quien cumpla con su obligación, y el que no cumple debe ser criticado, debe señalársele a pesar de que sea nuestro amigo, nuestro hermano. Debemos criticar, sobre todo, a los dirigentes cuando no cumplen o cumplen mal, porque los dirigentes tienen más responsabilidad. En el Partido debemos aceptar a cualquier luchador sincero; no vamos a hacerle examen de admisión y cada quien debe dar al Partido lo que puede según sus condiciones personales; hay quienes tienen muchos hijos, hay quienes tienen más horas de trabajo; existen situaciones personales diversas. Cada quien da al Partido según su situación, su condición personal, pero tiene que cumplir con sus obligaciones, empezando por las obligaciones elementales. ¿Cuáles son éstas?

La primera obligación es pagar la cuota, porque un partido revolucionario debe contar con sus propios medios materiales; ésa es una característica de un partido revolucionario, de un partido que lo quiere cambiar todo. Otra elemental obligación es leer y distribuir la prensa del Partido. Hay obstáculos, lo sé, pero es necesario resolver esos problemas. Si el periódico no nos satisface, critiquémoslo abiertamente, pues ésa es la única forma de hacer un periódico que satisfaga al Partido. Es un gran esfuerzo hacer este periódico, pero el Partido, la base del Partido, no está respondiendo a ese esfuerzo. Una obligación más general es cumplir los acuerdos del organismo al que pertenecemos. Respetar la decisión de la mayoría es indispensable como forma de convivencia dentro del Partido.

Ser disciplinado no es cosa del otro mundo, es muy sencillo, es simplemente estar consciente de que para aportar a la lucha revolucionaria tenemos que cumplir por lo menos con las obligaciones mínimas.

Es necesario también atender la cuestión de la formación de los cuadros. ¿Cómo se forma un cuadro? Sin duda en la lucha. Allí es donde se forman los cuadros. No vamos a pensar que se forman en otro lado. Pero éstos tienen que estudiar. No hay cuadro revolucionario que no estudie las cuestiones de la teoría, las cuestiones de la táctica política, indispensables para la lucha revolucionaria. Sobre esas dos bases fundamentales debemos hacer nuestra política de formación de cuadros, y para eso hemos abierto una pequeña escuela, y tenemos que hacer un sistema en el cual en los organismos de base se estudie; estamos empezando a elaborar el material necesario para que todos los miembros del Partido puedan estudiar en sus organismos de base; fundamentalmente, los documentos básicos: la Declaración de Principios, el Programa de Acción, los Estatutos y los documentos sobre táctica.

Estoy seguro de que esta conferencia podrá hacer aportes a la solución de los problemas de organización de nuestro partido.

méxico no está en venta*

La crisis económica de México es el rasgo distintivo del momento. Esta crisis tiene solución si se aplica una política popular, democrática y nacional. Como ustedes están informados, este año conoceremos en México por vez primera una tasa negativa en el crecimiento del producto interno bruto, más de un millón de mexicanos han perdido su empleo en los últimos ocho meses, la inmensa mayoría de los trabajadores y de los campesinos han reducido sus ingresos reales, la inflación se encuentra sin control y alcanza una magnitud muy grande, el gasto público está disminuyendo en términos reales y tenemos una fabulosa deuda externa que rebasa los ochenta mil millones de dólares.

No obstante la profundidad de esta crisis, lograremos salir adelante si somos capaces de decidir en forma independiente nuestros propios asuntos y el pueblo trabajador logra imponer una nueva política económica que dé un verdadero impulso a la actividad económica sobre la base de fortalecer la capacidad de consumo y el nivel de vida de la mayoría de los mexicanos, que son los trabajadores de la ciudad y el campo.

Sabemos de sobra que esta crisis tiene causas profundas en la forma en que se ha producido el desarrollo económico en nuestro país, especialmente en la desigualdad, que ha hecho posible la formación de un polo de enorme opulencia frente a una miseria verdaderamente extendida. Sin embargo, la crisis económica de México también tiene causas externas. Durante muchas décadas nuestro país se ha visto agredido por los países capitalistas desarrollados a través de los mecanismos comerciales, financieros y tecnológicos. Los bancos extranjeros nos han prestado menos de lo que han logrado sustraer al país las diversas empresas que tienen de una u otra forma relaciones económicas con México. Esta sustracción de la riqueza nacional se ha llevado a cabo a través de los intereses bancarios, las ganancias, las regalías, la desigualdad comercial, las exportaciones de capital y otros muchos mecanismos. Actualmente, la exportación de nuestro petróleo solamente sirve para enfrentar el servicio de la deuda exterior, pues los intereses son exageradamente elevados.

* Intervención ante un grupo de altos directivos de empresas transnacionales y redactores de la revista *Time*. México, abril 16 de 1983.

Ante la crisis económica de México, nuevamente escuchamos voces que proponen la integración de nuestro país a la economía norteamericana. Este es un viejo sueño de los representantes de grupos que ignoran por completo nuestras realidades. Tenemos una historia distinta, unas economías desiguales, muchos rasgos culturales de origen diverso y otras muchas diferencias. En la historia de nuestra vecindad, los Estados Unidos han agredido a México en muchas ocasiones en los siglos XIX y XX. La integración económica de ambos países solamente agrandaría las diferencias históricas que han existido entre las dos naciones.

En ambos lados de nuestra larga frontera común hay ahora empresarios y políticos que piensan que México podría salir adelante en la actual crisis con la ayuda de grandes inversiones extranjeras. Esta tesis es profundamente falsa y, en el fondo, supone que en nuestro país existe una situación similar a la de Europa en la postguerra o a la de los países asiáticos ocupados por los Estados Unidos después de la derrota del militarismo japonés. Conviene, por ello, recordar que México no es un país devastado ni bajo ocupación militar.

Desde el punto de vista de sus relaciones con el exterior, lo que nuestro país requiere es sumar sus esfuerzos con otros países para lograr negociaciones globales con los Estados Unidos y los países capitalistas desarrollados de Europa y Asia. Estas negociaciones deben abarcar el orden comercial mundial, especialmente la necesidad de aumentar los precios de los productos primarios, el sistema financiero internacional, cuya crisis afecta gravemente a los países atrasados, el uso y la transferencia de la tecnología, los flujos internacionales de capital y otras cuestiones de gran actualidad mundial.

La solución de la crisis económica de México radica, en buena medida, en la aplicación de una política verdaderamente nacional, es decir, en la defensa de los intereses de México que están siendo vulnerados y afectados desde el exterior. Yo estoy convencido de que nuestro país no está en condiciones de pagar la deuda exterior, ni siquiera con una negociación parcial de los plazos. Para que México pueda hacer frente a su deuda son necesarias varias condiciones: la reducción de las tasas de interés, la repatriación de los capitales que fueron exportados masivamente en los últimos años, el aumento de los precios de los productos primarios de exportación, el aumento de las exportaciones de productos manufacturados, la ampliación de los plazos de pago y el control completo de las transacciones de capital con el exterior.

De manera particular es necesario revisar las relaciones entre México y los Estados Unidos. Nuestro país ha luchado siempre por conquistar relaciones de respeto con su vecino del norte. Esta vecindad es, simplemente, inevitable, y los mexicanos no somos partidarios de emprender agresiones o servir de medio para atacar a los Estados Unidos. Sin embargo, la actual administración del presidente Ronald Reagan pretende utilizar la crisis económica de México para obtener ventajas políticas, comerciales y financieras. El problema de los indocumentados está haciendo crisis y no se ven intenciones claras del gobierno de Washington para abordar correctamente este problema. Si bien es cierto que los trabajadores mexicanos no llevan dólares a los Estados Unidos, llevan, en cambio, su fuerza de trabajo, que

ha contribuido durante muchas décadas a incrementar la riqueza norteamericana; sin embargo, son tratados como delincuentes y ahora se pretende deportarlos masivamente. Este problema es producto de nuestra vecindad y de las diferencias económicas entre los dos países. Verlo de otra manera es perder de vista la realidad. Por otro lado, el gobierno de los Estados Unidos está imponiendo restricciones comerciales a diversos productos mexicanos, lo que constituye una verdadera presión sobre México. Hay que recordar que también las guerras comerciales deterioran a los países y que los mexicanos también sabemos tomar medidas en respuesta a las agresiones del exterior.

Para muchos observadores de la situación internacional, el gobierno del presidente Reagan pretende obligar a México a modificar su posición diplomática en los actuales conflictos centroamericanos. Ante este problema, existe en México un amplio consenso en el sentido de impedir la intervención del gobierno de los Estados Unidos en América Central. Con diversos matices, las fuerzas políticas más responsables del país coinciden en que México tiene la obligación histórica de sumar su esfuerzo para que se garantice el derecho de autodeterminación de los pueblos centroamericanos. Ello se debe a viejas tradiciones que siguen presentes en la conciencia del pueblo mexicano.

Si los Estados Unidos logran imponerse en América Central amenazarían gravemente a México. Si los Estados Unidos logran provocar una guerra entre Nicaragua y Honduras con el propósito de deponer al gobierno sandinista o si intervienen con su ejército y de manera masiva en El Salvador para ayudar a la dictadura militar de ese país, muchos mexicanos no vacilarían en marchar a Centroamérica, a luchar contra el intervencionismo norteamericano, como si se tratara de su propio país. El camino de las negociaciones políticas es el único que puede evitar que los Estados Unidos sufran una nueva vergonzosa derrota y que se siga derramando sangre de los pueblos centroamericanos.

Cuando el gobierno de Washington declara que América Central es una zona fronteriza con los Estados Unidos y que, por lo tanto, el gobierno norteamericano tiene derecho a intervenir en todos los planos, no solamente agrede a aquellos países, sino principalmente amenaza a México, que sí tiene una enorme frontera con los Estados Unidos, pero México no puede aceptar verse convertido en parte de una supuesta zona de seguridad o en traspatio del gobierno de Washington. Cuando el subsecretario Anders declara en el Congreso de su país que Nicaragua amenaza los intereses de los Estados Unidos en México y en Panamá, ofende gravemente a los pueblos de estos países. Este lenguaje ominoso, característico de la administración del presidente Ronald Reagan, y, sobre todo, sus actividades agresivas, en especial el patrocinio de los delincuentes que han invadido desde Honduras el territorio de Nicaragua y el envío de *asesores* militares y armamento en gran escala a El Salvador, no pueden carecer de respuestas enérgicas de los pueblos de América Latina. Yo no creo que la juventud norteamericana —que tiene la experiencia dolorosa de la guerra de Vietnam— esté dispuesta a derramar su sangre para defender intereses espurios.

Estimo que las presiones económicas y diplomáticas no podrán modificar la posición de la mayoría del pueblo mexicano, que se opone a la inter-

vención de los Estados Unidos y favorece la autodeterminación de los pueblos. En ello va nuestra propia historia. Si los Estados Unidos persisten en su injerencia inaceptable en nuestros asuntos internos y en su política agresiva solamente cosecharán —como ha ocurrido ya en la historia— la resistencia heroica de nuestros pueblos.

ganar a la mayoría*

Hace cien años, Engels decía que Marx era, ante todo, un revolucionario, y que la lucha era su elemento. Decía también que Marx infundió al proletariado, por vez primera, la conciencia de las condiciones de su emancipación: tal era la verdadera misión de su vida. En efecto, Marx elaboró el postulado teórico de que la abolición de la propiedad burguesa podría alcanzarse mediante la instauración del poder del proletariado, clase que al emanciparse hace posible la emancipación de toda la sociedad. A cien años de su muerte, ¿es todavía válida esta tesis central de Marx?

Veamos algunas experiencias emancipadoras de nuestro continente. Sin duda, la revolución más radical en la historia de América ha sido la revolución cubana. Su triunfo como revolución radical —para usar ese término de Marx— sólo fue posible mediante la instauración de un nuevo poder y la destrucción de la máquina estatal hasta entonces existente. Desde México pudimos seguir esa gran revolución, la destrucción del ejército de la dictadura, del poder ejecutivo depositado en una sola persona y ejercido de manera despótica, de la vinculación del Estado cubano con el imperialismo, de todas las otras instituciones levantadas para asegurar la opresión del pueblo trabajador. Todo esto se vino abajo ante la acción de los trabajadores cubanos, que al mismo tiempo, y con todo el poder en sus manos, lograron impedir el éxito de la agresión del imperialismo de los Estados Unidos.

Por otro lado, la más dolorosa experiencia de la clase obrera revolucionaria de América Latina ha sido la chilena. Antes de que el proletariado revolucionario tomara todo el poder en sus manos y conquistara para esa empresa la mayoría indiscutible de la nación, fue brutalmente reprimido y masacrado, utilizando para ello una parte de las viejas instituciones de la máquina estatal burguesa.

No son éstas —qué duda cabe— las únicas experiencias revolucionarias de la clase obrera y del pueblo trabajador latinoamericano de los últimos cincuenta años. Son, sin embargo, contrastantes en sus resultados, pues en ambos casos se presentó la oportunidad de llevar a cabo una revolución ra-

* Discurso en la sesión pública del Comité Central con motivo de la conmemoración del centenario de la muerte de Carlos Marx y la celebración del 165 aniversario de su nacimiento. Mayo 5 de 1983.

dical, emancipadora y liberadora.

Estas dos experiencias nos señalan la validez del postulado de Marx de que la emancipación del proletariado y de toda la sociedad, la abolición de la propiedad burguesa, puede conseguirse a condición de que se instaure un poder revolucionario sobre la base de la destrucción de la máquina estatal de la dominación anterior, de la dominación burguesa.

De la experiencia de la lucha revolucionaria de la clase obrera y de los grandes descubrimientos científicos que él realizó, Marx postuló que la emancipación requiere convertir la conciencia de clase en una fuerza material. La elevación de la clase obrera a clase nacional —como señalaba Marx— quiere decir que el proletariado se convierta en clase dirigente de la mayoría de la nación y en representante de ésta, antes y durante la revolución. El papel liberador de la clase obrera no sólo implica la conciencia de sí misma, sino la conquista de la nación. “Sólo en nombre de los derechos generales de la sociedad —decía Marx— puede reclamar una clase específica para sí el poder general.” Este formidable descubrimiento fue asimilado en forma genial por Lenin, el dirigente principal de la primera revolución socialista victoriosa, quien encabezó una lucha de quince años justamente por lograr la hegemonía de la clase obrera en la revolución rusa, ya madura desde principios de este siglo. Para Lenin, la viabilidad del socialismo demandaba ganar a la mayoría, y ello sólo era posible a través de un proceso de lucha por desarrollar la conciencia proletaria y, al mismo tiempo, la conciencia del papel liberador general del proletariado.

De esto se deriva, igualmente, la posición de nuestro partido de considerar la lucha por la democracia como “un componente fundamental de la acción política de los obreros” y como “el eslabón más importante que une las acciones obreras y populares con las tareas directamente socialistas”.

La abolición de la propiedad burguesa, a través de la revolución, no se ha conquistado hasta ahora sin el desarrollo de ese doble proceso en el que la clase obrera logra su conciencia y alcanza su hegemonía nacional. Esta lucha sigue teniendo validez plena en el mundo actual.

Mas todo ello —visto como problema práctico— reclama la utilización de diversas formas de lucha. Nada más ajeno a Marx —y en la misma dimensión, a Lenin— que la visión parcial de la lucha revolucionaria. Para el fundador del socialismo científico jamás fueron válidas las recetas simplistas. La vía de cada país al socialismo es siempre original, y nunca podrá reducirse a la utilización exclusiva de una de las formas de lucha. Éstas no son producto de las decisiones de los dirigentes, sino fenómenos de la realidad. No se ha producido hasta ahora una sola revolución socialista que no haya utilizado diversas formas de lucha, y la experiencia ha demostrado que aquellas que no surgen de las necesidades verdaderas y conscientes de las masas solamente generan frustración y retrasos en la acción revolucionaria.

No es, pues, la defensa unilateral, a ultranza, de una u otra forma de lucha lo que caracteriza al postulado de Marx de la necesidad de forjar una nueva y superior hegemonía social y destruir la máquina estatal de la dominación burguesa, como requisito para alcanzar la emancipación de la clase obrera y de la sociedad. El camino en el que se forja la nueva hegemonía no puede prescindir de las características nacionales de cada país, pues re-

cordemos que la idea de Marx sobre la forma nacional de la lucha por el socialismo se ha confirmado una y otra vez, en todas las revoluciones socialistas y en todas las luchas de la clase obrera y del resto del pueblo trabajador. Todo ello es un proceso internacional, que no puede tener vigencia haciendo abstracción de las naciones históricamente formadas.

La lucha guerrillera y la guerra civil en América Central no han sido inventadas por tal o cual dirigente político. Han surgido como necesidades prácticas de las masas y nunca se han presentado solas, sin combinarse con otras formas de lucha. En El Salvador, donde se lleva a cabo la guerra civil más cruenta y profunda que se haya producido en América Latina en por lo menos los últimos cincuenta años, ésta se presenta como forma predominante, no exclusiva. Tampoco ha sido un invento, y ni siquiera una previsión de nadie, sino auténtico producto de la realidad, del curso real de la lucha de clases.

No es, pues, la teoría de Marx un catálogo de recetas para adivinar el futuro, sino una concepción revolucionaria, que extrae de la historia las regularidades del cambio social; es, ante todo, una teoría liberadora estrechamente ligada a la realidad, de la que hay que partir, obligatoriamente, para encarar la lucha revolucionaria.

El PSUM reivindica plenamente la tesis marxista de la toma del poder político por la clase obrera y la desaparición de la máquina estatal de la dominación burguesa, es decir, sustenta la idea de que es necesaria la revolución socialista no sólo —como decían Marx y Engels— “porque la *clase dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la *clase que derriba* salir del cieno en que está hundida y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases”.

Tal planteamiento fue una de las bases de la unificación de varios partidos y del surgimiento del PSUM. El objetivo de la revolución socialista se encuentra, en nuestra concepción, estrechamente ligado a la conformación de una nueva hegemonía social, la hegemonía de la clase obrera. Esta posición programática que sostiene el PSUM está de acuerdo con aquella tesis marxista, la hace suya y la expresa en las condiciones peculiares de México.

Esta posición revolucionaria se deslinda, por completo, de aquellos planteamientos que, supuestamente apoyados en la teoría de Marx, niegan la necesidad y la posibilidad de la nueva revolución y postulan un camino socialista a través del desarrollo de la revolución de principios de siglo. Pero esta posición ajena al marxismo no es —esó está claro— la predominante entre la clase obrera. En México predomina una concepción reformista que sostiene la posibilidad de alcanzar la *justicia social* a través de la continuación indefinida de las actuales formas de la dominación social y con base en la acción del Estado.

Las ideas dominantes —decía Marx— son siempre las ideas de la clase dominante. En nuestro país, lo dominante es el reformismo, concepción burguesa en la que el futuro de justicia se presenta como inspiración estatal y la dominación de clase se envuelve en unos complicados mecanismos de intermediación en los cuales no aparece la burguesía sino como sector que presiona y no como clase que domina. El Estado, expresión de la dominación de clase, se presenta como la dominación misma. Las ideas dominan-

tes son vistas, así, como las generadas por el Estado por encima de las clases; y como la necesidad de la existencia del Estado parece estar demostrada por la vida social misma, no puede haber —se sostiene— acción reivindicativa y *justicia social* al margen, por encima o en contra del Estado. Se acepta así que el Estado es un *poder superior y necesidad externa* de la sociedad a la que ésta se halla subordinada, por una parte, mientras que, por la otra, el Estado coincide con el interés individual.

El reformismo mexicano tiene claras diferencias con sus similares en América Latina. El Estado mexicano ha logrado presentarse como el continuador de las grandes luchas revolucionarias del pueblo. Reconoce lo mismo a Madero que a Carranza, a Calles, a Zapata y a Villa e, incluso, a Flores Magón, con sus programas tan diversos y contrapuestos. Logró, en los momentos de su nueva fundación, hacer una constitución que ha sido no solamente la base del orden jurídico, sino un programa social para dosificar las reformas y encauzar las reivindicaciones populares. Así, por ejemplo, la Constitución dio base jurídica a la lucha por la tierra, pero el reparto agrario duró más de cincuenta años y se encuentra aún inconcluso; estableció derechos fundamentales para la clase obrera, pero no los reconoció de inmediato, sino los concibió como objetivos de la acción del Estado con el apoyo del proletariado. El Estado mexicano ha sido fundador de grandes agrupaciones empresariales y al mismo tiempo bajo su acción paternal se formaron algunas centrales obreras; las agrupaciones de la burguesía están, en su mayoría, reglamentadas e incluso intervenidas por el Estado; los sindicatos deben ser reconocidos por la autoridad estatal como condición previa de su existencia legal.

Una de las bases del reformismo mexicano se encuentra en la capacidad que ha tenido el Estado para incorporar a sí mismo un conjunto importante de reivindicaciones y demandas populares; reconocer, al mismo tiempo, el "derecho a la ganancia" y el "ingreso decoroso", para usar términos de la Declaración de Principios del partido oficial; asimilar, a la vez, la empresa pública y el monopolio privado, el capital mexicano —privado y estatal— y la inversión extranjera.

El Estado ha tratado de invadir todos los ámbitos con sus mecanismos de intermediación. Y en la cima de todo ello, el presidencialismo aparece como la máxima institución del Estado, síntesis de la organización estatal y de la forma de ser de la sociedad.

La clase obrera mexicana se encuentra, en su mayoría, atrapada en las redes de este reformismo antidemocrático, que encontró en el crecimiento económico de los años cincuenta y sesenta un poderoso impulso, una nueva base de sustentación práctica. El reformismo mexicano ha sido tan poderoso que fue compartido y expuesto durante décadas por no pocos dirigentes que aceptaban, de alguna manera, la teoría de Marx. Se puede decir que ese reformismo eclipsó el marxismo e impidió su desarrollo y difusión. En pocos países como en México ha tenido tanta importancia la discusión sobre el verdadero carácter de clase del Estado.

Esa reiterada combinación de la represión y las concesiones, bajo el lema de no resolver mediante presión sino por convencimiento, ha sido una de las tantas formas del reformismo antidemocrático, que siempre puso por delante la estabilidad y fortaleza del Estado, identificando a éste con la

existencia de la nación y con la posibilidad de la *justicia social*.

Los partidarios de Marx, los luchadores por la emancipación de la clase obrera y de toda la sociedad nos enfrentamos a ese enemigo poderoso: el reformismo antidemocrático. La lucha por desarrollar la conciencia de clase en el proletariado y la conciencia de éste de su papel liberador deben adoptar, por tanto, formas radicales a la altura de la revolución radical por la que luchamos. El partido obrero, cualquiera que sea su denominación y su estructura, tiene que ser radicalmente opositor, en primer término a las ideas dominantes y a la política dominante; a la falsa conciencia en la que se sustentan el poder del Estado y la dominación burguesa. Sus alianzas, formas de lucha, métodos de acción y organización, y, en fin, toda su táctica, deben corresponder a ese retraso enorme en el desarrollo de la conciencia de clase, a ese predominio desesperante del reformismo antidemocrático.

La lucha contra el reformismo antidemocrático encuentra en el seno de la clase obrera una cuestión central: el combate al charrismo, a los métodos, formas y concepciones que han sido incrustados entre el proletariado y los empleados asalariados. Pero no menos importante es la lucha contra el apoliticismo y el apartidismo que han tenido gran evolución entre importantes núcleos de la clase obrera. Ya no es el anarquismo, que negaba la necesidad de la lucha política por influir en el Estado y la gran tarea histórica de construir un nuevo Estado obrero y una nueva dominación social, sino un nuevo apoliticismo infinitamente más vulgar y falso que el anarquismo, y que se basa en la concepción de que la lucha política partidista corrompe la acción obrera. Es éste una variante del reformismo burgués que pretende someter a la clase obrera al estrecho límite de la lucha reivindicativa y gremial, aunque se presente con un lenguaje aparentemente radical.

La crisis económica del país, que ha puesto de manifiesto con mayor claridad las injusticias del capitalismo y la forma en que el Estado protege al sistema en su conjunto, constituye una coyuntura propicia para el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado y el rompimiento con el viejo reformismo antidemocrático. Justamente porque la crisis no será breve y porque el margen de las reformas significativas se ha estrechado notablemente, se amplían las posibilidades para el desarrollo del socialismo entre la clase obrera. Todas las protestas e inconformidades, las huelgas y demás acciones reivindicativas, los pronunciamientos políticos en favor de cambios legales que protejan a los trabajadores, las denuncias y quejas obreras, pueden encontrar su común denominador en el socialismo y en la asociación revolucionaria socialista. Hoy podemos ver cómo entre la clase obrera se van precisando las demandas y reivindicaciones principales; en realidad se está configurando un programa que incluye no solamente demandas sindicales, sino también de tipo popular y nacional. Todos éstos son elementos que propician la elevación de la conciencia de clase, el rompimiento con las ideas dominantes.

En este marco, la acción del Partido es de la mayor importancia. Justamente porque el PSUM es resultado de la unión de socialistas de diversa procedencia y porque su formación estuvo marcada por su definición revolucionaria, este partido puede hoy encarar las tareas más significativas para

dar un verdadero aporte al desarrollo de la conciencia de clase del proletariado, otorgándole a ello la máxima jerarquía, vinculándolo a las formas de lucha vigentes y a las diversas acciones concretas.

La táctica posible está hoy más ligada que nunca a la necesidad de que la repulsa general se concentre en la clase dominante y en las formas estatales de la dominación de dicha clase. Para que se desarrolle impetuosa la conciencia socialista entre la clase obrera y los demás sectores del pueblo trabajador es necesario que la conciencia de las causas de la situación actual —de la crisis— se extienda a tal grado que sea posible identificar en forma palpable a los causantes verdaderos de una crisis que pone al descubierto de manera más nítida las contradicciones e injusticias del sistema, la crudeza de la explotación capitalista y la voracidad del capital.

El desarrollo de la conciencia de clase hará florecer en nuestro país al partido fundado por Marx, ese partido del que forma parte el PSUM, el partido de la abolición de la propiedad burguesa, de la emancipación del proletariado y de la liberación de toda la sociedad; el partido de la libertad. Ésta es la causa más cara de los revolucionarios organizados; es la búsqueda de un nuevo país. Cuando luchamos por la abolición de la propiedad privada no hacemos más que pugnar por generalizar lo que ya es general para la clase obrera y para todos los trabajadores asalariados. Cuando luchamos por la emancipación del trabajo sólo exponemos la forma en que es posible emancipar a toda la sociedad. Cuando estimamos fundamental la lucha por desarrollar la conciencia de clase del proletariado, estamos en realidad —para decirlo con palabras de Marx— luchando por lograr “la constitución... de una clase de la sociedad burguesa que no es una clase de la sociedad burguesa, de un estamento que es la disolución de todos los estamentos, de un sector al que su sufrimiento universal le confiere carácter universal; que no reclama un *derecho especial*, ya que no es una *injusticia especial* la que padece, sino la *injusticia a secas*; que ya no puede invocar ningún título *histórico*, sino su título *humano*...” Se trata de una clase que —como subrayaba Engels— “no puede llevar a cabo su emancipación sin emancipar al mismo tiempo a toda la sociedad de su división de clases, y por tanto, de las luchas de clases”.

Debemos poner todo nuestro esfuerzo para lograr aquello que Marx reclamaba a la clase obrera alemana en 1843: “esa genialidad que transfigura la fuerza material en poder político; esa intrepidez revolucionaria que arroja al adversario la desafiante consigna: ‘no soy nada y debería serlo todo’”.

la lucha por la paz, hoy*

La lucha por la paz es en nuestros días un instrumento del cambio social. El mundo es hoy víctima de un chantaje bélico que tiene como objetivo someter a los pueblos a una permanente presión contra sus anhelos emancipadores. Para lograr la democracia, la emancipación del trabajo y la libertad es necesario luchar también por la paz, derrotar el chantaje bélico, cuyo principal impulsor es el imperialismo de los Estados Unidos.

Analizada la cuestión de la paz desde el punto de vista de la emancipación de los trabajadores, de la conquista de la libertad, tenemos que reconocer que han quedado atrás los tiempos en que las revoluciones socialistas triunfaban en la coyuntura de una guerra internacional. La rivalidad entre países capitalistas que desató dos guerras mundiales profundizó las causas internas del triunfo revolucionario en varios países, aunque los partidarios de la emancipación de los trabajadores, del socialismo, no fueron nunca los propulsores de tales guerras internacionales. A partir de la revolución cubana, podemos observar una nueva tendencia que desliga la revolución socialista de los conflictos bélicos internacionales. Ello se debe, en parte, a que los enfrentamientos armados entre países pueden provocar una guerra de incalculables consecuencias: la guerra nuclear.

La coexistencia pacífica entre los estados y la distensión internacional se han convertido en elementos indispensables de cualquier táctica revolucionaria auténtica. Aun las revoluciones democráticas y socialistas que han adoptado como medio principal de lucha la acción armada han requerido un medio internacional de relativa distensión. Así, por ejemplo, la guerra de liberación de Vietnam, que fue, al mismo tiempo, la forma de conquistar el socialismo para todo el territorio de ese país, tomó como una de sus principales armas la lucha general, mundial, por la distensión, lo que no excluye, sino por el contrario presupone, la solidaridad internacional. La reciente revolución nicaragüense aprovechó condiciones internacionales de relativa distensión mundial y continental.

El socialismo ofrece la paz porque es una visión del mundo en cuyo centro está el hombre. Mas al ofrecer la paz es necesario luchar por ella de manera decidida sin hacerle el juego al chantaje bélico. La lucha por la paz

*Discurso pronunciado en el acto público realizado el 17 de junio de 1983.

mundial tiene como uno de sus componentes principales el esfuerzo por liquidar el bloquismo internacional. Todo proceso de cambio social, de transformación, se ve desde Wáshington como la expresión directa de la llamada pugna Este-Oeste. Así opera, de manera concreta, el prisma bloquista que pretende obligar al mundo a seguir con una dinámica supuestamente indefinida de confrontación mundial y amenaza bélica.

La lucha por la paz tiene en nuestros días muy diversas expresiones. Sería un grave error pretender encajonar esta lucha solamente en cierto enfoque del problema. En Europa occidental, por ejemplo, grandes masas se agrupan para detener el proceso hacia una Europa armada, pues, como sabemos, cada vez que los países europeos se han armado hasta los dientes las guerras se han vuelto inevitables. Los Estados Unidos pretenden impulsar ese armamentismo en Europa a través de la instalación de nuevos proyectiles nucleares. La cobertura de ese rearme es la propuesta de Wáshington, denominada opción cero, que consiste en establecer un desequilibrio permanente de poderío atómico, que no puede ser hoy, como no lo ha sido nunca, una base para la paz.

En los países socialistas se lucha por la paz a través de otros medios, especialmente pugnando por acuerdos parciales de limitación de las armas nucleares que generen un clima de distensión y negociación.

En los Estados Unidos la lucha pacifista tiene también sus propias peculiaridades y se expresa en la presión al gobierno para que éste renuncie a su política belicista y a sus pretensiones de predominio militar.

Estas grandes vertientes de la lucha por la paz pueden y deben converger en un gran torrente que ofrezca al mundo una nueva perspectiva en las relaciones internacionales y en la convivencia de los estados y pueblos del mundo.

La lucha por la paz no se agota en la acción contra el armamentismo y el peligro de una conflagración atómica. Abarca también el esfuerzo por conquistar nuevas relaciones económicas internacionales. La política de los países imperialistas continúa dirigiéndose a volcar sobre los países pobres el peso de una recesión internacional que aquéllos han provocado a un alto costo para sus propios pueblos y que hace verdaderos estragos en otras muchas zonas del mundo.

La crisis económica internacional se ha convertido en una auténtica agresión contra un enorme segmento de la humanidad que reclama su derecho a superar el atraso y la miseria en que se encuentra. El imperialismo es un fenómeno totalmente vigente en el mundo actual; actúa plenamente como verdadero imperialismo en el sometimiento y expoliación de muchos pueblos del mundo, a pesar de las grandes victorias de la lucha antimperialista.

Esta crisis se ha convertido en un factor que actúa contra la distensión y la paz mundial.

Existen, además, otros conflictos candentes en los que el belicismo y el intervencionismo imperialistas se muestran con entera claridad. Uno de ellos es el conflicto centroamericano. América Central es el escenario de una confrontación, pero ésta no se define en términos de un enfrentamiento entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, como proclama el imperialismo, sino como el antiguo conflicto de las fuerzas democráticas, pa-

trióticas y revolucionarias, por un lado, y las oligarquías reaccionarias y el imperialismo estadounidense, por el otro.

Centroamérica fue zona de intervención norteamericana cuando se convirtió en la región a través de la cual los Estados Unidos se comunicaban más rápidamente con su costa del Pacífico. Esto data del siglo XIX. Los débiles estados centroamericanos, en los que no se pudo producir la formación de una burguesía fuerte y dueña de su mercado interno, fueron presa fácil de la dominación imperialista. Mas esa dominación no abarcó solamente la economía, sino también las instituciones estatales. Las oligarquías centroamericanas han necesitado el imperialismo estadounidense como si éste fuera el oxígeno necesario para respirar. Y la suerte del imperialismo ha sido, así, la suerte de los grupos dominantes en la mayor parte de los países centroamericanos.

Las revoluciones centroamericanas, desde los años veinte a los cincuenta, fueron derrotadas o frustradas con la descarada intervención de los Estados Unidos. De ellas surgieron enormes figuras, como Sandino y Farabundo Martí, símbolos de la lucha emancipadora de los pueblos centroamericanos. La revolución en Nicaragua, encabezada por los sandinistas, vino a romper con esa larga historia de esfuerzos contenidos. Los Estados Unidos y sus socios locales han tenido allí su primera gran derrota. Nicaragua es hoy un país libre.

El aplastamiento de aquellas revoluciones centroamericanas no perseguía impedir el socialismo, sino simplemente el ejercicio de la soberanía e independencia nacionales. Hoy las cosas han cambiado en muchos aspectos. Los pueblos de América Central han acumulado una gran experiencia, han aprendido que la liberación del yugo imperialista y la independencia requieren un poder auténticamente cimentado en las masas populares; que la revolución, para sostenerse con el apoyo del pueblo trabajador, tiene que ser radical, debe producir transformaciones sociales profundas.

La agresividad imperialista contra Nicaragua y las revoluciones de El Salvador y Guatemala es la continuación de toda una forma de sojuzgar a los pueblos de esos países. Los Estados Unidos han hecho siempre, en realidad, lo mismo, sólo que ahora, como en otros momentos decisivos, se muestran más agresivos, más intervencionistas, más guerreristas. El imperialismo puede ser, sin embargo, derrotado, pues la situación ha cambiado en muchos aspectos, en contra de la hegemonía mundial de los Estados Unidos.

¡Cuánto pesa en América Central, hoy, la brillante victoria del pueblo vietnamita!; ¡y cuánto pesa también la oposición de grandes sectores populares de los Estados Unidos y América Latina contra la intervención norteamericana! Los pueblos centroamericanos en lucha tienen ahora muchos aliados que de diversas maneras apoyan su justa causa.

La lucha de Nicaragua y de los revolucionarios salvadoreños y guatemaltecos es profundamente nuestra. No sólo de quienes abrazamos la causa del socialismo como camino para conquistar la libertad, sino de todos aquellos que están conscientes de lo que ha sido la intervención del imperialismo y del peligro que entraña para México, como nación, el que los Estados Unidos logren imponer sus planes de guerra y dominación en Centroamérica. Lo que está en juego es el derecho de autodeterminación de los

pueblos de América Central, y con ello nuestro propio derecho a seguir siendo verdadera nación. México no puede tolerar la injerencia gorilesca del imperialismo en Centroamérica, pues de lo contrario aceptaría que los Estados Unidos intervinieran, en cualquier momento, en su propio territorio.

En esencia, la oposición mexicana a los planes de los Estados Unidos en América Central es algo que trasciende a cualquier gobierno, pues tiene que ver con la nación en su conjunto, con nuestra historia y con nuestra integridad como país.

En realidad, el triunfo de Nicaragua y de la revolución salvadoreña están relacionados, como nunca en la historia de nuestros pueblos, con México, con las perspectivas de nuestro país y con la lucha por transformarlo. Hay que detener al imperialismo en América Central, y en ello no debemos, no podemos, escatimar ningún esfuerzo para apoyar a nuestros hermanos.

¡Viva Nicaragua libre!

¡Viva la revolución salvadoreña!

¡Viva el movimiento revolucionario de Guatemala!

una táctica para la democracia*

El Comité Central de nuestro partido resolvió convocar al Segundo Congreso en cumplimiento del acuerdo del Primero y con el propósito de buscar un avance en la táctica del PSUM y de sentar bases más sólidas para su desarrollo, crecimiento y unidad. Estamos persuadidos de que es posible llevar adelante el gran proyecto que es el PSUM como partido revolucionario, obrero, socialista y nacional. Creemos también que es posible que nuestro Segundo Congreso represente un avance en la lucha del pueblo trabajador de nuestro país por sus derechos democráticos y por la satisfacción de sus legítimas reivindicaciones económicas y sociales. Nuestro Comité Central espera que el Congreso fije su atención en la actual situación del país, que continúa agravándose, y en el impulso a las luchas del pueblo trabajador.

En el surgimiento de nuestro partido tuvimos que hacer frente a una campaña electoral para elegir presidente y Congreso federal. Para ello el PSUM desarrolló toda su movilización en torno a lo que entonces se convirtió en la forma de lucha más importante del momento: la actividad electoral. A aquella confrontación concurren, como nunca antes en la historia reciente del país, todas las fuerzas políticas. Grupos y sectores tradicionalmente renuentes a intervenir en la lucha electoral se volcaron a ella.

En las elecciones de 1982 el PSUM logró aumentar el número de votos obtenido tres años antes por la Coalición de Izquierda (de 703 mil a 930 mil), pero no incrementó su porcentaje respecto al total de los votos emitidos. Ello se debió a que se presentó una coalición de organizaciones y personalidades de izquierda con registro, lo que alcanzó a tener impacto en la capital del país; a que un segmento de habituales votantes del partido ofi-

* Informe del Comité Central al Segundo Congreso Nacional del Partido Socialista Unificado de México, presentado por Pablo Gómez, secretario general del CC. (Aprobado en lo general por unanimidad de votos.) Agosto 9 de 1983.

cial decidió dar su apoyo al PAN; y al hecho de que el número de concurrentes a las urnas creció considerablemente.

El resultado de las elecciones de 1982 demuestra que nuestro partido solamente podrá avanzar en las elecciones en la medida en que impulse, encabece y apoye resueltamente las luchas de masas y, como consecuencia de ello, logre ampliar sus filas y su prestigio entre el pueblo trabajador. Al hacer el balance de las elecciones federales, el Comité Central llegó a la conclusión de que éstas reflejaban una cierta tendencia hacia la formación de un esquema bipolar entre el PRI y el PAN, este último con mucho mayor apoyo de la burguesía reaccionaria del que gozaba anteriormente.

Durante la campaña electoral —encabezada en todo el país por nuestro candidato a la presidencia, el compañero Arnoldo Martínez Verdugo— el PSUM logró avanzar en su organización y en el contacto con centenares de miles de mexicanos, especialmente con trabajadores de la ciudad y del campo. En el transcurso de esta campaña nuestro partido hizo posible la realización de muy importantes movilizaciones de masas; la mayor de ellas, la del 19 de junio de 1982, la gran marcha que culminó en el *Zócalo Rojo*. Estas movilizaciones de masas constituyeron un cambio político de importancia en cuanto a la participación activa y multitudinaria en apoyo de un partido socialista y de un programa bien definido, enarbolado por los revolucionarios socialistas. No constituye ninguna exageración afirmar que nunca antes tal movilización y adhesión conscientes habían sido logradas en el pasado por lo que toca a la izquierda socialista.

Cerca de un millón de votos obtenidos por el PSUM y la gran movilización de masas de 1982 nos indican un importante grado de influencia en la sociedad mexicana. Nuestro partido es ya una fuerza política nacional reconocida y es, sin duda alguna, la formación más importante de la izquierda. Ello ha aumentado la responsabilidad del PSUM frente a los trabajadores y la nación.

La lucha electoral de 1982 reflejó también una polarización programática entre la visión del actual grupo gobernante, que es de una acentuación hacia la derecha, y las posiciones de nuestro partido. En el campo programático existieron dos grandes planteamientos: el del PRI y el del PSUM, aunque el sustentado por el actual presidente tuvo una enorme difusión a través de todos los medios. Los demás partidos, a pesar de que algunos de ellos incrementaron su votación, especialmente el PAN, no presentaron una posición programática completa.

II

A partir de la manifestación más clara de la crisis económica, los capitalistas financieros y muchos otros grupos de la burguesía aumentaron la salida de capitales y la dolarización del sistema bancario, hasta llegar a dimensiones verdaderamente intolerables para cualquier gobierno. Asimismo, los recursos provenientes del exterior, mediante la venta del petróleo y los empréstitos, se redujeron bruscamente. La caída de los precios del crudo en el mercado internacional y de la mayoría de los productos de exportación, el

deterioro de las relaciones financieras y comerciales del mundo capitalista, y las salidas masivas de capital, constituyeron los detonadores de una crisis económica que se encontraba latente en la incapacidad de la estructura socioeconómica para garantizar un crecimiento sostenido y equilibrado. Los largos años en que se conformaron una profunda desigualdad del ingreso, la formación de un sector burgués y de empleados bien pagados que concentraron una parte decisoria del ingreso nacional y formaron una industria y unos servicios modernos pero con limitaciones estructurales para su crecimiento, así como unas finanzas públicas dirigidas a proteger a la burguesía y a las empresas transnacionales, y la política de empréstitos extranjeros y rápida expansión petrolera a cualquier costo, produjeron el estallido de la crisis económica más severa de la historia contemporánea de México.

La responsabilidad de esta crisis —lo hemos dicho— recae en los gobiernos priistas, en la gran burguesía mexicana y en los centros económicos de decisión del imperialismo.

México ha sido víctima de una criminal política de acumulación capitalista, con profundización de la desigualdad social, sin desarrollo extensivo de las fuerzas productivas y con unos perniciosos vínculos con la banca imperialista. En nuestro país la industria se ha desarrollado en condiciones de alta dependencia, monopolización y presencia de capital extranjero; además su sector más moderno está orientado al pequeño segmento social de altos ingresos; la agricultura, en su mayor parte —la de ejidatarios, comuneros y auténticos minifundistas—, ha sido saqueada en aras de proteger a la industria y de subsidiar los consumos de una parte de la población urbana; los servicios están desarticulados, y sólo han sido vistos como buenos negocios; la banca ha sido hasta ahora un espléndido y moderno negocio para apoyar a la gran industria y al gran comercio monopolista y para prohibir a una burguesía rentista. Las grandes necesidades de vivienda, educación, salud, empleo, producción en gran escala, equipamiento urbano popular, han sido atendidas con retrasos e insuficiencias, sólo para pretender contener el descontento y asegurar la reproducción del sistema, pero no para encarar la solución de tan graves problemas.

El grupo priista en el poder ha gobernado para una pequeña minoría del país; le ha dado la espalda —desde hace ya muchos años— a la inmensa mayoría de los mexicanos.

El estallido de la crisis llevó al gobierno de López Portillo a tomar dos medidas de emergencia. Ante el saqueo indiscriminado y criminal de recursos económicos, que había sido visto con indiferencia, ese gobierno, sorpresivamente, decidió nacionalizar la banca privada y establecer el control generalizado de cambios. Nuestro partido apoyó esas dos medidas; se movilizó, junto con otras fuerzas, con el propósito de convertirlas en el inicio de un proceso de cambio de la política económica y de una profunda democratización del país.

Tales medidas de aquel gobierno constituyeron un rompimiento del presidente con la burguesía financiera, a la que éste había apoyado durante más de cinco años, a través de su política de *restablecer la confianza*, proteger los negocios privados y propiciar un crecimiento económico vertiginoso pero desequilibrado y desigual. Sin embargo, aquel presidente fue inca-

paz de impulsar otras medidas necesarias y complementarias; detuvo el impulso que generó el primero de septiembre, que aunque fue hecho desde arriba contó con la simpatía y el apoyo de la mayoría del pueblo mexicano.

El presidente de la Madrid, el día de su ascenso al cargo, anunció los lineamientos básicos de una política que no sólo tiende a *rectificar* parcialmente las dos medidas del presidente anterior, sino que busca lo que bien podríamos llamar el endurecimiento capitalista del gobierno y de todo el aparato del Estado.

El presidente y su grupo de gobierno expresan la culminación de un largo proceso de presencia y predominio de una burocracia estatal derechista que siempre ha pugnado por convertir a México en un país capitalista moderno, con grandes monopolios privados estrechamente vinculados a los Estados Unidos, con mercados *libres*, con un aparato económico estatal reducido, con menos subsidios a los pobres, con una estructura capitalista más libre y consolidada en el campo, con una burguesía más activa en todos los terrenos de la vida social.

El proceso de derechización de la burocracia estatal responde a un fenómeno social de fondo. En la última década se consolidó con mucha fuerza una burguesía monopolio-financiera que es portadora de toda una visión y un programa ideológico-político para México. Especialmente a partir de la crisis de finales del sexenio 1970-1976 y principios del que acaba de concluir, esa burguesía, a la cabeza de otros sectores de los capitalistas, desplegó una lucha por modificar las tradicionales relaciones entre la burocracia del Estado y la clase burguesa, con el propósito de intervenir más directamente en la conducción del Estado y de la economía. A raíz de la nacionalización de la banca, este fenómeno tomó un nuevo impulso, pero ya había generado una poderosa influencia en los cambios dentro del aparato del Estado. La agitación, la propaganda y la organización de esa burguesía han sido factor importante de la derechización de la política gubernamental y del predominio de la corriente más proburguesa del aparato del Estado.

El grupo gobernante está profundamente convencido de que con un capitalismo más moderno y con un Estado también modernizado, pero contenido en cuanto a la propiedad pública, el país podrá vencer su atraso.

La concepción del gobierno no se limita a una política económica anti-popular. Busca una remodelación del capitalismo mexicano y de sus relaciones con el imperialismo. Asistimos a un intento muy serio de reconstitución de los instrumentos de dominio de la burguesía monopolio-financiera, a través de la devolución a los exbanqueros de las casas de bolsa y de los fondos de inversión y acciones de las empresas no bancarias propiedad de la banca nacionalizada. Se pretende regresar a la burguesía financiera los instrumentos para su acceso directo a la captación financiera y restablecer sus vínculos con la banca, lo cual se refuerza con la ley que permite la presencia de representantes de la gran burguesía en los consejos de administración de los bancos estatales.

El Estado se convertiría así en banquero de la burguesía mediante una banca totalmente subordinada a las necesidades de las empresas monopolísticas.

En el proyecto gubernamental el capital extranjero cobra renovada im-

portancia; se alienta su penetración desde el gobierno y se pretende convertirlo en punta de lanza de la nueva pretensión modernizadora. Con esta conducta México verá agravada su dependencia, tendrá una industria y unos servicios con mucha mayor injerencia de inversionistas extranjeros; en el campo avanzará la transnacionalización, y se acrecentará la influencia de la banca internacional y de las agencias financieras imperialistas en nuestra economía.

Los hechos que configuran de manera más nítida el proyecto gubernamental se perfilan en su mayor parte después de aprobado por el Comité Central el proyecto de resolución política para el Segundo Congreso. Por ello no están cabalmente analizados en él. A juicio del Comité Central, esta situación no invalida los objetivos y tareas propuestas en el proyecto de resolución. Más bien confirman la validez de la línea táctica propuesta y obligan a plantear que la derrota de la política económica y social del gobierno, que el PSUM sustenta como uno de sus objetivos, tiene necesariamente que abarcar la lucha contra todo un proyecto reaccionario que da sustento a tal política.

El sector del aparato estatal ahora dominante parte de la crítica de lo que llaman *populismo*, es decir, de las concesiones que buscan apoyo al régimen, de la utilización parcial de la fuerza económica del Estado para encarar necesidades sociales y aun políticas, de la organización paternalista de productores. Pero, en cambio, no se cancelan los grandes subsidios públicos a los monopolios ni se hace pagar, verdaderamente, impuestos a los grandes propietarios de la riqueza.

Ante la crisis, el esquema del gobierno es relativamente simple: disminuir el nivel de vida de la inmensa mayoría de la nación, asegurar el pago de la deuda a la banca imperialista, detener el crecimiento del gasto público, desnacionalizar parcialmente el llamado *sector público*, impulsar aún más el capitalismo en el campo y desarrollar una industria, un comercio y unos servicios modernos que *ordenen* la economía. Y para ello se pretende aplicar una política inflexible, como ya lo hemos visto en los escasos ocho meses de gobierno delamadradiano.

Tenemos hoy una derecha gobernante que quiere evitar conceder cualquier reclamo por encima de su programa y de su concepción del país. Utiliza para ello la crisis como pretexto para imponer, de una vez, el México de su conciencia reaccionaria.

La gravedad y profundidad de la crisis son ciertamente reales, pero ante ellas, lejos de plantearse cambios sociales hacia adelante, el gobierno pretende que el país cambie hacia el perfeccionamiento del capitalismo, que, en las condiciones de México, solamente ofrece mayor desigualdad. Ya lo vimos cuando el supuesto auge petrolero; ya conocemos, de sobra, la vieja tesis burguesa de que primero hay que generar la riqueza y *después* distribuirla; ya hemos oído las promesas de bienestar que se desmienten ante la brutal acumulación de riqueza en unas cuantas manos.

La política del presidente de la Madrid no ofrece al país más que injusticia en la crisis de hoy e injusticia en la recuperación futura. No hay solución popular en las crisis cuando bajo sus efectos no se toman medidas populares y nacionales. Si hoy se aprovecha la crisis para golpear al pueblo trabajador, mañana, cuando al fin se atenúe la propia crisis, nada garanti-

za que esta política antipopular y restrictiva ceda ante los reclamos populares y nacionales. En las crisis hay que luchar especialmente por cambios de fondo, para impedir que su solución beneficie a la burguesía y hunda a los trabajadores, incluyendo a los pequeños propietarios, como generalmente ocurre bajo el capitalismo.

La actual inconformidad popular no sólo tiene su origen en la crisis en sí misma o en sus efectos más evidentes, sino principalmente en la política antipopular que aplica el gobierno. Aun bajo la crisis económica la situación podría ser otra si predominara una política distinta. Nuestro partido sostiene que esa otra política es posible y viable.

Es posible enfrentar la crisis con un programa popular, nacional y democrático, que es la alternativa socialista para el momento actual. Esto quiere decir que el PSUM lucha por su propia propuesta, la socialista, que en nuestra concepción forma parte de la vía revolucionaria al socialismo; no somos fuerza de segunda línea, sino que llamamos a los trabajadores a organizarse para luchar por sus propias y auténticas demandas y reivindicaciones, en la perspectiva cierta de la emancipación del trabajo y la conquista de la democracia.

El gobierno actual es incapaz de implantar una nueva política popular, nacional y democrática. Es muy claro que para lograr esa nueva orientación es necesario un nuevo gobierno, y esto es parte de nuestra lucha. Para desarrollar el socialismo entre el pueblo trabajador es inexcusable ser muy preciso en la cuestión de la lucha por el poder del Estado; es necesario profundizar la conciencia de la necesidad de un cambio revolucionario. Esa conciencia se traducirá en organización, en fuerza material. Mas no promovemos la ilusión de un supuesto gobierno popular a partir del partido oficial, sino del desarrollo de la fuerza socialista y el surgimiento de nuevas formaciones políticas democráticas, opositoras a la política y el poder hoy dominantes. El camino de la revolución socialista pasa necesariamente por la conformación de la fuerza obrera y popular socialista. Esa fuerza se hace en la oposición organizada, programática, consciente. Y en ello juega un papel muy importante la cuestión de la lucha por el poder, por la democracia y por las reivindicaciones del pueblo trabajador.

III

El Comité Central de nuestro partido ha presentado al Segundo Congreso un proyecto de resolución sobre la táctica del PSUM y resoluciones sobre la política sindical, agraria, juvenil y entre las mujeres; no fue posible todavía redactar un proyecto de resolución sobre la lucha urbano-popular, a pesar de que figura en el temario de la convocatoria; esta deficiencia que reconocemos la podría subsanar el Congreso o bien podría quedar para que el Comité Central que habremos de elegir realice de inmediato la discusión correspondiente.

La táctica que propone el Comité Central parte de la situación de crisis por la que atraviesa el país, pero no solamente de ella. La propia crisis es resultado de condiciones que se han venido desarrollando durante varias

décadas. México es hoy un país de grandes problemas no resueltos, que se han tratado de paliar por el grupo priísta gobernante y la burguesía. Las elecciones de los últimos cuatro años, así como las importantes luchas sindicales, agrarias y urbano-populares, demuestran que nuestro país necesita más que nunca antes un verdadero proceso de democratización política, de apertura de amplios espacios de acción tanto en los órganos del Estado y dependencias públicas (ayuntamientos, cámaras legislativas, empresas públicas, instituciones estatales, universidades y escuelas) como en las organizaciones sociales. La asfixiante antidemocracia ha llegado a generar respuestas enérgicas, sobre todo de los trabajadores. El priísmo dominante, que significa autoritarismo, antidemocracia, imposición y represión, está al borde de una crisis, pues su hegemonía política —que data ya de más de 50 años— ha tenido cambios sustanciales de contenido y desde hace ya varias décadas se enfrenta a las aspiraciones democráticas de crecientes segmentos de la sociedad mexicana.

Uno de los aspectos centrales de la táctica de nuestro partido desde su surgimiento ha sido la lucha por la democratización del país. El Comité Central ha propuesto al Congreso que este aspecto continúe desarrollándose, tanto en los planteamientos como en la acción cotidiana del PSUM. De manera especial, el proyecto de resolución considera que las cuestiones más importantes —aunque de ninguna manera las únicas— de la lucha actual por la democratización del país son la participación de los trabajadores en los órganos representativos del Estado y en las empresas e instituciones públicas, y la democracia y libertad sindicales.

En los últimos años la lucha por los ayuntamientos se ha intensificado, y se ha empezado a ver a los gobiernos municipales como instrumentos de lucha por conquistar derechos y obtener reivindicaciones; asimismo, ha logrado relevancia la acción en las cámaras legislativas.

La izquierda revolucionaria —contrariamente a lo que postulan el PAN y las organizaciones patronales— ha denunciado y luchado contra el presidencialismo como forma política antidemocrática que asume el dominio de la burguesía. Dentro de nuestra alternativa democrática, y como una parte de ella, hemos incluido en el proyecto de resolución la lucha por la creación de un sistema parlamentario y democrático de gobierno, con cámara única y Ejecutivo controlado, como alternativa frente al sistema presidencialista y a los mitos que éste ha generado. La lucha por un régimen parlamentario no tiene por qué desviarnos, en lo más mínimo, de la lucha por el socialismo y la democracia directa de los trabajadores, pues en un régimen socialista sería necesaria una asamblea popular representativa, de la que surgiría el gobierno, y aunque dicha asamblea sería cualitativamente diferente, es necesario recordar que ya desde ahora se precisa exponer y luchar por las formas de gobierno propias del programa de los revolucionarios socialistas.

Vinculado con lo anterior se encuentra la lucha por un gobierno electo en el Distrito Federal y la eliminación del gobierno local del presidente de la república. Somos partidarios de una forma de gobierno sobre la base de una asamblea representativa que controle plenamente al Ejecutivo.

Numerosas luchas de trabajadores han emprendido en los últimos tiempos el camino de lograr la democratización de sus organizaciones sindica-

les y la obtención de los legítimos derechos de los sindicatos. Estos dos aspectos están íntimamente vinculados entre sí; no es posible plantearse hoy la democracia sindical sin reivindicar que los sindicatos gocen de derechos plenos, en cuyo ejercicio no intervengan las autoridades gubernamentales.

La realidad se ha encargado de poner en el centro de la lucha por la democracia estos dos grandes aspectos: la democratización de los órganos representativos del Estado y la democracia y libertad sindicales. Esta tendencia real coincide con el mayor interés de los socialistas, pues el esfuerzo por lograr que los trabajadores se representen a través de sus verdaderos delegados en los ayuntamientos y cámaras legislativas es una de las formas más importantes para elevar las movilizaciones de las masas al plano de la lucha política, al plano de la disputa por el poder; es una manera de lograr que el pueblo trabajador rechace a los representantes de la burguesía, que han gobernado y legislado en nombre del interés de la clase obrera, de los campesinos y de todos los trabajadores. Asimismo, es del mayor interés de los revolucionarios socialistas resolver el viejo problema de la existencia de sindicatos mediatizados por direcciones que no actúan en función de los verdaderos intereses de clase de los miembros de las organizaciones sindicales del país; el cambio de la orientación del movimiento sindical, a través de la eliminación del charrismo y del sindicalismo blanco, constituye una condición para el desarrollo de un movimiento sindical de clase, democrático, independiente del gobierno y la patronal, y no incorporado a ningún partido político.

Existe coincidencia entre las tendencias más evidentes en la situación actual, expresadas en las acciones democráticas del pueblo trabajador, y la lucha de los revolucionarios socialistas. Nuestro deber es aprovechar al máximo esas posibilidades que nos brinda la realidad.

El otro gran objetivo de la lucha política actual del Partido fue condensado por nuestro Comité Central como la derrota de la política económica y social del gobierno. Esta tarea implica, necesariamente, luchar por una nueva orientación de la economía, por completo distinta a la impulsada por el gobierno, la gran burguesía y el imperialismo. En nuestro proyecto de resolución se encuentra expuesta sintéticamente la alternativa que el PSUM impulsa frente a la actual política económica del gobierno del presidente de la Madrid. Es necesario, sin embargo, puntualizar que, aunque el logro de esa alternativa requiere un gobierno distinto al actual, hay que comprender cabalmente que la lucha por una nueva orientación económica que tenga como su centro las necesidades y aspiraciones de la inmensa mayoría trabajadora del país se lleva a cabo en la acción cotidiana, en las luchas concretas y en las grandes movilizaciones de masas. Derrotar esa política gubernamental no es tarea solamente de los revolucionarios socialistas, que se enfrentan a ella con su propia y verdadera alternativa, sino también de otras fuerzas que están surgiendo al calor de las luchas alimentadas por la crisis y por la aplicación de tal política antipopular; es tarea de sindicatos, organizaciones sociales, de toda la izquierda y de aquellos sectores que de una u otra manera manifiestan su descontento con la conducta gubernamental, aunque aún no hayan sido capaces de crear las condiciones para su acción independiente. No es, por tanto, la nuestra una visión sectaria; lo que el PSUM se exige a sí mismo es mantener y desarrollar su propio perfil

como fuerza revolucionaria, con un programa propio y una política propia, pues de esa manera podrá convertirse en un verdadero polo de atracción para grandes sectores del pueblo trabajador y poner en juego su visión completa de la sociedad mexicana y del futuro que hay que forjar.

IV

Uno de los aspectos más debatidos por nuestro partido en los últimos meses es el que se refiere a la política de alianzas. Partimos de que no hay partido revolucionario socialista verdadero que carezca de ella y no lleve a cabo determinadas alianzas. En México vivimos momentos en que no se están produciendo grandes y nuevas alianzas; no se perfilan, aún, las búsquedas de pactos políticos precisos entre partidos distintos. Sin embargo, el despliegue de la movilización popular exige acciones unitarias del mayor número de fuerzas. El PSUM debe desarrollar su máximo esfuerzo para que la unidad se concrete en acciones locales, regionales y nacionales. La articulación de un vasto movimiento popular, con una alternativa política propia, obliga a todas las corrientes democráticas y de izquierda a actuar con el mayor grado de iniciativa y responsabilidad. Nuestro partido asume sin reticencias este compromiso.

Hemos dicho, y lo reiteramos, que las posibilidades más importantes en materia de alianzas están con los diferentes partidos y grupos socialistas, y con las organizaciones y corrientes democráticas, antimperialistas y populares que de una u otra forma se oponen al rumbo derechista del aparato del Estado, iniciado hace ya muchos años. A toda esa izquierda le ofrecemos la voluntad del PSUM de llegar a acuerdos precisos, a pactos en pie de igualdad y respeto recíproco. Y ofrecemos también que las convergencias o coincidencias que tenemos las traduzcamos en acción conjunta.

Sin embargo, buscamos también —y ésta es nuestra obligación— que ciertas coincidencias que se han manifestado entre nuestro partido y dirigentes políticos y sindicales que forman parte de otros partidos se conviertan en acciones conjuntas, aunque éstas no lleguen a pactarse por el momento. Dentro de estos grupos o corrientes que no se encuentran en la izquierda existen algunas coincidencias evidentes con las demandas que el PSUM apoya o levanta; sería irresponsable desconocer este hecho concreto sólo porque tales grupos o corrientes se inscriben en el partido oficial. No tememos la acción común con nadie por la sencilla razón de que el PSUM sabe muy bien lo que quiere, tiene su propio programa y su propia táctica; no habrá, como las hubo en el pasado, pérdida de banderas y de combatividad por el hecho de aprovechar todas las coyunturas, como lo intentamos hacer en junio de este año en el movimiento huelguístico por aumentos salariales de emergencia. Todo esto no cancela, en lo más mínimo, las evidentes y profundas contradicciones y confrontaciones que nuestro partido tiene con tales grupos y dirigentes políticos.

Es necesario también desarrollar al máximo posible las coincidencias con organizaciones sindicales como tales, especialmente el apoyo a las luchas concretas de las masas trabajadoras, aunque éstas estén aún bajo la dirección de los líderes oficialistas.

Una política de alianzas requiere, sin embargo, mucha mayor precisión. Sabemos que las alianzas —tomen éstas el nombre y la forma que se quiera o se pueda— se hacen siempre en concreto. Para llegar a ellas hace falta luchar, y no solamente proclamar su posibilidad. Se requiere también caracterizar correctamente a las otras fuerzas.

En este sentido, debemos decir que el PSUM no puede, por razones de congruencia, pactar alianzas con fuerzas que sistemáticamente lo atacan y calumnian. Tampoco estamos dispuestos a pactar alianzas puramente electorales, o mejor dicho electoreras, pues analizando este asunto autocríticamente debemos decir que la experiencia que tuvimos con el POS demostró que, ante todo, debe reclamarse seriedad en las alianzas.

Nuestro partido forma parte de los dos frentes que ha conformado la izquierda: el FNDSCAC y el Comité de Defensa de la Economía Popular. Reiteramos hoy que estamos en favor de relaciones de respeto y por la fusión de ambos.

En cuanto al PRT, que obtuvo su registro electoral en los recientes comicios de 1982, debemos decir que este partido se comporta de una manera incongruente; en el Frente contra la Austeridad ha intentado varias veces aislar a nuestro partido; en algunas elecciones locales ha buscado y pactado alianzas con el PSUM, mientras que en otros estados del país ha asumido la actitud de aliarse con grupos locales que luchan sistemáticamente contra nuestro partido, adoptando él mismo esa actitud. En realidad el PRT busca alianzas con quien sea; a veces ese "quien sea" es el PSUM. Nuestro partido no está dispuesto a servir de cobertura a una política de ese tipo. ¿Puede ser seria una conducta que se basa en alianzas electoreras y en muchos casos pretende simplemente contar con candidatos con el propósito de no dejar su espacio en blanco en las boletas electorales? Si el PRT quiere una relación política seria con el PSUM, que acepte discutir con nuestro Comité Central para poner en claro las bases de la relación y detenga las intrigas contra nuestro partido.

Las alianzas con la COCEI, la Corriente Socialista y la Unidad Izquierda-Comunista han sido hasta hoy fructíferas y deseamos firmemente que se desarrollen, sin negar la posibilidad de analizar nuestras coincidencias al grado de obtener la unidad orgánica; a ello debemos estar abiertos.

V

Capítulo aparte merece nuestra relación con el Partido Mexicano de los Trabajadores. Como se sabe, el primer pacto de unidad que posteriormente dio lugar al PSUM fue en principio suscrito por aquel partido. Después de las elecciones de 1982 se produjo un intercambio de correspondencia entre las direcciones de ambos partidos, hasta que se iniciaron conversaciones con vistas a la unidad orgánica. El PSUM nació con el signo de la unidad de toda la izquierda socialista mexicana; esa postura la sostenemos íntegramente, y hemos tratado de ser consecuentes con ella. Consideramos que sería de la mayor ayuda que en todo el país y de inmediato pudiéramos ac-

tuar verdaderamente en unidad de acción en tanto culminan las conversaciones en los niveles de dirección. La realización del Segundo Congreso y de la Asamblea Nacional del PMT no deben ser vistas como la única oportunidad para pactar las bases de la unidad. Como no se ha producido aún acuerdo firme, en principio, sobre todas las cuestiones, nuestro partido ofrece la continuación de una relación con vistas a la unidad y el desarrollo de las más amplias alianzas políticas; ambas cosas simultáneamente. De producirse un acuerdo en principio a nivel de las direcciones, ambos partidos no tendrían ninguna dificultad para resolver en definitiva a través de sus asambleas representativas.

El Comité Central propone al Congreso que se faculte expresamente a la dirección que éste elija a continuar las conversaciones con el PMT, que se encuentran en un periodo aún inicial, sobre la base de que en su momento la máxima autoridad del PSUM resolverá en definitiva.

VI

El proyecto de resolución que presenta nuestro Comité Central señala que son tres las grandes tareas de nuestro partido: la formación de un gran partido revolucionario, obrero y socialista de masas; el desarrollo de un movimiento de masas independiente del gobierno y la patronal, democrático y no incorporado a ningún partido político; y la unidad de las fuerzas de la izquierda mexicana. Estas tres grandes tareas constituyen elementos que rigen nuestra táctica. Son, además, tareas históricas, de las que depende en gran medida la posibilidad de la revolución socialista en nuestro país.

En el momento actual el PSUM está obligado a encontrar las formas y métodos para impulsar el cumplimiento de estas tres tareas.

En cuanto a la primera tarea, la construcción de un partido socialista fuerte y de masas, el Comité Central la ha abordado como una cuestión político-teórica. A nadie puede escapar que el desarrollo de nuestro partido depende en mayor medida de su línea política y de su enfoque teórico general, es decir, de lo que hace en la práctica y de lo que le ofrece al país. De esto se desprende la importancia del desarrollo y profundización de la táctica del PSUM y de la maduración de sus enfoques programáticos. De allí también la importancia de avanzar en la discusión, desarrollo y difusión de las bases teóricas que son el sustento de la formación del Partido.

El nuestro es un partido que lucha por el socialismo a través de la revolución. Consideramos, por tanto, que la emancipación del trabajo sólo será posible mediante la destrucción de la maquinaria de la dominación actual y el surgimiento de un nuevo orden que será, asimismo, expresión concreta de una nueva hegemonía en la sociedad: la hegemonía de la clase obrera. Esta visión revolucionaria del cambio social, de la emancipación del trabajo, es uno de los aspectos esenciales de la teoría del socialismo científico que sustenta nuestro partido. Esto quiere decir también que el PSUM adop-

ta una posición muy clara en la vieja polémica entre los diversos socialismos que se configuraron desde el siglo pasado. Nuestra posición parte de la teoría fundada por Marx y Engels, y desarrollada por Lenin y otros revolucionarios, como lo señala claramente nuestra Declaración de Principios. Mas esta teoría ha tenido diversos aportes y desarrollos en diferentes países. No es ninguna petulancia intelectual o política que nosotros, los miembros del PSUM, inscritos en una gran corriente histórica internacional, aspiremos a aportar enfoques propios, surgidos de la realidad que vivimos y de los evidentes cambios de la situación internacional que se están produciendo.

Dentro del socialismo científico, y sobre la base de la lucha por la revolución socialista, es decir, por el socialismo a través de la vía revolucionaria, podemos desarrollar un partido vivo, actuante y democrático. El PSUM surgió, en parte, para superar la fragmentación tradicional de las fuerzas socialistas, que sólo agrupaban a los militantes inscritos en su específica corriente teórica. Nosotros, en cambio, queremos que nuestra teoría sea profundamente creadora, y no pretendemos hacer definiciones que intenten predeterminedar la realidad. Nuestra teoría es una guía para la acción, y se nutre continuamente de la realidad, de las luchas de la clase obrera y de los demás trabajadores, de la experiencia, de la práctica en su sentido más amplio.

Bajo el socialismo científico y la visión revolucionaria de la realidad actual podemos brindar un lugar dentro del PSUM a todos aquellos sinceros luchadores por el socialismo, en el marco de la más completa democracia, de la libertad de crítica, de la libertad de pensar y elaborar, sobre la base de la unidad en la lucha de todos los militantes, es decir, el cumplimiento de las decisiones de la mayoría, y de la existencia de una misma línea política, un mismo programa y una dirección única. ¿Es posible un partido así? Vale la pena intentarlo; eso es lo que resolvimos cuando formamos el PSUM, eso es parte ineludible del pacto de unidad que dio vida a nuestro partido. ¡Aferémonos a este camino para lograr un verdadero partido revolucionario, obrero y socialista de masas! La nación lo reclama.

Junto a la definición teórico-política, es necesaria una política de organización, sin la cual podríamos avanzar sin brújula. Hemos dicho que nuestro partido debe ser una formación de militantes organizados que acepten nuestros documentos básicos, militen en uno de sus organismos y cooperen al sostenimiento económico del PSUM. Ello implica construir verdaderas organizaciones capaces de actuar bajo cualesquiera circunstancias, con su propia dirección inmediata y sus propios medios de acción. Es ésta, sin duda, una estructura necesaria en un país como el nuestro, en el que la antideocracia es dominante en la sociedad y en el Estado. Si queremos formar un partido para la revolución socialista y para la lucha política sistemática encaminada a aquel fin, es incuestionable que necesitamos un partido bien organizado en sus bases y no solamente en su dirección. Lo que el PSUM quiere es cambiarlo todo, dar un aporte consciente al surgimiento de una auténtica nueva sociedad democrática, socialista, libre. Por esta razón no requerimos solamente un grupo dirigente con influencia de masas, sino grandes segmentos de obreros, campesinos, empleados, intelectuales, pequeños propietarios, organizados conscientemente en las filas del Partido. Es, claro está, un enorme reto conquistar ese objetivo, como lo es, aún en

mayor grado, transformar revolucionariamente la sociedad.

En el uso de su libertad de asociación, es el Partido quien debe decidir sobre la militancia o no en sus filas de los que lo solicitan. Asimismo, el ingreso al PSUM debe ser producto de la adhesión a su política, su programa y su dirección en el sentido más amplio del término. No debe haber, en consecuencia, segmentos en el PSUM que estén dentro del Partido solamente por la confianza en algunos de sus dirigentes. Se precisa crear en verdad partido, concebido éste como una sola organización, con dirección única y una línea política para todos sus miembros.

El crecimiento de nuestro partido debe obedecer a una política nacional. Y dicha política debe desechar la concepción de que el Partido debe componerse solamente por los más conscientes y activos militantes. Nuestro partido debe abrir sus puertas a trabajadores de la ciudad y del campo para que dentro de sus filas logren alcanzar la organización política. Al mismo tiempo, es necesario definir con entera claridad que el PSUM busca crecer entre la clase obrera, en primer término, puesto que ya ha quedado de manifiesto que la composición social de un partido revolucionario no es cuestión secundaria.

Junto a lo anterior, hemos dicho que es necesario esforzarnos para que el PSUM cuente con organización en la totalidad de los municipios del país.

La relativa rigidez de la estructura orgánica del Partido debe compensarse con formas mucho más flexibles de militancia habitual para los miembros del PSUM. Para ello es necesario definir con entera claridad el papel y el funcionamiento de los organismos de base. A este respecto se hace necesario replantear una vez más esta cuestión, iniciando un amplio debate en las filas del Partido sobre los organismos de base y las tareas de las direcciones intermedias. El Comité Central propone, por tanto, a este Congreso que la nueva dirección sea facultada para convocar, dentro de algunos meses, a una Conferencia Nacional de Organización, que analice y resuelva la orientación del PSUM en cuanto al crecimiento y al funcionamiento de los organismos de base y de dirección intermedia.

La segunda gran tarea, el desarrollo del movimiento de masas, constituye también un gran reto de nuestro partido. El PSUM tiene gran responsabilidad en la aplicación de una política sindical, agraria, universitaria, educativa, de los agrupamientos urbano-populares, de los jóvenes y las mujeres. Está claro que el problema no depende solamente de lo acertado de nuestra política, pero sin duda la vinculación del Partido con las luchas de masas es una cuestión vital para el PSUM. La influencia política de los socialistas unificados depende, en primer término, de su capacidad para encabezar las acciones de masas y encauzar éstas hacia la conformación de un complejo de organizaciones estables y consolidadas para la lucha permanente. El combate por el socialismo en México requiere hoy la formación de verdaderas fortalezas; sólo así podremos introducir auténticos cambios en la correlación de fuerzas.

El gobierno pretende negar el derecho de los miembros del PSUM a intervenir con la política de su partido en las organizaciones sociales de los trabajadores. En realidad pretende arrinconarnos en las pocas organizacio-

nes en las que ha sido posible la existencia organizada del PSUM. Ello se debe, sin duda, a que este gobierno, lo mismo que la patronal, saben muy bien que el PSUM no es un partido para intervenir solamente en las elecciones, sino para tomar parte en las luchas cotidianas de los trabajadores, con una orientación muy precisa. Nuestro partido respeta íntegramente, como no lo hace ningún otro, las decisiones democráticas de los miembros de las organizaciones sociales; es más, nuestros estatutos obligan a todos los militantes del PSUM a acatar las resoluciones democráticas de la mayoría en los sindicatos, organizaciones campesinas, universidades, etcétera. ¿Qué otro partido obliga a sus miembros a asumir esta postura democrática? Pero también aspiramos legítimamente a participar en tales organizaciones en forma organizada y disciplinada, como corresponde a un verdadero partido de acción.

Ya en el pasado, pero en circunstancias históricas por completo diferentes, el gobierno, la patronal y el PRI lograron expulsar de muchos sindicatos y otras organizaciones a los luchadores por el socialismo. Ello no volverá a ocurrir. Tenemos la experiencia y tenemos también la decisión y la combatividad para reclamar nuestros derechos. Nadie podrá relegarnos a ghettos; sabremos dar, también, esa gran batalla.

La tercera gran tarea, unir a las fuerzas de la izquierda socialista, tiene que pasar por periodos de unidad de acción política. La unidad de tales fuerzas es una demanda de los militantes más conscientes del socialismo, y nuestro partido debe convertirse en un abanderado consecuente y paciente de tal necesidad. Es necesario forjar la unidad a cada paso, haciendo ver a quienes desde la izquierda han querido señalar al PSUM como enemigo o adversario que los mejores esfuerzos hay que darlos en el combate contra los verdaderos enemigos del pueblo trabajador. Sería muy grave que la izquierda socialista se convirtiera en una corriente de luchas intestinas y perdiera la perspectiva. Que quede bien claro que el PSUM no está en lo más mínimo interesado en ello y que hará lo que le corresponda para dar su mejor contribución a la gran tarea de unir a la izquierda mexicana.

VII

La situación internacional continúa agravándose. La crisis económica internacional del capitalismo está revirtiéndose de manera cada vez más agresiva contra los países capitalistas atrasados. Los países imperialistas se niegan a entablar negociaciones globales con sus deudores y compradores de tecnología y productos industrializados. Los precios de muchos productos primarios se mantienen a la baja, mientras que las relaciones comerciales se endurecen; todo el comercio mundial ha disminuido pronunciadamente. En especial las tasas de interés de los bancos imperialistas, lejos de dar muestras de una tendencia a la baja, acusan presiones hacia su incremento. La deuda de los países pobres asciende a más de 600 mil millones de dólares. Solamente por intereses esos países tienen que pagar cada año

más de 80 mil millones de dólares, lo que constituye una tremenda sangría, verdadera traslación de riqueza de la parte más pobre del mundo a la más desarrollada. Esta relación entre países capitalistas, unos acreedores y otros deudores, se agudiza por la crisis comercial, que ha limitado enormemente la capacidad de pago de los países atrasados porque venden menos y sus productos han bajado de precio. El sistema capitalista mundial se encuentra, así, en una crisis cuyas salidas son vistas desde Washington, Londres, Tokio, Bonn, París y otras capitales como austeridad total de los pobres y seguro pago a los ricos. Esta crisis económica está afectando gravemente la situación política mundial, al grado de que el imperialismo aumenta sus presiones a los gobiernos de los países capitalistas atrasados para que éstos asuman la carga de las consecuencias de la crisis y hagan repercutir en los niveles de vida de los trabajadores las medidas draconianas que exigen el Fondo Monetario Internacional y los bancos imperialistas.

El caso de México no puede ser más ilustrativo. Junto a la tremenda deuda de más de 82 mil millones de dólares se produce la reducción de las exportaciones y el aumento de los intereses de la parte de la deuda que ha sido renegociada por el gobierno. La política de empréstitos extranjeros, aplicada por los dos gobiernos anteriores, y la política de asegurar el pago de la deuda a la banca imperialista, llevada a cabo por el actual gobierno, han dejado al país en situación desesperada. Esos empréstitos fueron producto de la acción concertada de los gobiernos priistas, por una parte, y los bancos y gobiernos imperialistas, por la otra. Llevaron, así, a México a una dependencia financiera extrema, que afecta gravemente las posibilidades de su desarrollo como país, que compromete seriamente su futuro como nación. Esta situación tiende a agudizarse aún más peligrosamente como resultado de la política del gobierno de promover las inversiones extranjeras directas en nuestro país. México no es una nación devastada, no está en venta; los mexicanos, en su mayoría, no aceptaremos convertir a México en una compañía asociada a las transnacionales imperialistas.

Nuestro partido lucha por las negociaciones globales entre los países imperialistas y los países capitalistas atrasados que generen acuerdos precisos sobre los graves problemas de financiamiento, comercio y transferencias de tecnología. Y apoya también los esfuerzos de una serie de países no alineados por resistir los embates del imperialismo contra sus economías e independencia nacional.

México no está en condiciones de pagar, en las actuales circunstancias, la tremenda deuda exterior. Por ello el PSUM demanda la moratoria de la deuda y la exigencia de una renegociación de los plazos, intereses y condiciones de pago. La renegociación que el actual gobierno ha hecho a espaldas del pueblo mexicano solamente ha alargado algunos plazos, pero ha incrementado los intereses.

VIII

Nuestro partido es una organización que lucha por la paz. En nuestros días luchar por la paz es una obligación revolucionaria, es decir, forma parte de la lucha por el socialismo, pues éste ya no ha sido desde hace varias déca-

das producto de coyunturas internacionales bélicas, como ocurrió durante las dos guerras mundiales. La lucha por la distensión, la coexistencia pacífica, el desarme y la disolución de los bloques militares son banderas auténticamente socialistas y revolucionarias. La lucha por la revolución socialista necesita un mundo que no esté al borde de la conflagración mundial. Bajo las condiciones de distensión han tenido lugar revoluciones socialistas, como la cubana, y una serie de revoluciones democráticas y antimperialistas en países capitalistas atrasados y en colonias. Bajo esas mismas condiciones de distensión se ha desarrollado el movimiento obrero en varios países imperialistas. En México también ha repercutido la lucha por la paz y la distensión, pues el clima que hemos vivido en los últimos años es bastante diferente del que tuvimos que padecer en el apogeo de la *guerra fría*.

La amenaza bélica favorece únicamente al imperialismo, pues éste la utiliza como chantaje contra los países socialistas y como una forma de fortalecer su alineamiento internacional. La política bloquista que enfrenta a dos grandes grupos de países es una forma para mantener bajo la órbita de los Estados Unidos, como potencia militar y nuclear, a muchos países que en otras condiciones podrían aplicar una política internacional independiente y de paz. Es también un chantaje contra los países capitalistas en los que se desarrollan alternativas socialistas y democráticas.

La lucha por la paz, la distensión y el desarme es en realidad parte del camino socialista de México y de muchos países capitalistas.

Ante el anuncio del gobierno de los Estados Unidos de instalar cohetes de alcance medio en Europa y desarrollar los de largo alcance, apuntados todos ellos contra la Unión Soviética y otros países socialistas, el PSUM tiene una posición absolutamente clara: nos oponemos a ese nuevo impulso de la carrera armamentista, a la instalación de dichos cohetes. No puede haber avance en materia de limitación de armas nucleares sobre la base de aspirar a un predominio nuclear, como lo hace el presidente estadounidense mediante la llamada *opción cero* y con la decisión de instalar nuevos cohetes.

El PSUM está de acuerdo con las propuestas hechas por la Unión Soviética y por el Pacto de Varsovia para limitar las modernas armas de destrucción masiva. Apoya también los pronunciamientos en favor de la limitación de las armas atómicas que ha hecho un conjunto grande de países no alineados. Si los Estados Unidos quisieran, de verdad, iniciar un proceso de limitación de armas nucleares, tendrían que escuchar el reclamo mundial de los pueblos y aceptar las propuestas de la URSS. Cuando Europa se arma —ésta es la experiencia histórica—, la paz pende de un hilo, la guerra puede estallar en cualquier momento.

Ante esto es necesario dar un nuevo impulso a los movimientos mundiales por la paz y el desarme, aplicar una política de amplia cooperación entre los diferentes destacamentos de los luchadores por la paz, presionar desde distintos puntos y posiciones al gobierno de los Estados Unidos para que modifique su posición belicista.

El nuevo impulso a la carrera armamentista ha venido a coincidir con la agudización de las pretensiones intervencionistas del gobierno de Reagan. Centroamérica es un punto neurálgico de dichas pretensiones. Esa región

de nuestro continente fue considerada como zona de intervención, injerencia y sometimiento de los Estados Unidos a partir de la colonización del oeste norteamericano, después de que le fue arrebatada a México más de la mitad de su territorio original, porque se convirtió en la ruta marítima más corta a California. Así, Panamá fue convertida en una semicolonias norteamericana, y los Estados Unidos intervinieron de manera sistemática en la imposición de las dictaduras oligárquicas centroamericanas. Las cosas han empezado a cambiar en América Central, y el imperialismo yanqui resiste desesperadamente, buscando no perder su dominación sobre esa zona del mundo. La revolución nicaragüense es la primera revolución democrática y antimperialista victoriosa de Centroamérica, y contra ella se enfila el poderío de los Estados Unidos. Ésa es la causa de tanta agresión, bloqueo y provocación contra el pueblo de Nicaragua y su gobierno revolucionario.

La revolución salvadoreña es enfrentada por los Estados Unidos con un despliegue militar que pone las cosas cada día más al borde de la intervención masiva del ejército norteamericano.

La tesis del presidente Reagan de que la situación centroamericana es reflejo directo de la llamada *pugna Este-Oeste* no solamente es por completo falsa, sino que busca la cobertura con la que se legitime a los ojos del pueblo norteamericano la actual intervención estadounidense e, incluso, la invasión militar masiva a Centroamérica.

En la crisis centroamericana cuatro países de nuestro continente realizan esfuerzos por conseguir abrir negociaciones pacíficas y evitar el estallido de una guerra generalizada. El PSUM ha considerado que el Grupo Contadora debe en estos momentos ir más a fondo en su propósito. Es preciso oponerse abiertamente al envío de soldados norteamericanos a Honduras, pues, como se ha dicho, el gobierno de Washington habla de paz y de negociación, y hace exactamente lo contrario, con un increíble cinismo, al enviar tropas a Centroamérica. El Grupo Contadora ha hecho, ciertamente, esfuerzos serios hasta hoy, pero no es aceptable que el gobierno de Reagan pueda tomarle tranquilamente el pelo a ese grupo de países. Si se está de acuerdo con las negociaciones y con las gestiones de Contadora, como se ha dicho, no se puede aceptar de ninguna manera la ocupación militar extranjera de una parte del territorio de Honduras.

Hemos advertido que si se desata la guerra generalizada en Centroamérica, si Nicaragua es intervenida militarmente por los Estados Unidos y el ejército títere de Honduras, muchos latinoamericanos no vacilarán en acudir al primer llamado del gobierno sandinista para pelear, como lo hicieron antes en España, por la democracia y la libertad. América Central puede convertirse en un Vietnam, pero con participación de los pueblos de América Latina, y eso lo debe tener muy en cuenta el señor Reagan.

El PSUM comparte plenamente la posición favorable al diálogo y la negociación que ha asumido el gobierno de Managua. Comparte también la política del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional de proponer una solución negociada a la actual guerra civil en ese país, y considera completamente válida y necesaria, en las actuales condiciones y desde el punto de vista revolucionario, la búsqueda de una salida negociada, que de ninguna manera quiere decir capitulación y claudicación.

Nuestro partido ha manifestado en repetidas ocasiones su disposición

para llevar a cabo acciones conjuntas de solidaridad con los pueblos de Centroamérica, especialmente con el gobierno de Nicaragua, los revolucionarios salvadoreños y los guerrilleros guatemaltecos, con las diversas fuerzas políticas, incluidas las incorporadas al partido oficial.

La posición del gobierno mexicano respecto a Centroamérica y su oposición a que los Estados Unidos intervengan militarmente en esa región corresponden a una tradición histórica de un país y un Estado que han tenido que enfrentar invasiones y ocupaciones norteamericanas a lo largo de su historia. Tal posición encierra una necesidad de Estado, y en tal virtud juega un papel importante en los esfuerzos por contener las pretensiones norteamericanas. Pero el PSUM lucha, al mismo tiempo, en favor de que el gobierno de México asuma una posición más sólida de ayuda material al gobierno sandinista y reconozca al FMLN-FDR como parte beligerante de una guerra civil. Asimismo, reiteramos que México debe ingresar, sin reticencias y de inmediato, al Movimiento de los Países No Alineados.

Nuestro partido apoya plenamente la lucha de los revolucionarios guatemaltecos contra la dictadura militar que oprime al pueblo de Guatemala. Demanda que a los refugiados provenientes de ese país se les dé el trato de tales, conforme al derecho internacional, y denuncia las incursiones de soldados guatemaltecos en territorio mexicano, que han sido verdaderas persecuciones contra los refugiados. A nuestros compañeros guatemaltecos, toda nuestra solidaridad y respeto.

En esta oportunidad queremos, también, reiterar nuestro apoyo al pueblo de Palestina y a la OLP en su heroica lucha por conquistar su patria, a la que legítimamente tienen derecho.

IX

La crisis económica y la política antipopular y contraria a los intereses nacionales que aplica el gobierno del presidente de la Madrid han generado una extensa ola de descontento e indignación. El pasado mes de junio muchos miles de trabajadores recurrieron a los emplazamientos a huelga, y una considerable parte de ellos llegó a la suspensión del trabajo. La demanda de esa ola huelguística fue el aumento salarial de emergencia, ante el evidente deterioro de la capacidad adquisitiva de los salarios. Mas las huelgas y las movilizaciones de masas impugnaron en los hechos, y en algunos casos en el discurso, la política económica y social del gobierno.

Nuestro partido tomó parte en esta lucha laboral mediante su apoyo a dicha demanda y la movilización de sus efectivos. Algunos voceros oficiales y oficiales han cuestionado el derecho del PSUM a proceder de esa forma. Pierden su tiempo. Nuestro partido lo ha hecho y lo hará, pues tal conducta responde no sólo a su legítimo derecho, sino a su más elemental obligación.

Las huelgas de junio descubrieron una nueva faceta de la política del presidente. En esta ocasión se rompió con una vieja tradición, según la cual el gobierno intervenía centralmente en la determinación del monto del ajuste salarial y usaba su fuerza para hacerlo general, mientras que ahora

intervino para impedir la generalización de los aumentos. Asimismo, una parte muy importante del Congreso del Trabajo —siguiendo la línea gubernamental— se opuso a la demanda y a los emplazamientos a huelga, con lo que no solamente rompió lo que pudo haber sido un frente laboral, sino que además aceptó cínicamente la política de deprimir los salarios.

El aumento al salario mínimo, que alcanzó un promedio de 15 por ciento, no solamente fue insuficiente, sino que estuvo acompañado de una cadena de alzas en artículos básicos, como respuesta inmediata del gobierno y la burguesía.

Las huelgas, a pesar de su extensión, no lograron abarcar a ninguno de los llamados sectores estratégicos de la economía. Esto debilitó enormemente al movimiento huelguístico y permitió que el gobierno continuara con su política de negociaciones empresa por empresa. Al mismo tiempo ayudó mucho a que el gobierno aplicara una conducta inescrupulosa al señalar a un segmento del movimiento sindical y negarse totalmente a concederle aumento salarial. Estos sindicatos fueron los universitarios, que a pesar de que realizaron huelgas les fue negado cualquier aumento, en momentos en que en las industrias y servicios claves los incrementos llegaron a 20 por ciento, bastante más arriba del aumento al salario mínimo.

Con esta conducta el presidente y su grupo gobernante intentan tomar represalias contra los sindicatos democráticos y no incorporados al partido oficial. Se busca así limitar las posibilidades de que estos sindicatos se conviertan en la cabeza de una amplia corriente sindical. De esta forma, se usa el poder del Estado para tomar represalias políticas a cuenta del partido oficial, y se hace con el mayor cinismo.

Las huelgas y movilizaciones de junio constituyen un aviso de lo que puede ocurrir en el movimiento sindical del país y fueron una expresión muy clara de la impopularidad de la política económica del gobierno. La mayor central sindical del país, la CTM, a pesar de su tradicional apego oficialista y de sus vacilaciones e incongruencias, se decidió a dar la lucha, aunque sin movilizar activamente a los trabajadores, no sólo a los huelguistas, sino a todos sus afiliados, como debió haberlo hecho de acuerdo con las circunstancias. Fue, sin embargo, la principal organizadora de las huelgas. Este hecho es de suma importancia política y revela el estado de ánimo que se desarrolla en el movimiento sindical del país.

El PSUM está dispuesto a hacer su mejor esfuerzo en favor de un mayor despliegue del movimiento sindical en pos de sus reivindicaciones y demandas. Está de acuerdo, también, en la necesidad de forjar un polo de organización y dirección de las luchas sindicales con una orientación democrática, y se ha comprometido a respetar íntegramente las estructuras sindicales que se asientan en acuerdos democráticos.

Éste es el momento de considerar muy seriamente la unidad de los sindicatos que representan una alternativa democrática en el movimiento sindical del país. Los pasos ya emprendidos en esta dirección deben tener, en nuestra opinión, la necesaria continuidad.

Las jornadas huelguísticas de junio fueron solamente el anuncio de combates que están por venir. A la preparación de esas nuevas luchas nuestro partido debe volcar su acción política y su propaganda.

Los escasos meses del nuevo gobierno lo han caracterizado ya como un

grupo duro que pone oídos sordos a la mayor parte de los reclamos populares y laborales. Esta característica del nuevo gobierno está provocando desbordamientos en algunas luchas y ha llegado a producir respuestas represivas de carácter masivo con la utilización de la fuerza pública. Al mismo tiempo, no se ha querido poner un alto a la criminal conducta de los viejos cacicazgos, que continúan haciendo víctimas de la violencia a campesinos de diversos puntos del país, como han sido los casos de compañeros del PSUM asesinados en varios estados en los últimos meses.

Un conjunto de hechos indica que existe una tendencia a la utilización de formas represivas para imponer la política gubernamental. Queremos advertir que de desarrollarse tal tendencia y las provocaciones gubernamentales, se estarán creando las condiciones para respuestas enérgicas de sectores populares del país. Nuestro partido —vamos a decirlo muy claro— no aceptará las provocaciones del gobierno, no realizará actos ilegales; pero advertimos que —como lo demuestra la experiencia— el camino de la represión y la provocación está lleno de situaciones adversas para los que inspiren tales conductas.

La situación del país y la política del grupo gobernante, que ha acentuado sus rasgos autoritarios y represivos, obligan a nuestro partido a profundizar su oposición. Esta profundización debe centrarse en la necesidad de ir más al terreno concreto en nuestros planteamientos programáticos, a fortalecer nuestra capacidad de dar respuestas, a difundir la alternativa socialista como única salida de fondo a los problemas del pueblo y de la nación. Debe abarcar también una mayor movilización del conjunto del Partido, una más desplegada actividad política en los centros de trabajo, en los municipios y en las luchas de masas, incluidas en ellas las electorales. Es necesario, igualmente, aumentar la denuncia como arma política y profundizar la crítica a la conducta gubernamental. La situación actual requiere mayor combatividad, y no se necesita demasiado debate sobre lo que está ocurriendo para llegar a tal conclusión.

Los recientes triunfos de Acción Nacional en varias ciudades de Chihuahua y Durango son la expresión de la búsqueda de sectores populares por encontrar nuevas soluciones a los problemas políticos y económicos, a pesar de que una de las características de esas elecciones fue la enorme abstención. Reflejan, también, un relativo agotamiento del priismo y del sustento popular del partido oficial. Sin embargo, dichos triunfos del partido de derecha opositor son una falsa salida, una ilusión. El PAN es un partido de derecha, que no lucha por la democracia, sino por un pedazo de poder, y sustenta una política económica todavía más antipopular que la del gobierno. Asimismo, los triunfos del PAN expresan también la debilidad del PSUM para aglutinar y organizar a los trabajadores; el descontento popular puede ser canalizado por nuestro partido si logramos un mayor desarrollo político y orgánico del PSUM. A estos triunfos panistas han hecho una aportación los sacerdotes reaccionarios y los grupos de la burguesía más derechista, especialmente vinculada con la economía norteamericana.

A este respecto cabe denunciar que sectores relevantes del clero católico tienden a actuar de manera organizada y jerarquizada, y que, por lo tanto, el ejercicio de derechos políticos de los ministros de cultos, especialmente para los de la Iglesia Católica, mayoritaria en el país, podría llevar a una ac-

ción corporativa y no solamente a acciones individuales. El PSUM asume y defiende la libertad religiosa, pero está en contra de la participación institucional del clero en las luchas políticas y del otorgamiento de derechos políticos a los ministros de cualquier culto religioso.* Nuestro partido rechaza la formación de un virtual partido eclesiástico que utilizara su influencia moral y política para apoyar a partidos de las clases dominantes, como el PRI, el PAN y el PDM.

El PSUM no admite que las corporaciones religiosas obtengan personalidad jurídica que les permita tener propiedades y considera necesario separar de una vez y totalmente al clero de la educación en todos los niveles.

El diálogo entre miembros del PSUM y los creyentes profesantes, entendido no sólo como el intercambio ideológico, sino como la posibilidad de impulsar luchas populares, sin confundir jamás el Partido con ninguna confesión religiosa, no abarca solamente a los clérigos, ni principalmente a ellos, sino a todos los creyentes, de cualquier credo, cuyas convicciones no se opongan, sino que contribuyan, a la lucha revolucionaria. El PSUM no reconoce ni combate ninguna creencia religiosa; para luchar por el socialismo no es necesario renunciar a ninguna religión.

Los grupos de la burguesía están pasando de su apoyo más o menos pasivo a los partidos burgueses, especialmente al PRI y al PAN, a una acción más resuelta. Ello amerita de nuestra parte una mayor capacidad de denuncia para desenmascarar el carácter de clase de tales partidos y señalar que el rumbo no está en la oposición burguesa y reaccionaria, sino en la oposición socialista, en el partido socialista. Esta mayor militancia política de los grupos de la burguesía expresa, también, una verdadera necesidad política que antes no existía en el grado en que empieza a manifestarse. La participación directa de importantes sectores de la burguesía en la lucha electoral hace urgente legislar acerca del origen y destino de los recursos de los partidos políticos y, especialmente, los utilizados en los procesos electorales. Nuestro partido exige igualdad de condiciones, porque mientras el PRI cuenta con todo el apoyo del Estado y se sostiene con dinero del erario nacional y de los estados, más el que le dan no pocos empresarios, y el PAN está recibiendo recursos de los burgueses politizados, nuestro partido tiene una desventaja económica evidente. Por ello hemos planeado una ley de apoyo económico estatal a los partidos políticos sobre bases proporcionales a su peso electoral, que acabaría con el conocido regateo de las llamadas prerrogativas y con las cuantiosas transferencias ilegales de fondos públicos hacia el partido oficial.

El escándalo de Díaz Serrano ha querido ser presentado como muestra de la renovación moral de la sociedad prometida por el presidente durante su campaña. A este respecto queremos decir que la única base de una verdadera lucha contra la corrupción es la democratización del país, pues el sustento de la corrupción no está en los débiles controles administrativos, sino en la falta de participación popular en la gestión pública. El desafuero de Díaz Serrano se hizo con el voto aprobatorio de nuestros diputados porque éstos consideraron que existían suficientes elementos para que este individuo fuera presen-

* Lo subrayado fue el único punto votado en lo particular por el Congreso, y la diferencia entre los que aprobaron y desaprobaron fue de 22 votos a favor de los primeros.

tado ante un tribunal, pero alrededor del escándalo de los barcos gaseros se encuentran otros muchos funcionarios del régimen de López Portillo. El fraude fue conocido, a lo sumo, tres meses después de que se produjo; la compra de los barcos no tuvo la autorización legal que requería; varios funcionarios por lo menos tienen responsabilidad oficial por no haber actuado conforme a la ley. Es claro, igualmente, que un fraude de más de 30 millones de dólares no se puede realizar sólo por una o dos personas, como lo sostiene el Ministerio Público, porque el gobierno sabía de la compra de tales buques.

El escándalo de Díaz Serrano no es un simple caso de fraude, sino un asunto político nacional de la mayor importancia. Por ello el PSUM demanda que cada partido político pueda acreditar a un observador en el juicio y tenga acceso a todas las actuaciones, pruebas y descargos que se presenten.

La corrupción en PEMEX y en las empresas estatales, en general, no constituye un hecho nuevo, sino que es una de las características de la forma antidemocrática en que éstas se manejan. La concepción prevaleciente en el gobierno, en el sentido de que bastan mejores controles administrativos para impedir la corrupción es, en el fondo, falsa. Es claro que sin dichos controles no se puede vigilar a las empresas, pero éstos son por completo insuficientes. Hace falta la participación democrática y lo más directa posible de los trabajadores, a través de la fiscalización obrera de las paraestatales apoyada en el surgimiento de un nuevo sindicalismo en dichas empresas. En particular, en PEMEX la dirección sindical es fuente de tremenda corrupción, expresión clara de grupos gangsteriles que durante décadas han hecho grandes fortunas personales.

El PSUM defiende las empresas públicas, pero con una actitud de lucha y de oposición a las formas como se manejan. Las principales de ellas continúan subsidiando a los monopolios mexicanos y extranjeros con precios y tarifas bajos. Dichos subsidios son también expresiones de corrupción, pues los gobernantes utilizan el patrimonio nacional en favor de las grandes ganancias monopólicas.

Las jornadas huelguísticas de junio fueron utilizadas por el gobierno para tratar de desaparecer el sindicato de la industria nuclear, primero alentando el esquirolaje en el Instituto de Investigaciones Nucleares, que fue encabezado, entre otros, por militantes y simpatizantes de grupos supuestamente izquierdistas, y, después, mediante una burda maniobra legaloide que impidió el levantamiento de la huelga en URAMEX, condicionando éste a que los trabajadores aceptaran su liquidación. El PSUM reitera hoy toda su solidaridad con los trabajadores del uranio y con su sindicato.

El pasado 3 de agosto la legislatura del estado de Oaxaca declaró *desaparecido* el ayuntamiento popular de Juchitán, en un acto particularmente ilegal y arbitrario. El pretexto que se utilizó fue la provocación y agresión realizadas por el PRI contra un mitin de la alianza COCEI-PSUM, y que fueron atribuidas a las fuerzas populares de Juchitán por la mayor parte de los medios masivos de difusión, el gobierno y el partido oficial.

Estamos, en realidad, frente a un plan elaborado por el PRI y los gobiernos estatal y federal para derrotar al PSUM y a la COCEI en aquella región del Istmo de Tehuantepec. Durante los últimos dos años y medio se

han repetido, una tras otra, las agresiones de los dirigentes del partido oficial, derrotado en las elecciones. En esta ocasión llevaron a cabo una provocación y una agresión en mayor escala.

La destitución del ayuntamiento de Juchitán violó las garantías de audiencia y legalidad, pasó por encima del recientemente reformado artículo 115 de la Constitución federal, no se basó en ninguna disposición jurídica de Oaxaca, ni siquiera se invocó en el decreto una sola disposición legal. ¡Este es el apego a la ley del que habla el presidente de la república!

Pero no solamente fueron el PRI y los gobiernos federal y estatal los que prepararon cuidadosamente el derrocamiento del gobierno municipal de Juchitán, sino también la burguesía oaxaqueña, que durante años estuvo provocando y exigiendo la represión. Han sido también el Partido Acción Nacional y el Partido Popular Socialista, quienes durante estos dos años y fracción se han encargado de calumniar y combatir a ese ayuntamiento. Todas esas fuerzas se han unido en una sola acción. Nuestro partido ha sido firme en la defensa del ayuntamiento popular de Juchitán, ha dado su mejor contribución al éxito de éste; hemos sabido ser leales y firmes en nuestros compromisos políticos.

La lucha popular en el Istmo continuará, no podrá ser detenida por la ilegal medida del gobierno. El PSUM continuará brindándole su mejor contribución, sobre la base de su desarrollo como partido y del desenvolvimiento correcto de nuestra política de alianzas. Pero, al mismo tiempo, surgen interrogantes sobre el futuro político inmediato del país. ¿El gobierno llama a la legalidad, por un lado, para atropellarla e ignorarla, por el otro? ¿Estamos en presencia de una nueva oleada de campañas de prensa, radio y televisión manipuladas por el gobierno, al estilo del periodo de Díaz Ordaz? ¿Se van a seguir utilizando la arbitrariedad y la represión para contener a la izquierda opositora, mientras a la oposición reaccionaria se le brindan garantías? El PSUM recurrirá al juicio político en el Congreso federal, por violaciones a la Constitución, contra el Congreso de Oaxaca y el gobernador del estado. Reclamamos apego a la legalidad, al margen de consignas presidenciales.

Las luchas electorales y parlamentarias tienden a agudizarse en el país. Debido a los calendarios legales de los estados de la federación hay elecciones con suma frecuencia. La línea del PSUM en este aspecto es participar en todas las elecciones y movilizar para ello sus fuerzas. Persiste, sin embargo, en algunos sectores del Partido un cierto menosprecio por la lucha electoral. Es necesario de una buena vez superar esas actitudes y otorgar, en los hechos, la debida importancia a la lucha electoral.

En México persiste un sistema electoral antidemocrático, que le asigna al gobierno el papel central. Persisten los fraudes, a través de innumerables formas. Existe una verdadera mafia electoral priista. Contra todo eso es necesario luchar más activamente e incorporar a tal lucha a mayores sectores del pueblo trabajador.

El PSUM ha propuesto que la Comisión Federal Electoral llame a los partidos a discutir reformas democráticas a la Ley. El gobierno ha dicho, por boca del presidente de la república, que está de acuerdo con esta iniciativa, pero hasta hoy no se han dado los pasos necesarios para llevarla a cabo.

Por otro lado, y como ya hemos dicho, existe la tendencia hacia una bipolarización electoral entre el PRI y el PAN, que solamente el PSUM puede impedir. Tal bipolarización sería antidemocrática, un engaño al pueblo, y nuestro partido tiene hoy la enorme responsabilidad de ser factor decisivo para impedirla. Por ello el PSUM debe convertirse en una gran fuerza electoral, en verdadera opción ante los electores. Éste es un gran reto para nuestro partido, por lo que debemos comprometernos, sin excusas, a enfrentarlo con auténtico espíritu revolucionario.

En esta misma dirección, adquiere mayor importancia la lucha parlamentaria. Para el PSUM y para organizaciones sociales y movimientos de masas la acción legislativa ha sido muy importante en los últimos cuatro años, pero ahora, ante esa tendencia bipolarizante, aumenta su significación.

Es necesario aumentar los vínculos entre la base del PSUM y nuestros diputados, y entre éstos y las organizaciones y luchas de masas. Cerca de un millón de mexicanos que concurren a las urnas a dar un voto consciente por nuestro partido esperan mucho de nosotros, y el PSUM debe estar a la altura de tal requerimiento.

De manera específica, se hace necesario acentuar aún más el carácter razonado, de alternativa y combativo de nuestra oposición electoral y parlamentaria.

Nuestro partido llega a este Segundo Congreso en medio de una situación nacional difícil y conflictiva. Nuestra forma de ver tal situación debe llevarnos a hacer un esfuerzo por volcar toda la fuerza, la capacidad y la combatividad del PSUM a la lucha obrera y del resto del pueblo trabajador. El momento nos exige gran responsabilidad y nos demanda mayor esfuerzo.

Nuestro Comité Central confía en que el Partido sabrá hacer frente a los retos actuales, profundizar su unidad, desarrollar las filas de los socialistas unificados, aumentar nuestra combatividad, impulsar más y mejores luchas de masas, incrementar el prestigio del Partido, elevar su organización.

Nos hemos unido en un mismo partido para ser verdaderos compañeros de lucha. Debemos dejar atrás, por tanto, el viejo espíritu de grupo. Hoy constituimos un partido; hagámoslo posible, fuerte, combativo. Muchos han predicho nuestra división y la buscan afanosamente. Pero la base de nuestro partido, sus militantes, quieren la unidad; tienen la profunda convicción de que podemos llevar a cabo los propósitos de la formación del PSUM. El Comité Central está consciente de esto, que es, en buena parte, lo que le ha animado a hacer esfuerzos en pos de la construcción de un partido más fuerte y más unido. ¡Continuemos con mayor decisión la gran iniciativa que fue la formación de nuestro partido! ¡Demos un nuevo impulso a la lucha por el socialismo, que es la verdadera alternativa revolucionaria y democrática para el pueblo trabajador y la nación! ¡Unámonos más para luchar con renovada convicción y combatividad!

el proceso de la unidad*

El Segundo Congreso del PSUM generó algunas especulaciones, primero, y variadas interpretaciones, después. Se cuestiona en todos los casos la viabilidad de un partido socialista surgido de la unidad de diversos grupos y del encuentro de corrientes diferentes. La especulación de que el Partido se dividiría en una pugna por la dirección fue desvanecida por los hechos mismos. Demostrar que el Segundo Congreso representa un avance en la lucha socialista y en la confrontación del Partido es tarea actual.

El objetivo fundamental del Congreso fue desarrollar la táctica. La posición del Partido frente a la nueva situación política y especialmente ante el nuevo gobierno, que pretende modificar aspectos importantes del Estado, constituyen un punto central definitorio de la táctica de cualquier organización política. El Comité Central del PSUM preparó documentos que recibieron un amplio apoyo del Partido y del Congreso. El Informe Político de la dirección saliente mereció una votación unánime, lo que es del todo inusual en la izquierda democrática del país.

El enfoque táctico actual del PSUM parte de que ha culminado el largo proceso de ascenso y predominio del sector derechista del aparato del Estado. El gobierno actual no solamente expresa una nueva política económica, sino, también, una visión del país que se fue imponiendo paulatinamente. Estamos frente a un cambio político gradual que ha culminado, y, por tanto, muchas cosas empiezan a cambiar con mayor rapidez. Se busca dejar atrás el Estado promocional que tomó en sus manos la organización de los productores, *creó una clase media* acomodada, promovió directamente la industrialización, se convirtió en fuente de acumulación originaria de capital, impulsó la monopolización con protección estatal directa, creó una burocracia estatal que es, al mismo tiempo, la dirección política del partido oficial. Por ello, los métodos de tal Estado, la demagogia, la corrupción en gran escala, las concesiones económicas al pueblo trabajador para mantener el control político, lo que hoy se denomina *populismo*, son sometidos a la crítica, que, aunque no es nueva, representa, en cambio, el contenido principal del discurso de los actuales gobernantes.

No será fácil, sin duda, que las bases políticas del Estado cambien de un

* Publicado en *UnomásUno* y en *Así Es*, número 79 —9 al 15 de septiembre de 1983—.

día para otro. Sin embargo, el programa del gobierno es claro y se dirige a crear una nueva situación.

Las reformas propuestas por el presidente y su grupo gobernante son de derecha. No buscan cambio progresivo alguno. De la crítica del Estado y de la sociedad sacan las conclusiones de que se requiere un capitalismo más moderno, más nítido, con un mayor desarrollo de las *libertades* capitalistas y empresariales.

Hasta ahora la nueva orientación predominante se expresa de manera más clara en la política económica. Ello se debe a la crisis. Pero sería incorrecto considerar que la nueva visión estatal de México se reduce a la economía.

El predominio del sector más derechista del aparato del Estado, al parecer inevitable, demostró que el cambio burgués que la situación reclamaba podía realizarse sin el triunfo de la derecha opositora, sin una ruptura en la continuidad estatal, sin el desplazamiento del partido oficial. Por ello, no pocos sectores de la burguesía y de la pequeña burguesía dudan de la autenticidad del cambio que proclama el presidente, y los sectores que tienen base popular en el PRI sostienen que no ha ocurrido viraje alguno. Los socialistas no podemos encerrarnos en los prismas tradicionales. El *gatopardismo* burgués no es nada nuevo: nada cambió para que todo cambiara.

La crisis económica, y particularmente la nacionalización de la banca, fueron los detonadores del cambio encabezado por el presidente. Mas lo que está en el fondo de este fenómeno es el desarrollo de la influencia de la gran burguesía, politizada al ritmo de la crisis económica, que reclama que el gobierno no puede estar por encima de ella, pues se declara que la existencia misma de éste se debe a la aceptación de los capitalistas, y no al revés. El desarrollo de la conciencia de clase de la burguesía y su mayor participación política y social son parte fundamental de las bases sobre las cuales se sustenta el cambio político actual.

En estas condiciones, ¿cuál es el camino de los socialistas? Se podría pensar en esperar la reacción de los sectores populares agrupados en el PRI una vez que se den cuenta de lo que está ocurriendo. Podría confiarse, de otro lado, en estallidos espontáneos y desorganizados como respuesta a la política económica del nuevo gobierno. Es posible, también, considerar que el viraje reaccionario fracasará o se hundirá en sus propias contradicciones, por lo cual habría que apoyar a los sectores *centristas* del gobierno. El Congreso del PSUM dio a esto una respuesta muy diferente. Es necesario construir un polo de atracción con un programa de alternativa propio, con una política socialista, que sea capaz de canalizar la inconformidad obrera y popular. El descontento generado por la crisis y por la política del gobierno coincide, por decirlo así, con las salidas que ofrecemos los socialistas. Por ello, la política que hay que aplicar no consiste en ofrecer un programa de simples rectificaciones y, menos aún, en tratar de volver a la situación que el país tenía antes de la última crisis. La posición socialista para hoy es viable, y su futuro consiste fundamentalmente en el desarrollo de la fuerza socialista.

La política de alianzas, la búsqueda de puntos de acción común con otras fuerzas de diverso signo ideológico y político, están regidas por la necesidad imperiosa, y al mismo tiempo alcanzable, de construir esa gran

fuerza socialista de masas. Esto quiere decir que las alianzas deben promoverse para encontrar caminos de lucha y no para mediatizar. El PSUM ha declarado muy enfáticamente que su actividad está muy alejada de las viejas costumbres en la izquierda de servir de fuerza de apoyo a otras corrientes, supuestamente más viables, que corregirían los malos rumbos. Este partido cree en la constitución de una fuerza nueva, de la que él mismo formaría parte, capaz de convertirse en alternativa. Esa fuerza tiene ya cimientos contruidos.

La formulación de una táctica socialista es todo un proceso. No hay duda de que el PSUM está obligado a examinar y reexaminar a cada momento la situación del país y sus propios postulados programáticos. Mas en ese proceso hay momentos definitorios. Un partido surgido de la unidad de diversos grupos requiere, en mayor medida, una discusión permanente y rica. A pesar de grandes dificultades, el Segundo Congreso lo logró.

El PSUM es un partido que convoca. La fuerza de su convocatoria depende de su línea política y de su democracia interna, de la imagen que proyecte hacia la sociedad. Por ello, el Congreso quiso subrayar que la oposición de los socialistas se basa en un programa de alternativa, en la propuesta de todo un camino de lucha para lograr transformaciones democráticas con una muy clara perspectiva socialista.

Profundizar la oposición significa, hoy, tener más y mejores respuestas. Frente a una crisis tan profunda como la actual, el PSUM busca dos objetivos centrales: derrotar la política económica del gobierno y lograr un proceso de democratización política del país. La acentuación derechista del aparato del Estado se expresa de manera más clara y directa en la política económica. Asimismo, la crisis económica lleva a la clase obrera y a otros sectores del pueblo trabajador a defender sus niveles de vida como no ocurre en otras condiciones. Las recientes huelgas de junio y otras movilizaciones y acciones populares han demostrado que se gesta en el país un nuevo estado de ánimo entre los trabajadores, surgen nuevos cuadros de dirección, aumentan la experiencia y la combatividad en las masas.

Derrotar la política económica es un objetivo concreto, que se expresa a través de diversas consignas, como el aumento de salarios, la escala móvil, la moratoria de la deuda, el aumento de los precios de garantía, el control de precios, el incremento en el crédito a los campesinos, el reparto de tierras, el control de cambios, la reducción de los tipos de interés, la aplicación de un programa de nacionalizaciones, la reorientación de la banca. Estas demandas, vistas aisladamente o en su conjunto, son efectivamente movilizadoras.

Junto a lo anterior, es preciso definir con claridad que las movilizaciones de masas no pueden ignorar las consignas directamente democráticas. Es necesario que los trabajadores que se van incorporando a la acción luchen por cambios políticos que permitan un clima democrático que no puede reducirse al diálogo entre convencidos, sino que debe traducirse en la conquista de nuevos derechos, especialmente la libertad y democracia sindicales, y la democratización de los órganos representativos del Estado, como son los ayuntamientos y las cámaras. La nueva reforma política por la que lucha el PSUM abarca, naturalmente, las cuestiones electorales, pero de ninguna manera se queda allí. Es necesario desarrollar la agitación, la propaganda y las movili-

zaciones en torno a un nuevo sindicalismo y una forma completamente inédita de decidir los asuntos públicos.

Luchar por la derrota de la política económica y social del gobierno y promover un proceso de democratización política son formas precisas de profundizar la oposición socialista, que algunos hemos llamado la radicalización de la línea política y que es un proceso que ya tiene manifestaciones tangibles. La participación en las jornadas huelguísticas de junio de este año, la defensa de los municipios de izquierda, especialmente el de Juchitán, pero también otros que han sido acosados, el esfuerzo por rechazar los intentos de marginación electoral del PSUM y de provocar su lanzamiento a la ilegalidad, son formas precisas, concretas, en las que se puede observar una profundización de la actividad opositora de este partido y de una buena parte de la izquierda nacional. Mas dicha profundización tiene expresiones básicas en el esfuerzo que se hace por afinar las alternativas y aumentar la denuncia concreta de los actos del gobierno y de los grupos de la gran burguesía dominante.

El Congreso señaló con precisión las tres grandes tareas del Partido: el desarrollo de un amplio movimiento de masas, independiente del gobierno y de la burguesía, y no incorporado a ningún partido político; la construcción de un partido socialista, obrero, revolucionario, de masas; y la unidad de la izquierda.

Estas tres grandes tareas son, en opinión del Congreso, elementos que rigen la actividad permanente del Partido. No son cuestiones cuya solución requiera un simple acto, y, por lo tanto, deben estar presentes en todos los actos, en todas las luchas.

El Segundo Congreso señaló rumbo; precisó objetivos y tareas. ¿Puede decirse, entonces, como se ha hecho, que fue un paso atrás?

Acerca de las discrepancias en el Segundo Congreso

El Congreso del PSUM se enfrentó también a problemas internos, y se manifestaron algunas discrepancias. Como en todo partido democrático, cualquiera de sus miembros está en condiciones de ejercer sus derechos plenamente. Por ello, ciertos hechos aparecen como anómalos. Sin embargo, para poder juzgarlos serenamente es preciso analizar la situación general del Partido.

El PSUM se integró no solamente con corrientes socialistas diversas, sino también con distintos grupos de dirección política. Esos grupos no se disolvieron de manera inmediata, sino que intentaron amalgamarse en un solo cuerpo de dirección. Lo que ocurrió en la práctica es que se integró una dirección compartimentada que, aunque avanzó significativamente en la elaboración de una línea política común, no logró totalmente la formación de un nuevo aparato dirigente ni logró inventar una forma nueva de abordar las discrepancias ideológicas propias de este partido.

En el momento del Congreso, que comprendía la elección de un nuevo Comité Central, esa compartimentación, esa ausencia de un grupo dirigente bien integrado, se manifestó con entera claridad. Al mismo tiempo, algu-

nos postulados ideológicos de muy antigua raigambre en segmentos de la izquierda aparecieron nuevamente contradiciendo los documentos básicos del PSUM; *marxismo-leninismo* contra la posición del Partido de considerar que su teoría es el *socialismo científico*; *dictadura del proletariado* contra el concepto y la concepción aceptados de *poder obrero democrático*; y todo lo que hay atrás de la polémica que ello supone.

Sin embargo, los resultados del Congreso no profundizaron la compartimentación dirigente ni las divergencias ideológicas se hicieron más enconadas. El PSUM mantuvo sus documentos básicos, que fueron el sustento de la unidad, y nombró un Comité Central integrado por cuadros de experiencia dirigente.

A partir del Segundo Congreso es posible intentar la formación de un amplio núcleo dirigente con la participación de todos los cuadros que proceden de los diversos partidos que se fusionaron. En lugar de mantener una relación entre los viejos aparatos de dirección, es posible ahora establecer relaciones entre integrantes individuales de la misma dirección política. Tal es lo que muchos buscan activamente y lo que en buena medida resulta del Congreso.

De manera inobjetable, el Congreso resolvió iniciar una discusión sobre la política de crecimiento y funcionamiento de sus organismos de base y de dirección intermedia. Se acepta por todos que el PSUM debe ser un partido de militantes organizados que ejerzan sus derechos y obligaciones. El problema que está por resolverse es cómo lograr que las organizaciones del Partido sean, al mismo tiempo que integradas, capaces de recibir en su seno a muchos militantes.

Es necesario también que el Partido aclare cómo quiere crecer y hacia qué sectores fundamentalmente. La Conferencia de Organización se llevará a cabo dentro de algunos meses.

La única discrepancia que planteó el Informe del Comité Central fue sobre los derechos políticos de los ministros de los cultos religiosos. En el Informe se hizo una crítica —compartida por todos— contra el clero que actúa de manera corporativa en favor del PAN, el PRI y el PDM, pero se afirma además que bajo tales condiciones no se puede estar a favor del otorgamiento de derechos políticos plenos y legales a los curas. Esta posición, apenas mayoritaria por escaso margen de 20 votos, fue objetada con el argumento de que el principio de luchar por los derechos políticos de todos los ciudadanos en pie de igualdad incluye también a los sacerdotes.

Sin embargo, algunos comentaristas del Congreso han afirmado que en el PSUM avanzaron posiciones *jacobinas*. Esta afirmación es del todo gratuita y no puede surgir más que del análisis subjetivo que provoca perder una votación después de una discusión ciertamente apresurada. En realidad, por vez primera desde su formación, el PSUM proclamó oficialmente su laicismo al declarar que no fomenta ni se opone a ninguna religión, al asumir plenamente la libertad religiosa y al proponer abiertamente un diálogo con los creyentes e, incluso, con los clérigos.

La discusión está ubicada, por lo tanto, en otro terreno, y no en el debate entre jacobinos y marxistas. La función del clero como institución de la sociedad debe estar desligada de la lucha política como parte de la separación de aquél respecto del Estado. Esto se acepta. La cuestión es saber en

cada caso si los derechos políticos plenos de los curas se traducirán en el ejercicio individual y democrático de los sacerdotes o en medio para la formación de un virtual partido eclesiástico dominado por una jerarquía reaccionaria y enemiga de las causas populares y democráticas. El principio de igualdad política de todos los ciudadanos, admitido, aceptado y defendido por el movimiento obrero y por los marxistas, no se puede traducir automáticamente, bajo cualesquiera circunstancias históricas, en el otorgamiento de derechos a los ministros de los cultos religiosos. Se requiere, por lo menos, analizar qué significación tendría desde el punto de vista de la democracia. Los derechos de los curas podrían ser una bandera democrática sobre la base de la libre actuación de los sacerdotes, pero puede atentar contra un proceso democrático abrir la puerta para que el clero se pueda convertir, por efecto del otorgamiento de los derechos de unos curas sometidos por las jerarquías, en una corporación política antidemocrática y antipopular plenamente legalizada.

Cierto y claro que los curas intervienen en la lucha política y que las jerarquías reaccionarias tratan de reprimir a los sacerdotes de izquierda, todo lo cual impone deberes a los socialistas para actuar en consecuencia. Pero otra cosa es levantar la bandera de los derechos políticos de los clérigos para legalizar su conducta corporativa, jerarquizada, reaccionaria y antidemocrática en un país en el que la despolitización del pueblo es una de las causas de fondo de la antidemocracia, incluyendo la existente dentro de la Iglesia.

El debate va a continuar, pero en cualquier caso es necesario reconocer que ésta no es de las cosas que *echan a perder* a un partido revolucionario ni le impiden ser la fuerza democrática.

Se ha dicho también que el texto del Informe del Comité Central sobre la cuestión de los derechos de los curas, así como otras cuestiones, fueron producto de negociaciones y concesiones en aras de la unidad. Tal apreciación está reñida con la realidad. En el Segundo Congreso no se produjo ninguna negociación bajo la amenaza de la unidad; ésta era el presupuesto de todas las discusiones y proposiciones.

El Congreso del PSUM nos mostró un Partido en proceso de unidad. Era iluso considerar que un año y medio era suficiente para culminar una original obra política. Este elemento debe ser tomado en cuenta al juzgar al Congreso y al PSUM, y, sobre todo, para tomar ahora las medidas que permitan la integración orgánica y política más completa. La base del Partido así lo quiere, su dirección está obligada a llevar adelante un proceso de fortalecimiento, organización y crecimiento en el marco de la lucha en la que todos los miembros de este partido estamos comprometidos.

la burocracia priísta, degradada*

Hace apenas dos años que se llevó a cabo la constitución de nuestro partido. Lapso pequeño en el que es difícil realizar un balance o siquiera una apreciación sobre las consecuencias políticas de aquel audaz paso. Podemos, sin embargo, intentar contribuir al proceso iniciado el seis de noviembre de 1981, abordando algunos de los problemas políticos más importantes de nuestro país y de nuestro partido.

México no solamente vive una aguda crisis económica. Aunque ésta genera respuestas en todas las clases y capas de la sociedad mexicana, no alcanza a describir por completo lo que ocurre. México vive, al mismo tiempo, un cambio en la política. Este cambio —lo hemos dicho— se manifiesta en la culminación de un largo proceso de predominio del sector derechista de la burocracia política gobernante. Por ello ha cambiado el discurso oficial y por ello también la burguesía intenta, en muchos casos, tomar en sus propias manos los puestos públicos, gobernar por sí misma en los eslabones bajos e intermedios de la administración pública.

Durante largos años se crearon condiciones para que predominara en el Estado el sector más derechista, menos ligado a las organizaciones sociales, más alejado de la vida real cotidiana del pueblo, más próximo a los modelos de vida creados en los círculos de la burguesía. Ello es expresión de la degradación de la burocracia política del Estado y de su partido.

Los gobernantes de hoy no provienen de la lucha partidista. No de las organizaciones sociales. No de los gobiernos de los estados y menos aún de los ayuntamientos. Proviene, en su inmensa mayoría, de los organismos del manejo económico, de la banca estatal, de las instituciones más cerradas y antidemocráticas del Estado. Y han venido a sustituir a los *demagogos*. Todo ello es un viraje gestado en el seno mismo de la burocracia gobernante, para tratar de atemperar la degradación de la llamada clase política mexicana. Mas estos gobernantes de hoy, los críticos del llamado populismo y la demagogia, están por igual inmersos en ese fenómeno de degradación política, y con su actitud autoritaria, de espaldas a las demandas y requerimientos populares, aceleran el proceso degradante. Y, aún más, la derechización de la burocracia gobernante acentúa uno de los factores que

* Discurso en el segundo aniversario de la formación del PSUM. Noviembre 6 de 1983.

la llevaron a esa degradación: el autoritarismo, las *soluciones* por decreto a los problemas sociales, la aplicación de una política decidida por *expertos*, la puesta en práctica de la conducta de oídos sordos, bajo la vieja divisa de que *el pueblo aguanta*.

La crisis económica ha sido una palanca de aceleración de este fenómeno, que, aunque viene de muchos años atrás, adquiere en nuestros días una mayor claridad y complementación. La política económica se decide en una cúpula selecta e inaccesible de burócratas, a la que no ha conmovido un solo de los muchos reclamos justos que se escuchan por todo el país. No importa para esa cúpula que al hacer frente a la crisis, bajo su concepción y con sus actos, los trabajadores del país tengan que pagar un costo altísimo, que los asalariados hayan perdido ya casi una tercera parte de su capacidad de compra, que a los campesinos productores de granos no les costee trabajar, que miles de pequeñas e, incluso, medianas empresas hayan tenido que aceptar la quiebra, que los desempleados se reproduzcan ya por millones y los jóvenes trabajadores carezcan de perspectivas de empleo, que el oneroso pago de la deuda externa se haya convertido en un verdadero saqueo del país, mientras el grupo gobernante se niega a declarar la necesaria moratoria. Ningún gobierno con mínima raigambre popular podría mantener rigidamente una política de no hacer nada para remediar, siquiera en parte, la dramática situación que padecen los trabajadores del país y, por el contrario, continuar aplicando firmemente una orientación que tiene el propósito declarado de hacer más pobres a los que con su trabajo hacen posible toda la riqueza nacional. Júzguese si no estamos frente a una burocracia política degradada, que se ha convertido en el orgullo de los directivos del Fondo Monetario Internacional y de los banqueros de los países imperialistas.

En materia de derechos políticos, los gobernantes actuales están profundizando la vieja conducta de aquellos llamados populistas y demagogos a los que tanto critican. No hemos visto un solo acto de reforma que tienda a propiciar la democracia política. Las modificaciones recientes al artículo 115 de la Constitución no están hechas para otorgar a los ayuntamientos más derechos y mayores libertades. Por el contrario, se llevó a la Carta Magna el derecho de las legislaturas locales para destituir a los ayuntamientos. La representación proporcional en todos los municipios del país —única modificación del artículo 115 que nuestro partido apoyó— se regatea cínicamente, al grado que se *interpreta* de la manera más burda y descarada para establecer una simple representación minoritaria en los ayuntamientos, y en algunos estados a partir del 15 por ciento de los votos emitidos. Se dice oficiosamente que ese cambio en la Constitución fue un error y que de ninguna manera se deseaba establecer un sistema democrático de asignación proporcional. Pero la Constitución dice claramente que en todos los ayuntamientos regirá el principio de la representación proporcional. ¿Qué garantías ofrece un gobierno y un partido que violan tan descaradamente aquella ley por ellos mismos promovida?

✓ por si todavía se quiere hablar de las buenas intenciones democráticas del gobierno actual hay que mencionar el intento vergonzoso de rehabilitar el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana mediante la restitución de su registro electoral. Volver a poner en pie esa excrescencia de la política

mexicana, esa sucursal mal regenteada del partido oficial, como mera maniobra electoral, como burdo engaño y válvula de escape de la disidencia priísta, no es más que un síntoma evidente de la degradación de la burocracia política gobernante.

En los meses recientes hemos observado en diversos estados un nuevo despliegue del *hampa electoral* y de las maniobras y fraudes de tal mecanismo priísta. Esto pone en el orden del día la necesidad de propiciar una muy amplia coincidencia para lograr cambios que permitan arrebatarse el control de las elecciones al hampa priísta.

Pero si lo anterior pudiera considerarse extravío momentáneo, allí está el vergonzoso caso del manejo de Uranio Mexicano y el Instituto de Investigaciones Nucleares, donde, por encima del interés nacional de desarrollar la producción del uranio y de la energía atómica, se busca romper con uno de los más destacados sindicatos democráticos del país. Al gobierno no le importa afectar el futuro de la industria nuclear con tal de golpear al nuevo sindicalismo que se abre paso, utilizando para ello la arbitrariedad laboral y el patrocinio de sedicentes izquierdistas que llegaron hasta el vergonzoso esquirolaje de la huelga de junio. Con tal conducta, lo que en realidad se pone de manifiesto es el manejo politiquero de una rama de dominio exclusivo de la nación.

En la conducta antinacional del gobierno en el asunto de los organismos del uranio y las investigaciones nucleares se encuentra una actitud de mayor fondo. Los actuales gobernantes han sido incapaces —al igual que sus antecesores— de establecer con claridad unas reglas políticas. A la izquierda se le rechaza el registro de sindicatos de obreros agrícolas, se le niegan aumentos de salarios cuando otros trabajadores los obtienen, se le destituye un ayuntamiento democráticamente elegido, se le imponen restricciones a su libertad de hacer propaganda en las calles, se le niega el derecho de información al acallarse en los medios electrónicos sus actividades públicas, se discriminan sus gestiones ante muchas autoridades, se le rechazan invariablemente sus recursos de amparo, se persigue en muchos lugares a sus dirigentes y a sus candidatos a puestos públicos. La ley no se aplica igual para las diversas fuerzas políticas del país. Somos, hasta ahora, víctimas de un trato discriminatorio, ilegal, arbitrario. Este gobierno —como cualquiera— está obligado a aplicar la ley en condiciones de igualdad, pues de lo contrario carecerá de cualquier autoridad para invocarla.

Esa vieja costumbre de utilizar la legalidad sólo cuando conviene, de vivir en el borde del derecho y del delito, haciéndose para un lado u otro según las conveniencias y el carácter de la fuerza que se tiene enfrente, es una de las viejas costumbres que han llevado a la burocracia política a la degradación en que está sumida.

La aplicación desigual de la ley, que favorece a los políticos del partido oficial y a la burguesía, solamente propicia el desarrollo de la tendencia bipartidista, de la que el gobierno se queja pero no hace nada contra ella. Los actuales gobernantes se lamentan de la fuerza electoral que ha adquirido Acción Nacional, pero no quieren reconocer que ellos mismos han hecho mucho en favor del partido de la derecha opositora. No se trata solamente de la discriminación contra la izquierda en la aplicación del derecho, sino también del acercamiento programático entre el grupo gobernante y Ac-

ción Nacional, en las reiteradas concesiones a los grupos más influyentes de la burguesía, en la forma burocrática de combatir la corrupción sin que ello se traduzca en impulsos a la democracia, en el mantenimiento del perverso sistema de mayoría relativa que ubica en el margen a los partidos que todavía no alcanzan a disputar los triunfos electorales en los ayuntamientos, lo que pone las cosas en blanco y negro, y obliga a muchos electores a tener que optar por uno u otro de los partidos burgueses.

Nadie ha hecho más por Acción Nacional que el actual gobierno. Ese partido, expresión viviente de la mediocridad de la burguesía mexicana y de sus *ilustres* abogados, ha recibido el título de partido democrático no por sus propios méritos, sino por la torpeza, la insensatez, la corrupción y el autoritarismo de los gobernantes priistas. El PAN no representa el anhelo democrático del pueblo mexicano, sino a la derecha directamente ligada a los sectores más retrógrados de la burguesía. El relevo del poder, que preconiza, solamente se convertiría en una forma de engaño y manipulación al estilo de la política norteamericana. Ya hemos visto en Ciudad Juárez que los políticos del PAN recurren también fácilmente a la represión contra la libertad de manifestarse en la calle. El PRI no puede ya combatir a Acción Nacional porque está sumido en un proceso de degradación, cargado a la derecha, de espaldas a las demandas más sentidas de los trabajadores. Sólo la izquierda puede hacerlo realmente. Y para ello hace falta fortalecerla, unirla, impulsarla bajo una nueva visión política, la visión de una fuerza histórica. El PSUM está dispuesto a enfrentar este reto, en el marco de su oposición al PRI, a pesar de los obstáculos que se le interponen por cuenta del gobierno del país y de las campañas anticomunistas orquestadas por la burguesía más reaccionaria.

En el ascenso del PAN ha tenido un destacado lugar la utilización de los medios modernos de comunicación en manos de la burguesía. Las estaciones de radio y televisión, el monopolio Televisa y muchos periódicos que se benefician de los favores oficiales se han puesto en gran medida al servicio de la propaganda panista. No se trata solamente de que el PAN tenga con qué pagar y el PSUM carezca de suficientes medios económicos, pues aun con dinero en mano muchas veces somos rechazados, y los panistas, como los priistas, encuentran gratuitamente eco suficiente a sus pronunciamientos. El país no puede continuar sujeto a un monopolio de la comunicación en el que se reparten los medios el Estado y la burguesía, con evidente ventaja para esta última. Es necesario llevar la lucha por la democracia al terreno de la disputa por el derecho a ser escuchados, para lo cual es preciso nacionalizar la radio y la televisión, y garantizar un manejo no estatal, sino democrático, de las estaciones. Nuestro partido demanda del gobierno la concesión para instalar una estación de radio de cobertura nacional. A ello tenemos derecho, desde el punto de vista político y de acuerdo con el texto de la Constitución.

Quienes desde el gobierno se quejan del ascenso de la derecha opositora deberían por lo menos reconocer que el PAN utiliza los recursos que le brindan sus seguidores capitalistas, mientras que el partido oficial gasta los recursos del Estado. En esa confrontación, en la que el poder del dinero se opone al poder estatal, el PRI tiene cada vez menos posibilidades, al mismo tiempo que cada día se hundirá más en la corrupción. Esta situación

solamente puede ser modificada sobre la base de una ley de financiamiento de los partidos. Si este gobierno no la acepta que no se lamente después de que la denuncia de su corrupción se maneje como bandera política y ataque a los más altos niveles de la dirección del Estado.

El llamado populismo, tendencia hasta hace poco predominante en el Estado y que fue la degeneración de la corriente de la revolución mexicana, está irremediablemente en crisis. Su ocaso no puede ser encarado pugnando por su retorno. El agotamiento de esa tendencia política no es necesariamente un acontecimiento negativo, porque en su lugar han llegado los modernos burócratas, siempre que, en vez de volver la vista hacia atrás, impulsemos una oposición cuyo eje sea el programa socialista. No es hora de lamentos por la postergación de aquellas banderas, nunca llevadas a la práctica, que sostuvo el llamado populismo, porque junto a ellas también conocimos la represión, la demagogia y la corrupción. La tendencia que hoy predomina en la dirección del aparato del Estado es, simplemente, el resultado de la crisis y el ocaso de aquel populismo que dejó de ser auténtico al traicionar en los hechos el programa antimperialista y agrario de sus iniciadores y primeros dirigentes. Como no podemos ni debemos tratar de volver atrás, hoy más que nunca el lugar de los partidarios de la democracia y del progreso social está en las filas de los luchadores por un camino que sí es viable, que no niega la historia ni carece de raíces en ella, y que lucha por convertirse en una fuerza histórica de México: el socialismo.

Dicho en otros términos, el PSUM no es una formación política que trate de apoyar a las fuerzas supuestamente menos malas del poder del Estado, que están siendo desplazadas y se agarran al aparato oficial con desesperación. Nuestro partido trata de ofrecer un programa que no es vuelta atrás, sino desarrollo de una fuerza que, siendo hoy opositora y consecuentemente crítica, pretende gestar las condiciones para una nueva democracia, un nuevo poder basado en la participación del pueblo trabajador.

Nuestra política de alianzas no implica supeditación o sumisión del Partido a cualquier otra fuerza. Es, sí, una política realista, contraria al sectarismo, pero que se basa en la conciencia clara de que tenemos un programa que no es intento restaurador de la democracia antimperialista y agraria de los años treinta, y mucho menos de la demagogia social de los regímenes posteriores, sino intento de síntesis de la experiencia histórica y de recuperación de lo más avanzado de la lucha del pueblo mexicano; por ello es antimperialista, democrático y socialista a la vez.

El momento es propicio para el desarrollo de una amplia unidad de fuerzas democráticas y de izquierda en torno a objetivos precisos. Las huelgas de junio, las manifestaciones de protesta, la marcha de Chiapas, la huelga de Cananea y las jornadas del 3 y 18 de octubre nos muestran la gran disposición de masas a la acción desplegada y unitaria. El PSUM llama a las fuerzas interesadas en impulsar esas luchas a la unidad en la acción para oponer a la política gubernamental un movimiento vigoroso y creciente a la altura de la crisis y de toda la situación actual.

Compañeras y compañeros:

No podíamos pasar por alto en la celebración del segundo aniversario de

la formación del PSUM los recientes acontecimientos en el Caribe. Los Estados Unidos han invadido y ocupado por la fuerza, una vez más, un país de nuestro continente. La invasión militar de Granada es, sin duda, un acto de prepotencia imperialista que ofende y agrede profundamente a los pueblos de América Latina y del mundo. Pero es también un acto de provocación contra la Cuba socialista, pues, como es sabido, el sitio del desembarco de los soldados estadounidenses fue precisamente el aeropuerto en cuya construcción tomaban parte centenares de obreros y técnicos cubanos.

La forma en que se realizó la ocupación militar de Granada, así como la criminal acción de las tropas estadounidenses pertrechadas con el más moderno armamento y que se enfrentaron a un reducido grupo de trabajadores cubanos y a unos cuantos milicianos granadinos que combatieron con fusiles, solamente nos indica el nivel de agresividad y cobardía con que actúa la administración del presidente Reagan.

La invasión de Granada es también una amenaza contra Nicaragua. Una especie de ensayo de los planes de invasión elaborados por el Pentágono y la CIA contra el pueblo nicaragüense.

Frente a esta amenaza contra la revolución nicaragüense, nuestro partido demanda del gobierno mexicano una actitud más definida para encauzar ayuda económica a Nicaragua. El pueblo de México no negaría la ayuda necesaria a nuestros hermanos nicaragüenses. Nuestro partido, por su parte, está dispuesto a otorgar toda la ayuda y colaboración posibles a Nicaragua y a los insurgentes salvadoreños.

Si ligamos —como es nuestra obligación— el análisis de la ocupación de Granada y la amenaza contra Nicaragua a la política de despliegue nuclear de los Estados Unidos, que pretende convertir a los países europeos en rehenes permanentes de un chantaje atómico, poniendo al mundo en un verdadero peligro para la paz, podemos llegar a la conclusión de que el presidente Reagan se está convirtiendo en un dictador mundial. Detener a Reagan es una tarea de toda la humanidad progresista que quiere la paz; no solamente del pueblo de los Estados Unidos, sino de todos los pueblos del mundo. Éste es un mandato impostergable en cuya realización está empeñado también, y en la medida de sus fuerzas, nuestro partido.

Compañeras y compañeros:

En el segundo aniversario de la formación del PSUM queremos decir enfáticamente que éste es un partido viable. Y lo es por dos razones principales. El PSUM surgió en un momento de cambios económicos y políticos en que las viejas alternativas han demostrado su caducidad. El dominio ideológico sobre la clase obrera y los campesinos pobres, ejercido durante tantas décadas, ha empezado a cambiar en la medida en que sus bases económicas y políticas se modifican. Es imposible ya un Estado promocional cuyas finanzas sean manejadas con soltura y claro sentido de las concesiones políticas. Las reformas al Estado que intenta el actual presidente tienen un claro corte burgués en todos sus aspectos. Son las reformas para asentar a México en una visión capitalista mucho más ortodoxa. Aquel surrealismo ideológico que postuló que México no era país capitalista ni socialista, sino

todo lo contrario, se ha traducido ahora en una visión mucho más pragmática, con un realismo burgués más definido, que cree innecesaria e indeseable la concesión con fines políticos a los trabajadores del campo y la ciudad. Sólo queda entonces la concesión, siempre jugosa, a la gran burguesía, como el reciente escándalo de la indemnización a los banqueros.

Este cambio político, que tendrá expresiones ideológicas, podrá redundar en una modificación en el movimiento obrero, tanto en los partidos y agrupaciones políticas de esa orientación como en los sindicatos. Es el momento de impulsar con fuerza renovada la tarea de sustentar el socialismo en México en las masas de la clase obrera, sin exclusivismos ni gremialismos, pero con la clara orientación de que sin base obrera el socialismo no puede ser fuerza histórica. Tal objetivo es posible, y por ello el PSUM es viable.

La otra razón principal de la viabilidad del PSUM es la decisión de sus integrantes de mantenerse unidos. La historia de nuestro país y la de muchos otros países nos muestra la importancia de la unidad de los partidos del socialismo. Sin ella es muy fácil caminar sin rumbo, enfrascados en pequeñas riñas que sólo aprovechan los enemigos del pueblo trabajador. El PSUM es un partido en proceso de formación y está abierto a muchos otros grupos e individuos dispuestos a sumarse a un propósito político común. Si mantenemos un espíritu unitario, sobre la base de nuestros principios de unidad de acción y libertad de crítica, podremos asegurar la viabilidad del PSUM.

México reclama un partido socialista viable, con un programa revolucionario propio y una línea política basada en la realidad concreta. A dos años de la formación del PSUM, queremos insistir en que tal tarea no nos arredra, sino que es el maravilloso reto que todo revolucionario debe aceptar.

En nuestro Segundo Congreso Nacional, hemos hecho referencia al proceso de politización de sectores de la burguesía y al alejamiento de éstos respecto del partido oficial, especialmente a partir de las derrotas del PRI en Chihuahua y Durango. Los recientes acontecimientos en otros estados del país, entre ellos Baja California, Sinaloa y Puebla, confirman nuestra apreciación y nos indican que continúa desarrollándose el proceso de ruptura política entre la burocracia del Estado y una parte importante de la burguesía.

* Informe al III Pleno del CC del PSUM. Enero 10 de 1984.

tancia política y racional.

Adicionalmente a lo anterior, se hace más clara la pugna interna entre la burocracia dominante, encabezada por el presidente, y los sectores de funcionarios públicos relegados, especialmente los llamados populistas. La decisión de retirar los fondos federales que recibía el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, presidido por Luis Echeverría, así como algunas polémicas a nivel de discursos y artículos periodísticos, son ejemplos de dicha pugna; se están generando las condiciones para agrupamientos y pronunciamientos mucho más fuertes que los hasta ahora vistos.

Dentro del PRI tiene lugar una discusión sobre las bases de su reorganización. Para la CTM el problema consiste fundamentalmente en otorgarle mayor influencia a los llamados sectores, especialmente a la propia CTM, mientras que desde el gobierno se quiere impulsar una política de formación de comités permanentes de carácter territorial como base de la estructura partidaria. Es evidente que con uno u otro de estos esquemas serían diversos los grupos que predominarían en la estructura priísta.

Dentro del Congreso del Trabajo se ha continuado la pugna entre dos sectores, uno encabezado por la CTM y el otro con una clara influencia de los más cercanos colaboradores del presidente. En las luchas salariales de carácter general —la primera de ellas en junio de 1983 y la segunda en torno al salario mínimo para 1984— el Congreso del Trabajo jugó un papel negativo, lo que refleja su deterioro, como tal, en el marco de la división entre los líderes obreros oficialistas.

Las situaciones aquí descritas constituyen síntomas de una nueva situación que se ha venido conformando en el seno del partido oficial y, en buena medida, también dentro del gobierno, que configuran la existencia de una confrontación política creciente en el país. Sin embargo, el rasgo más importante que se ha manifestado en los últimos meses es la derrota del PRI en varias ciudades importantes del país. Después de los triunfos electorales de Acción Nacional en Chihuahua y en la capital de Durango, el gobierno procedió a realizar fraudes en los comicios de Baja California, Sinaloa y Puebla, principalmente, así como en otros lugares. Existe un evidente fenómeno de ascenso electoral del PAN. Ante el declive del partido oficial, el deterioro de su sistema de sectores, el desprestigio del gobierno y de su política, y el descrédito de los políticos del régimen, el partido oficial y su jefe, el presidente, se han visto incapaces para dar otra salida que no sea la tradicional manipulación de los resultados electorales.

El gobierno alienta la bipolarización electoral que se está formando en amplias regiones del país, pues se ha resistido, hasta ahora, a impulsar una nueva reforma política que genere una abierta tendencia hacia el pluripartidismo. La representación proporcional para todos los ayuntamientos del país fue convertida en la creación de regidores de partido, lo que representa una evidente violación del texto constitucional. El PRI continúa financiándose con los fondos públicos, mientras que el PAN lo hace con aportaciones de grupos de capitalistas, generándose así una competencia muy ventajosa para Acción Nacional y que pone en el margen a los demás partidos.

El funcionamiento del PRI como partido oficial está en decadencia, pues se ha convertido en una muy seria limitación para la actividad política y para la democratización que el país reclama. México está en la antesala de

cambios políticos, pero el agotamiento del sistema de partido oficial no será necesariamente rápido o catastrófico, ni de éste surgirá forzosamente un sistema democrático. En realidad la tendencia más fuerte en este momento es hacia la bipolarización entre el PRI y el PAN, lo que equivaldría, de consolidarse, a un nuevo tipo de antidemocracia, a una nueva forma de predominio absoluto de las opciones burguesas en la lucha política. Las otras opciones políticas quedarían de nuevo en el margen de la política, aplastadas por una confrontación no esencial.

Éste es uno de los peligros de la situación actual. Sin embargo, no es el único.

Los fraudes electorales de los últimos meses, realizados principalmente contra el PAN y en menor medida contra el PSUM, generan una tendencia hacia la violencia política. El causante de tal violencia es el partido oficial y los gobiernos federal y estatales. Como los fraudes no son suficientes para que el PRI logre mantener su hegemonía, por mucho que generen frustración política, provocan reacciones, a veces fuertes, entre los ciudadanos burlados. Al parecer, el gobierno del presidente De la Madrid está decidido a mantener, al menos por ahora, el sistema de partido oficial a toda costa. Formalmente no acepta el bipartidismo, pero tampoco quiere instaurar un sistema pluripartidista democrático, para el cual el país está maduro. ¿Cuáles son, entonces, sus posibilidades reales en este marco? La primera de ellas, la más sencilla, es la violencia, que en un momento determinado puede llegar a generalizarse y a adquirir características de gran enfrentamiento. A nadie escapa que este camino es una aventura de incalculables consecuencias para el país. La segunda posibilidad es que logre controlar la crisis y promueva una recuperación, aunque sea paulatina, que satisfaga a la burguesía, disminuya la inconformidad entre el pueblo trabajador y restituya, mediante la llamada renovación moral y otros medios, la confianza en los políticos del partido oficial. Este camino es también una auténtica aventura. La profundidad de la crisis económica aleja las soluciones inmediatas en el marco de la política que el gobierno aplica y defiende de manera vehemente. Además, hay que partir de que el deterioro de la forma partido oficial no es producto de la crisis económica, sino que tiene su propia historia, aunque aquélla ejerce una influencia muy importante.

Para simplificar los problemas aquí tratados, podríamos decir, esquemáticamente, que el presidente sostiene hasta ahora el sistema de partido oficial en plena decadencia, el PAN busca una salida bipartidista aprovechando las ventajas que le ofrecen la política oficial aventurera y las fisuras del sistema de partido absoluto, y el PSUM lucha por una salida democrática que implique un sistema pluripartidista, sin partido oficial, con representación proporcional y que sienta las bases para superar el presidencialismo. La izquierda y el PSUM están ante uno de los retos más grandes, pues de ellos depende, en gran medida, el camino que pueda abrirse al país.

A nadie escapa, naturalmente, que entre lo que quieren los tres principales partidos del país y los hechos de la realidad política y social puede existir un abismo de por medio. Y no sólo eso, sino que las soluciones que se produzcan ante la declinación de un sistema que ha funcionado durante cincuenta años pueden ser también, en cierta forma, inesperadas, y de seguro no se ajustarán totalmente a la alternativa de ninguno de los partidos

en pugna; sin embargo, el PSUM tiene en la actual coyuntura nacional grandes posibilidades, porque el camino que promueve es el de la democracia, para la cual México está preparado desde hace ya muchas décadas, y representa algo del mayor interés para el desarrollo de la lucha de la clase obrera por su emancipación.

II

La alternativa democrática reclama de nuestro partido una enorme consecuencia. El PSUM sostiene firmemente desde su surgimiento que la democracia es una lucha principalmente obrera y que las batallas por conquistarla forman parte del camino de nuestro país al socialismo. Sin embargo, sigue siendo un problema mantener una actitud consecuente en un mar de antidemocracia. El sistema de partido oficial, estatista y estatal, virtualmente único durante muchos años, que fue el medio para la acción política durante décadas enteras, difundió un pragmatismo antidemocrático y unos métodos oportunistas que llegaron a convertirse en sinónimo de la acción política. Nuestro partido tiene que desechar todo eso; en su función crítica y revolucionaria debe incluir no solamente la propaganda contra el capitalismo, sino también contra los males —todos ellos específicos— que éste ha generado en las condiciones concretas de México: uno de ellos es el del pragmatismo antidemocrático y la corrupción en la política.

En la lucha por la consecuencia democrática está, en gran medida, la posibilidad de contrarrestar la perniciosa tendencia a presentar al PAN como partido democrático. Esta tendencia no solamente se genera a partir de la situación de ese partido, sino en la actitud del partido oficial y del gobierno, que, al atropellar altanera y cínicamente los resultados electorales, ubica al PAN como partido que defiende la voluntad popular, aunque en realidad sólo trata de servirse de ella y no se identifica en lo más mínimo con los intereses del pueblo trabajador.

Acción Nacional busca expresar el interés de importantes sectores de la burguesía que están resueltos a influir de una manera más directa y destacada en la vida política; su antipriismo no es democrático, porque se reduce a tratar de sustituir a los actuales gobernantes, o bien a compartir con ellos el poder, sin modificar las bases del sistema político vigente. Nuestro partido lucha contra el PAN, y en los ayuntamientos dirigidos por los panistas se ubica claramente en la oposición.

Recientemente, la consecuencia democrática de nuestro partido ha provocado reacciones por parte del gobierno. En Oaxaca se presionó al PSUM para que rompiera su alianza con la COCEI y le diera la espalda al pueblo de Juchitán a cambio de un lugar en la Legislatura. Nuestra dirección nacional rechazó tal presión y declaró que mantendría firmemente sus compromisos políticos y su apoyo a la lucha popular. En Sinaloa se presionó al PSUM para que aceptara el triunfo fraudulento del PRI a cambio de que se le reconociera su derecho a contar con dos regidores en el municipio de Culiacán. Nuestro partido no defendió los votos del PAN, sino los votos de los electores que sufragaron por diversos partidos, aunque mayoritaria-

mente por Acción Nacional. Esta posición se apega a la necesaria consecuencia democrática, pues, a pesar de que sabemos por experiencia que el PAN jamás luchará por la aceptación de los votos que el pueblo emite en favor de nuestro partido, el PSUM está obligado a hacer a un lado cualquier componenda política con el PRI; de ninguna manera nuestro partido puede hacerse cómplice de los fraudes electorales del partido oficial. En Culiacán, el gobierno despojó a nuestro partido de dos regidores, igual situación ocurrió en la ciudad de Oaxaca, y sin embargo el PSUM mantiene firme su línea democrática.

Para desarrollar la consecuencia democrática del PSUM es necesario que todo el Partido asimile plenamente la naturaleza de nuestra lucha por la democracia. En este sentido, el Segundo Congreso emprendió nuevos pasos tendientes a aclarar mejor nuestras posiciones. El PSUM ofrece al país un sistema democrático pluripartidista y parlamentario, en el que el gobierno no tenga control de las elecciones y se encuentre plenamente controlado por una cámara nacional de representantes elegida libremente. El PSUM lucha también por la democracia sindical y en todas las organizaciones de masas, por el municipio democrático y el cabildo abierto, por el derecho de asociación política y sindical, por la democratización de los medios de comunicación, de las escuelas y universidades, de los agrupamientos populares. El objetivo de nuestro partido de conquistar un nuevo gobierno se asienta firmemente en su lucha por la participación de los trabajadores en la política y en todos los asuntos que les atañen.

En la lucha por estos objetivos nuestro partido debe ser resuelto, y para ello es preciso avanzar en el combate contra las posiciones que intentan presentar la lucha por la democracia como una visión oportunista de la lucha revolucionaria por el socialismo. Hace ya muchos años que los marxistas demostraron que la lucha por la emancipación de los trabajadores no puede darse fuera de la acción política; esa batalla ganada a los anarquistas ha sido decisiva hasta nuestros días; además, forma parte ya del patrimonio revolucionario la visión de que la democracia no ha sido producto de la lucha política de la burguesía, sino de la presencia en la confrontación política de los obreros y de todo el pueblo trabajador por sus auténticos derechos, aquellos que se convierten en instrumentos para la lucha emancipadora, para la organización, la propaganda, la crítica del sistema de explotación. Nuestro partido no va ahora a hacer concesiones a las viejas o a las nuevas corrientes ideológicas que han demostrado su inoperancia, su doctrinarismo y su falsedad.

La lucha de los trabajadores por representarse a través de sus propios y auténticos delegados en las instancias del Estado y frente a ellas constituye un poderoso instrumento de educación y organización. Nuestro partido interviene en los órganos representativos del Estado por derecho propio, porque representa a un segmento de los trabajadores mexicanos, y lo hace justamente con la visión revolucionaria. Así también, la lucha por un nuevo sistema electoral, por auténticos ayuntamientos, por instituciones y organizaciones democráticas, forma parte de una lucha más general, aquella que nos puede llevar al socialismo. El planteamiento que supone que la lucha por la democracia implica hacer el juego a la burguesía o al Estado cancela la lucha misma, intenta llevar al movimiento revolucionario a un callejón

sin salida. Así también quienes suponen que luchar por la democracia implica la renuncia a la utilización de diversas formas continúan neciamente cometiendo el error de confundir el programa con las formas necesarias que en cada momento hay que utilizar para abrir camino a las reivindicaciones del pueblo trabajador; continúan confundiendo las formas de lucha con la revolución.

Para desarrollar la consecuencia en la lucha por la democracia es preciso combatir la visión sectaria y doctrinaria, y defender en todo momento la validez del programa democrático, que no se agota en las condiciones del capitalismo; nuestro partido ha proclamado con claridad que lucha por el desarrollo amplio y completo de la democracia en la sociedad socialista.

Se requiere igualmente combatir las concepciones y prácticas que sobre la democracia sostienen el PRI y el PAN. Ambos partidos defienden el presidencialismo y el autoritarismo. El PAN no ofrece siquiera, dentro de su política opositora, un sistema democrático de representación proporcional y jamás se hace eco de los movimientos populares democráticos y radicales.

El planteamiento de diversos partidos y grupos de izquierda en el sentido de reclamar el reconocimiento de su derecho de existir legalmente, de su derecho a ser registrados, como tales, por el Estado, es una muestra de que se sigue abriendo camino la concepción revolucionaria socialista de la democracia, de la lucha por los derechos políticos. El PSUM está de acuerdo con esos reclamos, lo cual no cancela en absoluto la necesidad de buscar formas que permitan la unidad de la izquierda. La lucha por el pluralismo democrático es ya, así, bandera de casi toda la izquierda mexicana opositora.

Por mandato de nuestro Congreso, el PSUM participa en los organismos en los que se coordinan algunas actividades de grupos y partidos de la izquierda opositora. Por iniciativa del Frente contra la Austeridad y del CN-DEP, se creó la Asamblea Nacional Obrero, Campesina y Popular, que impulsó el denominado paro cívico hacia finales del año pasado y prepara ahora otra jornada de protestas y movilizaciones. El PSUM mantendrá su conducta de intervenir y participar en estas acciones. Sin embargo, hace falta definir con mayor claridad la postura del Partido a este respecto. Sabemos que en ciertos momentos de nuestra relación con estas fuerzas hemos tenido titubeos, divergencias internas y una insuficiente discusión en nuestras filas. En la reciente jornada, el PSUM participó destacadamente en algunos lugares, pero también se manifestó la incompreensión de miembros del Partido de la necesidad de participar activamente en estas acciones. Por ello, se requiere que el PSUM coordine de manera más eficiente, tanto su representación en dicha Asamblea, como sus posiciones políticas y sus iniciativas. Se requiere también que nuestras propuestas y la política general del PSUM se expresen más claramente y se conviertan en un factor de unidad respetuosa y seria entre diversas corrientes opositoras de la izquierda. La unidad de acción con tales grupos es necesaria, pero se requiere un mayor esfuerzo del Partido para ganar autoridad y respeto; ello será posible desplegando nuestra fuerza en las acciones unitarias y fijando planteamientos e iniciativas claras.

En las jornadas de febrero y marzo, contra la política económica del go-

bierno, por la democracia sindical y la democratización del país, el PSUM debe participar sin cortapisas, pero también debe hacer su propia aportación. Por esto, la Comisión Política propone al Comité Central que el PSUM participe en las acciones programadas por la Asamblea para el 13 de marzo, pero al mismo tiempo que realicemos una amplia movilización el 3 de ese mismo mes, en todo el país, con grandes manifestaciones.

Existen fuerzas que pretenden aislar al PSUM de los agrupamientos que participan en la Asamblea. A nuestro partido no le conviene que tales pretensiones continúen avanzando; por ello, se requiere un trabajo bien organizado del PSUM en ese frente de lucha.

En el reciente periodo ordinario del Congreso, el gobierno impuso reformas legislativas reaccionarias, especialmente a la ley agraria, y refrendó su orientación antipopular en materia económica. Sin embargo, los diversos grupos parlamentarios lograron denunciar en común los intentos por coartar el ejercicio de derechos básicos, como el de reunión, y las representaciones del PSUM, PPS y PST concertaron una acción unitaria en la demanda de una ley inquilinaria, que el PRI se niega a aceptar. Estos acontecimientos demuestran posibilidades para acciones concretas que amplíen el marco de la actuación de nuestro partido.

III

Para avanzar hacia la democracia política hace falta propiciar la democratización de las organizaciones populares, especialmente de los sindicatos de obreros y empleados. Muchos nos preguntamos por qué ha sido Acción Nacional quien capitaliza en su favor el descontento y el deterioro del sistema de partido oficial. Está claro que la respuesta no admite ningún simplismo y que las causas de ese hecho son diversas. Pero quizá la causa más importante es que los trabajadores asalariados organizados en sindicatos y los campesinos no logran aún dar la espalda, con armas ideológicas y políticas propias, al partido oficial. Ciertamente muchos de ellos votan hoy por el PAN o se abstienen repudiando así al partido del cual forman parte sus organizaciones de base, mas ello es expresión de la ausencia de una ruptura ideológica y política profunda, que convierta el rechazo al partido oficial en una posición de clase. Esto último es un proceso aún muy débil, que no se manifiesta como uno de los componentes principales del decaimiento del PRI. En lo que a los trabajadores se refiere, el repudio no de clase al gobierno y su partido es hoy el voto panista. El voto burgués en favor del PAN es —ese sí— un auténtico voto de clase, no por cuanto se considere al partido oficial como un partido ajeno o contrario al capitalismo, sino porque en la visión burguesa, cada día más importante, es necesario impulsar la oposición como el medio para asegurar la fuerza suficiente que impida que el Estado asuma medidas que atenten contra la propiedad; el PRI no es ya un partido confiable para una gran parte de la burguesía, pues ésta desconfía profundamente de sus representantes, de los políticos tradicionales; busca, así, otro tipo de políticos.

Hemos dicho muchas veces que para avanzar en las elecciones el PSUM

requiere, en buena medida, encabezar las luchas del pueblo trabajador. Esto quiere decir que nuestro voto, que la adhesión al PSUM, implica una mayor y más definida conciencia política. Visto así este problema puede quedar claro que la tarea de mayor fondo que tiene hoy el PSUM es impulsar el aún débil proceso de desarrollo de la conciencia de clase entre el proletariado y reimpulsar las tradiciones campesinas revolucionarias. El combate principal está —hay que admitirlo— en los sindicatos y organizaciones campesinas del país. Sería un error muy grande de la izquierda si al avanzar perdiera de vista tal necesidad. Claro está que un partido obrero tiene la necesidad ineludible de ampliar sus zonas de presencia e influencia a todos los ámbitos de la sociedad, y más aún allí donde se producen luchas populares, pero no se puede hacer política sin priorizar los objetivos.

Si se produjera una ruptura, aunque fuera parcial, en las filas del sindicalismo mexicano y en las organizaciones agrarias, se daría una modificación en la correlación de fuerzas, el deterioro del partido oficial se traduciría en avances de la izquierda y en éxitos electorales, que hasta ahora son pequeños y no se han generalizado.

Convertir al PSUM en un factor de la necesaria ruptura ideológica y política en el sindicalismo y en el movimiento agrario requiere que este partido logre definir sus alternativas concretas. Hace falta empezar el análisis de este problema reconociendo que nuestro partido acusa un verdadero desorden en sus formas de actuación en los sindicatos y en las organizaciones campesinas. Es preciso realizar un análisis de lo que hacemos como miembros de un partido y desplegar la crítica, sin que nadie acuda al subterfugio de sentirse atacado cuando se hace uso del derecho a criticar. En las próximas semanas debemos empezar a preparar la conferencia nacional sindical del PSUM y allí realizaremos nuestro mejor esfuerzo para concretar nuestra línea política en proyectos precisos. Lo mismo debe decirse de la conferencia agraria del Partido, sobre lo que ya nuestro Congreso definió que el PSUM se pronuncia por la construcción de una central agraria unitaria que contrarreste la dispersión de la izquierda, y del propio Partido, en las luchas del campo. Es el momento de abordar estas cuestiones de manera muy concreta.

Nuestro partido no sobrestima las posibilidades de una política correcta, o, dicho en otros términos, no considera que basta con una buena línea para que se alcancen los objetivos políticos. Como socialistas sabemos que se requieren los procesos en la sociedad y en el Estado, parte de los cuales es la existencia y funcionamiento de nuestro propio partido. Mas consideramos que está en curso un fenómeno de cambio en la política, es decir, en el Estado y en relación con el Estado, que debemos y podemos canalizar hacia los objetivos de nuestro partido. Ese proceso de cambio ya no puede ser detenido, aunque sí conducido, retrasado o acelerado, por las diversas fuerzas políticas en lucha. Es la superación del sistema de partido oficial, es la decadencia de la *democracia dirigida, a la mexicana*, que funcionó, con altas y bajas, durante cincuenta años. El PSUM y la izquierda en su conjunto no tienen más alternativa que tomar ese proceso de cambio y luchar por convertirlo en un salto democrático; si logramos tal objetivo concreto en los próximos años, afinando la puntería, uniéndolo al Partido y a la izquierda, sin perder el tiempo en cuestiones en el fondo irrelevantes o secun-

darias, podremos *convertir al PSUM en la fuerza histórica de la democracia*, sin lo cual es imposible proponerse seriamente el socialismo. Es preciso intentar, como lo hemos hecho en Sinaloa, Guerrero y otros lugares, impedir el desarrollo de la tendencia bipolarizante, negarnos con firmeza a irnos nuevamente al margen de la lucha política, empujados por la estrechez del terreno de nuestra propia lucha. No son fatales ni el bipartidismo ni la violencia gubernamental generalizada, y ya no es posible el mantenimiento indefinido e incólume del partido oficial tal como ha sido hasta hoy. Este partido —el PSUM— tiene que hacer su apuesta por la transformación de la vida política, y su bandera es la democracia.

IV

Para impulsar la tendencia hacia una ruptura en los terrenos de los movimientos sindical y agrario es de la mayor importancia seguir con atención el curso de la crisis económica, para lo cual la Comisión Política presentará un informe por separado. Sin embargo, conviene aquí hacer un comentario general.

Al finalizar el año 1983 nos encontramos con una tasa negativa en el crecimiento del producto, una inflación no controlada, aunque ligeramente inferior a la de 1982, un desempleo abierto sin precedentes en los últimos cincuenta años, un empobrecimiento de la inmensa mayoría de los mexicanos. Frente a esto, voceros gubernamentales han anunciado que la recuperación podría iniciarse durante el presente año, debido a que lo que el gobierno considera como los elementos principales de la crisis están bajo control. Nuestra visión de la crisis es bastante distinta.

Difícilmente podría hablarse de una recuperación económica cuando los cálculos más optimistas estiman que durante 1984 el producto interno no alcanzará más allá de una tasa positiva del uno por ciento, pero es muy posible que no se produzca crecimiento. En términos de empleo esto significa un aumento absoluto de desocupados. Si se mantiene la política de castigo salarial, quiere decir que la crisis continuará operando como un poderoso mecanismo de depauperación del pueblo trabajador y protección de la ganancia del gran capital, especialmente de las empresas monopólicas. Desde el punto de vista de la producción de alimentos, que constituye un aspecto fundamental de la crisis, las perspectivas son muy inciertas, pues no existe ningún mecanismo efectivo encaminado a propiciar la producción de básicos, mientras las mejores tierras se siguen ocupando en otros cultivos o para la exportación. En el aspecto de la inflación, es imposible reproducir en México el comportamiento de los precios recientemente observado en los Estados Unidos, pues no existe la capacidad productiva en la cual asentar un proyecto de esa naturaleza, como ya se ha puesto de manifiesto tanto en nuestro país como en los demás países latinoamericanos. Aun cuando la inflación se reduzca por efecto de las medidas monetaristas puestas en práctica no podrá ser controlada en términos de aumento de la producción y la productividad; en otras palabras, no es posible esperar que las presiones alcistas en el mercado interno sean superadas más que por medio de la

disminución de la demanda y de los gastos gubernamentales, lo que de ninguna manera asegura un control del proceso inflacionario. En estas condiciones, se reducen significativamente las posibilidades de utilizar la política de crédito como eficiente regulador económico, porque, aunque el dinero no escasee en los bancos, no existen prácticamente proyectos productivos en los que se pueda emplear con buenas perspectivas de ganancia para la burguesía. Las condiciones de la economía del mundo capitalista tampoco ofrecen nuevas posibilidades a México, aun en el caso de que se incrementara ligeramente el precio del crudo, como ha ocurrido recientemente. La capacidad de exportación ha sido dañada a pesar de las ventajas en el tipo de cambio, no solamente porque el comercio mundial se ha estrechado, sino también porque la capacidad productiva del país no tiene mucho que ofrecer en el exterior.

Todo parece indicar que la crisis económica se prolongará durante mucho más tiempo que el estimado por algunos voceros oficiales y oficiosos que tratan de jugar un papel político más que reflejar una estimación realista en términos económicos. Para ello debemos prepararnos.

El problema político más agudo que se deriva directamente de la crisis económica es la lucha por la defensa del ingreso de los trabajadores y en favor del incremento de los precios de garantía de los productos campesinos. En las condiciones actuales, la lucha por el aumento en el salario adquiere un abierto carácter político. Las exigencias campesinas en relación con los precios de garantía se convierten rápidamente en cuestiones de carácter nacional. Podemos decir que los movimientos sindical y agrario son la palanca más importante para derrotar la política económica del gobierno, que en materia salarial y de precios provoca gravísimas consecuencias sociales.

Los nuevos salarios mínimos no han sido, en realidad, producto de una negociación entre los sindicatos, la patronal y el gobierno. Se trata de una imposición gubernamental que fue aceptada por la CTM bajo protesta, pero con la cínica declaración de su líder de que, a pesar de que no reúnen los requisitos constitucionales, es preciso mantener la alianza con el Estado. Otras centrales sindicales declararon que el ínfimo aumento salarial protegía a los trabajadores, pues era la única manera de reducir la inflación. La vigencia de los nuevos salarios abre desde ahora la necesidad de una lucha por su incremento y reafirma la viabilidad de la escala móvil.

Es en la política salarial donde se expresa de manera más gruesa el gravísimo problema de la desigualdad en el ingreso. A través de la política de salarios, el gobierno y la burguesía han logrado disminuir sensiblemente el nivel de vida de la mayoría de los trabajadores. En los niveles salariales se manifiesta la visión que tienen el gobierno y los capitalistas de la crisis. Así, se dice que este país gastó más de lo que era aconsejable y que por ello ahora tenemos menos. En realidad no fueron los trabajadores de la ciudad y del campo quienes gastaron más, pues sus niveles generales de ingresos siempre han sido muy bajos, sino la burguesía, que despilfarró, y el propio gobierno, que canalizó recursos cuantiosos a la realización de proyectos inadecuados y propició escandalosos despilfarros y fraudes. La enorme salida de dólares del país —que según datos estadunidenses continuó en 1983— es responsabilidad exclusiva de la burguesía que se los llevó y del gobierno que permitió, y aún permite, el saqueo. El problema de la tremen-

da desigualdad en México es de carácter histórico, y en los últimos años, en lugar de irse resolviendo, se ha agudizado gravemente.

La lucha por la escala móvil de salarios y por la escala móvil de los precios de garantía no es sino una respuesta defensiva ante el deterioro persistente de los ingresos de la mayoría. Adquiere, sin embargo, un carácter político.

Pero la cuestión salarial y de los precios de garantía no agota el contenido de nuestra alternativa en materia de política económica. Para salir de la crisis actual es indispensable impulsar proyectos productivos y afectar la propiedad en aquellas áreas más decisivas de la economía. Por ello, el PSUM se pronuncia por un amplio programa de inversiones productivas, en el campo y en la industria, por la semana de 40 horas con pago de 56 y por la puesta en práctica de su programa de nacionalizaciones, como palanca para combatir el tremendo problema de la desocupación, controlar el aumento de los precios e impulsar la producción. En materia de gasto público, ya nuestro Grupo Parlamentario presentó una alternativa de lineamientos presupuestales para 1984 y demostró así que es posible otra forma de analizar esta cuestión, con parámetros distintos a los que hoy predominan en el gobierno. En cuanto al gravísimo problema de la deuda externa, consideramos que sigue siendo necesaria la moratoria como medio para obtener una negociación justa y adecuada a los requerimientos de México y los demás países deudores.

Nuestro partido ha estado insistiendo en que es necesario impulsar la lucha en torno a la cuestión salarial y a los precios de garantía de los productos de los campesinos, y para ello es preciso la concertación de los esfuerzos de todas las organizaciones de masas que tienen capacidad para desplegar una lucha independiente. No renunciamos a buscar coincidencias concretas con las organizaciones del Congreso del Trabajo, pero son los líderes charros, hasta ahora, los que desprecian esa posibilidad; la razón de fondo es que los dirigentes oficialistas mantienen una conducta de sometimiento al gobierno, mientras que la izquierda busca derrotar la política económica impuesta al país.

Sobre la base de la defensa de los intereses de los trabajadores será posible avanzar en la construcción de un centro de dirección sindical y de una central agraria unitaria. Ello es posible porque en los últimos años se han formado nuevos cuadros en las luchas sindicales y agrarias que están demostrando no solamente madurez y experiencia, sino también posibilidades de desarrollo como cuadros generales del movimiento de masas. Una buena parte de esos cuadros milita en el PSUM, por lo que la responsabilidad concreta del Partido se acrecienta.

V

Por separado de este Informe, la Comisión Política presentará una evaluación de las recientes campañas electorales y algunas proposiciones para llevar a cabo los acuerdos de movilización adoptados en el II Pleno. Corresponde aquí, sin embargo, hacer algunos comentarios sobre ciertos proble-

mas que enfrenta nuestro partido y que se están manifestando de manera especial en su capacidad de movilización.

A nadie escapa que para impulsar la movilización del Partido se requiere elevar la organización. La reciente formación del PSUM explica algunos problemas de desorganización en comités y organismos del Partido, pero no parece justificarnos. Por ello, somos de la opinión de que se requiere una revisión minuciosa del estado que guarda la organización de las filas del Partido en todo el país, con el propósito de realizar un serio esfuerzo en favor de la consolidación de los comités intermedios y del funcionamiento de los organismos de base; este último objetivo adquiere especial importancia en momentos en que en casi todo el país se ha descuidado el impulso al funcionamiento regular y sistemático de los organismos de base.

En las próximas semanas tendremos que iniciar los trabajos previos de la Conferencia de Organización, para lo cual es indispensable tener una idea precisa del estado organizativo del Partido. Pero, además, estamos en condiciones y, sobre todo, tenemos la necesidad de impulsar ya desde ahora algunas medidas que tiendan a fortalecer la vida de los comités y organismos de base.

El otro aspecto que debemos atender para propiciar la movilización de todo el Partido es el clima político interno. Sobre la base de nuestras normas y de la política de no exclusión, en el PSUM se puede discutir cualquier problema. La Comisión Política es consecuente con la resolución del II Pleno en el sentido de que es necesario desarrollar un conjunto de discusiones sobre los temas actuales, especialmente sobre el contenido y significación de nuestro proyecto de partido nuevo. Y, justamente, una de las cualidades de este partido nuevo podría ser que las divergencias entre sus miembros se resolvieran a través de métodos democráticos de discusión y no retrasaran la movilización y la lucha del PSUM. El enemigo —lo sabemos— está en la otra barricada. Nosotros siempre podremos ponernos de acuerdo si actuamos con la necesaria responsabilidad.

Un partido como el nuestro debe aprender a conjugar correctamente la movilización permanente de sus efectivos y la elevación de su organización interna con la necesaria discusión. Esta última no tiene por qué detener la lucha del PSUM, sino que debe estar estrechamente vinculada a nuestros problemas reales y a la gran tarea de dotarnos de armas teóricas y análisis políticos, sin los cuales la actividad práctica carece de dirección. Pero, al mismo tiempo, es necesario tomar en cuenta que el PSUM quiere ser, desde su formación, un partido nuevo que sea la superación crítica de los partidos anteriores. Partimos de la realidad de que dentro de nuestra corriente ideológica existe diversidad y que ésta se expresa dentro del PSUM. Esa diversidad de enfoques teóricos dentro de unos mismos objetivos generales es uno de los elementos que le han dado vida a nuestro partido, y que lo hacen viable. Hace falta, sin duda, seguir luchando por afianzar ese carácter de diversidad, dentro del socialismo, pues de ello depende, en gran medida, la superación de aquella vieja enfermedad divisionista y atomizadora de la izquierda mexicana. Y, junto a esto, se requiere proseguir con la lucha por asegurar la unidad de acción política de los miembros del Partido, pues de ello depende, en buena medida, que el PSUM sea en verdad un instrumento de la lucha revolucionaria socialista, un partido de acción, con prestigio

en la sociedad y con apoyo en ella.

No será fácil —lo sabemos— enfrentar el inmenso reto que significa asumir plenamente la diversidad dentro del socialismo marxista y asegurar, al mismo tiempo, la unidad en la acción. Esto presupone, sin duda, una amplia democracia, una discusión permanente y una actividad práctica sin tregua, es decir, una gran combatividad. Como partido nuevo, tenemos muchos problemas sin resolver, pues buscamos respuestas en la realidad misma y en la utilización de nuestras armas teóricas. Buscamos, sí, porque el reto del PSUM no está preconcebido, ni siquiera previsto, y por ello, nuestros grandes problemas los tenemos que resolver nosotros mismos, con un espíritu abierto, sin dogmatismo, y, al mismo tiempo, con gran responsabilidad política. El Comité Central no es el único organismo responsable, pero tiene en todo esto la mayor responsabilidad, aquella que es notoriamente inexcusable.

diversidad y organicidad*

Inmediatamente después de la formación del PSUM dentro y fuera de nuestro país surgieron algunas interrogantes sobre el sentido de tal esfuerzo unitario. Algunas opiniones expresaron la idea de que era prácticamente imposible, una especie de utopía, unir en un solo partido a militantes de diversas organizaciones y a exponentes de corrientes socialistas que en el pasado, y durante muchas décadas, se habían mantenido alejados, hasta el grado de carecer de relaciones directas.

Después del Segundo Congreso Nacional aquellas opiniones se volvieron a escuchar, pero esta vez indicando que los augurios sobre la imposibilidad de un esfuerzo unitario de tan disímiles tendencias se empezaba a demostrar en la práctica.

En el PSUM concurrieron, en efecto, muy diferentes corrientes ideológicas. Los comunistas, protagonistas de la lucha de veinte años contra el oportunismo en la izquierda mexicana; los lombardistas, que rompieron con el entreguismo de la dirección del PSS; la corriente sindical antimperialista de origen democrático-revolucionario; los herederos del cardenismo de izquierda que nunca se adhirió al partido oficial. Dentro de estas corrientes existían también tendencias que, como en el caso del Partido Comunista, habían polemizado durante los años recientes.

Pero, en realidad, el PSUM no es principalmente la cristalización de la unidad de diversas corrientes. Eso lo fue en un sentido sólo inmediato. Este partido expresa la superación crítica de anteriores partidos y grupos de la izquierda mexicana. Se trata, en el fondo, de la constitución de un nuevo partido que busca su propio perfil.

Los antecedentes del PSUM son, quizá, una de las claves para conocer lo que quiere y puede ser este nuevo partido. La crítica del Partido Comunista, realizada principalmente en el seno de dicha organización, no solamente se refería al periodo divisionista y oportunista de 1940 a 1960, sino también a lo que fue ese partido durante el periodo de 1960 a 1981. El PCM logró, finalmente, su reconocimiento legal y desarrolló una línea de lucha por la democracia política como cuestión central del país y de la orientación de la izquierda.

* Publicado en *Así Es*, febrero 20 de 1984.

La crítica del PPS, realizada por un segmento de este partido, principalmente a raíz de la traición de la dirección nacional en las elecciones de Nayarit en 1975, generó una inevitable división en ese partido.

La crítica de la izquierda mexicana en su conjunto, expuesta a través de intelectuales y dirigentes sindicales y populares de varias tendencias, generó evidentes necesidades hacia la organización como respuesta a los vacíos que dejaban inevitablemente los partidos y grupos más tradicionales de la izquierda.

Hacia finales de la década pasada las organizaciones y tendencias más importantes de la izquierda mexicana coincidían en la necesidad de la unidad y, de esa forma, en la constitución de un partido político nuevo. La conquista de la reforma política de 1978-1979 constituyó un poderoso catalizador de esa coincidencia, pues se abrían ante la izquierda opositora nuevas posibilidades de desarrollo e implantación en la lucha política abierta, terreno vedado a ésta por el poder del Estado durante las décadas anteriores.

Pero el PSUM no solamente expresó las nuevas condiciones políticas en las que se encontraba la izquierda opositora, sino que fue producto, también, de los cambios en el socialismo como corriente teórica. Hacia finales de los años sesenta y principios de los setenta se produjo en el país una especie de *boom* de la literatura marxista, a la vez que las experiencias de la lucha estudiantil, especialmente el movimiento de 1968, alumbraron una nueva intelectualidad socialista, especialmente formada por jóvenes. Durante los setenta se produjo también un relativo ascenso del movimiento sindical democrático, que no solamente generó nuevos cuadros, sino que igualmente dio oportunidad para que los militantes de izquierda ampliaran su campo de acción y elevaran su influencia política.

En el PSUM coincidieron tradiciones de lucha muy diferentes: revolucionarios que lucharon bajo el maximato callista y tomaron parte en las grandes luchas de masas en el periodo presidencial del general Cárdenas, dirigentes sindicales de los años cuarenta, protagonistas directos de la reforma agraria, líderes que infligieron severas derrotas al charrismo hacia finales de los años cincuenta, veteranos del movimiento estudiantil-popular de 1968, los que derrotaron al partido oficial en las elecciones de 1975 en Nayarit. Pero, además, en el PSUM han coincidido dirigentes políticos de diversos partidos: del PCM, PP, POCM, PPS, Liga Espartaco, Liga 23 de Septiembre, PMT y muchos otros de fugaz trayectoria. La experiencia acumulada por los actuales dirigentes del PSUM abarca la mayor parte de las organizaciones de la izquierda mexicana.

La definición teórica del nuevo partido tenía que basarse en el socialismo marxista. Éste fue el punto de partida del esfuerzo unitario más importante de la historia de la izquierda socialista mexicana desde el congreso de agosto de 1919. Pero, como en aquel año, no todos llegaron hasta la construcción del nuevo partido; el PMT declinó tomar parte, al menos por ese momento.

Mas el nuevo partido no podía definir una posición oficial respecto de las diversas corrientes marxistas contemporáneas que se expresan en nuestro país. Lo contrario hubiera hecho imposible, en verdad, la fundación del PSUM.

De esta manera, mediante una confrontación con la realidad del socialismo en México, el PSUM se propuso, conscientemente, resolver un problema fundamental del marxismo político de nuestros días. No es posible ya la viabilidad histórica de partidos monolíticos, con filosofía oficial, ideología sistemática y completa, concepción terminada y cerrada. El marxismo es diverso, lo ha sido siempre, pero hoy lo es aún más por cuanto la experiencia revolucionaria es múltiple y el mundo es más complejo.

Desde el punto de vista teórico es posible rechazar la pretensión desmesurada de sistemas ideológicos completamente acabados que suponen haber resuelto todos los problemas *en lo fundamental*. El PSUM adoptó esa conclusión a partir de su propia realidad, a la luz del examen del drama histórico de la izquierda mexicana, aunque justo es señalar que no pocos intelectuales y políticos marxistas mexicanos habían ya abordado el problema, principalmente a partir de 1968. Era del todo natural que en el esfuerzo por fundar el nuevo partido predominara la concepción de que ésa podría ser la organización de todos los partidarios del socialismo, sin pretender, de ninguna manera, que todos ellos tendrían que ingresar en él.

La formación de un partido en el que pudieran tomar parte militantes socialistas de varias tendencias y corrientes dentro del amplio abanico del marxismo contemporáneo es, sencillamente, construir una organización de nuestro tiempo, partir de la experiencia de lucha de muchas décadas para abrírnos paso hacia el porvenir, para hacer un partido viable. No es casual que se considere que en nuestro país, y en América Latina, la posibilidad de construir un partido socialista fuerte y vigoroso depende en gran medida del reconocimiento de que el marxismo tiene ya una larga historia y que en ella, de manera natural, han surgido y surgen diferentes enfoques, tendencias, visiones que lo enriquecen en la medida en que éstos son expresión y materia de la crítica.

Nadie ha venido al PSUM como renegado de su propio pasado, de sus luchas, aciertos y errores; hemos venido como militantes revolucionarios que muestran capacidad para recuperar críticamente la trayectoria de la izquierda mexicana. El PSUM surgió como un partido *en positivo*, es decir, no manifestó en lo más mínimo *contras* o *antis* dentro de la diversidad marxista realmente existente, sino que pretende abarcar toda ésta sin limitaciones. ¿Es ésta una utopía política, un buen deseo sin futuro?

Responder a tal pregunta no tiene, a estas alturas, nada de complicado. Si el PSUM no ha sido la suma, y menos suma mecánica, de los partidos que se disolvieron, la conquista de su constitución, como proyecto nuevo, no depende de las organizaciones que dejaron de existir en la realidad política de la izquierda mexicana. Depende, sí, de la continuación y desarrollo de su diversidad dentro del socialismo científico, de su capacidad para profundizar la crítica de nuestra sociedad y del mundo mediante la visión socialista, así como de su aptitud política y organizativa.

A nadie escapa que la conquista de la aceptación de la diversidad, o bien, la materialización en un partido de la diversidad del marxismo es insuficiente. Se requiere también desarrollar la organicidad propia del PSUM.

La historia de los partidos socialistas y comunistas arroja dos grandes vías orgánicas. El más importante partido socialista europeo en las últimas

tres décadas del siglo pasado, el Partido Socialdemócrata de Alemania, se desarrolló a partir de la afiliación individual y voluntaria, y de la existencia de una dirección central. Aquel partido logró contar con grandes organizaciones locales que tenían vida propia y se diferenciaban claramente de las demás organizaciones obreras y populares, como los sindicatos y otras. Otros partidos europeos contaban con una estructura organizativa muy semejante, mientras que en algunos casos, como en Bélgica e Inglaterra, los partidos obreros se basaban en las cooperativas o sindicatos, que constituían sus organizaciones de base.

Los partidos comunistas, fundados a partir de la Revolución de Octubre, adoptaron la estructura organizativa del partido bolchevique, que era semejante al modelo alemán en cuanto a la afiliación directa y el carácter de masas del partido mediante el reclutamiento general entre los trabajadores.

En nuestro país una de las bases organizativas del partido oficial ha sido hasta hoy el engranaje sindical. A través de la incorporación masiva de los trabajadores sindicalizados se desvirtúa el carácter mismo de la organización sindical como frente de lucha de todos los obreros, sin importar su filiación o simpatía políticas. Lo mismo podría decirse de los ejidos, comunidades, cooperativas y asociaciones de pequeños comerciantes locatarios. Nuestro partido ha decidido no afiliarse a las organizaciones sociales, sino conformar una estructura propia, un complejo de organizaciones, con vida política y marco de acción, a través de los cuales el PSUM pueda organizar la lucha de los trabajadores y llevar a cabo su propaganda de partido. Pensamos, así, en un partido de masas de carácter directo.

La polémica en nuestras filas sobre la cuestión de la organicidad no consiste, como algunos afirman, en que la dirección pretenda incorporar al Partido solamente a los más conscientes o versados en el marxismo, mientras que otros sostienen la tesis y la práctica de impulsar un reclutamiento general entre obreros, campesinos, intelectuales, estudiantes, etcétera. La discusión estriba en el funcionamiento de los organismos de base y las direcciones intermedias, en la política de crecimiento, en la formación de cuadros.

El PSUM se enfrenta al enorme reto de crear su propia estructura orgánica vital, es decir, construir organizaciones actuantes, permanentes, en las que se pueda ejercer la libertad de crítica y formar cuadros políticos, y a través de las cuales sea posible la unidad de acción de todos los miembros del Partido.

La diversidad que el PSUM ha proclamado no es un obstáculo para construir organización, es decir, un complejo orgánico, y para contar con una dirección única. Partimos de la subordinación de la minoría a la mayoría, de la existencia de una autoridad suprema, que es el Congreso, de un Comité Central, que es la dirección permanente del Partido, elegido por el Congreso, de que las minorías tienen derechos claramente establecidos y de que el concepto de afiliación al Partido está nítidamente delineado. Esto es, en síntesis, el centralismo democrático, que implica, necesariamente, la libertad de crítica.

No desconocemos que el centralismo democrático ha tenido versiones que se alejan de estos principios básicos de organización, especialmente en el atropello de los derechos de las minorías y de la inexistencia de la liber-

tad de crítica. Pero no es de esto último de lo que estamos hablando, sino de la democracia del Partido, que solamente puede funcionar en la medida en que contemos con organizaciones realmente existentes, es decir, con organismos de base y comités intermedios actuantes, críticos, partícipes de la lucha política y de la vida del Partido.

Se dice —con una mitad de razón— que lograr lo anterior es muy difícil y que es necesario tener sentido práctico y aceptar cualquier calidad organizativa. Sin embargo, el problema no consiste en admitir la complejidad de la tarea, sino en emprender la lucha por la organización, lo que no admite simularla.

Existe también la crítica de estas exigencias organizativas desde el punto de vista del antiautoritarismo. Se llega, incluso, a decir que el PSUM ha tomado el *modelo* leninista que ha terminado en la inoperatividad y en la antidemocracia. Sin embargo, en esta vertiente de la polémica convendría ir directamente a las fuentes. En 1906, al hacer una defensa de la libertad de crítica, Lenin escribía: "La crítica, dentro de los límites de los *fundamentos* del programa del partido, debe ser absolutamente libre... y, además, no sólo en las reuniones del partido, sino también en las reuniones públicas. Prohibir tal crítica o tal 'agitación' (ya que no se puede separar la crítica de la agitación) no es posible".* Lenin, al mismo tiempo, hacía énfasis en la necesidad de que una vez que el partido hubiera decidido una *determinada* acción, la minoría debería acatar la resolución y abstenerse de criticarla. Así, agregaba: "El principio del centralismo democrático y de la autonomía de las instituciones locales significa que la *libertad de crítica* es total y general cuando con ello no se viola la unidad en *determinada acción*, y que es inadmisibles *cualquier* crítica que tienda a debilitar u obstaculizar la *unidad* en una acción decidida por el partido".**

No apelo a la autoridad de Lenin, sino a una lectura sin prejuicios de su obra con el propósito de hacer patente que la libertad de crítica y los derechos de las minorías dentro del Partido no se pueden conquistar más que en los marcos de nuestra propia discusión, pues el PSUM no invoca *modelo organizativo* alguno, sino que busca su propio camino.

El PSUM necesita encontrar formas originales que le permitan crear, en verdad, organización, y que al mismo tiempo abran el camino a la incorporación flexible de muchos miles de trabajadores a la militancia en el Partido. Es preciso ir al encuentro de una estructura que se adapte plenamente al medio. Así, por ejemplo, la construcción del Partido en las comunidades étnicas tiene que partir de las costumbres específicas de tales grupos; la organización territorial, de barrio o colonia, no puede funcionar de la misma manera que la de centro de trabajo. A su vez, la pertenencia a un organismo de empresa no debería impedir la participación en otro de carácter territorial. Las formas de la militancia podrían diversificarse sin perder, por ello, el carácter organizado de la misma, atendiendo a las inclinaciones de cada miembro del Partido. Éstas son algunas ideas, muy iniciales, que se expresan esporádicamente entre dirigentes y militantes de base del PSUM, y para ellas, así como para otras muchas más, hay completo cauce, porque

* Lenin, *Obras completas*, Editorial Cartago, tomo X, p. 442.

** *Ibid.* (Los subrayados de ambas citas son del autor.)

van en busca de un camino original y propio de la organicidad del Partido.

Diversidad / organicidad son, para el nuevo partido, expresiones que buscan estar a la altura de nuestro tiempo. Para mantener la unidad política se requiere respetar la diversidad teórica dentro del socialismo y en los marcos de los fundamentos de nuestro programa. Admitir que el PSUM es un *partido político* es asumir su organicidad específica, contribuir a construir un verdadero complejo orgánico que haga posible la cristalización de la unidad política en el marco de una democracia que puede ser cada vez más desarrollada.

la democracia*

En la historia de las naciones occidentales hubo momentos en que las clases propietarias, especialmente la burguesía, levantaron la bandera de la lucha contra el poder centralizado y despótico. La burguesía inglesa y la republicana de Francia fueron exponentes de tal conducta. Inglaterra es la cuna del parlamento de los propietarios, mientras que Francia alumbró a la república, aunque más de una vez ésta cedió ante el embate de las alianzas conservadoras monárquico-capitalistas. En los países europeos, solamente la clase obrera mantuvo siempre la consecuencia democrática, la lucha por la democracia hasta el fin.

El sufragio universal fue conquista genuina del movimiento cartista, el primer partido obrero de Inglaterra, que reivindicaba el derecho de la clase obrera a intervenir en el parlamento con sus propios representantes. En Francia, la Comuna de 1871, producto de la primera revolución proletaria, restableció el sufragio universal y el derecho de los electores a revocar el mandato de sus representantes; aquella fue la breve república del trabajo, una comunidad de iguales.

El capitalismo incubaba las condiciones de la democracia. Hasta antes del predominio de este sistema, la igualdad jurídica de los hombres era del todo innecesaria. Bajo el feudalismo, por ejemplo, la desigualdad era una de las condiciones del funcionamiento del sistema. El capitalismo genera la necesidad de hombres libres, capaces de vender en el mercado su fuerza de trabajo, lo que implica la igualdad jurídica a costa de la expropiación de los campesinos. Pero esa igualdad se reduce, por sí misma, a la capacidad de los individuos para establecer relaciones contractuales, de compraventa, y no abarca la esfera de la política, del Estado, en forma inmediata o automática. Fue necesaria una larga y penosa lucha para conquistar los derechos políticos, el reconocimiento del Estado de la igualdad política de los individuos y su representación igualitaria. Ésta fue una lucha obrera y de la democracia revolucionaria, de principio a fin.

Ninguno de estos elementos está presente en el análisis de la democracia que realiza Enrique Krauze en la revista *Vuelta*, número 86. No es nueva —lo sabemos— la forma de abordar el tema de la democracia por encima

*Respuesta a Enrique Krauze, publicada en *Así Es*, marzo 19 de 1984.

del análisis de los intereses de clase, sin buscar explicaciones a los fenómenos de la sociedad en la diversidad de intereses sociales, en el reconocimiento de que nuestra sociedad no está conformada por iguales en un sentido económico y social, sino por clases profundamente desiguales.

Para Marx, la "elevación del proletariado a clase dominante" es la conquista de la democracia. Ello encierra una concepción dialéctica del Estado, la política y la democracia, pues no quiere decir que solamente con la abolición del régimen de explotación existirá la democracia, sino que ésta es un proceso que se inicia con la formación del Estado moderno, la expropiación de los pequeños productores, la organización de los estamentos y clases, la constitución de la ley por encima de la arbitrariedad. La democracia —así, sin adjetivos— es un medio de igualar frente a la ley a los desiguales, de darles los mismos derechos y las condiciones para que influyan en el Estado. La conquista de la democracia —vista por Marx— es la culminación del proceso de predominio del interés de la mayoría y de la subordinación de la minoría. Así, la mayoría podrá hacer sus propias leyes y expresar en ellas su verdadero interés de clase. Mas la conquista de la democracia implica la formación de un terreno específico de la lucha de clases. En este proceso, se hace posible que la lucha entre contrarios se convierta en una lucha política, que es la expresión más acabada de la lucha de clases. Por ello la supresión de las manifestaciones más claras y abiertas de las contradicciones sociales es, justamente, la represión de la democracia, cuyo prototipo más burdo es el fascismo, visto por algunos como una anomalía del Estado bajo el régimen capitalista.

El liberalismo ha entendido siempre la democracia como un fin en sí mismo, pero nunca ha sido capaz de generar, por su propia mano y de buen grado, una estructura democrática que permita la transición del régimen de propiedad sin rompimiento más o menos violento. La inconsecuencia democrática del liberalismo no solamente la podemos ver en la experiencia de la lucha de la clase obrera en Europa occidental (recordemos la forma en que fue derrotada la Comuna de París), sino también en Hungría, en Alemania y, más recientemente, en Chile.

Esta inconsecuencia del liberalismo ante la democracia no anula la necesidad de ésta como medio de la lucha política de la mayoría, de los obreros y demás segmentos del pueblo trabajador, sino que, por el contrario, solamente demuestra que el interés democrático más radical, el democratismo hasta el fin, pertenece a la clase de los productores asalariados modernos, pues mediante la lucha democrática es posible que éstos se representen en el Estado, eleven su influencia en la sociedad, conformen una mayoría consciente, transformen su conciencia en fuerza material, encabezen la sociedad, logren la emancipación de ésta.

Krauze evoca las reformas de Inglaterra en el siglo XVIII, que fueron una respuesta a la corrupción entonces reinante, y evoca también la reforma de 1832. Da, así, pie para hacer un comentario a aquella democracia censataria que mantuvo fuera del parlamento a los representantes de los obreros. En 1832 no se concedió el voto a la clase obrera y dos años más tarde fueron derrotados los sindicatos y las cooperativas. De allí surgió la Carta del Pueblo con sus seis puntos: derecho al sufragio para los varones; voto secreto; que no fuese necesario ser propietario para pertenecer al par-

lamento; que a los parlamentarios se les pagara un sueldo; que los distritos electorales fueran iguales; y que hubiera elecciones parlamentarias anuales. Los redactores de la Carta eran, principalmente, socialistas que representaban a diversos grupos de obreros ingleses. Compárese esta plataforma con el régimen político entonces imperante. A partir del surgimiento del cartismo se desarrolló una larga lucha política por los derechos de la mayoría, por la democracia.

Lo que hay que poner de ejemplo hoy no son las medidas contra la corrupción del siglo XVIII o la reforma de 1832 en Inglaterra, sino el movimiento cartista, infinitamente más avanzado, en un sentido democrático, que los programas del liberalismo inglés. Aunque Krauze se emocione con su breve evocación del surgimiento de los partidos ingleses —conservador y liberal—, no podrá desconocer que las luchas políticas más importantes, las que sirvieron de auténticos jalones en el desarrollo de la democracia, no se dieron en el seno del liberalismo, sino entre éste y el socialismo. El ejemplo y la evocación podrían muy bien interpretarse como la aspiración de Krauze a una lucha bipolar de partidos, en cuyos extremos estén el PRI y el PAN, como expresiones del *progreso democrático*, de una lucha entre partidos inconsecuentes con la democracia. Sería, eso sí, la solución más grata a los liberales y a la clase propietaria.

Liberalismo y socialismo, hoy

Entre los intelectuales liberales de nuestro país existe una propensión a manifestar sus deseos democráticos. Pero generalmente se refieren a una democracia que se limita a atacar los rasgos más grotescos del presidencialismo, sin combatir ese sistema; a criticar la falta de suficientes espacios para la expresión, sin señalar el carácter de los medios de comunicación; a pedir una depuración del Estado, sin aclarar el carácter de éste. Krauze no dice nada nuevo a este respecto. Afirma, en cambio, que el gobierno tiene un as escondido en la manga desde la presidencia de Madero; ese as —dice el articulista— es la democracia. A partir de allí, solamente alcanza a ver el democratismo liberal más elemental. Madero, Calles, de la Madrid, son sus puntos de referencia principales del siglo XX. Las corrientes más consecuentemente democráticas, el magonismo, la Convención de Aguascalientes, los sectores radicales del Constituyente, el movimiento obrero que luchó contra Calles, no ameritan ningún análisis para sacar las conclusiones sobre las tradiciones democráticas del pueblo mexicano. Y para redondear esta visión, Krauze dice que ojalá nunca sea necesario recitarle al PRI el poema de Acuña: *Ante un cadáver*. Tal vez esta afirmación solamente cobije la desmesurada idea de la inmortalidad del partido oficial.

La plataforma democrática de Krauze demanda apego a la Constitución, respeto al voto, prensa libre, lucha contra la corrupción. Sin duda cualquier alternativa que pretenda agitar la bandera de la democracia debe abordar estos temas. Sin embargo, son del todo insuficientes desde el punto de vista de un democratismo consecuente.

El sistema representativo de la Constitución actual —presidencialismo

en el Ejecutivo, sistema mixto en el Legislativo y designación por el Ejecutivo y el Legislativo del Poder Judicial— es esencialmente el mismo que el votado por el Constituyente de 1916, a excepción de las sucesivas reformas para incluir una representación mínima de las minorías políticas en el Congreso, las legislaturas locales y los ayuntamientos. La base de este sistema es la elección territorial y las extenuantes atribuciones del presidente. Y es justamente el presidencialismo uno de los principales obstáculos de la democracia, tal como lo fue durante el porfiriato. Durante los años de la aplicación del programa de la revolución mexicana, principalmente bajo la presidencia del general Cárdenas, el presidencialismo llegó a tener una enorme base de masas sustentado en los actos del gobierno, pero, una vez que aquel programa se hizo retórico y el poder del Estado perdió capacidad para impulsar reformas significativas, el presidencialismo se convirtió en una estructura innecesaria y dañina para el desarrollo democrático. Existe una enorme diferencia entre el PRM, como frente de masas, y el PRI como simple partido oficial. Los objetivos de ambos son diferentes, aunque el segundo se presente como el mismo partido con otro nombre.

Desde el punto de vista de los socialistas, el presidencialismo puede ser superado, justamente porque su función social se ha disminuido al máximo y solamente le queda su función estatal. El parlamentarismo pluripartidista sería el sistema más directamente antipresidencialista, en la medida en que el Estado reconociera en los partidos a los representantes políticos, en primera instancia, de los ciudadanos, y las decisiones de gobierno se apoyaran en el juego de partidos. Sin embargo, el pluripartidismo retórico del gobierno actual solamente persigue mantener al PRI como partido oficial. De la Madrid se ha pronunciado contra el bipartidismo, pero hasta ahora sólo se ha visto que desea sostener el sistema de partido absoluto y oficial.

La Constitución debe modificarse para golpear seriamente al presidencialismo y abrir un camino hacia el régimen de partidos. La representación proporcional completa en todos los órganos colectivos de representación estatal —legislaturas y ayuntamientos— es la única forma de encarar ese reto.

El respeto al voto está íntimamente ligado a la abolición del partido oficial, pues el hampa electoral se asienta en el control gubernamental sobre las elecciones. No es válido en nuestros días suponer que por decisión del presidente podremos tener elecciones limpias. Es preciso un nuevo régimen electoral, como el que existe en muchos países, donde los partidos organizan los comicios sin que el gobierno se entrometa. Para ello hace falta que en los órganos electorales no intervenga la autoridad gubernativa, sino solamente para dar facilidades y recursos económicos.

En materia de medios de comunicación, Krauze critica a la prensa, pero se cuida de no mencionar siquiera al monopolio Televisa, con el cual sus amigos tienen una evidente buena relación, a pesar de que los canales de ese emporio constituyen hoy el medio más grotescamente manipulador, proimperialista y antidemocrático de los que actualmente existen en el país. Sí, la prensa debe cambiar, pero también la radio y la televisión, incluida la del Estado. Mas para ello hace falta elevar la comunicación al rango de servicio público, con el propósito de dar cabida a los partidos, sindicatos, organizaciones populares y empresariales, universidades, instituciones de

diverso tipo, sin que ello requiera censura previa y contrato comercial. Una de las luchas más necesarias desde el punto de vista de la democracia es justamente pugnar por la nacionalización de la radio y la televisión, pero no para que el Estado las maneje a su antojo, como lo hace en el canal 13, sino para integrar consejos pluralistas que determinen el contenido de las emisiones. Convertir la comunicación en un servicio público no estatizaría los medios si al mismo tiempo se establecen derechos de los ciudadanos, organizados y no, y se garantiza una dirección democrática.

Krauze sugiere un PRI reformado por Fidel Velázquez, una suerte de laborismo o socialdemocracia. Pierde su tiempo. En lugar de apostar en favor del segmento más antidemocrático del aparato priista, los charros, debería preguntarse si el sistema de afiliación corporativa y forzosa de los miembros de los sindicatos al partido oficial tiene algo que ver con la democracia, esa, sin adjetivos, a la cual dice aspirar. Lo que hay que hacer es luchar —aunque le moleste la palabra— por elecciones libres, directas, secretas, universales, en los sindicatos, con la participación de todas las corrientes, grupos y partidos que existen entre los trabajadores. Entonces veríamos a la luz del día todo el clandestinaje forzado que existe en materia de agrupamientos dentro de las centrales priizadas. Así como Krauze acierta al decir que la cultura mexicana no requiere el PRI ni el PAN para defenderse —menos aún necesita a Televisa—, tampoco los sindicatos y agrupamientos agrarios y populares tienen que estar sometidos al partido oficial para existir y actuar. Para encontrar sus propias vías de acción y su verdadero perfil de agrupaciones generales de los trabajadores, éstos requieren liquidar la tutela del poder público y de la burocracia parasitaria que ahora los somete.

La visión liberal de la democracia nunca remontará las viejas estructuras políticas que, aunque tienen explicación histórica, no sirven para el desarrollo de una democracia a la altura de lo que hoy es la sociedad mexicana. La visión liberal se somete a sus propios dogmas, supone que la decisión del presidente es la clave de la democratización, de las reformas aceptables por el poder. La visión socialista de la democracia no acepta los límites del sistema, quiere, efectivamente, la democracia, no la simulación de los sostenedores o cómplices de la democracia enana que ha envilecido la política.

La lucha contra la corrupción no puede hacerse solamente a través de la persecución de los funcionarios más burdamente enriquecidos. Ésta ha sido una forma ilusoria. A los gobernantes o exgobernantes que más jugosos negocios han realizado no se les puede perseguir legalmente, porque la mayor parte de su fortuna la hicieron mediante favores oficiales legales, aunque ilegítimos. Hace falta limitar las facultades de los órganos del Ejecutivo y, en particular, del presidente. Y tal cosa significaría una democratización del Poder Ejecutivo, la intervención más destacada de las cámaras legislativas, la rendición auténtica de cuentas de los gobernantes a los gobernados. Es necesario denunciar la corrupción; cierto. Pero no es menos importante considerar que ésta ha sido una forma de hacer política con recursos públicos. Se requiere, entonces, un nuevo tipo de actividad política.

El PRI, como partido oficial, ha entrado en un evidente deterioro y decaimiento. Tras décadas de dominio político absoluto, los integrantes de

sus tres sectores le dan crecientemente la espalda, aunque hasta ahora sólo en el terreno electoral, pues en los sindicatos, ejidos y organizaciones populares la represión es aún el gran muro de contención, que se endurece en la medida en que la crisis económica y la política del gobierno generan desempleo. Es el momento de plantearse seriamente la abolición del PRI en tanto que partido oficial, lo que implica que su financiamiento no se realice mediante el peculado, el robo y la malversación de fondos del Estado. Si la ley se cumpliera, aun en sus textos eminentemente discriminatorios y pro-burgueses, los jueces y policías, los funcionarios de diversos niveles, el presidente, no podrían actuar en beneficio ilegítimo del partido del cual forman parte. Sería posible, entonces, que los partidos estuvieran en igualdad de condiciones. A lo anterior habría que agregar una ley de financiamiento de los partidos políticos, en función del número de votos de cada cual.

La izquierda y la democracia

Después de santiguarse, Krauze arroja la acusación de que la izquierda mexicana no está acostumbrada a la democracia. Así, descubre el hilo negro. Ni la izquierda ni nadie en este país están *acostumbrados* a la democracia, porque es una de las buenas *costumbres* de las que los mexicanos hemos carecido casi siempre. Pero entiendo que Krauze quiere decir que la izquierda no es democrática. Mas su discurso democratizador y su análisis del pensamiento democrático del presidente de la Madrid se quedan muy por debajo de lo que el PSUM está demandando en este momento. No hay ni mención de la necesidad de un régimen parlamentario, ni de la democratización de los medios de comunicación social, para tocar solamente dos aspectos de la plataforma democrática del PSUM.

Pero Krauze aporta *elementos* para dar por muertos a los partidos de izquierda en materia de democracia: "Dato central —dice—: carecen de peso electoral", y agrega que se concentran en las universidades y tienen una alta dependencia económica del Estado. Veamos: si hacemos a un lado al PPS, que tiene muchos años con derechos electorales, los demás partidos de izquierda apenas han logrado recientemente su registro electoral. En 1979 la Coalición de Izquierda, con el registro del PCM, obtuvo 750 mil votos; tres años más tarde el PSUM alcanzó cerca de un millón. Este partido tiene más de cien regidores en el país, más de veinte diputados locales y logró 17 diputados federales en 1982. Apenas empieza. Si las elecciones fueran limpias en nuestro país, el PSUM tendría un porcentaje apreciablemente mayor. En el Distrito Federal nuestro partido tiene el 12 por ciento de los votos; es ya un partido significativo. No es un defecto que la izquierda tenga fuerza en las universidades, sino que, por el contrario, es una gran virtud; debería tener mucha más, lo cual no le impediría en absoluto contar con arraigo entre los obreros y campesinos. En cuanto a la "dependencia económica del Estado", eso bien podría aplicarse al PST o al PPS, pero de ninguna manera al partido más importante de la izquierda, el PSUM. En cambio, echemos una mirada a las fuentes de financiamiento de la revista que edita Krauze, *Vuelta*. ¿Cómo se sostiene? Con la publicidad

de las siguientes entidades, a juzgar por lo que se ve en sus planas: PEMEX, ISSSTE, CONASUPO, SEP, Canal 11, Cartilla de Vacunación, gobierno de Tabasco, Bellas Artes, esto por cuenta del Estado; veamos ahora a la empresa privada: Pedro Domecq y, naturalmente, Televisa y Televiteatro. Sin embargo, a nadie en la izquierda se le ha antojado pensar que vender espacios en una revista o periódico sea ilegítimo, aunque no pocas veces denota identidades ideológicas.

Mas Krauze no se limita a criticar a la izquierda por su pequeñez, sino también por lo que él llama irse por "atajos no democráticos", como "el chantaje ideológico" y la "huelga política". Lo primero no es materia de discusión, ya que, evidentemente, no se puede saber qué quiso decir el articulista, pero sobre la huelga política es preciso advertir que nada tiene de antidemocrática; por el contrario, ése es el riesgo que corre la clase obrera cuando decide protestar utilizando su derecho a la huelga, y es el derecho y el riesgo de cualquier otro sector. Y por si Krauze se refiere al movimiento de 1968, habría que decir que no se ha producido en el país una lucha más directamente democrática que aquella en por lo menos los últimos treinta años. Pero lo que el articulista quiere concluir es que el PSUM basa todo su "poder" en el "ruido ideológico" y que la izquierda siempre actúa con "sombra de violencia". Nadie supo hasta ahora que el "ruido ideológico" diera poder, ni que las "sombras de violencia" fueran actividades ilegales. Ciertamente es que la izquierda mexicana, como el liberalismo, no puede actuar sin la agitación ideológica, ¿qué otra cosa sino eso es lo que intenta Krauze con su artículo?; y cierto también que en nuestro país no sólo hay "sombras", sino violencia de verdad, la que ejercen el gobierno, a través de la fuerza pública, los caciques, no pocos capitalistas y los líderes charros a través de guardias blancas, auténticos pistoleros, asaltantes y asesinos. Las respuestas armadas de la izquierda mexicana, en los últimos veinte años, especialmente al término del periodo de Díaz Ordaz y durante el de Echeverría, no fueron sino actos desesperados ante la represión gubernamental. Y cierto también que algunos grupos muy minoritarios de la izquierda actúan con frecuencia haciendo uso de métodos intimidatorios, pero ello no alcanza a caracterizar a toda esta corriente; discusión aparte si en verdad tales grupos son de izquierda.

Y, a propósito de todo esto, Krauze falsea la historia cuando dice que el Partido Socialista de Chile, al radicalizarse, acercó al país al abismo. No, quienes llevaron a Chile a un abismo fueron la burguesía reaccionaria, los militares traidores, los intervencionistas yanquis, los políticos del partido nacional y no pocos de la democracia cristiana que apoyaron a los golpistas; sí, esos liberales que se levantaron contra la ley y la democracia cuando éstas hicieron daño a sus intereses de clase, a sus privilegios antipopulares. Y, otra vez a propósito de todo esto, la democracia en España no fue producto del "deseo" español de igualar al resto de Europa, y mucho menos de "la voluntad, el carisma y la inteligencia" de un rey y de otros "hombres excepcionales". No, señor Krauze, la democracia en España fue producto de largas y tremendas luchas contra la dictadura, especialmente protagonizadas por los obreros y muchos intelectuales españoles ¡durante cuarenta años!, desde que el señor rey era un niño educado por el dictador para que le sucediera.

La receta que Krauze le da a la izquierda mexicana es que "evolucione" como lo hizo la europea. Bien, podemos hacerlo si conquistamos, a través de la lucha política (no hay otra manera), una democracia con parlamento, partidos, instituciones respetables y respetuosas, sindicatos libres, etcétera (para no seguir más). Para lograr todo esto hay que acorrallar a la concepción liberal de la democracia, arrancar derechos al Estado, influir en todos los asuntos de éste, ir mucho más allá de lo que está dispuesto el liberalismo, luchar —aunque otra vez moleste la palabra— por la democracia con la bandera socialista, es decir, por la democracia hasta el fin.

La izquierda y la democracia, de Pablo Gómez, se terminó de imprimir en la ciudad de México el 31 de agosto de 1984 en Tipografía, Diseño e Impresión, S.A.; Durango, 338; colonia Roma; México, D.F. La encuadernación se hizo en Encuadernaciones Finas; Lago Garda, 100; colonia Anáhuac; México, D.F. La fotocomposición, formación y negativos, en Tipografía, Diseño e Impresión, S.A. La edición consta de 3 mil ejemplares, más sobrantes para reposición.